



CASTELAR

DINESTO

PQ651
.C2
E7

A white rectangular sticker is affixed to the top left of the left page. It features a standard 1D barcode with vertical black bars of varying widths on a white background. Below the barcode, the number "1020027244" is printed in a small, black, sans-serif font.

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ERNESTO,

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES,

de DON GARCIA LÓPEZ,

D. EMILIO CASTELAR.

Ame : qui done es-tu?
LAMARTINE.
Nuit et jour, hélas je me tourmente.
ANDRÉ CHENIER.
Pulvis et umbra sumus.
HORACIO.
; Τι γλασιε!
HOMERO.



CASTELAR.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

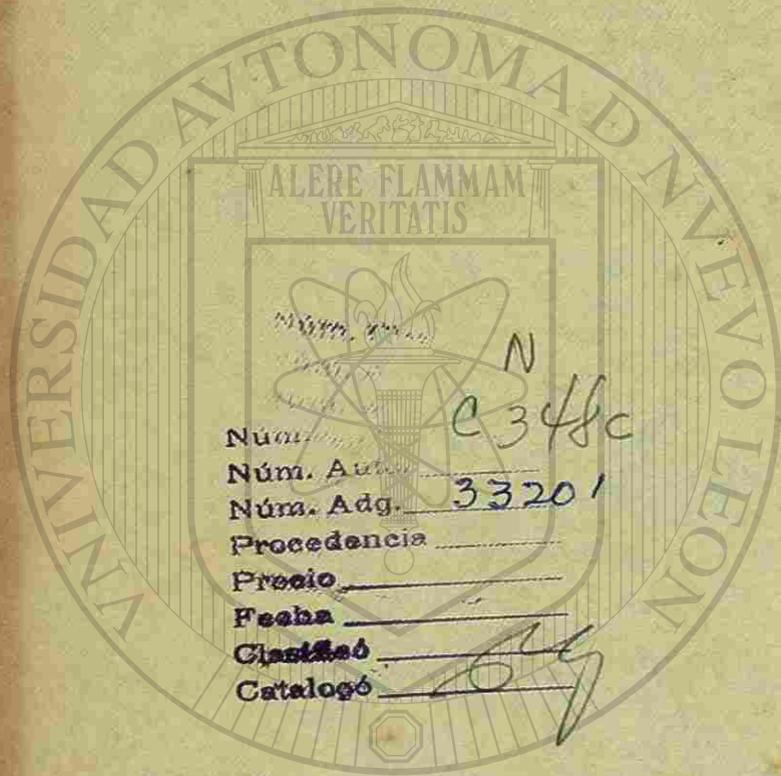
098336

33201

MADRID.
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe núm. 4.

1855.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ 6512

C2

E7

863

C.

ERNESTO

MOVELLA ORIGINAL DE COSTUMBRAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

33301

IMPRESA DE GARCIA Y ROJO EDITORES

1920

DEDICATORIA.

A mi querido amigo

DON FRANCISCO GARCIA LOPEZ,

DIPUTADO POR HUESCA.

QUERIDO AMIGO:

Ofrezco á V. esta mi pobre producción. Escrita hace algun tiempo, es obra casi de mi niñez. Desde que la escribí, no he vuelto á leerla, ni aun para corregirla, y tengo la convicción de que será pobre en ideas, rica solo en defectos. Dueleme que el presente sea de V. indigno. Pese á ello, sin embargo, como una prueba del sincero cariño, de la profunda admiración que sus virtudes inspiran á su amigo

EMILIO.
FONDO
BIBLIOTECA GOBIERNO

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DEDICATORIA.

A mi querido amigo

DR. FRANCISCO GARCIA TORRES



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



ERNESTO Y MARIA EN UNA CAMPIÑA



ERNESTO,

NOVELA ORIGINAL DE COSTUMBRES

POR D. EMILIO CASTELAR.

I.
 HERMOSAS son las noches del estío, cuando la luna huella los cielos coronada de estrellas, y el aura pronta á obedecer sus mandatos, confía celestes secretos al cáliz de las flores, cuyas aromas se pierden en la inmensidad como las oraciones del alma dolorida.

Hermoso cuadro presentan las poéticas orillas del Mediterráneo en uno de los rincones del florido reino de Valencia. El sol, al dormirse sobre las olas deja una cinta de fuego, recuerdo de sus amores, el horizonte ostenta sus galas, semejante á un hermoso árbol cargado con las perlas del rocío, las hojas del azahar caen como lluvia de plata sobre el verde cespéd, y juegan cual inocentes ilusiones en alas de los vientos, y la palmera se eleva al cielo, dejando caer sus lánguidas ramas á la tierra, para contarle los secretos de las nubes, que han dormido en su dorada copa.

Este cuadro no es el cuadro inanimado del artista, hay murmullos, que embriagan el corazón, armonías que llevan el alma á los pies de su creador. Murmura el mar, suspiran los cielos, y canta la campana de una sagrada ermita. Horas deliciosas, que hicisteis llorar á Byron; vosotras hijas de la imaginación del

Eterno, sois el lejano eco de su lira y el pálido reflejo de su gloria.

II.

Era de noche.....

Tengo que continuar en mi descripción, y voy á cansarte, amado lector, sin embargo, si has recorrido la huerta de Alicante, si has visto sus innumerables palacios, sus floridos jardines, sus bosques de naranjos, su cielo siempre azul, su mar siempre de color de cielo, no extrañarás mis descripciones.

¿No te has parado jamás á contemplar una blanca casa, modesta en medio de tanta opulencia, sencilla entre tan desvariado lujo? En una noche de luna (no olvideis que ilumina la luna mi teatro) en medio de un verde bosque, á orillas del mar, parece la paloma torcaz, que duerme en su nido de palmas.

En el relé de la aldea de San Juan suenan las doce. El campo está solitario. Qué hermosa hora para el amor, que busca las sombras, porque es misterioso, y la soledad, porque es infinito. La puerta de la modesta casa se abre, y una mujer vestida de blanco se dirige á la orilla del mar, cual una de esas gasas vaporosas, que disipa el débil rayo de la blanca luna.

Tres circunstancias propias de toda novela, la hora de la noche, la soledad y la mujer vestida de blanco. Sin embargo, mi novela no es novela, es historia. ¡Ojalá no fuese tan verdadera!

III.

María, tal es el nombre de la blanca dama, se detiene en la orilla, y se asienta silenciosa en un peñasco. La luna envidia su hermosura. Rubio el cabello parece los trémulos rayos de la estrella de la mañana, pálida la color, pero con esa palidez mística de las rosas blancas, da á sus perfectas facciones un tinte melancólico que embelesa el corazón, sus ojos tienen algo de divino, la sonrisa que en sus labios vaga, es el matiz ideal de la esperanza; el que la ve la admira, el que la contempla la ama; porque encierra compendadas todas las perfecciones, con que Dios ha dotado á la mujer para arrastrar tras sí el orgulloso corazón del hombre. María mira la vasta extensión del mar. Si observas su blanca bata, vereis que respira fatigoso su pecho, y que late violento el corazón. La esperanza es un dogal que nos ahoga, la esperanza juega muchas veces el papel de traidor en la clurriqueresca tragedia de la vida humana. ¡Cuántas veces nos engaña! Es un prospecto y como todo prospecto, jamás se cumple.

IV.

Allá á lo lejos se ve una barca que vuela sobre las ondas como la golondrina, al cruzar los mares. En ella descansa un joven, de hermosísimas formas. Es un tipo árabe; moreno como buen hijo del sol, de ojos rasgados, vivos y negros, de blancos dientes, que se dibujan perfectamente sombreados por un ligero bigote rizado sobre unos labios, cuyo color envidiaran las flores del granado, espaciosa frente que refleja alma noble y elevada, y negro cabello que cae en desorden, pero con gracia, completan su varonil y hermoso rostro. Rema con languidez, y sin embargo, la barca hunde presurosa las olas. Sus ojos ya se fijan en el firmamento, ya se convierten al mar. Todo está tan hermoso, las plateadas estrellas se dibujan en el espejo de las aguas, de modo que si un cielo flota sobre la cabeza del joven, otro cielo se extiende bajo la quilla de su ligera barca. En el éxtasis con que contempla la naturaleza, en el recogimiento con que escucha sus rumores, se echa de ver que el joven es poeta, que pertenece á esa raza de ángeles destinados á consolar á la tierra, y á elevar al hombre. Por eso en todo ve ilusiones y amores. Por eso las armonías de los astros en sus círculos de luz, las palpaciones de las olas, el vago rumor de las brisas que arrancan sonidos á la veleta del campanario, y cánticos á las hojas de los árboles, las nubes que se disipan, los insectos que brillan, el trasparente horizonte, presentan á su alma delirios del amor en que se abraza naturaleza, y su ser se abisma estático en aquel océano de revelaciones divinas.

V.

Desde que la barca ha aparecido, María está arróllada. Invoca á la Virgen, y ruega que ni viento enemigo, ni enemiga honda combatan aquella barca. Entonces la luna palideció. Díz que fue de envidia, y despecho al verse precisada á iluminar aquel rostro tan encantador, aquellos ojos tan divinos. ¡Pobre mujer! Siempre te pintan agujereada por el or-

gullo, cuando eres toda modestia, siempre embebida en tí misma, cuando si de tí te acuerdas, es para embellecer la vida del hombre, y si te adorna es sin duda para divertir su gusto; todos los noveleros han dado en sacar negros colores de su paleta, y en trazarte hermosa, pero vana; amante, pero egoísta; sensible, pero veleidosa; compasiva, pero coqueta; en fin, mujer, Dios mismo que te ha creado, no te conociera si semejantes cuadros contemplase. Yo que veo en la mujer la sensibilidad ahogada por el despego del hombre, el amor amargado la poesía disipada por el poder de sus tiranos; yo digo que la mujer es la única flor que esmalta el desierto de la vida. Pero pido también condiciones, si esa flor no es de hermosos colores, y de suave aroma, estoy porque se le de su verdadero nombre, es decir, *abrojo*. Me explicaré, estoy por que la mujer sea hermosa y buena, su hermosura es su cáliz, y su bondad es su aroma, solo así puede ser flor. María era buena y hermosa, ya lo veremos.

VI.

La barca arriba á do María estaba, y el joven salta presuroso á tierra.
—¡Ernesto!
—¡María!
A esto siguió ese silencio amoroso que nada dice y que es un poema, cuyos cánticos son infinitos.

VII.

—¡Cuánto has tardado!
—Oí las doce, desamarré mi barca, y me lancé al mar, á buscarte María, á sentir tu aliento refrescando mis agitadas sienes, á adorarte con todo mi corazón.
—¿Qué fuera de mí sin tí? Cuando oigo tu canto, Ernesto, por las tardes, cuando te veo cruzar las olas mi alma te sigue como el viento que agita tus velas.
—Si, y yo te veo también. Si el mar está en calma y rizado por el soplo de las brisas, me parece ver tu corazón amoroso, tranquilo, henchido de amor; si suspira el viento, al rozar los costados de mi barca, te oigo suspirar con amoroso suspiro; si la blanca gaviota extiende sus alas, rozando con su cuerpo las espumas, veo en ella tu pensamiento que me busca, tu recuerdo que me bendice, y cuando al caer la tarde en el desierto cielo, aparece la primera estrella, la saludo cual si fuera un rayo de tu mirada.
—¡Qué hermoso está el cielo, y cuantas veces ha contemplado nuestra dicha! Este campo y ese mar están unidos á nuestro corazón.
—¡Ay!
—¿Suspiras?
—No, no tengo nada. Pensaba en la posibilidad de nuestra separación.
—¿Separarnos? La muerte tan solo puede separarnos.
—¡Ah! No temo á la muerte, porque nos heriría á ambos de un solo golpe, temo á los vaivenes de la vida.
—En la vida, ¿quién tendrá poder para arrojarnos al uno lejos del otro? Pregúntalo María.
—La suerte, contestó Ernesto.
—No temo á la suerte, mientras puedas con valor hacerle frente.
—¡Hacerle frente! ¿No sabes que es mas poderosa que el huracán, y mas despiadada que la tormenta?
—¡Pero la voluntad que nos une!
—¿Y qué hago yo aquí, pobre joven? ¿Qué porve-

nir me espera en esa estrecha isla de Tabarca? Yo quiero mundo.

—¿Qué mas mundo que nuestras riberas sombreadas de palmas!
—Quiero anchura.
—¿Aun te parece estrecho ese mar?
—Anhelo un premio.
—¿No te basta mi corazón?
—Pero desearía que al pasar por las calles deslumbradas á todos con tu riqueza, y mi deseo no puede cumplirse sino á costa de nuestra separación.
—Me basta para mí adorno las rosas que tu me traes.

—¡Ay! y volvió Ernesto á suspirar.
—No me amas, Ernesto, cual te amo yo. Este campo es para mí el paraíso, porque te veo alguna vez vagar en su llanura. Cuando pienso en el cielo lo comparo á ese mar, porque alguna vez desde mi ventana veo aparecer á lo lejos las velas de tu barco.
—Escúchame. Yo siento aquí en mi frente un fuego que me devora, fuego que se convertiría en suavísima luz, si lo alimentase otra atmósfera.
—¿Con qué mi amor nada vale?
—Si, si, tu amor es la sangre de mi corazón. Pero mi ambición solo puede llenarse en Madrid, allí donde el poeta es oído con entusiasmo, donde todos á porfía tejen coronas para sus sienes, donde la riqueza es el premio de sus versos, allí que habita la inteligencia debe la juventud encontrar el teatro de sus triunfos. Mis canciones aquí son las hojas de la palmera del desierto, que el viento se las lleva.

—Los escucho yo con tanto amor! Ni el canto del ruiseñor en la espesura es tan grato para mi oído como el eco de tus cánticos.
—Le he escrito á mi tío; pidiéndole asilo en su casa.

—¿Vuelves á tu idea de abandonarme?
—No, sino para volver pronto cargado de triunfos, á depositar á tus pies mi corazón y mi vida.
—¡Madrid! No sé por qué me horroriza ese nombre. Madrid, Dios mio, cementerio de tantos corazones! Pero no quiero atarte con grillos, ni á tu suerte oponerme.

—María; ángel de paz en mi desolada vida. Tú serás mi estrella en el mundo; como son tus ojos mi inspiración y mi vida.
—¿Me olvidarás?
—¡Olvidarte! Jamás. Mi tío está en Alicante; pronto puedo saber su contestación. Si dentro de un año no me ha sonreído próspera fortuna; volveré, tenderé mis redes; y los peces que en ellas se prendan nos servirán de alimento; de palacio una choza á orillas del mar; y de lecho las hojas que á los árboles arranca el viento del otoño. Pero si logro fortuna; María, el mundo entero ha de enviarte.

—Me parece mas halagüeña la desgracia.
—De cualquier modo la felicidad será mi corona, y tú María, tú mi eterna compañera.
—¡Ernesto!
—Te lo juro por mi corazón; por el Dios que se oculta tras ese azul firmamento.
Y Ernesto voló á su barca; y voló en los mares cual el viento.
María lloraba.

VIII.

A imitación de la Biblia haremos la genealogía de nuestros héroes. María era hija de un comerciante alicantino. Su padre era viudo y sin embargo era muy desgraciado. Eso prueba que el arancel de la felicidad es muy difuso y complicadísimo. Decíase en la plaza que sus negocios iban de mal en peor. Honradez á toda

prueba no es parte para medrar en el comercio. Tal creemos, despues que hemos visto la corona del pueblo entregada á los especuladores. Ved, sino como arrancan uno á uno sus diamantes y los campanan con su aliento; para que los míseros desposeídos no los estimen de subido precio. ¡Cuando sonará el día de la reparación! No sonemos; aunque la esperanza á despecho de la descreída conciencia, se levanta gozosa en nuestra alma.

IX.

Ernesto hijo de un gobernador de la isla de Tabarca. Su madre era muy hermosa, pero se levantó un día de buen humor, y tomó las de Villadiego, con un francés, que pasaba á la Argelia. El padre de Ernesto, como si le hubiese caído el premio grande, convidó á todos sus amigos de Alicante á comer, y á vagar por la Isla. A la noche siguiente Ernesto fue llevado por su padre, en celebridad de tanta dicha, al teatro, y vió el Trovador. Ernesto á los diez y nueve años se acordaba de la escena del desafío; pero no se acordaba de su madre huida el día antes. En los tiempos en que para la acción de esta novela, Ernesto tiene veinte años. Su madre era muy joven cuando huyó. No se ha podido averiguar quién tuvo la culpa de tamaño entuerto; si el marido ó la mujer. Yo lo consulté con un juez, que habia oído la demanda de divorcio entablada un año antes de la fuga.

Y me contestó: oi á los abogados de ambas partes. Despues del discurso del abogado de ella, saqué en limpio que la mujer era una santa mártir, y el marido un Lucifer; y despues de oído el discurso del abogado de él saqué en claro que el marido era un san Esteban y la mujer un Asmodeo. Apelé á otras informaciones en tal discordia, y como ambas partes influyeron en el asunto con su bolsillo particular nada se pudo poner en claro.

—¡Oh santa, tres veces santa Jurisprudencia! Tú eres la ciencia de la ciencia. Tus prosélitos en España son mas numerosos que las arenas del mar. No en vano digeron los antiguos que era la ciencia universal. Exclamé yo entonces. Decíase que una mujer misteriosa vestida de negro seguía siempre desde lejos á Ernesto, sin que Ernesto de ello se apercibiese.

X.

Hemos oído que Ernesto en su conversación con María ha contado con su tío, del cual dependía su ansiada partida para Madrid. Este era uno de esos entes singulares que Dios echa al mundo tal vez en un momento de mal humor. Su físico andaba en armonía con su moral; veamos su físico. Era pequeño; y tan pequeño que degeneraba en enano. Su saliente espalda llevaba la carga de una pesada joroba, donde se hundía como maldecida su diminuta cabeza. Dios le habia quitado un ojo, el otro era vizo; arrastraba una pierna y su melliza podía competir con los arcos de herradura; rematando ambas con unos pies hinchados y descomunales. Se me olvidaba decir que no tenia cejas y su frente era una cinta rugosa apergamizada. Por escudo de armas ostentaba una descomunal nariz, con la cual podía muy bien medirse de arriba á abajo su brevísimo cuerpo. Cuando hablaba escupía como la vivora una saliva asquerosa. Cuando miraba heria como la serpiente. Pero usaba á las mil maravillas sus monstruosos órganos. Corria cojeando, sin cansarse aunque tuviese que atravesar largas distancias; con su único ojo orlado siempre de legañas, atisbaba lo que quizá no atisbaria el mas práctico: vencia á la natu-

raleza, para él tan despiadada, con maravilloso arte. Veamos su parte moral: era lo más infame, lo más degradante que se puede ser en el mundo. ¿Ladron? No. ¿Asesino? No. ¿Usurero? Sí. Se llamaba don Braulio... Evitaremos mientras podamos citar apellidos por prudencia.

XI.

Hemos oído la conversacion de María y Ernesto. No la olvidemos. Al día siguiente don Braulio entraba en el gabinete del padre de María.

—Buenos días, don Pedro, dijo.
—Felices, contestó con sequedad, don Pedro.
—Sé el estado de vuestros negocios.
—Sí, sí, ya estoy informado.
—Vengo á salvaros. Me ha hablado en vuestro favor un comerciante, y yo tengo unas entrañas que no puedo presenciar indiferente la desgracia.

—Tambien de vos he oído hablar.
—Ya sabreis que soy el Hipócrates del comercio, y que mi caja es el panacea universal.

—Lo sé, contestó amargamente el padre de María.
—Habládme, que os escucho. Solo por serviros podía yo haber venido desde Alicante á la huerta en día de tanto calor.

—Necesito pagar mañana una letra ya vencida, dijo don Pedro.

—¿De cuanto?
—Para que veais cuan apurada es mi situacion, de sesenta mil reales, y no puedo reunirlos.

—¿Eso es una vagatela! Firmadme un recibo de ciento veinte mil reales; hipotecadme cualquier finca que los valga y todo está concluido.

Don Pedro miró espantado á su horroroso interlocutor.

—¿Os espanta mi proposicion?
—No: que me repugna.

—Hé ahí las cosas del mundo. Os estais ahogando; mañana quedareis afrentado, sin honor, sin crédito, y os atreveis á insultar al que viene á salvaros.

—No; me repugna el hombre que explota el infortunio de otro hombre; el hombre que roba con la cuchilla de la ley en la mano; el hombre que vive y medra con la desgracia de sus hermanos.

Y en verdad que es bien espantosa la usura: cáncer que devora las entrañas de la sociedad. Esos traficantes de la desgracia humana; esos seres despiadados que cual manada de buitres, olfatean los cadáveres; beben las últimas gotas de sangre, que le queda al pobre; son el azote de toda ciudad; de todo pueblo. No hay familia que no pase bajo sus horcas caudinas; no hay desgracia que no se remedie con ese dinero espantoso, que agota hasta la esperanza en lo porvenir, que devora hasta las fuerzas del pobre. ¡Cuantas veces el triste jornal ganado á costa de sudores, y fatigas; el jornal que debiera saciar el hambre de una familia desamparada; va á parar á las arcas de un avaro; que se recrea en contemplar el amarillento oro; sin escuchar los lastimeros quejidos de los infelices; que mueren de frío y de miseria. Y aquel jornal no es suyo, no; aquel jornal es el producto de un monstruoso interés arrancado á un naufrago en el momento de ahogarse en su desgracia.

El bueno de don Braulio, que tenia todas las tretas de un práctico usurero, se dirigió á la puerta murmurando.

—Puesto que desprecias mis servicios.....

—Deteneos, que no es mi situacion para dilaciones.

¿No rebajais nada de ese monstruoso interés?

—Nada; porque es bien módico. Solo os exijo el doble.

Los dientes de don Pedro reclinaban con reconcentrado furor.

—Tomad: dijo con despecho dándole un recibo.

—¿Qué finca tenéis libre de hipoteca?

—Esta en que estais.

—Veámosla, y ahora mismo vendrá el escribano.

XII.

Examinó escrupulosamente la finca, pero donde se detuvo admirado aquel informe hombre, fue en uno de los cenadores del jardín, no para mirar sus enredaderas cargadas de flores azules, sino para contemplar á la hermosa María que limpiaba una jaula, do aprisionado se hallaba un pintado colorin.

Era aquel hombre entusiasta por el bello sexo. Desprovisto de belleza ardía por la hermosura; pero ardía en ese fuego de los sentidos que la marchita y la devora. Su amor era la lava del volcan, que cae sobre las blancas azucenas y mancha su cáliz, y las reduce á cenizas.

Desgraciada, infeliz la mujer que se viese precisada á caer á los piés de aquel ente asqueroso y repugnante. Seria juguete de sus vicios; y se veria precisada á recibir sus inmundas caricias. Al volver al gabinete de don Pedro, exclamó: Hermosa es vuestra finca; pero es mas hermosa vuestra hija. Aquel elogio produjo una invencible repugnancia en el corazon de aquel buen padre.

XIII.

El escribano de Muchamiel, pueblo de la huerta de Alicante esperaba en el gabinete, y dió fe de que don Braulio prestaba á don Pedro ocho mil duros.

XIV.

Al salir volvió á ver el usurero á María. Su ojo centelleaba al mirarla, y se enardecia su sangre. Salíó trastornado, y casi perdido el por la hermosa hija de su deudor.

—¡Bella es la muchacha! dijo al escribano.

—Con V. emparentará.

—¿Cómo?

—Diz que se casa con su sobrino de V. Ernesto.

—Me alegro; dijo reprimiéndose el usurero.

—Adios, señor escribano, me voy á Alicante.

—Agur, señor don Braulio, me voy tambien á Muchamiel.

XV.

Don Braulio pronunció para sí este monólogo.

Esa muchacha me conviene. Pardiez que es hermosa. ¿Qué importa que quiera á mi sobrino? Es verdad que él tiene veinte años y yo cuarenta, que Ernesto es hermoso y gallardo, y que yo soy feo y corcovado; pero tengo dinero. Gracias á Dios me hallo soltero. ¡Qué labios! ¡qué cuerpo! ¡qué garganta!... Ocasión se me presenta de deshacerme de mi rival. Mañana le digo que mi casa de Madrid está á su disposicion. Y él está ardiendo en deseos de ir á Madrid. Como es tan loco cree que allí se encuentra la felicidad y la riqueza. Y no sabe que mientras yo aquí le arranco la única dicha que podia ansiar, él allá recoge la amarga cosecha del desengaño. Despues se tirará al mar si está aquí; ó al canal si permanece allá, y *requiescat in pace*. ¿Pero con qué cuento yo? Cuento dinero. Su padre está arruinado. Y una alegría salvaje como siniestro relámpago iluminó las facciones de aquel hombre.

XVI.

El sol descendía magestuoso á reclinarse en las ondas. Ernesto contemplaba silencioso el horizonte. En su imaginacion volaban esos cantos que no tienen ni palabras ni sonidos; que no pueden revestirse con el ropaje de las formas, y que son sin embargo los ensueños mas dulces del poeta. Mecido por las ondas, criado en aquel peñasco, delante siempre del mar, su alma se abría gozosa para recibir todas las armonias de la naturaleza: música encantadora, á cuyo compás entonaba Ernesto sus suaves y mágicos cantares.



Ernesto.

al corazon, la fe de los amantes, sus armoniosas palabras, y sus celestiales esperanzas. Pero cuando retumbaba el trueno, llenando con gigantesca y ronca voz los espacios infinitos; cuando el huracan desatándose de las nubes azotaba los mares que se dolian quejosos, rugiendo cual calenturiento leon; cuando el sol apagaba su luz en la sombría bruma de las negras nubes, y el relámpago, semejante al triste destello de funeral antorcha tendía su pálida luz por los abismos, Ernesto adoraba á Dios; y enmudeciendo se postraba en la orilla para escuchar el eco de su poesia, de esa poesia divina que envuelve en el abatimiento al cuerpo, y engrandece y vivifica el alma.

¡Cuántos pensamientos le revelaba el mar! Tranquilo, azulado juguetea con las brisas, cinéndose diademas de espumas; tomando celestiales esmaltes para enamorar al céfiro que cargado de aromas le envian como regalos los valles y las florestas. La cigüeña revolotea sobre sus ondas como si hubiera nacido en un nido de perlas; el colorin canta en la orilla mostrando el coral de sus plumas, y la golondrina atraviesa la inmensidad como una cinta de alga arrastrada por el viento. Entonces Ernesto cantaba el amor, las ilusiones que sorprenden el alma, los hechizos de un entrecortado suspiro, el celeste rayo de una mirada que deslumbra.

XVII.

Después de algunos días recibió Ernesto una carta en estos términos concebida: Querido Ernesto: Con júbilo singular leí tu carta, en la cual me insinúas tu deseo de partir á Madrid. Apruebo tu resolución como dictada por esa tu noble inteligencia, que necesita espacio para volar con desahogo. En Madrid encontrarás tu casa en la mía y el cariño de tu tío te proporcionará todos los medios necesarios para que emprendas el viaje con aquella comodidad que corresponde á tu clase.

Manda cuanto gustes á tu tío, BRAULIO.

P. D. Toda resolución debe ponerse pronto en práctica. Mañana pasa en un vapor á Valencia. De allí á Madrid todos los días hay diligencias.

Ernesto quedó como deslumbrado. Extranaba infinito tanta generosidad en hombre tan mezquino. La tardanza de su tío en contestar fue siempre para él presagio de una redonda negativa. Además; su padre le había insinuado siempre al bueno de don Braulio, la necesidad de que Ernesto pasase á Madrid, y su absoluta falta de recursos; y el buen tío jamás se había ablandado, contestando siempre: Puede ser piloto. ¡Oh, sublime milagro! ¡Oh, portentoso amor; qué buenos, qué santos son bajo tu influencia los hombres! No olvidemos que en el mundo andan unidos lo sublime y lo ridículo, para demostrarnos que si el infinito poder de Dios hizo del mundo un templo, la infinita miseria del hombre ha convertido ese templo en una inmunda taberna. Solo en la cúspide del templo, donde no han podido llegar nuestras manos brillan los rayos de oro del sol; solo en su bóveda no manchada por nuestro aliento vagan con suave y puro esplendor las místicas estrellas.

XVIII.

Ernesto volvió á leer la carta; y entonces involuntariamente vino triste dolor á su corazón, negro remordimiento á su conciencia, porque se acordó de María. Siempre la felicidad está mezclada con miel. Cuando llevamos á los labios la copa de la alegría no sabemos distinguir el dulce nectar del placer, del amargo breva de dolor.

Haremos poca justicia al corazón de Ernesto, sino dijésemos que entraba por mucho en su ánimo el deseo de elevar á su amante un día á levantado rango. Quería derramar á sus pies un tesoro, y ver como palidecían de envidia sus rivales. Hay almas que no se contentan solamente con la felicidad, sino que anhelan darla en espectáculo, para que la admiren las gentes. Ernesto tenía veinte años, edad en que lo pasado brilla con cambiantes de halagüeña luz, y con deslumbradores destellos centellea lo porvenir. Edad que da fe á ilusiones al corazón. No creais nunca, amadas lectoras, á esos jóvenes pedantes que se presentan lacrimosos con el corazón marchito, ostentando en la frente, en vez de la aureola de la felicidad, la corona de espinas del desengaño; no los creais, se necesita padecer las mas amargas decepciones, sufrir los embates mas terribles de la suerte, haber visto caer uno por uno en la tumba ó en el olvido á todos los seres que amamos, para caer en la desesperación, cuando la sangre hierve, cuando la fantasía despliega sus alas matizadas de mil risueños colores, cuando cada mujer es un hada, y comienza el alma á sentir el amor, y á perderse en los celajes del porvenir dorado por la ambición. ¡Cuántas digresiones! Ernesto lloró su amargo sacrificio, y desatando su barca entregóse en brazos del mar para que le llevase á do se hallaba su amada.

XIX.

Era don Pedro de Urgel un comerciante arruinado. Su hija María tan solo le quedaba de consuelo en el mundo. Su ruina había nacido de no mirar al norte del egoísmo para emprender sus negocios.

La conciencia es el mayor enemigo de todo ducho comerciante.

Solo medra el que arruina á los demás; el que no tiene los insuperables obstáculos de la honra y de la delicadeza. Si jugaba á la bolsa, no jugaba con avisos ciertos; si emprendía un negocio no llevaba la mira de ganar doscientos con uno de capital; si vendía no engañaba al comprador; y si prestaba no exigía el doble por su dinero; en fin, no era comerciante. Era un tonto. Así se denomina hoy por antonomasia á todas las gentes honradas. Cuando sus arcas estaban repletas le llamaban todos el Fouquet de Alicante; cuando quedaron vacías los mismos que las habían vaciado exclamaron: *Es un pobre diablo, se ha metido en lo que no entendía.* El mundo es el purgatorio; pero el mundo comercial es el infierno.

XX.

Advertencia.

Don Pedro temía mucho una quiebra que pudiese lastimar su honra. Era capaz hasta de sacrificar á su adorada hija en aras de su propio honor. Le espantaba, le martirizaba la idea tan solo de verse precisado á quebrar. ¡Y luego se llamaba comerciante!

XXI.

En la plaza de la Constitución de Alicante tenían algunos corredores y comerciantes el siguiente coloquio en su dialecto valenciano, que (entre paréntesis) es muy idóneo para la murmuración.

—Alerta; que don Braulio compra todos los créditos existentes contra don Pedro de Urgel.

—¡Contra don Pedro! Pues quedará lucido.

—Ese hombre se ha vuelto loco.

—Le ha trastornado el seso la horrible bailarina que galantea.

—¿Galantea á una bailarina?

—Es mas feo que Esopo, y mas enamorado que Cupido.

—Pero decidme, ¿no tenía otra querida en Madrid...?

—Tiene cien mil. ¡Como que le cuestan su dinero!

—Y como á él le cuesta tan poco el dinero.

—Vamos al asunto: que yo tengo créditos contra don Pedro, que ya los daba hasta por un ochavo; exclamó un panzudo comerciante.

No puedo creer que compre los créditos de ese hombre; que se ha retirado voluntariamente á la huerta por no poder sufrir á sus acreedores y por ocultar su torpeza.

—Si que es torpe!

—Y tonto.

—Y pródigo.

—Y capaz de trabajar hasta morir por satisfacer sus deudas.

—Pues no cabe duda, don Braulio compra los créditos.

—Pues entonces á venderlos.

—Como que no tiene de qué pagar don Pedro.

Ya se sabe; los hombres como las mujeres pasan murmurando el tiempo.

XXII.

Quando vió don Braulio que había reunido todos los créditos, exclamó:

—¡Soy feliz! Con estos papeles que nada valen voy á comprar mi felicidad. Después dirán los noveleros y los dramáticos que el amor es santa emanación del cielo; yo les probaré que amar, como todo, se reduce hoy día á papel. Con papel se ganan los corazones, caen los ministros, se aplaca la revolución; con papel se allanan las montañas. El papel moneda ha sustituido á la fe; y ha derrotado á la esperanza.

Apuesto, querido lector, á que no sabías que don Braulio era tan buen filósofo.

XXIII.

Apartemos nuestros ojos de tanta degradación; de tanta miseria. Hay momentos en que el alma se desespera y duda, cuando ve el mundo entregado al interés, el vicio y la ignorancia dominando como absolutos señores, la virtud escarnecida, premiados los mas viles sentimientos, y las muchedumbres sumidas en la barbarie, lamiendo gozosas las cadenas que arrojan á sus hombros los impotentes poderosos de la tierra.

Convirtamos nuestros ojos á la barca de Ernesto: que en el mundo debemos buscar el soplo de la poesía y del amor como busca cansado viajero en el desierto la brisa que le anima, la fuente que le refrigera.

La noche envolvía en su manto las solitarias playas. Ernesto atracó su pequeña barquichuela, y al compás de las olas entonó una canción amorosa. Aun se oía á lo lejos el eco repetido por las azuladas montañas, cuando María salió de su casa dirigiéndose hacia la barca.

—Ángel mio: temí no verte!

—Ya escuchaba ansiosa creyendo oír tu cantar: Me he engañado mil veces.

—¿Cuánto te amo, María! Estos momentos de poesía, de encanto, en que nuestras almas se comunican como si el soplo de la pasión hubiese desvanecido nuestros cuerpos; estas horas santísimas son los momentos de gloria que nos es dado adivinar en la tierra.

—Momentos que serán eternos, Ernesto; porque son momentos divinos.

—Si: yo siempre, María, te estoy mirando, siempre te estoy oyendo. Mis ojos han recogido con tanto afán los rayos de tus miradas, han escuchado mis oídos con tanto amor el eco de tus palabras que eres sin duda la luz que me guía en la tierra, la mágica armonía que endulza las melancólicas horas de mi existencia.

—¿Nos amaremos siempre?

—Siempre. ¿No está tu imagen grabada aquí en el corazón? ¿No tengo siempre tu nombre en los labios? ¿No guarda eternamente tu recuerdo la memoria? ¿Y tú me amas también?

—Si te amo; no sé decírtelo. Mira, todo cuanto nos rodea está lleno de tí. Parece que infinito como Dios te multiplicas para seguirme. Te apareces en la iglesia, centelleas en la lámpara que arde en el altar, te reflejas en la moribunda mirada del Salvador que guarda la cabecera de mi lecho, y en el campo, en el cáliz de las flores, en las errantes sombras de la noche te veo vagar cual si nunca de mi lado te apartaras.

—Y es María, que hemos perdido el polvo terrestre que la vida deposita en nuestro inmortal espíritu. El amor nos presta alas para volar á Dios. Reclinado en tus recuerdos, guiado por tu mirar, atravieso muchas veces en mis delirios los cielos.

La tierra huye bajo mis plantas, los astros como arena de oro se remueven al soplo de mi aliento; el sol pálido oscila como lámpara moribunda; y en el vacío, allí donde la vida se apaga, dejo mi vestidura mortal, purifico mi alma para penetrar en el santuario de la divinidad; y al soplo de lo infinito que me arrebató en sus alas, guiado por solitaria estrella que es tu imagen, me pierdo en el foco donde deben su luz los mundos; donde aprenden sus armonías los ángeles y veo que Dios es luz inefable é inefable amor. Y si el amor viene de Dios; si en su esencia es Dios mismo; ¿crees que morirá jamás? No: aquí en la tierra amor es poesía, es ciencia, es virtud, es arte, es el laurel de la gloria; en la muerte amor es bienaventuranza; amor es el mismo Dios.

—Ernesto, Ernesto; cuando no tenga esperanza de oírte, me moriré de pena.

—Tendrás mis cartas que te acompañarán en la soledad; mis palabras de esperanza que regocijarán tu corazón. Yo trabajaré con ansia, con fervor para labrar tu dicha.

—¿Y no hay medio de que te quedes?

—Ninguno. Mi padre me lo ordena; mi tío me ofrece su vivienda; mi corazón ansia triunfos para depositarlos á tus pies.

—Tu tío! ¡Qué hombre tan repugnante!

—No dependeré de él ni un día siquiera. Quiero independencia. Su casa la necesito solo para pasajera vivienda; porque mi alma no se doblega á recibir humillantes favores. La amarga situación de mi padre me ha obligado á pedir esa merced; que me ruboriza.

—Por fin abandonas estas playas, tan amadas de nuestro corazón.

—Por tu felicidad, María. ¿Con qué derecho puedo pedir tu mano?

—Me matará este sitio donde tantas veces he sido feliz.

—Recuerda como yo la pasada felicidad, y espera en lo porvenir.

—¿Qué voy á ser sin tí?

—¿Y yo? Allí sin padres, sin amigos, sin hermanos, sin tus palabras y sin tus miradas.

—No te olvides de la oración á la Virgen, Ernesto.

—Y tú no te olvides de orar por mí.

—¿Rezarás todos los días?

—Si, rezaré á la Virgen del Naufragio; para que extienda sobre mi cabeza su manto, para que me libre de los escollos del mundo como me ha libertado de los escollos del mar.

—¡Ay Ernesto! Si alguna vez en medio del murmullo de las gentes, que ahoga la voz de Dios no oyras la campana de la oración...

—No temas; porque tú me has enseñado á orar. Abandonado de mi madre al borde de la cuna, no había oído jamás mas rezo que el murmullo de las olas y el gorgojo del ruiseñor. Mi primera oración fue el Ave María, que tú me enseñaste en una noche de luna. Desde entonces tu nombre me recuerda siempre á la Virgen y cuando el crepúsculo extiende su dudosa luz, me postro en mi barca para saludar con amorosa oración á la Estrella de los mares.

—Virgen santa, exclamó María, con los ojos arrasados de lágrimas.

Protégelo.

—Ernesto, al ver á María, alzando sus brazos al cielo, al oír aquella su sencilla y amorosísima plegaria se postro en la arena cruzando sus manos. ¡Cuadro encantador! El mar, el cielo, la luna, las brisas, las oraciones de ambos amantes confundíendose como el aroma de las flores en el seno de la Divinidad, atraídos por el mismo sentimiento de amor y religión.

Concluida la oración y después de breve pausa dijo Ernesto.

XVII.

Después de algunos días recibió Ernesto una carta en estos términos concebida: Querido Ernesto: Con júbilo singular leí tu carta, en la cual me insinúas tu deseo de partir á Madrid. Apruebo tu resolución como dictada por esa tu noble inteligencia, que necesita espacio para volar con desahogo. En Madrid encontrarás tu casa en la mía y el cariño de tu tío te proporcionará todos los medios necesarios para que emprendas el viaje con aquella comodidad que corresponde á tu clase.

Manda cuanto gustes á tu tío, BRAULIO.

P. D. Toda resolución debe ponerse pronto en práctica. Mañana pasa en un vapor á Valencia. De allí á Madrid todos los días hay diligencias.

Ernesto quedó como deslumbrado. Extranaba infinito tanta generosidad en hombre tan mezquino. La tardanza de su tío en contestar fue siempre para él presagio de una redonda negativa. Además; su padre le había insinuado siempre al bueno de don Braulio, la necesidad de que Ernesto pasase á Madrid, y su absoluta falta de recursos; y el buen tío jamás se había ablandado, contestando siempre: Puede ser piloto. ¡Oh, sublime milagro! ¡Oh, portentoso amor; qué buenos, qué santos son bajo tu influencia los hombres! No olvidemos que en el mundo andan unidos lo sublime y lo ridículo, para demostrarnos que si el infinito poder de Dios hizo del mundo un templo, la infinita miseria del hombre ha convertido ese templo en una inmunda taberna. Solo en la cúspide del templo, donde no han podido llegar nuestras manos brillan los rayos de oro del sol; solo en su bóveda no manchada por nuestro aliento vagan con suave y puro esplendor las místicas estrellas.

XVIII.

Ernesto volvió á leer la carta; y entonces involuntariamente vino triste dolor á su corazón, negro remordimiento á su conciencia, porque se acordó de María. Siempre la felicidad está mezclada con hiel. Cuando llevamos á los labios la copa de la alegría no sabemos distinguir el dulce nectar del placer, del amargo breva de dolor.

Haremos poca justicia al corazón de Ernesto, sino dijésemos que entraba por mucho en su ánimo el deseo de elevar á su amante un día á levantado rango. Quería derramar á sus pies un tesoro, y ver como palidecían de envidia sus rivales. Hay almas que no se contentan solamente con la felicidad, sino que anhelan darla en espectáculo, para que la admiren las gentes. Ernesto tenía veinte años, edad en que lo pasado brilla con cambiantes de halagüeña luz, y con deslumbradores destellos centellea lo porvenir. Edad que da fe á ilusiones al corazón. No creais nunca, amadas lectoras, á esos jóvenes pedantes que se presentan lacrimosos con el corazón marchito, ostentando en la frente, en vez de la aureola de la felicidad, la corona de espinas del desengaño; no los creais, se necesita padecer las mas amargas decepciones, sufrir los embates mas terribles de la suerte, haber visto caer uno por uno en la tumba ó en el olvido á todos los seres que amamos, para caer en la desesperación, cuando la sangre hierve, cuando la fantasía despliega sus alas matizadas de mil risueños colores, cuando cada mujer es un hada, y comienza el alma á sentir el amor, y á perderse en los celajes del porvenir dorado por la ambición. ¡Cuántas digresiones! Ernesto lloró su amargo sacrificio, y desatando su barca entregóse en brazos del mar para que le llevase á do se hallaba su amada.

XIX.

Era don Pedro de Urgel un comerciante arruinado. Su hija María tan solo le quedaba de consuelo en el mundo. Su ruina había nacido de no mirar al norte del egoísmo para emprender sus negocios.

La conciencia es el mayor enemigo de todo ducho comerciante.

Solo medra el que arruina á los demás; el que no tiene los insuperables obstáculos de la honra y de la delicadeza. Si jugaba á la bolsa, no jugaba con avisos ciertos; si emprendía un negocio no llevaba la mira de ganar doscientos con uno de capital; si vendía no engañaba al comprador; y si prestaba no exigía el doble por su dinero; en fin, no era comerciante. Era un tonto. Así se denomina hoy por antonomasia á todas las gentes honradas. Cuando sus arcas estaban repletas le llamaban todos el Fouquet de Alicante; cuando quedaron vacías los mismos que las habían vaciado exclamaron: *Es un pobre diablo, se ha metido en lo que no entendía.* El mundo es el purgatorio; pero el mundo comercial es el infierno.

XX.

Advertencia.

Don Pedro temía mucho una quiebra que pudiese lastimar su honra. Era capaz hasta de sacrificar á su adorada hija en aras de su propio honor. Le espantaba, le martirizaba la idea tan solo de verse precisado á quebrar. ¡Y luego se llamaba comerciante!

XXI.

En la plaza de la Constitución de Alicante tenían algunos corredores y comerciantes el siguiente coloquio en su dialecto valenciano, que (entre paréntesis) es muy idóneo para la murmuración.

—Alerta; que don Braulio compra todos los créditos existentes contra don Pedro de Urgel.

—¡Contra don Pedro! Pues quedará lucido.

—Ese hombre se ha vuelto loco.

—Le ha trastornado el seso la horrible bailarina que galantea.

—¿Galantea á una bailarina?

—Es mas feo que Esopo, y mas enamorado que Cupido.

—Pero decidme, ¿no tenía otra querida en Madrid...?

—Tiene cien mil. ¡Como que le cuestan su dinero!

—Y como á él le cuesta tan poco el dinero.

—Vamos al asunto: que yo tengo créditos contra don Pedro, que ya los daba hasta por un ochavo; exclamó un panzudo comerciante.

No puedo creer que compre los créditos de ese hombre; que se ha retirado voluntariamente á la huerta por no poder sufrir á sus acreedores y por ocultar su torpeza.

—Si que es torpe!

—Y tonto.

—Y pródigo.

—Y capaz de trabajar hasta morir por satisfacer sus deudas.

—Pues no cabe duda, don Braulio compra los créditos.

—Pues entonces á venderlos.

—Como que no tiene de qué pagar don Pedro.

Ya se sabe; los hombres como las mujeres pasan murmurando el tiempo.

XXII.

Quando vió don Braulio que había reunido todos los créditos, exclamó:

—¡Soy feliz! Con estos papeles que nada valen voy á comprar mi felicidad. Después dirán los noveleros y los dramáticos que el amor es santa emanación del cielo; yo les probaré que amar, como todo, se reduce hoy día á papel. Con papel se ganan los corazones, caen los ministros, se aplaca la revolución; con papel se allanan las montañas. El papel moneda ha sustituido á la fe; y ha derrotado á la esperanza.

Apuesto, querido lector, á que no sabías que don Braulio era tan buen filósofo.

XXIII.

Apartemos nuestros ojos de tanta degradación; de tanta miseria. Hay momentos en que el alma se desespera y duda, cuando ve el mundo entregado al interés, el vicio y la ignorancia dominando como absolutos señores, la virtud escarnecida, premiados los mas viles sentimientos, y las muchedumbres sumidas en la barbarie, lamiendo gozosas las cadenas que arrojan á sus hombros los impotentes poderosos de la tierra.

Convirtamos nuestros ojos á la barca de Ernesto: que en el mundo debemos buscar el soplo de la poesía y del amor como busca cansado viajero en el desierto la brisa que le anima, la fuente que le refrigera.

La noche envolvía en su manto las solitarias playas. Ernesto atracó su pequeña barquichuela, y al compás de las olas entonó una canción amorosa. Aun se oía á lo lejos el eco repetido por las azuladas montañas, cuando María salió de su casa dirigiéndose hacia la barca.

—Ángel mio: temí no verte!

—Ya escuchaba ansiosa creyendo oír tu cantar: Me he engañado mil veces.

—¿Cuánto te amo, María! Estos momentos de poesía, de encanto, en que nuestras almas se comunican como si el soplo de la pasión hubiese desvanecido nuestros cuerpos; estas horas santísimas son los momentos de gloria que nos es dado adivinar en la tierra.

—Momentos que serán eternos, Ernesto; porque son momentos divinos.

—Si: yo siempre, María, te estoy mirando, siempre te estoy oyendo. Mis ojos han recogido con tanto afán los rayos de tus miradas, han escuchado mis oídos con tanto amor el eco de tus palabras que eres sin duda la luz que me guía en la tierra, la mágica armonía que endulza las melancólicas horas de mi existencia.

—¿Nos amaremos siempre?

—Siempre. ¿No está tu imagen grabada aquí en el corazón? ¿No tengo siempre tu nombre en los labios? ¿No guarda eternamente tu recuerdo la memoria? ¿Y tú me amas también?

—Si te amo; no sé decírtelo. Mira, todo cuanto nos rodea está lleno de tí. Parece que infinito como Dios te multiplicas para seguirme. Te apareces en la iglesia, centelleas en la lámpara que arde en el altar, te reflejas en la moribunda mirada del Salvador que guarda la cabecera de mi lecho, y en el campo, en el cáliz de las flores, en las errantes sombras de la noche te veo vagar cual si nunca de mi lado te apartaras.

—Y es María, que hemos perdido el polvo terrestre que la vida deposita en nuestro inmortal espíritu. El amor nos presta alas para volar á Dios. Reclinado en tus recuerdos, guiado por tu mirar, atravieso muchas veces en mis delirios los cielos.

La tierra huye bajo mis plantas, los astros como arena de oro se remueven al soplo de mi aliento; el sol pálido oscila como lámpara moribunda; y en el vacío, allí donde la vida se apaga, dejo mi vestidura mortal, purifico mi alma para penetrar en el santuario de la divinidad; y al soplo de lo infinito que me arrebató en sus alas, guiado por solitaria estrella que es tu imagen, me pierdo en el foco donde deben su luz los mundos; donde aprenden sus armonías los ángeles y veo que Dios es luz inefable é inefable amor. Y si el amor viene de Dios; si en su esencia es Dios mismo; ¿crees que morirá jamás? No: aquí en la tierra amor es poesía, es ciencia, es virtud, es arte, es el laurel de la gloria; en la muerte amor es bienaventuranza; amor es el mismo Dios.

—Ernesto, Ernesto; cuando no tenga esperanza de oírte, me moriré de pena.

—Tendrás mis cartas que te acompañarán en la soledad; mis palabras de esperanza que regocijarán tu corazón. Yo trabajaré con ansia, con fervor para labrar tu dicha.

—¿Y no hay medio de que te quedes?

—Ninguno. Mi padre me lo ordena; mi tío me ofrece su vivienda; mi corazón ansia triunfos para depositarlos á tus pies.

—Tu tío! ¡Qué hombre tan repugnante!

—No dependeré de él ni un día siquiera. Quiero independencia. Su casa la necesito solo para pasajera vivienda; porque mi alma no se doblega á recibir humillantes favores. La amarga situación de mi padre me ha obligado á pedir esa merced; que me ruboriza.

—Por fin abandonas estas playas, tan amadas de nuestro corazón.

—Por tu felicidad, María. ¿Con qué derecho puedo pedir tu mano?

—Me matará este sitio donde tantas veces he sido feliz.

—Recuerda como yo la pasada felicidad, y espera en lo porvenir.

—¿Qué voy á ser sin tí?

—¿Y yo? Allí sin padres, sin amigos, sin hermanos, sin tus palabras y sin tus miradas.

—No te olvides de la oración á la Virgen, Ernesto.

—Y tú no te olvides de orar por mí.

—¿Rezarás todos los días?

—Si, rezaré á la Virgen del Naufragio; para que extienda sobre mi cabeza su manto, para que me libre de los escollos del mundo como me ha libertado de los escollos del mar.

—¡Ay Ernesto! Si alguna vez en medio del murmullo de las gentes, que ahoga la voz de Dios no oyras la campana de la oración...

—No temas; porque tú me has enseñado á orar. Abandonado de mi madre al borde de la cuna, no había oído jamás mas rezo que el murmullo de las olas y el gorgojo del ruiseñor. Mi primera oración fue el Ave María, que tú me enseñaste en una noche de luna. Desde entonces tu nombre me recuerda siempre á la Virgen y cuando el crepúsculo extiende su dudosa luz, me postro en mi barca para saludar con amorosa oración á la Estrella de los mares.

—Virgen santa, exclamó María, con los ojos arrasados de lágrimas.

Protégelo.

—Ernesto, al ver á María, alzando sus brazos al cielo, al oír aquella su sencilla y amorosísima plegaria se postro en la arena cruzando sus manos. ¡Cuadro encantador! El mar, el cielo, la luna, las brisas, las oraciones de ambos amantes confundíendose como el aroma de las flores en el seno de la Divinidad, atraídos por el mismo sentimiento de amor y religión.

Concluida la oración y después de breve pausa dijo Ernesto.

—Mi partida es mañana.
—¡Mañana! Cuan pronto la desgracia nos amenaza.

—Nuestra despedida debe ser ahora mismo.
—Ernesto, Ernesto..... pudo decir tan solo María, porque los sollozos ahogaban su voz. El corazón de Ernesto se partía en mil pedazos.

—Mira. No te aflijas. En la vida es necesario pasar por la desgracia para alcanzar un aliento de felicidad. Después de esta separación momentánea, nuestros corazones se unirán y vivirán unidos por toda una eternidad;..... y el joven señaló con magestad á los cielos.

María se enjugó las lágrimas y señaló la barca. Ernesto cerró los ojos como demente, y corriendo se lanzó á la barca.

La desgraciada joven no separaba su vista de aquel punto negro que se iba alejando, y del pañuelo de Ernesto, que veía flotar á la luz de la luna como blanca y leve nube. ¡Cuántos pensamientos pasaron por su mente! ¡Cuántos dolores vertieron amarga hiel en su afligido corazón! A sus ojos aquel mar era el abismo de la eternidad, en el cual se sumergía Ernesto. Hay dolores que se sienten y no se pintan, dolores que arrancan lágrimas de hiel, y anublan los ojos, y turban la cabeza, y ahogan y sin embargo no matan. Hay dolores que la muerte consolara, pero la muerte es nuestra mas implacable enemiga, y prefiere sorprendernos en la hora de nuestros festines.

Al volver á su casa dió María un grito de espanto. Le parecía haber visto un monstruo mitológico oculto en la espesura.

A la luz de la luna su fascinación le pintó un mono con pico de cigüeña, y en traje de hombre. Era don Braulio. Su usura malicia le hizo sospechar que Ernesto debía despedirse de su amada aquella misma noche. Se encaminó á casa de María, y oculto en el follaje la siguió para enterarse de la naturaleza de los amores de María y Ernesto.

Cuando vió al joven huir llorando á su barca, y á María arrodillarse en la arena, no pudo contener la risa.

—¡Pardiez! ¡Qué amores tan platónicos! Decía para sí. (Era muy aficionado á los monólogos).

No tuvo celos porque solo los hubiera tenido en caso de haberlos visto envueltos en una nube de voluptuosidad y de goces.

Aunque á tan villano sentimiento, si es que sentimiento puede llamarse, no debe darse nunca el noble nombre de celos.

Así continuó en su regreso á Alicante.

—¡Pues aprovecha bien mi soledad! Allí han hablado de arroyos, de fuentes, de poesía, de los ángeles, de Dios, de todo, y en sustancia de nada. Parecía la conversacion de una monja y un ermitaño. Amor tan puro no puede ofender ni aun al mas escrupuloso marido. María cenará siempre á las sienes de su esposo coronas de jazmines y azucenas. ¡Tanto mejor! Así me ahorro el gasto de jardín. Con los medios que voy á poner en práctica es cosa indudable mi enlace con María.

No saben ambos la red que les preparo.

XXIV.

Los tristes negocios ahogaban á don Pedro de Urgel. Con el dinero tomado á don Braulio acababa de consumir su ruina. Sentado en su gabinete, después de haberse aburrido, agrupando números que solo demostraban la pobreza de su caja, y su angustioso estado; abrió la Biblia y fue leyendo los siguientes pensamientos de Job, que parecían escritos para su amargado corazón.

«Si anduve, y se precipitó sobre la mentira mi pie que se me pese en balanzas justas, y conocerá Dios mi rectitud. Si extendí mi paso fuera del camino, y ven pos de mis ojos fué mi corazón, ó á mis manos se pegó algo, siembre yo y otro coma; y mis retoños sean arrancados.»

«Si desestimé la justicia de mi sirviente ó de mi esclava al litigar ellos conmigo. Si prohibí algo de lo que querían los pobres, ó los ojos de la viuda deprimí, ó comí mi torta solo, y no comió el indigente de ella. Si vi alguno que perecía por falta de vestido ó sin cubierta al menesteroso.»

—¡Oh Dios mio, Dios mio, exclamó don Pedro, hice bien á todos los desgraciados, y como este infeliz, cuyas quejas llegan á mí al través de los siglos he recogido cosechas de espinas, y soy ahora escarnio de los hombres!

XXV.

Al día siguiente amaneció el cielo despejado y sereno el mar. Un suave aliento de las costas africanas rizaba las olas. El vapor se mecía en el puerto en medio de innumerables barquichuelos que iban y venían, llevando equipajes, transportando á bordo ó á tierra innumerables pasajeros. Las azuladas costas bañadas por el sol se sonreían con esa alegría indefinible que la transparente, y pura atmósfera, lo suave de los vientos, lo risueño de las campiñas difunde por los felices climas meridionales. Alicante desde el vapor presenta mágico aspecto. Recostada la ciudad en la falda de elevado castillo, parece un centinela que guarda los mares y aprisiona los vientos. Aquel monte aislado, fecundo para la guerra, estéril para la naturaleza, infunde un sentimiento de tristeza, porque las arenosas playas que le circundan ornadas con algunas palmeras son también áridas como las rocas que sostiene el gigantesco castillo. Parece imposible que tan cerca se encuentre la hermosa huerta de innumerables palacios y de infinitos jardines. Alicante, sin embargo, se ha ornado para entretejer lazos con que aprisionar al viajero. Las ciudades de las costas tienen mas gracia, mas coquetería que las ciudades del interior, y es porque á su seno van viajeros de todo el mundo, y necesita dejar en su ánimo gratos y apacibles recuerdos. Por eso la ciudad para contrastar el ánimo abatido con el aspecto guerrero, se ha ornado de flores, tejiendo para su sien una diadema, y en medio de aquellas azoteas tan esmaltadas, son dignas de verse las hermosísimas mariposas alicantinas, gala la mas bella, la mas deslumbradora de la meridional ciudad.

A las cuatro de la tarde el vapor se mecía con mas fuerza como si sacudiese su profundo sueño. Algunas bocanadas de humo salían de su vientre como si bostezase soñoliento. Las barcas le rodeaban, parecían una banda de polluelos en torno de gigantesco cetáceo. Suspiraba el mar, llorando tal vez por la partida de alguno de sus hijos.

Un joven apoyado en la proa del barco, miraba á la isla de Tabarca con los ojos arrasados de lágrimas. Era Ernesto. Lloraba sí, porque es imposible mirar con serena frente en el momento de partir, los lugares testigos de nuestra inocencia, la veleta del campanario, y la sombra de la iglesia que recogió las primeras oraciones de nuestro pecho, la playa que hollaron siempre nuestros pies, el patrio techo donde se mecía la cuna que nos abrigaba, y vivió la madre que nos sonreía, y los campos por donde corrimos, en pos de un nido, persiguiendo á una pintada mariposa.

El vapor empezó á volar sobre las ondas. Entonces

sufrió Ernesto un vahido, y parecía que el viento de la fortuna se arrebatara en sus alas. A la izquierda comenzó á desplegarse la huerta. María desde una ventana de su casa tendía sus brazos al mar. Ernesto sintió que le traspasaban el corazón, que le arrancaban el alma. En medio de aquella risueña campiña que todos admiraban, dejaba él sus amores, su felicidad, sus ilusiones y la esperanza de su oscuro porvenir. Sintió un vahido como si el mundo se hubiera alejado de su alma, ó como si su alma se hubiera alejado del mundo. Dejó de oír el suspiro de las olas, los gritos de los marineros, el sordo hervidero del vapor, el reclinar de las máquinas, y solo delante de María juró amarla por toda una eternidad, y morir de amor antes que olvidar al ángel de su existencia, á la mujer que le habia inspirado sus dulces cantares, y enseñándole á orar le habia hecho poeta.

Se nos olvidaba decir que en la cámara de las señoras habia una mujer vestida de negro. Seria la sombra de Ernesto.

XXVI.

Así que vió don Braulio alejarse á su sobrino, respiró; le parecía que su dicha era completa, y que su deseo estaba ya realizado y satisfecha su brutal pasión. Al siguiente día se encaminó á casa de don Pedro. María tenia una horrible repugnancia á semejante monstruo; así es que á pesar de sus numerosos cumplidos y reverentes cortesías no logró don Braulio oír de sus labios mas que entrecortados monosílabos.

—Buenos días, don Pedro, como nos encontramos de negocios.

—He pasado la noche buscando medios para aplacar mi suerte y no he hallado ninguno.

—A veces donde menos se piensa salta la liebre.

—Para mí todo se ha agotado, hasta la esperanza; esa fuente de consuelos inagotable.

—¿Todo? pues haceis muy mal.

—Hago mal, ¿y qué hacer? Mañana vendrán mis acreedores, les mostraré mis arcas vacías y me insultarán; les pediré un plazo y me arrojarán á la calle.

—Es verdad que en situación tan apurada no se halla remedio. Don Braulio queria apurar mas á don Pedro para conseguir sus fines particulares.

—Después no podré presentarme delante de los hombres. Todos los que me han estafado, me tratarán de estafador; todos los que me han vendido me llamarán embustero. Si me muero de hambre dirán que saqué el dinero que me han rendido mis empresas comerciales. Mi ciencia ha consistido en arruinarme; en dispendiar los caudales de mis padres, y la fortuna de mi propia hija.

—Y después el honor...

—¡Oh! el honor. Las manchas que caen en el honor solo puede borrarlas el aliento de la muerte.

—¡Que hombre tan tonto! dijo para sí don Braulio.

—Cuando no podemos presentar el escudo de la honra; cuando á los ojos del mundo somos viles, porque la desgracia es villanía; cuando no está en nuestras manos acallar las murmuraciones de las gentes, y todos nos maldicen, y nos miran todos con torvos ojos, es preciso acudir á la muerte porque la tierra nos rechaza.

—O á la soledad, ó á la emigración... Una quiebra es cosa muy puesta en uso.

—Una quiebra es cosa espantosa porque quiebra el honor.

—Cuando es de buena fe...

—¿Y suponeis por ventura que el mundo cree ya en quiebras de buena fe?

—Pero el que no tiene hijos... murmuró don Braulio.

lio, tocando en la llaga del corazón de don Pedro
—¡Hija mia! ¡hija mia! Mas te valiera no haber conocido padres que tener un padre tan miserable. Mi hija; el único consuelo de mis desdichas, se ve expuesta á la horfandad, á la miseria...

—No; las mujeres siempre tienen recursos para no morir de hambre.

—¿Qué decis? ¿qué palabras habeis pronunciado? Explicadme esa palabra, sino quereis que á pesar de mis achaques os salte la tapa de los sesos.

—No es alarmeis. Quise decir que vuestra hija es hermosa y que puede encontrar un buen marido.

—No tiene dote. En el mundo los casamientos son ya contratos. Los hombres no aman. Dios, al verlos tan miserables; tan indignos, ha apagado en sus cancerosos pechos la luz purísima del amor.

—Pero siempre se ven excepciones...

—¡Que son rarísimas. Antes iban nuestros padres en peregrinación á visitar el Santo Sepulcro; hoy vamos á las magníficas exposiciones de Londres en pos de una butaca-cama para asentarnos con mayor comodidad.

No hay sentimientos sino cálculos; no hay pasión que no sea sensual, ni hombre que no sea materialista.

—¡Ya! ¡ya! murmuraba entre dientes don Braulio. Este hombre erró la vocación; debía haber sido misionero.

—¿Qué hacer? Dios mio. ¿Qué hacer? exclamaba fuera de sí don Pedro, golpeándose la frente.

—Vuestra situación es desesperada; pero yo os propongo salvaros...

—Salvarme de la deshonra; de la muerte. ¡Salvar á mi hija!

—Todos vuestros créditos son míos. Los rompo con una condicion...

—¿De veras? Decidmela si no es afrentosa. Imponedme condicion; pero dadme tiempo para pagar.

—Que... no, mañana. Quedad con Dios.

Y salió don Braulio del aposento.

—¿Será cierto? ¿será cierto? ¡María, María!

XXVII.

—¿Qué mandáis, padre mio?

—Siéntate á mi lado que quiero verte con mis ojos, porque eres tan hermosa, alma mia, que regocijas el corazón de tu padre.

—¡Cuánto me alegro de veros feliz. Estábais tan triste.

—Si estaba triste porque temia que la deshonra empañase nuestras frentes; porque dudaba si debía sufrir con resignación los males que se agolpaban sobre nosotros.

—¡Padre mio!

—Hay dolores, hija mia, que gastan la naturaleza. El cuerpo como es de arcilla no puede sufrirlas, y se rompe estrellándose contra el dolor.

—Si, hay dolores crueles.

—Ojalá no los conozcas nunca, hija mia, porque tú eres una niña y nada has padecido.

—Nada, nada... dijo amargamente María.

—No puede pronunciar el labio lo que ha sufrido el corazón... ¡Hubieras sido muy desgraciada, y mas desgraciado aun tu padre; si Dios no nos hubiera enviado un protector.

—¡Un protector!

—Si, hija mia, sí, y para que veas cuánto he sufrido te diré tan solo que mil veces he acariciado con gusto la idea del suicidio.

—¡Padre! ¡Que horror!

—Es horrible, ¿no es verdad? La manía del sui-

cidio suele ser una enfermedad espantosa, hija mía; una enfermedad del corazón que la ciencia no puede curar, y tu padre la ha sufrido en muchas ocasiones de su vida, y al borde del precipicio la misericordia divina le ha salvado.

—¿Y quién es ese protector?

—Don Braulio.

—¿Dios mío!

—¿Qué tienes?

—Me horroriza ese hombre.

—¿Por qué?

—No sé.

—Si, tienes razón, es usurero.

Y padre é hija quedaron sumidos en el mas profundo silencio; para las almas grandes y generosas es penoso creer en la maldad y en la bajeza.

—Tal vez haya Dios tocado á su corazón dijo don Pedro.

—Esperemos... añadió María por no desconsolar á su padre.

—Si, esperemos, dijo don Pedro con amarga sonrisa.

XXVIII.

María no podía separar de su memoria el recuerdo de su adorado Ernesto. Le amaba con el primer amor de su corazón, y veía en él todas las dotes sobrenaturales que el alma se recrea en dar á los seres, objetos de su amor. Sus cantares resonaban en los oídos de la tierna jóven como preludio del cielo; sus palabras guardadas en el corazón venían á su mente en alas de sonrosados recuerdos, y sus promesas de amor y felicidad tenían con deslumbradora luz los días del porvenir. María después de la entrevista con su padre, cuando ya había venido la noche paseaba como siempre sola á orillas del mar. Cuando miraba la vasta extensión del Mediterráneo y recordaba que la barca de Ernesto no se mecería ya en sus olas, le asaltaba el dolor, y amargas lágrimas brotaban de sus ojos. Se reclinaba en el peñasco, recogía las flores que habían hollado sus plantas, y sentía que el aire hubiese borrado sus huellas de la arena.

María no pensó que el mundo físico está modelado á semejanza del mundo moral; y que en el tempestuoso mar de la vida el viento del olvido suele borrar los recuerdos del amor. No pensó tampoco que el alma es movible como el Océano, y que hoy refleja los recuerdos de ayer, y mañana es un abismo, dondese hunde lo pasado. Su virginal inocencia le inspiraba fe en el porvenir. ¡Infeliz! Sentada al borde de la vida, las brisas de amorosas ilusiones agitaban sus cabellos, y la esperanza se desplegaba con sus mil matices, encubriendo á sus ojos despenaderos, por do se arrastra el corazón. No sabía que en el mundo hay olvido para los recuerdos; desprecio para las mas altas pasiones; vicios que manchan el alma, y que do fingimos encontrar la felicidad se halla escondida la muerte. Para qué este afán, si sabemos que todas nuestras aspiraciones han de ser engañadas y burladas todos nuestros deseos? Ni nos arredra el ejemplo, ni nos detiene el inmenso clamoreo de los siglos sepultados á nuestros pies. ¿Hay gloria en el mundo?

La tierra ignora ya el nombre de Homero. ¿Hay amor? El mar de Leucades llorará eternamente la impiedad del corazón humano. ¿Hay grandeza? Preguntádselo á España, á la señora de dos mundos. ¿De qué sirven los recuerdos y las reliquias de los grandes hombres? La corona de Carlo-Magno pesa hoy sobre las sienes del Napoleón el Pequeño. ¿Qué horrible parodia!

Siempre andamos extraviándonos. Imagen fiel de la vida, este libro es un continuado extravío.

Decíamos que María se paseaba sola á orillas del mar.

Al reclinarse en el peñasco donde esperaba á Ernesto, oyó agria voz que la decía:

—¿María!

Volvióse azorada y vió á don Braulio.

—María, quería hablaros.

—¿A mí, señor?

—Si, á vos, María; porque de vos depende la salvación del que os ha dado el ser.

—No os comprendo.

—Me explicaré claramente.

—Vuestro padre está arruinado. Las deudas que sobre él pesan son superiores á sus recursos y superiores á sus fuerzas. Deseoso de pagar á todos se ha comprometido con todos y su casa es un laberinto; de donde puede salir con las manos vacías y la frente señalada con el sello de la deshonra.

—Lo sé.

—Sabeis tambien que aquí no paran los males. La desgracia en el mundo es perseguida, es insultada. Vuestro padre tiene un corazón muy débil; uno de esos corazones que sucumben fácilmente á la desgracia. Le mataría el verse acosado por sus acreedores; el contemplar su casa hecha presa de la ruinosa justicia; el oír la mofa que de su honradez harían las gentes, el...

—¿Ay Dios mío, teneis razón!

—Y después de perder su fortuna, ó perdería el juicio ó... acaso perdería la vida...

—Si, si; lo conozco: nuestra situación es desesperante, exclamó María, vertiendo amargas lágrimas.

—Qué triste debe ser para una hija ver á su amoroso, á su buen padre amargado por los mas horribles dolores; perdido su juicio, arrastrando la cadena de todas las desgracias; y si esa hija es cristiana, si piensa que la desesperación arrastra al suicidio, y el suicidio á la perdición eterna...

—Callad, por Dios, que me desgarráis el alma.

—No, María, vengo á salvaros. Si vos quereis podéis pagar las deudas de vuestro padre. Con solo pronunciar una palabra conjuráis todos los males. Con un sí despejáis el negro horizonte de ese encapotado porvenir.

—¿Qué he de querer? ¿Qué he de decir?

—María; yo os amo, y puedo salvar á vuestro padre, dijo arrojándose á sus pies.

La jóven retrocedió como si hubiese visto una víbora que se arrastraba á sus plantas. Aquella declaración la hirió mortalmente, y pálida, desencajada, ni profería palabras ni tenía fuerza para salir de tan horrible situación.

—Si, María. Abrid esos labios y los créditos de vuestro padre serán rasgados, dadme un sí y os vereis rodeada de riquezas, nadando en el lujo y en la felicidad. Las reinas envidiarán vuestros diamantes, el sol mismo palidecerá eclipsado por el oro que arrojaré á vuestras plantas.

—Callad, no me insulteis. ¿He de vender mi corazón al oro de un avaro? ¿He de prostituir mi vida á un bastardo capricho? Callad: que vuestras palabras me afrentan. Nunca, nunca... Antes morir mil veces.

—Vos no morireis, que morirá vuestro padre. Mañana le arrojarán ignominiosamente de su casa. Mañana llamará á las puertas de sus amigos para pedir una limosna, y los amigos son siempre sordos á la voz del infortunio.

—Viviremos en una choza alejados del mundo. Dios nos sostendrá. Nunca falta su providencia al desvalido.

—Esas son ideas poéticas; que tal vez os haya imbuido mi romancesco sobrino. Idos á esa choza. El frío perseguirá á vuestro padre. El hambre, amaratando sus labios, secando su paladar, le causará los mas acerbos dolores. Y cuando vea que el bien que hizo se ha convertido en su desgracia, que sus favorecidos le

abandonan, regalándose en sus orgias con los favores que él les ha dispensado; cuando sienta que por haber sido bueno y justo, muere presa del hambre y de la sed; maldecirá su existencia y renegará de Dios.

—Sois una víbora, que escupis veneno á mi frente.

—Y vos os sonreireis triunfante; porque habeis contribuido al asesinato de vuestro padre. Y cuando le veais palidecer y morir os reireis de sus padecimientos, y de su muerte, sin que os inspire la conciencia ningun remordimiento.

—No, mi padre es jóven.

—Su juventud le mata. Hay épocas en la vida en que la sangre hierve tanto que nos ahoga y el corazón padece tanto que nos mata. ¿No sabeis otro secreto terrible? Vuestro padre ha padecido siempre de la manía del suicidio.

—¿Quién sois, hombre funesto, que así me martirizais?

—Soy tu salvación ó tu ruina. Yo siento aquí en el pecho una pasión tan grande, un afán tan interno... María, te amo tanto, que si me desprecias voy á ser el mas perverso de los hombres.

—Si yo no puedo amaros, si mi alma no me pertenece, dijo María profundamente conmovida de compasión por aquel hombre. Era tan buena, que el ver una sombra de padecimiento en aquel hombre, maldiciente por sus vicios, horrible por naturaleza, jadeante entonces de rabia, iluminado por la torva luz de sus brutales pasiones, no le inspiraba odio, sino lástima.

—Nada quiero saber; nada mas que me desecheis de tus pies. Bien, puedo perseguir á tu padre por estafador; por haberme pedido dinero cuando no tenía con qué pagarlo, y tendré el placer de oírlo mugir de rabia en una cárcel, de verlo amanecer algun día colgado de la reja de su calabozo.

—Estais loco. Solo una espantosa demencia puede inspiraros esas terribles palabras.

—Tú, tú... después verás indiferente esa desgracia. No, aunque tienes entrañas de hiena. Tu padre se suicidará porque las manías nunca se curan. Cuando vayas á llevarle el pan de la miseria á la cárcel, le encontrarás ahogado, agonizante; maldiciendo á los hombres y á Dios. Cuando quieras buscar su sepulcro no le encontrarás; porque para los suicidios no hay sepultura. Cuando á Dios quieras encomendarlo, el rezo se helará en tus labios, acordándote de que padece los tormentos eternos, con que Dios castiga á los malvados. Entonces te ahogará la pena, el remordimiento; porque pudiste darle vida, y le mataste, y porque pudiste, haciéndole feliz, darle el cielo, y le condenaste para siempre.

—¿Qué horror! exclamó María temblando y fuera de sí.

—Y sacrificar á tu padre en aras de tu loco amante, un hombre que te abandona por los placeres voluptuosos de la corte. Le prefieres á mí; porque es hermoso y yo soy deforme; porque su cabello es negro y rizado, y el mío no; porque huele su aliento á ámbar y mi aliento huele á hiel; porque él te habla de novelas y poesía, y yo te hablo de la amarguísima verdad; le prefieres porque sensual como toda mujer te paras en las formas del hombre, y no en su alma.

—¿En su alma decís? ¿Si tuvierais el alma de Ernesto me martirizariais así? ¿os complaceriais en atormentar al desgraciado?

—¿Vos que bebeis gota á gota el sudor del pobre, dejándole desnudo y hambriento para amontonar el oro que me ofrecéis. Vos, que pasais la vida buscando la desgracia no para consolarla, sino para explotarla en vuestro provecho; vos, que os recreais pintando el dolor y la miseria, os comparais con el que se arroja para salvar al naufrago, que comparte con el huérfano la mitad de su sustento, que trabaja para consolar

al que padece y que llora con todos los que lloran? El me habla del cielo es verdad; pero vos me ofrecéis oro, como si el oro pudiese engañar mi corazón.

—¡Venganza! ¡venganza! exclamó don Braulio, rugiendo desesperado y alejándose de do María estaba. La jóven sobrecogida de espanto echó á correr desalentada hácia su casa y entrando en su gabinete se dejó caer sobre su lecho deshecha en amargas lágrimas.

XXIX.

Don Braulio se dió prisa á ejecutar su venganza. No durmió en toda la noche saboreando el placer de arrastrar á María hasta la puerta de su casa, y arrojarla de ella ignominiosamente. Gozabase ya en pintar los dolores que traspasarían el pecho de don Pedro cuando se viese maltratado por su único acreedor. Sabía que nadie, absolutamente nadie, tendería al infeliz una mano amiga. Si hubiera sido de mala fe su quiebra, á buen seguro que le faltaran protectores en el comercio; pero un hombre tan honrado no era digno de compasión, ni acreedor á ningun remedio.

Está muy bien montado nuestro mundo. Honor hace al talento humano esta sociedad en que vivimos. Todos los que en el mal ponen sus ojos se asocian para realizar sus perversos designios. Para el bien nadie se asocia. Los esfuerzos aislados del individuo chocan contra el torrente universal, que se rie de todos los que proponen medios para consolar al infeliz.

¿Y si fuera tan solo reírse! Hablad de la miseria que cunde como plaga en las grandes y pequeñas poblaciones; de medios para aliviar la desgracia del pobre y hacerle mas productivo su trabajo, y al momento vereis como los grandes guindillas de esta sociedad humana, fundada en la desconfianza os echan el guante y os aprisionan por conspirador, por revolucionario. Me parece que estoy viendo la sinistra pluma del censor arrojando una línea de negra tinta sobre esos renglones.

Porque habeis de saber que en el siglo xix después de la gran revolución en que el hombre resolvió sus derechos torpemente borrados por el libro de la historia por el orgullo de sus señores; después que la libertad del pensamiento ha sido consignada por todos los filósofos, reconocida por todos los hombres, aquí tenemos un censor encargado de celar esto que escribo y borrar mis papeles y tachar lo que le parezca y descubrir ilusiones que no existen y (*) si pasa esto, ya os diré cosas mejores.

Volvamos á don Braulio, que en el feo y en lo perverso es imagen abreviada del mundo.

Así que amaneció el nuevo día, se levantó y dispuso todos sus papeles. Ya hemos dicho que era dado á los monólogos. Como á nadie amaba, con nadie tenía confianza, y con nadie hablaba.

—¿María! O tu padre ó Ernesto. Ya veremos si eres tan virtuosa como dicen las gentes. ¿Virtuosa? Como si en el mundo la caridad, ostentación; la modestia, orgullo; la sabiduría petulancia; el amor, egoísmo. ¿Decirme á mí que en el mundo no hacen todos lo que yo hago! Si Ernesto no da dinero á usura es porque no tiene dinero. Si María no vende á Ernesto por el oro que yo le ofrezco, es porque yo soy horrible.

Y don Braulio arrojó una carcajada épileptica.

XXX.

Cuanto mas se aproximaba don Braulio á casa de don Pedro, mas creía su reconcentrado furor.

(*) No olvide el lector el tiempo en que se escribió la novela.

A la puerta de la blanca casa vió á María entretenida en hojear un libro.

—Señorita. Pregunto por vuestro padre.

—¡Oh! Haced el favor de volver. Está descansando. No ha dormido en toda la noche, dijo María con humilde y amargado acento.

—¡Duerme, cuando está cargado de deudas! Mejor sería que pensase en adquirir dinero para pagar sus deudas.

—Caballero. Nadie tiene derecho á insultar á un hombre de honor delante de una mujer, que no pue-

de vengarlo. Eso solo lo hace la torpe cobardía, ó la suprema infamia.

—Dejemos todo esto á un lado. Quiero verle, lo mando, y ya sabéis que tengo derecho para mandarlo, como que es mía esta casa. María se cubrió el rostro con las manos. Don Braulio, aproximándose al oído de María, murmuró estas siniestras palabras.

—Una hija despiadada asesina al más desgraciado de los padres; y sin esperar la respuesta de la jóven se lanzó al gabinete de don Pedro.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Cuántos males nos amena-



María.

zan! A esta horrible desgracia no puede resistir mi corazón. Padre, padre mio... Y como si estuviese loca, con los ojos nublados, y el paso vacilante se precipitó á la puerta del gabinete. Entonces oyó este corto diálogo.

—Don Pedro. Aquí tenéis estos pagarés, que ya han vencido. O me pagais, ú os arrojé mañana mismo de esta casa.

—No me proponíais una condicion.....

—No puede ser. No hay remedio. Pagar ó salir de vuestra casa, porque cuanto en ella hay me pertenece. Mañana mismo voy á proceder al embargo.

—¡Bien! Podeis hacer cuanto se os antoje.

—¡Quedad con Dios!

—Con Dios id... y don Pedro mostraba una calma tempestuosa. Hay dolores desesperantes, terribles. No asoman al rostro, pero hierven en los abismos del corazón.

Así que don Braulio se dirigió á la puerta, don Pedro se dejó caer sobre el sillón.—María entonces entró en la estancia, gritando.

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Don Pedro la recibió en sus brazos, é imprimió un ósculo de amor en su espaciosa frente. Una espantosa carcajada resonó en la estancia. Era don Braulio, que se burlaba del cariño de aquella hija.

María ocultó á su padre la horrible proposicion de don Braulio. Si se nos pregunta la causa de este silencio, diremos que nada hemos podido alcanzar; porque hay acciones cuyos móviles son diversos, oscuros é indefinibles. Los filósofos griegos enseñaban al hombre que la suprema ciencia consiste en conocerse á sí mismo; yo digo que la ciencia mas oculta es

la que tiene por objeto conocer y explicar el corazón de la mujer. Ese corazón sereno á veces como el cielo, sembrado de ilusiones de luz, revestido de fé, de esperanzas, consolador, sublime, soplo de vida, que serena el tempestuoso mar de las pasiones, es otras veces negro abismo donde solo se encuentra el infierno del desamor, ó el amargo brevaje del desengaño. Sin embargo, en el trascurso de nuestra narracion tal vez podamos resolver ese problema.

Al dia siguiente Ernesto comenzó á escribir la siguiente carta:



Don Pedro.

A bordo del vapor.....

Querida mia: Hoy por vez primera en mi vida te escribo; y hoy tambien he sentido por primera vez en mi pecho el agudo aguijon del dolor. ¡Oh María, María! La naturaleza sin tí me parece un templo sin Dios. Mi alma tan amante de lanzarse á los espacios infinitos se repliega en sí misma, y se posa amorosísima en tus recuerdos. Desde aquí veo el horizonte que te cobija desvanecerse como una ilusion de la niñez, desde aquí se descubren las costas en que tantas veces hemos orado juntos, confundiendo nuestras almas. Mi cuerpo

arrebataado por la fuerza del destino, corre á do la suerte le lleva; mi espíritu está contigo y te contempla extasiado y feliz. Este viento que agita mis cabellos te dará nuevas de tu Ernesto, y te dirá que llora tu ausencia, que padece por tí, y que espera volver á verte llena de ternura y de amor. El olor de las blancas rosas que me diste, lo aspiró embriagado cual si aspirara la esencia de tu alma. Hé mil veces, besado aquel rizo, que en premio de mi primera confesion me diste, y algunas lágrimas mías están suspendidas en sus hebras de oro. Tu imagen está en mi corazón; tu nombre en mis labios; tu alma en mi alma, y el aire que respiro está impregnado en tus recuerdos. El sol me acompaña

A la puerta de la blanca casa vió á María entretenida en hojear un libro.

—Señorita. Pregunto por vuestro padre.
—¡Oh! Haced el favor de volver. Está descansando. No ha dormido en toda la noche, dijo María con humilde y amargado acento.

—¡Duerme, cuando está cargado de deudas! Mejor sería que pensase en adquirir dinero para pagar sus deudas.

—Caballero. Nadie tiene derecho á insultar á un hombre de honor delante de una mujer, que no pue-

de vengarlo. Eso solo lo hace la torpe cobardía, ó la suprema infamia.

—Dejemos todo esto á un lado. Quiero verle, lo mando, y ya sabéis que tengo derecho para mandarlo, como que es mía esta casa. María se cubrió el rostro con las manos. Don Braulio, aproximándose al oído de María, murmuró estas siniestras palabras.

—Una hija despiadada asesina al más desgraciado de los padres; y sin esperar la respuesta de la jóven se lanzó al gabinete de don Pedro.

—¡Ernesto! ¡Ernesto! ¡Cuántos males nos amena-



María.

zan! A esta horrible desgracia no puede resistir mi corazón. Padre, padre mio... Y como si estuviese loca, con los ojos nublados, y el paso vacilante se precipitó á la puerta del gabinete. Entonces oyó este corto diálogo.

—Don Pedro. Aquí tenéis estos pagarés, que ya han vencido. O me pagais, ú os arrojó mañana mismo de esta casa.

—No me proponíais una condicion.....

—No puede ser. No hay remedio. Pagar ó salir de vuestra casa, porque cuanto en ella hay me pertenece. Mañana mismo voy á proceder al embargo.

—¡Bien! Podeis hacer cuanto se os antoje.

—¡Quedad con Dios!

—Con Dios id... y don Pedro mostraba una calma tempestuosa. Hay dolores desesperantes, terribles. No asoman al rostro, pero hierven en los abismos del corazón.

Así que don Braulio se dirigió á la puerta, don Pedro se dejó caer sobre el sillón.—María entonces entró en la estancia, gritando.

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Don Pedro la recibió en sus brazos, é imprimió un ósculo de amor en su espaciosa frente. Una espantosa carcajada resonó en la estancia. Era don Braulio, que se burlaba del cariño de aquella hija.

María ocultó á su padre la horrible proposicion de don Braulio. Si se nos pregunta la causa de este silencio, diremos que nada hemos podido alcanzar; porque hay acciones cuyos móviles son diversos, oscuros é indefinibles. Los filósofos griegos enseñaban al hombre que la suprema ciencia consiste en conocerse á sí mismo; yo digo que la ciencia mas oculta es

la que tiene por objeto conocer y explicar el corazón de la mujer. Ese corazón sereno á veces como el cielo, sembrado de ilusiones de luz, revestido de fé, de esperanzas, consolador, sublime, soplo de vida, que serena el tempestuoso mar de las pasiones, es otras veces negro abismo donde solo se encuentra el infierno del desamor, ó el amargo brevaje del desengaño. Sin embargo, en el trascurso de nuestra narracion tal vez podamos resolver ese problema.

Al dia siguiente Ernesto comenzó á escribir la siguiente carta:



Don Pedro.

A bordo del vapor.....

Querida mia: Hoy por vez primera en mi vida te escribo; y hoy tambien he sentido por primera vez en mi pecho el agudo aguijon del dolor. ¡Oh María, María! La naturaleza sin tí me parece un templo sin Dios. Mi alma tan amante de lanzarse á los espacios infinitos se repliega en sí misma, y se posa amorosísima en tus recuerdos. Desde aquí veo el horizonte que te cobija desvanecerse como una ilusion de la niñez, desde aquí se descubren las costas en que tantas veces hemos orado juntos, confundiendo nuestras almas. Mi cuerpo

arrebataado por la fuerza del destino, corre á do la suerte le lleva; mi espíritu está contigo y te contempla extasiado y feliz. Este viento que agita mis cabellos te dará nuevas de tu Ernesto, y te dirá que llora tu ausencia, que padece por tí, y que espera volver á verte llena de ternura y de amor. El olor de las blancas rosas que me diste, lo aspiro embriagado cual si aspirara la esencia de tu alma. Hé mil veces, besado aquel rizo, que en premio de mi primera confesion me diste, y algunas lágrimas mías están suspendidas en sus hebras de oro. Tu imagen está en mi corazón; tu nombre en mis labios; tu alma en mi alma, y el aire que respiro está impregnado en tus recuerdos. El sol me acompaña

y me consuela; porque es el mismo sol que alumbra nuestra felicidad. Mientras brille me acordaré de que te veía por la ribera, corriendo tras una paloma que de tu afán se burlaba. Los rayos de oro del sol, eran para mí menos brillantes que las trenzas de tu blonda cabellera agitada por las brisas; y el aliento del aire menos ligero que tu carrera en la arena.

Bendito sea el cielo que vió nacer de mi inocencia tu amor; bendito el sol que te alumbró para que yo te viera; bendito el aire que trajo á mis oídos tus primeras palabras; bendita la tierra que te sostenía; mientras yo, solo en el fondo de mi barco te adoraba silencioso confiando mis amores al mar.

¡María! El sol se ha apagado en sus olas; la campana de la oración llega á mis oídos desde las lejanas costas como un eco del cielo; las estrellas brillan cual las lágrimas de tus ojos suspendidas de las rosas, con que adornábamos el ara de la Virgen. Cercano á nuestro vapor pasa un barco de vela. Los marineros arrojados dan gracias á la Virgen, porque favorable viento impulsa sus lonas, y porque sus redes están llenas de pescados de todos colores. En su oración, María, han pronunciado tu nombre, ese nombre dulcísimo que serena el mar, y tinte con los colores del iris las contrarias nubes.

No olvidé la palabra que te di. Creo ver la Virgen en la dorada nube que aparece en el ocaso. El mar calla como si se entregase á sus oraciones; brillan con tan nuevo resplandor las estrellas, que no puedo menos de sentir el amor de la madre amorosa del Verbo, derramándose cual nueva savia de vida y esperanza por toda la creación. Tal vez ese cielo sea tan solo un pliegue de su manto, y esa melancólica luna una pequeña rueda del carro de astros, en que va á llevar su aliento de amor á los mundos desmayados de cansancio en su infinita carrera.

— ¡Orar! ¿Qué es el amor? Una oración infinita; una lágrima del cielo; un suspiro de Dios. El amor es el aroma de nuestro ser. Cuando ese aroma se ha disipado todo en el seno de Dios, el vaso que lo contiene se rompe y se convierte en ceniza. El destino del hombre es amar. El secreto de la naturaleza amar es también. Las estrellas corren anhelantes en pos del sol, y ruedan en el vacío como ángeles huidos del cielo tan solo por alcanzar una mirada de su amante.

El viento es el suspiro amoroso de la tierra. La luna está pálida porque abandonada en los espacios, padece de un amor sin esperanza.

¿Sabes, María, que debe ser terrible un amor sin esperanza? Figúrate que yo te viera en brazos de otro hombre, á quien prodigaras de grado ó fuerza tus caricias; que yo amándote, no tuviera de tu amor mas que espinas en el corazón y lágrimas en los ojos; que los celos me ahogaran, y que tanto sufrimiento no tuviera remedio ya en la tierra.

Dejemos tales ideas que me infunde mi melancolía. — Solo siento no poder decirte cuánto te amo. Es triste sentir un amor mas inmenso que los cielos, y tener que expresarlo con una sola palabra. ¡Te amo! En esa palabra está encerrado mi corazón; todo lo que soy, mi vida, mi porvenir, mi esperanza. Si alguna vez me olvidaras, iría á perderme en brazos de la muerte. Te maldeciría, no; te bendeciría amoroso, porque al fin tú me quitabas la vida. Padezco, y bendigo mis padecimientos. Las lágrimas que se agolpan á mis ojos, los dolores que acosan mi corazón, me demuestran que te amo cuanto en el mundo es dado amar á los mortales. No me olvides. Visita todas las noches el peñasco en que me esperabas. Bendice la hora de nuestra entrevista. Recoge las flores del jardín, y envíame algunas rosas en tus cartas. Ve al santuario donde rezábamos juntos, y pide á la Virgen que acreciente nuestro amor, y que nos reúna pronto para siempre. María, te adora tu infeliz. — Ernesto.

XXXIII.

La amenaza de don Braulio iba á cumplirse. El infeliz padre de María iba á ser perseguido por faltas que no eran suyas, sino de su adversa suerte. La casa debía pasar á extrañas manos. El alma se identifica con los lugares donde ha sentido la santa influencia del amor y de la felicidad, hace de ellos un templo y los consagra con sacratísimos recuerdos. Allí habian nacido y espirado los abuelos y padres de don Pedro; allí le sonrió el amor, uniéndose á una angelical mujer, que bajo aquel sagrado techo acababa de morir; allí en fin, María habia abierto sus ojos á la luz de la vida, llenando de alegría el corazón de sus padres. A don Pedro le parecia que iban á profanar el sepulcro de sus antepasados, y la cuna de su hija. Y en efecto, la fortuna en su torrente arrastra lo mismo el corazón que los objetos inanimados que nos pertenecen.

El infeliz comerciante estaba sereno, como quien toma una resolución definitiva. Sacó una pistola del armario que próximo tenia, y se puso á limpiarla con calma é indiferencia. Despues cogió la pluma y trazó algunos renglones.

En seguida se postró, y oró.

XXXIV.

María entre tanto sufría congojoso martirio. En tres noches no habia dormido. Arrodillada al pié de su leche se perdía en la desesperacion mas espantosa. Ya se acusaba de no tener valor para arrostrar el martirio, y salvar de la deshonra, tal vez de la muerte á su desgraciado padre; ya alejaba espantada de su imaginacion tan triste idea, acordándose del amor infinito que la unia á su Ernesto. Conocia que el jóven poeta era vario é inconstante, y que si el soplo de la felicidad, agitando las alas de su risueña imaginacion, le impulsaba á perderse en el cielo entre océanos de divina luz, el aliento del desengaño, sumergiéndole en el dolor, arrancarían á sus labios la blasfemia é inspiraría la duda, y el ateísmo á su impresionable corazón. Y María no se engañaba. El poeta es como el iris del mundo moral. Tiene todos los colores, y aparece siempre sobre los desastres de todas las tormentas. ¿Por otra parte podia unirse con un hombre á quien no amaba, de horrible cuerpo y de envilecida alma? ¿Y su padre? ¿y si en un arrebato se daba la muerte, no quedaria siempre en su alma el mas negro remordimiento, anulando sus dias, oscureciendo su corazón y su conciencia? ¿Qué hacer? Le parecia que el alma de su madre, desprendiéndose del cielo la acusaba de las desgracias que afligian á su esposo; que murmuraba maldiciones en sus oídos, negándole por tanta ingratitud su dulce amparo; y que llorosa y afligida le echaba en cara la debilidad de su corazón, y el amor funesto que la retraía de aquel horrible sacrificio. Quería distraerse. Mas era imposible. Desde su lecho veía el azulado mar, por do vogaba la frágil barca de Ernesto. Su isla aparecia risueña y encantadora entre los celestiales celajes de aquel risueño horizonte. En las manos tenia su carta que oprimia contra su corazón. Si matara el placer, aquella carta hubiera asesinado á María. No podia acordarse de Ernesto, sin sentir tambien un dolor infinito. Quiso distraerse.

Fué á buscar su gilguero y le halló muerto en la jaula. Se habia olvidado María de verter unas gotas de agua en su bebedero. Algunas lágrimas rodaron por sus mejillas. ¡Qué cruel soy! dijo. ¿Por qué no le di su ansiada libertad? Abrió la ventana, y el sol habia devorado sus antes verdes y lozanas enredaderas. Nuestras desgracias todo lo marchitan, todo lo envenenan. Cuando las tempestades se desencadenan en el

corazón, y se agota el rocío de lágrimas, y siniestros relámpagos cruzan ante nuestros extraviados ojos; olvidamos todo cuanto nos rodea, y hacemos á la naturaleza victima de nuestros dolores. ¡Qué crueles somos! En cambio naturaleza recogíase amorosa en todos nuestros festines. Para los corazones enamorados tiene los cantos de sus fuentes las guiraldas de sus flores, la sombra de sus bosques y el canto de sus aves. A los cuerpos desposeídos de vida que nosotros arrojamos de nuestro seno, les abre naturaleza sus entrañas, y los arrulla en su eterno sueño.

XXXV.

Gran rumor se oye á la puerta de la casa donde habita don Pedro. Son los curiosos vecinos de las cercanías que acuden ansiosos á ver alguaciles, juez y escribanos reunidos en aquella mansion.

Por fin los cuervos de la desgracia han abandonado su nido para lanzarse sobre el arruinado comerciante. Es tan implacable la justicia humana que horroriza y espanta. Vale mas ver á la puerta la cruz del sacristan que oír la voz ágría y descompasada de un curial.

Notificada á don Pedro la causa de aquella visita, procedieron al embargo.

Don Braulio se sonreia triunfante y orgulloso.

María iba sosteniendo á su padre pálida y trémula, cual las hojas de los árboles en el otoño.

Don Pedro confundido, avergonzado, no proferia la mas mínima palabra.

Un alguacil en voz alta iba mencionando todos los muebles que hallaba al paso, y el escribano apuntaba con estoica indiferencia escribiendo.

Las voces del alguacil taladraban el corazón de don Pedro.

— Un sillón de baqueta, decia en voz alta, el ministril, algo usado y de gran antigüedad.

Don Pedro estaba apartado de todos con su hija.

— En ese sillón, María, murió mi padre. Desde ahí me recomendó la honradez, mi principal herencia. ¿Quién le hubiera dicho que tan pronto el deshonor habia de anublar la frente de su hijo? ¿Quién que su sillón desde el cual tantas veces me habia bendecido, debía venderse mas tarde en pública almoneda.

— Una cuna de caoba con filetes dorados, gritaba el alguacil.

— Esa es tu cuna, María, ahí te depositaba tierna, amorosa tu madre.

María se ahogaba de dolor.

— Un velador de pino.

— En ese velador aprendiste á leer. ¡Cuán extasiada te escuchaba tu madre cuando tú leías los Mártires ó el Genio del cristianismo. Y se lo llevarán mañana.

— Una mesa de escritorio.

— ¡Esa mesa! Dios mio, Dios mio. En esa mesa nació la fortuna que hoy muere. Sobre ella mi padre escribía y me enseñaba á ser un honrado comerciante.

— ¡Un retrato de señora!

— ¡El retrato de tu madre! Señores, por compasión, dejadme esa única prenda, es mi felicidad. Permittedme al menos que legue ese recuerdo á mi hija. Es la sombra de su madre. No embargueis, no vendais lo único que de una madre resta en el mundo. Vendedme á mí por esclavo. Sacadme la sangre si queréis, pero ese retrato.... oh, ese retrato, no. Son sus ojos que aun me buscan, sus labios que aun pronuncian mi nombre. Ayúdame, María, á rogar.... que no vendan á tu madre....

María cayó de rodillas implorando misericordia.

— No puede ser, dijo don Braulio. Despues en la almoneda que debe verificarse, si aprontais el dinero se adjudicará al que mas pujan.

— Callad, un usurero no puede tener sentimientos. El que roba la sangre del pobre....

— ¡Me insulta! Lo ois me insulta. Justificareis lo que decidis ó de lo contrario la ley caerá con todo su rigor sobre vuestra frente.

— Señores, dijo el juez. No permito que á nadie se insulte delante de la autoridad. Abiertos están los tribunales donde se da á cada uno su derecho con perpetua y constante voluntad.

En este intermedio María recogió un papel que se habia caído del bolsillo de su padre, y pudo leer lo siguiente.

«Hija mia: Te dejo abandonada. Yo muero y muero afrentado. No me maldigas. Compadéceme. Veas si puedes ocultar mi suicidio, para que me entierren al lado de tu madre.»

María fuera de sí, exclamó corriendo hácia don Braulio.

— Oídme, oídme, por compasión. Y se lanzó fuera del aposento.

XXXVI.

Don Braulio siguió apresurado á María con el rostro radiante de brutal placer.

— ¡Perdon! ¡Perdon! Exclamó María, arrojándose á sus piés. Aun es tiempo de evitar una desgracia.

Don Braulio que conocía su situación le dijo sonriendo con artificioso disimulo:

— No os comprendo, señorita, no sé lo que queréis decir.

— Por Dios, tal vez dentro de algunos minutos se haya consumado mi desgracia. Entonces.....

— Entonces. ¿Qué?

— La maldición del cielo caerá sobre mi frente.

— ¿Y quién ha provocado esa maldición?

— Yo, yo soy la culpable, yo soy criminal. Salvad á mi padre, salvadme á mí.

— ¿Qué anhelaís de mí?

— ¿Ya no traeis á las mientes vuestras palabras, no recordais lo que á la orilla del mar me prometisteis?

Una nube de placer oscureció los ojos de aquel hombre, su sangre ardía, pero frío, calculador, y queriendo vengarse exclamó ocultando victoriosamente sus instintos.

— Lo he olvidado todo. No quiero comprar vuestro corazón con el oro que amontona mi avaricia.

— ¡Ay! gritó María con todas sus fuerzas. Me vais á perder para siempre, mi padre va á volverse loco cuando se vea hambriento y desvalido.

— Vuestro padre es jóven, repuso sarcásticamente el usurero, repitiendo las palabras que en la entrevista con él habia pronunciado María.

— Yo seré vuestra esclava. Cumpliré todo capricho que como ley me dicteis. Me doblegaré á todas vuestras exigencias.

— No, no puede ser.

— ¿Rehusais la felicidad que puedo daros, desprezais mis caricias?

— Si, sí, decia don Braulio embriagado de gozo.

— No, no lo creo. Vos me amais. Mirad que rubio es mi cabello. Jugareis con estas trenzas de oro. Mis labios os llamarán esposo. Un mismo techo nos cobijará. Nuestra vida será alegría y placer. V....

Don Braulio temblaba como azogado. Sus ciegas, sus horribles pasiones se despertaban con toda su fuerza.

— ¿Y Ernesto? Dijo.

— ¡Ernesto! ¡Ernesto! No le volveré á ver mas, de aquí se ha ausentado para siempre. Si, para siempre.

Y María acentuaba aquellas palabras con indefinible desesperacion.

—Le direis á vuestro padre que me amais.
—Si que deseo ser vuestra esposa. ¿Accedéis?
—No accedo.
—Y queréis ver morir á mi padre, verme morir á mi.

Yo os ofrezco una vida deliciosa, una vida de amor. Seré vuestra..... Besaré vuestros piés. Salvad, salvad á mi padre, y yo os recompensaré su salvacion con mi mano.

—¿Serás mi esposa?

—Si, sí.

—¡Mi esposa! Por fin triunfé, por fin vienes á mis piés á pedirme de rodillas lo que arrogante me negabas.

—Os lo pido por caridad.

—Voy á salvar á tu padre de la deshonra y de la muerte. Serás mia, y yo seré feliz.

Y don Braulio salió precipitado del aposento.

María habia padecido tanto que al salir su futuro esposo de aquel gabinete cayó sin sentido sobre el frio pavimento.

XXXVII.

¡Terribles son los sacrificios del amor! Perder la dicha, sueño constante del alma, arrojar del pecho el sentimiento que es vida y esperanza, olvidar todas las risueñas ilusiones, en que se pierde extasiada la imaginacion, á despecho de la voluntad, es un martirio que no puede mentarse sin que se estremezca espantado el corazon.

Amar como amaba María, es luz, es la armonía de todas las almas en el seno de Dios, es el canto de todas las esferas encadenadas por el amor, es el soplo de la inspiracion que flota sobre los mundos, y agita la mente del poeta, es el reflejo de todo lo que hay de divino en la naturaleza, y el resumen de todo lo que existe de inmortal en el hombre. Amar como amaba María es desposeerse de la naturaleza para vivir en otra naturaleza, es cambiar el alma por otra alma. Amar como amaba María debe ser el sueño de todos los hombres que anhelan la perfeccion, y que desean ver á la tierra convertida en un espejo del cielo.

Pero ese amor infinito se veia aprisionado por la suerte, combatido por la desgracia. Y es que en el mundo todo lo grande, todo lo sublime está divorciado de la felicidad. El dia en que el Creador abandonó los cielos para redimir la tierra, la naturaleza se reveló contra su omnipotencia, y los hombres se mofaron de su misericordia. Sus palabras rodaron por el desierto sin commover los corazones. Fue su carrera triunfal la calle de amargura. Su corona de estrellas aguda corona de espinas. Aquellos labios que difundian con una palabra la luz sobre el caos, bebieron la hiel de nuestras burlas. Y como Dios es la sublimidad en esencia, la belleza increada, la idea absoluta, la revelacion permanente del arte, y el sueño que realiza el poeta en su peregrinacion por el mundo se vió combatido por la naturaleza, aprisionado por los hombres, hecho escarnio de todas las naciones, y ludibrio de todo el Universo, para que en él se compendiasen las desgracias de la miserable humanidad.

¿Hasta cuando ha de pugnar el pensamiento con la forma?

¿Ha de luchar siempre, Bellini con los sonidos, Murillo con el pincel y Calderon con la palabra? Y la humanidad, ese poeta desconsolado, cuyos cantos se pierden en el vacío, ese ángel, cuyas alas están rotas, ha de quedar encadenado siempre á esta roca solitaria, do bebe las lágrimas del destierro?

¿Y el amor? ¿Por qué el amor ha de ser un relámpago? ¿Y la felicidad? ¿Por qué la felicidad ha de ser un fuego fátuo? ¿Por qué la poesía es un va-

no sueño? Por qué el amor, la felicidad, y la poesía son los albores de Dios, el crepúsculo que divisamos desde nuestro hondo valle, dorando con su luz las riberas de nuestra patria celestial. El amor.

XXXVIII.

Lector, si no comprendes el sacrificio de María, te ruego que no prosigas aunque hayas tenido la heroica paciencia de llegar hasta aquí. Si no ves las lágrimas sino oyes sus quejidos, sino puedes apreciar cuánto pierde por salvar á su padre te ruego encarecidamente que no pases mas adelante.

XXXIX.

No hay drama sin desenlace, ni desenlace sin catástrofe. Los curiales fueron las víctimas de este drama. No puedo pintar cuánto sintieron que todo se arreglase amistosamente. Cuando oyeron que don Braulio como único acreedor de don Pedro mandaba que se suspendiese el embargo, se quedaron estáticos.

—¿Interpondrá V. demanda de calumnia?

—No.

—Y le ha llamado á V. usurero delante del tribunal.

—Ha sido un acaloramiento.

—Y va V. á entrar en transacciones amistosas con un hombre que no tiene un cuarto.

—Yo me entiendo.

—Va V. á arruinarse.

—No importa.

—¿Pagará V. los gastos de...

—Se entiende.

—Le hacemos á V. hombre de mas talento.

—¿Como ha de ser!

—Desinteresadamente voy á darle un consejo.

—Tantas gracias.

—Si no se aprovecha V. de la ocasion se echarán otros encima y ese hombre se declara insolvente.

—No vendrá nadie mas. He comprado todos los créditos que contra su caja existen. Soy dueño de todos los pagarés que ha expedido.

—Pues dejadlo; dijo el juez terciando respetabilísimamente en aquella cuestion. Con su pan se lo coma.

A don Pedro nada le digieron. Como le consideraban arruinado huian de él. ¡Como que tenia que pleitear en todo caso por pobre! La justicia es muy esquiva para los pobres. En cambio anda vendiendo sus favores á todos los poderosos. ¿Si pasará esto?

XL.

María á Ernesto.

Adorado Ernesto: Te escribo por primera y última vez en mi vida. Hoy aun puedo recrearme escribiéndote; mañana seria un crimen hasta el intentarlo. Te estraña que principie así mi carta, yo lo extraño mas que tu, yo que estoy escribiendo. Ernesto, ¡hemos sido muy desgraciados, mucho! ¿Que dirás cuando sepas que mañana me caso? No lo creerás. Dirás que he perdido el juicio. Y es verdad; estoy loca, pero loca con esa demencia embriagadora, que afortunadamente causa la muerte. Loca con todo el desvario de la razon. Me caso con tu tío para que no se suicide mi padre. ¿Comprendes? Con tu tío, con ese tío que tan-



MARIA A LOS PIÉS DE UN JOROBADO.

®

los favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

No llores. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¿He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¿Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¿Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará a matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entorpecerán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Si, te adoro con todo mi corazón. Voy a escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana será ya para siempre de otro ser, a quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aun quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que a tu amor puedo rendir. Llora; si, llora. Hago mas que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían a secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El gilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¿Cuanto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorgojo del gilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos a la luna? Del rosal que cultivabas para tegerme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños despues de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iríamos a buscar al desgraciado a su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave-María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga a casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¿Y no he de volver a verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó a creer y a orar; este amor mañana es una ofensa hecha a los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho mas de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor o a la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¿El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¿La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados a pensar en tí, y a soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí vogaba tu

barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas a los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida a las costas, me inundaba de placida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¿Y los domingos! ¿Con qué devoción oíamos misa! ¿Qué flores tan hermosas me traías para adorar el altar de la Virgen! ¿Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía zelos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo quería que nadie te oyese temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de tí. ¿Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con ese vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado estendan ese lazo. Así ha de ser mas dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que a orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré escribirte? Me parece que estoy soñando. Adios para siempre. No te acuerdes de mí. Si, si, acuérdate siempre por piedad. No he cometido mas crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe ser un crimen muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará mas feliz. ¿Y tendras valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de zelos. ¿Pero con qué derecho pretendo arrebatarle la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolación pediré a Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que muera yo pronto.—María.

XLI.

El día de boda.

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya a la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalón azul, chaleco carmesi, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descumunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de díges a saber: un cañón, corazones traspasados por flechas, jabalies, corceiros, etc., etc.; los guantes eran amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que esquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María solo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje que sienta bien a toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churriguresca ornamenta de su churriguresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba y la sostenía; porque la infeliz no podía sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabía lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decisión; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta a salvar a su padre.

María se había llegado a convertir en una máqui-

los favores te ha prodigado; que tanto bien nos ha hecho.

No lloro. ¿Por qué he de ocultártelo? Las fuentes de mi dolor están agotadas. ¿He sufrido tanto! Tampoco duermo. Desde que te fuiste, ni por una hora; ni por un minuto he logrado conciliar el sueño. Escribo delante de un espejo y no me conozco. Estoy tan pálida que me parezco al cadáver de mi madre. ¿Pobre madre mía! ¿Cómo llorará al verme tan desgraciada? Amar tanto para padecer así. Adorarte con todo el frenesí de mi juventud y verme por la suerte desposeída de tus caricias y desposeída para siempre. ¿Para siempre! Esa palabra hiela mi corazón. Estoy siempre murmurándola. Me consuelo, porque creo que si la repito mucho llegará a matarme.

Yo creo que moriré de amor. Esa creencia me consuela. Creo que el veneno de mis desgracias emponzoñará mis días. Mis ojos se entorpecerán para siempre, porque no les será permitido contemplar tu rostro. Ernesto, Ernesto mío. Te adoro. ¿Por qué he de ocultártelo. Si, te adoro con todo mi corazón. Voy a escribir infinitas veces esa palabra; porque mañana será ya para siempre de otro ser, a quien no amo.

Me parece que el corazón quiere llorar. Aun quedan algunas lágrimas en mis ojos. Son el último tributo que a tu amor puedo rendir. Lloro; si, lloro. Hago mas que llorar; sollozo. Si este tiempo fuera eterno; si pudiera pasar la vida escribiéndote, nunca mis ojos llegarían a secarse. También se ha secado la fuente del jardín. El gilguero ha muerto y las enredaderas también. Han muerto sedientos. ¿Cuanto habrán padecido!

Ni siquiera pude oír el último gorgojo del gilguero ni recoger la última flor de las enredaderas.

¿Por qué nos habremos conocido? Te estoy viendo y tiemblo. Sondeo mi amor y me espanto. ¿Te acuerdas de nuestros paseos a la luna? Del rosal que cultivabas para tegerme una corona de rosas blancas; una hermosa corona de desposada, que te recreabas ya; entrelazándola con mis cabellos? ¿Te acuerdas de nuestros sueños despues de nuestras bodas? Viviríamos en el campo lejos del trato de los hombres. Todos los días, según pensábamos nos levantaríamos con la aurora para coger flores cargadas de rocío. Iríamos a buscar al desgraciado a su lecho para llevarle la felicidad y el consuelo. Tú cantarías, con el laúd, nuestros amores, mientras yo lavaba en un arroyo las yerbas que habíamos recogido para pasar el día. Al caer la tarde rezaríamos el Ave-María. ¿Y esto no ha de realizarse? No: todo fue un sueño. Ahora la suerte me obliga a casarme con un hombre que me repugna; Ernesto; que me da asco. Y no puedo libertarme, y no tengo esperanza. Amamos sin esperanzas. ¿Y no he de volver a verte! No, no, no vengas; porque ya no hay remedio. No vengas porque tu amor y mi virtud están reñidos. Déjame morir aquí con mi desesperación; con mi locura. Y este amor tan grande que tan felices nos hacía y tan virtuosos; este amor que Dios nos inspiraba; este amor que te enseñó a creer y a orar; este amor mañana es una ofensa hecha a los cielos.

Tal vez me acusarás. Entonces te compadeceré Ernesto, mucho mas de lo que te compadezco. ¿Se puede renunciar voluntariamente al amor o a la felicidad? Yo me suicido porque mato mi esperanza; mis ilusiones; pero me suicido obligada por la fatalidad. ¿Y no es temible un suicidio moral? ¿El corazón late desgarrado y la esperanza se disipa! ¿La esperanza, que es la última estrella que apaga su brillo en las tinieblas de los dolores!

Es horrible este martirio que padezco. Todos mis días estaban consagrados a pensar en tí, y a soñar con mis dulces amores consagradas estaban todas mis noches. Bendecía al sol porque iluminaba tu isla; y se perdían mis ojos en el mar, porque allí vogaba tu

barca. La campana de la oración me estremecía de amor, porque nuestras súplicas se encontraban en el espacio para subir unidas a los cielos. Y la luna, mensajera de tu venida a las costas, me inundaba de placida alegría. Y todo ha muerto para siempre. ¿Y los domingos! ¿Con qué devoción oíamos misa! ¿Qué flores tan hermosas me traías para adorar el altar de la Virgen! ¿Qué cánticos tan nuevos y tan dulces entonabas por las tardes en las playas! Yo tenía zelos hasta del eco que repetía tus acentos. Yo quería que nadie te oyese temerosa de que todas las jóvenes, que por las cercanías vagaban se enamorasen de tí. ¿Y todo ha huido! Todo me recuerda tu amor. Llevo la bata que llevaba la noche en que nos despedimos. Conservo cuidadosamente el lazo celeste que adornaba mi cabeza la vez primera que nos vimos. Cuando muera pediré que me entierren con ese vestido, y que sobre mi cuerpo inanimado estendan ese lazo. Así ha de ser mas dulce mi sueño. Todas las flores que me traías las guardo. Están secas como nuestra felicidad. Cuando nadie me oiga cantaré aquella canción que a orillas del mar me enseñaste, cuando la tierra tenía tantas flores como ilusiones nuestras dos enamoradas almas.

Ernesto: ¿Será verdad que ya jamás podré escribirte? Me parece que estoy soñando. Adios para siempre. No te acuerdes de mí. Si, si, acuérdate siempre por piedad. No he cometido mas crimen que ser muy desgraciada. La desgracia debe ser un crimen muy espantoso cuando tantos castigos me acarrea.

Ernesto: tal vez otra mujer, que no te amará tanto como yo, te hará mas feliz. ¿Y tendras valor, Ernesto para olvidarme; para ser de otra? Ay, no, no: me moriría de zelos. ¿Pero con qué derecho pretendo arrebatarle la dicha, que te reserve el porvenir?

Yo desde el fondo de mi desolación pediré a Dios que me olvides si por mis recuerdos padeces; que tu corazón encuentre una compañera virtuosa y amante, y... que muera yo pronto.—María.

XLI.

El día de boda.

A las siete de la mañana, don Braulio estaba ya a la puerta de la casa de su novia, arrastrado por potros andaluces en un suntuoso carruaje. Llevaba pantalón azul, chaleco carmesi, frac verde botella con botones de oro, camisa con chorrera, una grandísima aguja de diamantes, un reloj descumunal de oro pendiente de larguísima cadena cargada de díges a saber: un cañón, corazones traspasados por flechas, jabalies, corceiros, etc., etc.; los guantes eran amarillos y el sombrero de color de chocolate.

¡Que esquisito gusto! No se puede negar que el tal don Braulio era un hombre esencialmente estético.

María solo llevaba un vestido de merino negro, y una mantilla española, traje que sienta bien a toda mujer graciosa.

Su sencillez, propia de una viuda, contrastaba con la churriguresca ornamenta de su churriguresco novio, el cual hizo un gesto de disgusto y despecho al verla tan pobremente ataviada.

Isabel, única amiga de María, la acompañaba y la sostenía; porque la infeliz no podía sostenerse; tan profunda era la enfermedad de su alma.

Don Pedro subió al coche. No sabía lo que por él pasaba. Su hija le dijo que deseaba casarse con don Braulio, y él luchó y luchó contra su decisión; pero nada logró alcanzar de su hija que estaba resuelta a salvar a su padre.

María se había llegado a convertir en una máqui-

na. Vió que entraba en Santa Maria de Alicante, que un sacerdote la bendecía, oyó que juraba con los labios fidelidad á aquel ente repugnante, que un sacerdote le leía la célebre epístola de San Pablo; tocó un anillo pronunciando un sí, y al salir de la iglesia y ver el mar sacudió aquel letargo y dió un grito espantoso.

—Hija mia, exclamó don Pedro.

—No tengo nada, nada... Vámonos pronto, pronto....

Pero al ver que don Braulio la seguía, que de él no podía separarse, cayó de bruces sin sentido contra la portezuela del coche.

Don Pedro comprendió entonces cuanto le había ocultado su hija. Este venerable anciano jamás pudo consentir de grado en el enlace de María. Opúsose, hizo reflexiones, trató de inquirir los secretos del corazón de su hija, pero la infeliz apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, engañaba á su padre ocultando con placida sonrisa las tempestades de su alma. Don Pedro rogó, insistió, hizo ver que el corazón se rebela á la voluntad, que amor es ley, que no podía la virtud luchar á porfía con el corazón siempre vencedor, y su hija, serena con voz entera, y rostro tranquilo, le contestó que ninguna reflexión podía ser parte á disuadirla de su propósito. Don Pedro trató de prohibir tal casamiento, pero sus prohibiciones como sus ruegos se estrellaron contra la firmísima resolución de María, que aceptó su triste destino de víctima con la fe que nace del corazón y se aumenta al parar mientes en la enorme grandeza de tan enorme sacrificio. María volvió prontamente en sí, y al ver la mirada fría imposible de su padre prestó que de su emoción nacía aquel triste caso.

XLII.

La noche de boda.

Hacia una noche espantosa. El cielo estaba cargado de nubes. La tempestad comenzó al anochecer á extender sus alas. El calor era sofocante, el mar, como muerto, ni semóvia, ni suspiraba. Abrasados los campos, marchitos los árboles, secas las flores, presentaban el aspecto de una tierra maldecida. Hasta los pajarillos piando se quejaban de la inclemencia del cielo. Algunos relámpagos resplandecían por los límites del horizonte. El trueno rugía á lo lejos como amenaza de los abismos del cielo á los abismos de la tierra. No caía una gota de las nubes, ni suspiraba el mas mínimo aliento de aire. Los nubarrones cada vez mas espesos y mas gigantescos, parecían tocar con las alas de sus negros mantos la superficie de la tierra. Algunos sacudimientos removían el suelo, levantando polvo como si el mundo temblase al verse amenazado por el látigo de la tormenta. María aterrada oraba acompañada de Isabel en un gabinete, cuando entró don Pedro á decir que era ya hora de recogerse, dando á su hija un beso en la frente; y oprimiendo la mano de Isabel, que se retiró á uno de los aposentos de la casa.

María quedó sola; cuando don Braulio apareció á la puerta del gabinete.

—¡Qué noche! ¡Dios mio! ¡Qué noche! exclamó María.

—Todo te aterra, todo te espanta.

—Me parece oír una amenaza, y ver en esa tempestad un castigo.

—Risueñas ideas te vienen á las mientes. Eres una esposa alegre y divertida.

—¡Esposa, yo!

—Si, mi esposa, María; dijo don Braulio, querien-

do oprimirla por vez primera contra su corazón, pero la joven se apartó de sus brazos refugiándose en un ángulo de la estancia.

—¿Huyes de mí?

—Si, si. ¿No ois ese amenazador ruido, no veis esos siniestros fulguros?

—Oigo lo que tú oyes, y veo lo que tú ves.

—¿Y nada dice á vuestro corazón la tormenta?

—Nada.

—Sois de piedra. Hemos cometido un crimen; y Dios por ese crimen asesta el rayo contra nuestras cabezas.

—No temas; hay aquí para-rayos.

—¿Sabeis lo que es engañar á Dios? Yo he querido esta mañana engañarle. En un templo, al pie de sus altares, he jurado en falso; he prometido lo que mi corazón no puede cumplir.

—¡Es tan fácil de cumplir lo que has prometido!

—¡Fácil de cumplir! ¿Amar á un hombre á despecho del corazón es cosa hacendera?

—¿Qué es el amor? Un instante de goce; y después... nada.

—¿Qué ideas! Amar es adorar sin fin, sin medida, vivir por otro ser, y morir cuando muera el objeto de nuestros ensueños.

—No puedo dejar de reirme. Ese es amor de novela; amor que no existe en el mundo, sino en la mente de extraviados poetas.

—Y vuestro amor es el egoísmo; el amor del infierno que se marchita con un beso de fuego.

—María, vamos á recogernos, que tengo sueño. ¿Pues no ha escogido mala sazón para filosofar?

—Dejadme sola. ¿No ois? Parece que se desgaja el cielo y que se hunde el mundo.

—Pues señor, me divierto. ¡Qué importuna tempestad! Dios está jugando conmigo.

—No blasfemeis, no blasfemeis por piedad, dijo María temblando.

—No quieras que blasfeme, y reniegue, y me desespere cuando te estás ahí con esa calma.

—Mi alma es presa también de la tempestad. Por evitar un crimen he cometido otro crimen tremendo. ¡Dar el corazón y la vida á un hombre, por quien el corazón no se interesa! Os he jurado amor eterno; cuando mi mente se perdía en sus recuerdos de ayer, cuando mis ojos buscaban el rostro de mi amado; cuando todas mis ilusiones eran para Ernesto. Y lo he visto aparecer entre el humo del incienso, y he oído su voz bajo las bóvedas de la iglesia, y ahora está delante de mí, maldiciéndome porque le he arrancado del pecho su corazón á pedazos.

—María, María, acuerdate de que eres mi esposa.

—Si, ya lo sé. Sé que he engañado al mundo. Sé que he intentado engañar á Dios. Las gentes dirán que he vendido á peso de oro mi corazón, que como Ernesto es pobre y vos sois poderoso, he despreciado á Ernesto y me he unido gozosa con vos, y huyendo de la deshonra he venido á dar contra ella, porque en el camino del crimen no puede encontrarse nada mas que el crimen.

—María, sígueme. Ya sabes que tengo sobre tí un poder conferido por Dios.

—Esperad un instante. Me ahogo. Tocad mi frente, y sentireis que os abraza la mano. Quiero respirar.

Don Braulio abrió con rabia una gran ventana rasgada que daba al campo, y que estaba casi al nivel del suelo.

—¡El campo! dijo María enajenada de gozo.

Una fuerte ráfaga de viento apagó las bujías que ardían en las estancias, y como la noche era tan oscura quedó todo envuelto en las mas profundas tinieblas. Entonces la joven se dió á correr con frenesí, dando gritos de loca y delirante alegría. El huracán la arrastraba en sus alas; ni la arredraba el fulgor de los relámpagos, ni la detenía en su precipitada car-

raera el resonar de los truenos. En su afán de libertad devoraba el espacio sin fatigarse, sin desmayar como si un genio superior á sus fuerzas la arrebatase en sus alas. Llegó á una escondida gruta. El buho, y la lechuza saltaron en su presencia produciendo un ruido siniestro, semejante á un remordimiento.

Don Braulio perdió norte y rumbo. En vano quiso penetrar aquella terrible oscuridad, en vano. Por fin cayó falto de fuerzas exclamando: ¡Vaya una noche de boda! ¡Y para esto, comprando créditos me he gastado mas de dos millones! ¡Vaya una noche!

XLIII.

Nos hemos olvidado de Ernesto. Ya ha llegado á Madrid, centro de gravedad, donde van á parar todos los que caen y todos los que anhelan elevarse. Madrid es el inmenso panteón donde las ilusiones yacen enterradas, y como si necesitasen del aire de las tumbas; las ilusiones nacen también en Madrid, cual esas amarillentas flores que brotan en el borde de los sepulcros. Hemos visto elevarse tantos tontos, en nuestras parodiadas revoluciones, que nadie debe extrañarse de que la tontería se presente como mérito en Madrid para escalar altos puestos. Por eso Madrid es el nido de los tontos.

Hemos oído tantos vanos discursos, que después han merecido una cartera, que todos los fatuos se creen llevados del mal ejemplo con derecho á ser ministros. Se han levantado tantas fortunas del polvo, que todos los hambrientos creen que en Madrid el polvo es oro. Los infelices se engañan. Los grandes de la tierra se han pegado el oro á las casacas por miedo de que se les escape.

Los amigos que saben vender á su amigo, los aduladores que contemplan atónitos las espumas que van subiendo á la superficie de la sociedad, para elevarlas con su aliento hasta los cielos, los que no tienen mas norte que el interés ni mas fin particular que el propio engrandecimiento, acuden presurosos á Madrid. Aquí están los mas elevados palacios y las mas sucias pocilgas, aquí los que se visten de oro y los que se encubren de andrajos; aquí las damas llenas de aromas, y las infelices que no tienen una camisa ni un vestido; aquí las que mas ocultan sus crímenes, las que mejor los saben dorar, y las inmundas prostitutas; aquí, en fin, se oye el sonido del baile y el estertor del pobre: se ve en los festines reír á impulsos de los vahidos que causa el vino, y se ve también al hambriento morir de necesidad allá en las alas de los tejados, para que sus almas martirizadas vuelen mas pronto hacia Dios.

Madrid es un espantoso cuadro de Goya. Iluminado por la débil luz de sus orgías es el infierno. Aquí todos son egoístas, porque todos son comerciantes. Todos se proponen vivir en la voluptuosidad, porque en Madrid no hay mas artistas que los sastres, ni mas cielo que el techo de los salones de las sociedades, ó del circo de Paul.

El que quiera ver como perecen los pueblos embrutecidos, como se disuelven las sociedades infestadas, como se encuentran las naciones que ni tienen pasado ni porvenir, que ni creen en el arte ni en la gloria; que venga á Madrid y se le presentará el aspecto de un pueblo embriagado que revolcándose en el lecho de sus vicios aplica aun la copa del placer á sus amoratados labios (1).

(1) No debe olvidarse que todo esto no es otra cosa que la impresión producida en el alma del autor por cierta época de funesta memoria.

XLIV.

Ernesto se alojó en casa de su tío. Allí encontró un su primo, elegante y escéptico, porque es imposible ser elegantes sin ser escépticos. Era literato. Bien es verdad que nada entendía de literatura; pero para ser hoy literato es lo que menos se necesita. Los literatos han de saber rizarse perfectamente el vigote, reirse de todo desperezarse en el café del Príncipe, y bostezar en el teatro.

Estas son sus artes. La sublime emanación de Dios se ha perdido. Los poetas andan errantes por el mundo. El soplo de la desesperación hace vibrar sus liras. Sus coronas de laureles se han convertido en coronas de espinas. Por eso el genio sin cruzar este infestado horizonte, pliega sus alas y se duerme en su cuna de azucenas. Sus pensamientos son como estrellas que van rodando á caer en el seno de la eternidad. ¡Infeliz Zorrilla! Sus cantares se pierden entre las prosáicas carcajadas del mundo. Cantan solitarios ó desde extrañas playas, y nosotros los dejamos morir hartas de cantar como las cigarras. ¡Somos tan sublimes! En cambio después de muertos, si están lejos trasladaremos á nuestros cementerios sus restos con pompa, sino los encerraremos como al infeliz Espronceda en un estrechísimo nicho, y venderemos sus poemas por cuatro reales, para que vayan á parar á las especerías. ¡Apreciamos tanto el mérito!

El primo se llama Eusebio.

XLV.

Aquella misma noche fue Ernesto al teatro con su primo. Se representaba un drama nuevo, Eusebio le encargó á Ernesto que no aplaudiese aunque el drama le gustase infinito.

—¿Por qué? Preguntó nuestro joven.

—Porque el autor es mi enemigo.

—Y el arte ha de prostituirse á las pasiones.

Eusebio le miró espantado.

—Pero hombre, si es tan pedante.

—Del poeta no podemos juzgar sino cuando le oímos, cuando nos revela las revelaciones de Dios.

—Dicen que el primer acto pasa en Granada, y el segundo en los alrededores de Granada, y el tercero en la Alambra. Ya ves que desconcierto.

—¿Y por eso vas á condenar á una obra de arte? Las formas son tan solo las determinaciones de las ideas.

—Vamos, tus ideas si que son provinciales.

Y con esto quiso Eusebio hacer punto redondo. *Provincial* es sinónimo de *bárbaro*.

El drama era magnífico, pero fue silvado, porque diz que tenía mucho de filosófico. El poeta no se suicidó, pero se metió á zarzuelista. Han de saber ustedes que en Madrid, en la ilustrada corte de las Españas, aquí donde nació el primer teatro del mundo solo se aplaude la superficialidad en el poeta, y la buena perspectiva de las decoraciones. Que aparte de algunas buenas obras, los descendientes de Calderon han producido Por seguir á una mujer etc. etc.

XLVI.

Ernesto esperaba en vano carta de María. Su enamorado corazón no podía vivir sin el eco del amor, que daba vida á su alma.

No dudaba de María. La duda es hija de la turbación, de las tinieblas, y Ernesto veía en todo su esplendor el alma de su amante.

Su fe tranquila no podía apagarse en el vacío de pasajero silencio. Pero el temor de que inesperada desgracia hubiese asaltado al ángel de sus ensueños amargaba todas las horas de su existir.

Toda compañía le era enojosa. Necesitaba entregarse á sus pensamientos. Alguna vez atormentado por su triste penar, recogía todos sus recuerdos, invocaba á la celeste inspiración, y sus amores se convertían en torrentes de santísimas armenias. Escribía versos hijos de su pasión, y destinados á enjugar sus propias lágrimas. Entonces con ese vuelo mágico del poeta que sacude el polvo de las tumbas, y atraviesa la oscura noche de la ausencia veía á su amada entre coronas de flores á orillas del mar, perdiéndose en el cielo de su infinito amor, y pronunciando el querido nombre de su Ernesto.

¡Feliz el poeta, porque para el poeta no hay espacio, porque para el poeta no hay tiempo. Nosotros los mortales tenemos que arrastrarnos por el suelo para seguir el curso fatigoso de nuestra triste vida, y encerrarnos en el tiempo para contar los días que fueron, y prever los días que serán. Vosotros, poetas, vagáis en las alturas entre los coros de estrellas que os revelan sus secretos, arrullados por el aliento de Dios, bendecidos por la humanidad, con una aureola en la frente, y una palma en las manos, reclinados en el seno del ángel de la gloria que os lleva en sus celestes alas, al través de sonrosados celajes hasta el dintel de la eternidad.

Cuando mas embebido en su pensamiento se encontraba Ernesto, entró un criado y le presentó una carta. El corazón del joven poeta latió con violencia. Cuando se vió solo rompió con precipitación el sobre de la carta. Conforme iba leyendo, palidecía, se agitaba, sus ojos despedían como centellas, se crispaban sus cabellos, y nervioso temblor sacudía su cuerpo. Después exhaló un ay dolorosísimo, y dejó el rostro sobre las manos quedando como atargado en su desesperante actitud.

XLVII.

Perder el amor para un joven es perder la vida. Cuando se ama, la naturaleza es un templo, y el corazón un altar. Los cielos brillan con deslumbrante esplendor, se sonríe la luna con amorosa sonrisa, y el sol resplandece con la misma luz que arde en la exaltada imaginación. El aroma de las flores es el incienso que se quema en aras del amor. El murmullo de una fuente, el susurro de las hojas, y el suspirar de las auras son conciertos que cantan las prendas de la mujer amada.

Todo el mundo aparece subordinado al amor. Los astros brillan para iluminar la dicha de los amantes, los arroyos corren por el placer de escuchar sus enamorados suspiros, los bosques se engalanan para servirles de silenciosa gruta, y las diferentes armonías de la naturaleza con los ecos de sus cantares. ¡Bendito sea el amor!

XLVIII.

¿Será verdad? Decía Ernesto, volviendo á leer la carta. Entonces se explicó la generosidad de su tío. Negra rabia se apoderó del joven. Ardía en negro afán de venganza. Pero como su amor era su existencia sintió que el deseo de vivir se apagaba en su seno. La vida sin objeto no es vida. La vida sin esperanza no puede sobreverse. Leamos la carta que le inspiró su despecho.

«Para qué vivir, María, cuando el destino nos

asesina. Toda lucha es inútil. Ya estoy vencido. Ya me entrego maniatado á la desgracia. En nada creo, nada espero. El mundo me rechaza, y la muerte me halaga. Yo oiré María sus halagos. Se escapa el alma del cuerpo. ¿Podré yo contenerla cuando el cuerpo me pesa con horrible pesadumbre? El dolor hace fermentar la vida que se desvanece y se disipa. Vivir sin ti es imposible. Tu padre no se ha suicidado, María, no; pero se suicidará tu amante. Cuando la desgracia ha de herir un frente señalada con el sello del destino es inútil combatir á la desgracia.

«¡Qué feliz habrá sido ese hombre que ha devorado tus gracias!

«¡Qué feliz!

Y una contracción nerviosa le hizo rasgar á su despecho con la punta de la pluma el papel en que escribía.

«Solo te ruego que viertas sobre mis recuerdos una lágrima.

«No quiero ir á perecer en el cieno del canal, no. Allí se muere en medio de lodo.

«Adios naturaleza. Tú que tanto me has amado; me ahogará ahora entre tus brazos. Ya no hay ambición, ni amor en mi pecho. Mi ambición es descansar, mi amor es por la muerte.

«María, María. Llora. No quiero ser cobarde, no. Voy á morir sereno, tranquilo. No creo que tu espanto te niegue el triste privilegio de oír la voz de un moribundo. Adios, Adios.»

XLIX.

La manía del suicidio está muy en moda en el fatal siglo que vivimos. Y es porque la humanidad abandonando su camino, marcha á ciegas por los derroteros de la duda. La fe ha muerto en el corazón, y sobre su urna cineraria yacen los despojos de nuestra felicidad. Estamos postrados en la esclavitud, y parece imposible que después de los esfuerzos empleados por el genio para idealizar al hombre, nos revolquemos en el lodo del positivismo como parece imposible que después de tantos sacrificios que por la libertad se han hecho, estemos postrados en la esclavitud.

L.

Ernesto abandonó la casa de su tío. La mujer vestida de negro de que tantas veces hemos hablado, la abandonó también, porque vivía en un cuarto segundo de la misma casa. Ernesto se dirigió al embarcadero del camino de hierro. (Llamamos aquí camino de hierro por antonomasia á la mezquina línea que en Aranjuez acaba, y que Dios mediante, y á paso de tortuga concluirá un día en las costas del Mediterráneo). Buen espectáculo reservamos á nuestros nietos. Al pasar por la Puerta del Sol echó su carta al correo, y tomando un coche, se dirigió al camino de hierro por la Carrera de San Gerónimo. La mujer vestida de negro le seguía desde lejos.

En un momento se encontraron en Aranjuez.

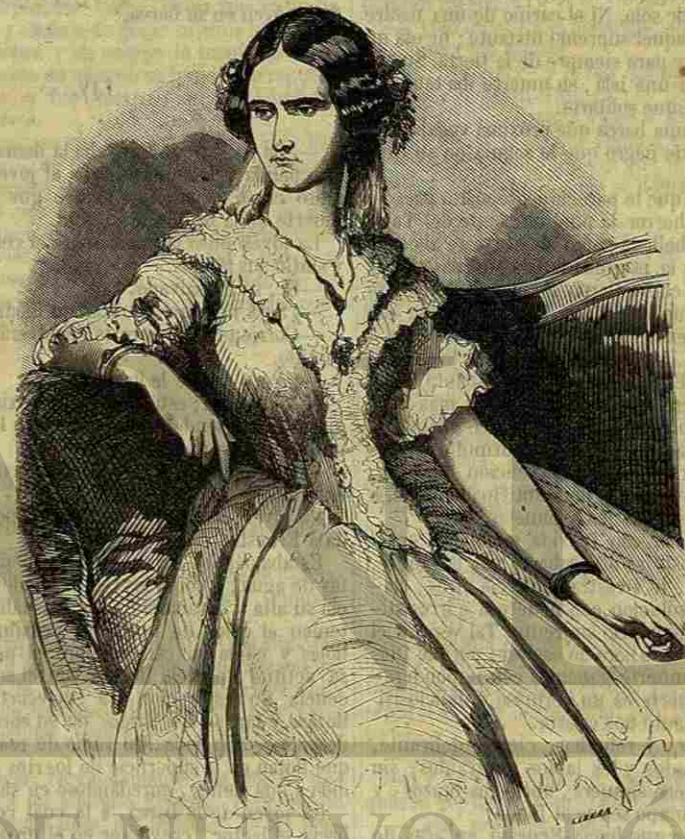
LI.

«¡Qué hermoso es Aranjuez! Es un canastillo de flores. Los montes esmaltados de árboles sostienen con sus azuladas crestas un cielo puro, sonriente como la felicidad y el amor. Los árboles cargados de flores sacuden sus verdes penachos mecidos por el aliento de las auras. Los aromas mas puros se respiran en su

recinto, y se oyen los mas armoniosos cánticos. La paloma como una rosa blanca salta de rama en rama; la oropéndola se mece sobre los canastillos de flores; el cisne se contempla admirado en los estanques; confúndese el colorín con los claveles; nubes de todas aves huyen del cazador y corren á sus bosques contentas y enamoradas, y el pavo real despliega sus abanicos de mil colores, y luce sus galas en medio de aquel risueño paraíso. La arboleda entrelazada, confundida, presta grata sombra, porque los rayos del sol no pueden penetrar aquel su espesísimo follaje.

Las rosas, los claveles, las azuleñas, y violetas mezclan sus perfumes, y embriagan el alma como si todo el campo fuera un inmenso pebetero.

Todo sonríe allí, todo alegra el corazón, cuando las bulliciosas fuentes, surgiendo como encantos, ascienden á los cielos y se burlan del aire, y argentan las copas mas altas de los árboles, y descomponen los rayos del sol en todos los esmaltes del iris, y vuelven á caer convertidos en líquidas perlas, rociando las flores y las estatuas, la verde yerba y los elevados palacios. Y este espectáculo encantador se renueva en



Luisa.

medio de todos aquellos bosques, de modo que los surtidores parecen columnas de cristal de roca encargadas de sostener la azul bóveda de los cielos.

Los estanques rizados por el viento, donde corren como espuma los ánades, las estatuas recostadas en sus grutas de jazmines, los gigantescos árboles de América, las cascadas que saltan entre artificiales penascos, las pintadas barcas que corren por do quier; el Tajo magestuoso como el manto de los reyes, murmurando antiguos romances en su cauce coronado de lirios; el Jarama que corre á prestarle el tributo de sus aguas; las blancas bocanadas de humo que exhalan esos trenes donde corre la civilización y las elevadas

cúspides de sus mil palacios ocultos como nidos entre el verde y oscuro manto del follaje.

LII.

En este eden va Ernesto á buscar la muerte. La muerte donde quiera se encuentra. Es tan dilatado su dominio que se extiende hasta los confines de la tierra, y tan grande su poder que domina sobre la corona del sol y sobre los tronos mas altos de los astros.

El joven se despidió con sentimiento de naturaleza tan amena, tan risueña. A los veinte años arde tanto la sangre que es imposible apagar su ardor y tiene tantísimos encantos la vida que no es dado abandonar la sin que se oscurezca el corazón.

Sin embargo, aquella sonrisa de los campos le parece un sarcasmo, una burla hecha por Dios á su infinito dolor.

El cielo está despejado y su corazón lleno de tinieblas. Las auras cantan y él se ahoga de rabia. Las flores entreabren sus cálices para oír suspiros ó confiar amores y su pecho arde en un amor desgraciado. Llega á tanto su despecho que en la embriaguez del dolor maldice á la naturaleza; porque no toma parte en sus pesares.

Fue buscando un retirado lugar, donde ningún importuno viese su agonía, ni llegase á socorrerlo en su dolor. Iba á morir solo. Ni el cariño de una madre le acompañaba en aquel supremo instante; ni oía un sollozo al despedirse para siempre de la tierra. Su vida pasó solitaria en una isla, su muerte iba también á suceder en un bosque solitario.

Sin duda no vio una barca que próxima vogaba, ni una mujer vestida de negro que le seguía en su carrera.

Al llegar al sitio que le pareció á propósito para su muerte, miró con horror la pura corriente del Tajo, y se erizaron sus cabellos, como si estuviese abocado al negro abismo de la eternidad. Dió un paso hacia atrás y sus ojos se convirtieron al cielo. Entonces se postró y murmuró un Ave María. Era la oración que su amada le había enseñado en una noche de luna á las orillas del mar. Unos cortos momentos le separaban de la muerte. Entonces pensó con espanto en su eterno porvenir; pero la vida era á sus ojos mas horrible que el infierno, quería á todo trance apagar su dolor en las espumas del Tajo. El murmullo de las aguas del río le parecía una reconvencción amorosa.

No pudo acallar su dolor y lloró anticipadamente la enormidad del crimen que iba á cometer.

¡Luchar para morir con la vida misma es cruel dolor! Cuando Ernesto se acercaba al río, la sangre, el corazón, el alma, le arrastraban hacia atrás, clamando contra su resolución con poderosa é irresistible voz. Un sudor frío cubrió su frente. Tal vez era el sudor que sobrecoge á la hora de espirar; porque Dios quiere que hasta la muerte ganemos con imponderables trabajos. La muerte es un hermoso y deliciosísimo premio cuando tanto nos cuesta.

Cansado de luchar, y reluchar, ciego, delirante, con los ojos extraviados y los labios contraídos, sin quitarse ni el sombrero siquiera, abrió los brazos, y se lanzó al río. Su cuerpo se fue al fondo.

Hé ahí el sacrificio que hacía Ernesto en aras de su amada.

No quiso sacrificar su ambición, y le sacrificó su vida.

¡Qué misterioso es el hombre!

LIII.

Aun no había caído el cuerpo de Ernesto á las aguas, cuando resonó un grito agudo, desgarrador, parecido al grito de una madre que ve perecer á un amado hijo.

Y aquel grito aun no se había comunicado al aire, cuando rompiendo malezas y saltando escollos se presentó una mujer vestida de negro en la orilla misma del Tajo.

Esta mujer era hermosa, á pesar de sus cuarenta años. Triguero su color, pero sonrosado; grandes sus ojos; parecidos en el mirar á los de Ernesto; negro

su cabello, y rizado tan caprichosamente que muchos jóvenes en los hermosos días del amor habían sido aprisionados por sus graciosos rizos; esbelto el talle y flexible como las hojas de una palma y su figura apuesta y su figura deslumbradora, hermosa, aunque empezaba á declinar ya en la breve carrera de la vida.

Y aquella mujer desolada aun no había llegado á la orilla, cuando se vió aparecer una barca como salida de los espesos bosques que cubren el Tajo, moviéndose ligera cual una flecha. En ella había dos remeros y una hermosísima joven.

—Salvadle, que aun es tiempo, salvadle, gritó la dama vestida de negro.

La joven de la barca hizo una señal y ambos remeros se lanzaron al río. Pocos momentos despues sacaban á Ernesto pálido, desencajado, y sin aliento, sin vida del fondo del río y le depositaban por mandato de la joven en su barca.

LIV.

—¿Se ha salvado? gritaba la dama del negro traje; que pálida y trémula miraba al joven con mirar afamado como el de una madre que quiere alejar la muerte de la frente de un hijo.

La joven puso la mano sobre el corazón de Ernesto y sintió sus latidos.

—Si, se ha salvado.

—¿Será necesario buscar un médico?

—Corriendo. El aire le devolverá las fuerzas y el sentido.

—¿Pero dónde le llevaremos?

—A mi casa; está aquí muy próxima. Mirad, dirigios por ese sendero, y torciendo á la derecha vereis una gran casa rodeada de jardines.

—Esperadnos allí, señora, que en breve llegará el enfermo.

La joven contempló por breves momentos extasiada á Ernesto.

Estaba pálido. De sus cabellos pendían algunas gotas de agua, y como los tenía echados hacia atrás lucía su alta y espaciosa frente; sus labios entreabiertos tenían el color de una rosa próxima á perder sus hojas y caída su cabeza sobre el pecho en graciosa actitud, parecía dormir con el sueño de la inocencia. Su respiración era entrecortada como si sollozase y tardos los latidos de su corazón como si se despertase á la vida. Un ramo de esas flores blancas que flotan en la superficie de los ríos se habían prendido á sus sienes, enredándose en sus cabellos.

La joven de la barca, á la cual conocerá muy en breve el lector, creyó ver en él un genio del río que muerto de amor se envolvía en las ondas para que le llevasen á la eternidad. Y su corazón impresionable y compasivo hervía en deseos de consolar al hermoso joven.

LV.

Eugenia (tal es el nombre de la salvadora de Ernesto) era una mujer *escéntrica*, adjetivo, que hoy en que todos nos hemos salido de nuestro centro, se prodiga con dispendiosa prodigalidad.

Su hermosura no era extremada; pero sí su gracia. Sus ojos pardos, aunque pequeños, tenían una fuerza de atracción infinita. Así lo confesaban casi todos los desdenosos dandys de la corte. No se la podía llamar hermosa pero era tal la gracia de sus modales, la flexibilidad de su talle, el arte infinito con que sabía prenderse y ataviarse, que pasaba y con razón por una de las damas mas hermosas de Madrid. Era joven.

I.VII.

La pobre señora dió un grito agudísimo al ver aquella aparición, grito que revelaba todo el espanto que causa una tremenda desgracia.

—¿Me pides aun mas pruebas de infidelidad, Luisa? ¿Dirás que no son fundados mis celos, cuando con mis propios ojos te he visto inclinada sobre el pecho de un hombre, prodigándole tus caricias, y aspirando su aliento? Ese miserable, cuyo amor por otra mujer tal vez le había arrastrado al suicidio merece tu corazón; y este hombre que te arrebató de los brazos de un tirano, merece tan solo tu desprecio.

—Oh! mi Edgardo, no me juzgues sin pruebas, no me condenes sin oírme.

—¿Crees que me faltan pruebas para ver en ese hombre mi rival?

—¿Qué dices? Ese joven que allí ves, es inocente. Ni siquiera me conoce.

—No te conoce; y le has seguido á Madrid, arrastrándome tambien á mi en pos de sus pasos. No te conoce y sabes cuando viene á Aranjuez, y le zelas desde lejos, y le sigues afanosa en sus paseos, y das horribles gritos cuando ves que le amenaza la muerte. Esos desvelos, ¿cómo se llaman en todo el mundo? Luisa, dílo tú misma.

—Eres muy cruel para mí.

—Cruel! Sabes que te dejo en completa libertad, porque no quiero, no, que seas mi esclava. Solo te prohibo que ames á otro hombre; porque ese hombre me robaria tu cariño, y que te acuerdes de tu hijo; porque ese hijo es una prenda del perdido amor. Te irrita tu pasado amor y me hacen temblar los sentimientos que pudieran en la vida asaltarte. No quiero que haya en tu corazón mas afecto que mi amor, ni en tu memoria mas recuerdo que mi nombre.

—Edgardo, la compasión se levanta en el alma, á despecho de la voluntad. Paseaba solitaria á orillas del Tajo, aguardando tu venida; cuando vi á ese joven precipitarse en el río. No tuve tiempo mas que para pedir socorro en tan horrible desgracia. Llamé y pude salvarle. ¿Con que la caridad, la compasión han de inspirarte celos tambien.

—Y vive Dios, que es hermoso, Luisa. Siempre has de sentir compasión por lo bello. Si ese hombre hubiera ido cubierto de harapos; y si en vez de ese hermoso rostro ostentara una torpe fealdad, á buen seguro que se despertaran con tanta fuerza tus virtudes.

—¿Dudas de mí?

—¿Y no he de dudar? Abandonaste al esposo; y quieres que duerma en tu fidelidad confiado el amante.

—Calla, por Dios, calla.

—Temes que nos oiga. No; no recobra aun el sentido. Te presentas tal vez á sus ojos como una vestal, y encubres con tu hermosura los crímenes que oscurecen tu existencia.

—Eres bien cruel. Por tí abandoné mi casa, y desoí la voz de mi honor y tú siempre estás á mis oídos murmurando el crimen que cometí; para que nunca lo olvide mi memoria. Por tu amor ahogué en mis entrañas el amor de madre, y me prohibes hasta que busque á lo lejos la sombra de mi hijo, inocente víctima de mis desvarios.

—¿Tu hijo! no nombres á tu hijo.

—¿Crees, Edgardo, que alguna vez le revelaria mi nombre, si por desgracia le encontrase? No, las madres deben presentarse á sus hijos con serena frente, do se reflejen las virtudes del alma. Sus palabras han de ser como las palabras de Dios, llenas de unción y ternura. Si su cuerpo está manchado y corrompido su espíritu y quebrantado su honor nada tiene que darle á su hijo mas que el peso de la vergüenza. ¿Cómo podria yo acariciar al que en la cuna abandoné?

Su pasión favorita era la literatura. Educada por un tío que había pasado su vida aprendiendo lenguas y estudiando poetas, se apasionó de tal modo por la literatura que con sus inmensas riquezas heredó la manía favorita de su sabio tío. Siempre hablaba en tono trágico. Las novelas la habían trastornado el seso, precipitándola en un abismo. Desposeída casi de nociones religiosas, queriendo realizar en la vida los sueños de los poetas, su alma impresionable se dejaba arrastrar por el primer libro que en sus manos caía. ¡Cuántos favores había dispensado á los jóvenes, de esos que se pagan con el desprecio y con el olvido y todo mas por parecer heroína de algun cuento de Federico Soulié que por malas y perversas inclinaciones! Llegó á tanto su desvario que no creyendo en el amor puro, cayó en el lodo de los amores viciados. Sin duda convencida de que la amistad no existía, buscó torpes amistades. Decía que el fin de la vida es el goce y ansiosa de gozar su alma perdió los arreboles de la virtud y su cuerpo la transparencia de la pureza. De abismo en abismo se hundió su reputación y su nombre, y fue escarnio de los hombres, escándalo de la corte.

Despues cayeron en sus manos los libros que hablan del amor puro, de los goces ideales de los amantes, de esas esperanzas infinitas que como nube de incienso suben al cielo, de esas ilusiones que no tienen ni forma, ni nombre y lloró su pecado arrepentida de su loco desvario. Se retiró á la soledad y buscó en Aranjuez el reposo del corazón, y el olvido de las gentes; sin perder por eso su afán, su lenguaje poético, y sus manías literarias.

LVI.

Ernesto yacía aun sin sentido en una casita á orillas del río sobre un lecho que allí se había improvisado. Eugenia acompañada de sus remeros había ido á Aranjuez en busca de un médico.

La dama vestida de negro, que siempre le seguía, y á la cual conocemos ya personalmente, cuidaba de él.

—¿Qué afán se pintaba en su actitud! ¿Qué amor tan puro en sus ojos! Ya aplicaba su oído al corazón del joven, ya ponía la torneada mano en su marchita frente, ya hilos de lágrimas caían de sus ojos y rodando por sus mejillas, iban á parar al rostro de Ernesto.

Estoy sola, decía, completamente sola. Puedo hablar á mi hijo, á mi adorado Ernesto. ¿Por qué te abandoné para seguir ilusa los instintos de mi pervertido corazón! Este remordimiento me envenena. Has crecido sin madre; entregado al torrente de tus pasiones. Cuantas veces habrás maldecido la hora en que naciste, y la mujer fatal que te dió vida. Y yo, Ernesto, te seguía desde lejos, adorándote como sabe adorar el corazón de una madre. Ni un momento he cesado de velar por tí; pero el mas penoso martirio me afligía, porque no podía decirte «soy tu madre» ¿Y puedo ahora? Tampoco. Como no me oyes, te llamo hijo, si me oyeras no podria, no, tu madre darte tan dulce nombre.

Hora fatal fue aquella en que te abandoné. Yo era una niña: ni siquiera podía adivinar los deberes de esposa, ni sentir el amor de madre. ¿Pero por qué quiero justificarme? Caiga sobre mí todo el castigo y sobre tí las bendiciones y los besos de tu proterva madre. Y aplicó sus labios á la frente de Ernesto; al tiempo que abriéndose la puerta apareció en su dintel un hombre alto y de torvo ceño.

El joven se despidió con sentimiento de naturaleza tan amena, tan risueña. A los veinte años arde tanto la sangre que es imposible apagar su ardor y tiene tantísimos encantos la vida que no es dado abandonar la sin que se oscurezca el corazón.

Sin embargo, aquella sonrisa de los campos le parece un sarcasmo, una burla hecha por Dios á su infinito dolor.

El cielo está despejado y su corazón lleno de tinieblas. Las auras cantan y él se ahoga de rabia. Las flores entreabren sus cálices para oír suspiros ó confiar amores y su pecho arde en un amor desgraciado. Llega á tanto su despecho que en la embriaguez del dolor maldice á la naturaleza; porque no toma parte en sus pesares.

Fue buscando un retirado lugar, donde ningún importuno viese su agonía, ni llegase á socorrerlo en su dolor. Iba á morir solo. Ni el cariño de una madre le acompañaba en aquel supremo instante; ni oía un sollozo al despedirse para siempre de la tierra. Su vida pasó solitaria en una isla, su muerte iba también á suceder en un bosque solitario.

Sin duda no vio una barca que próxima vogaba, ni una mujer vestida de negro que le seguía en su carrera.

Al llegar al sitio que le pareció á propósito para su muerte, miró con horror la pura corriente del Tajo, y se erizaron sus cabellos, como si estuviese abocado al negro abismo de la eternidad. Dió un paso hacia atrás y sus ojos se convirtieron al cielo. Entonces se postró y murmuró un Ave María. Era la oración que su amada le había enseñado en una noche de luna á las orillas del mar. Unos cortos momentos le separaban de la muerte. Entonces pensó con espanto en su eterno porvenir; pero la vida era á sus ojos mas horrible que el infierno, quería á todo trance apagar su dolor en las espumas del Tajo. El murmullo de las aguas del río le parecía una reconvencción amorosa.

No pudo acallar su dolor y lloró anticipadamente la enormidad del crimen que iba á cometer.

¡Luchar para morir con la vida misma es cruel dolor! Cuando Ernesto se acercaba al río, la sangre, el corazón, el alma, le arrastraban hacia atrás, clamando contra su resolución con poderosa é irresistible voz. Un sudor frío cubrió su frente. Tal vez era el sudor que sobrecoge á la hora de espirar; porque Dios quiere que hasta la muerte ganemos con imponderables trabajos. La muerte es un hermoso y deliciosísimo premio cuando tanto nos cuesta.

Cansado de luchar, y reluchar, ciego, delirante, con los ojos extraviados y los labios contraídos, sin quitarse ni el sombrero siquiera, abrió los brazos, y se lanzó al río. Su cuerpo se fue al fondo.

Hé ahí el sacrificio que hacía Ernesto en aras de su amada.

No quiso sacrificar su ambición, y le sacrificó su vida.

¡Qué misterioso es el hombre!

LIII.

Aun no había caído el cuerpo de Ernesto á las aguas, cuando resonó un grito agudo, desgarrador, parecido al grito de una madre que ve perecer á un amado hijo.

Y aquel grito aun no se había comunicado al aire, cuando rompiendo malezas y saltando escollos se presentó una mujer vestida de negro en la orilla misma del Tajo.

Esta mujer era hermosa, á pesar de sus cuarenta años. Triguero su color, pero sonrosado; grandes sus ojos; parecidos en el mirar á los de Ernesto; negro

su cabello, y rizado tan caprichosamente que muchos jóvenes en los hermosos días del amor habían sido aprisionados por sus graciosos rizos; esbelto el talle y flexible como las hojas de una palma y su figura apuesta y su figura deslumbradora, hermosa, aunque empezaba á declinar ya en la breve carrera de la vida.

Y aquella mujer desolada aun no había llegado á la orilla, cuando se vió aparecer una barca como salida de los espesos bosques que cubren el Tajo, moviéndose ligera cual una flecha. En ella había dos remeros y una hermosísima joven.

—Salvadle, que aun es tiempo, salvadle, gritó la dama vestida de negro.

La joven de la barca hizo una señal y ambos remeros se lanzaron al río. Pocos momentos después sacaban á Ernesto pálido, desencajado, y sin aliento, sin vida del fondo del río y le depositaban por mandato de la joven en su barca.

LIV.

—¿Se ha salvado? gritaba la dama del negro traje; que pálida y trémula miraba al joven con mirar afamado como el de una madre que quiere alejar la muerte de la frente de un hijo.

La joven puso la mano sobre el corazón de Ernesto y sintió sus latidos.

—Si, se ha salvado.

—¿Será necesario buscar un médico?

—Corriendo. El aire le devolverá las fuerzas y el sentido.

—¿Pero dónde le llevaremos?

—A mi casa; está aquí muy próxima. Mirad, dirigios por ese sendero, y torciendo á la derecha vereis una gran casa rodeada de jardines.

—Esperadnos allí, señora, que en breve llegará el enfermo.

La joven contempló por breves momentos extasiada á Ernesto.

Estaba pálido. De sus cabellos pendían algunas gotas de agua, y como los tenía echados hacia atrás lucía su alta y espaciosa frente; sus labios entreabiertos tenían el color de una rosa próxima á perder sus hojas y caída su cabeza sobre el pecho en graciosa actitud, parecía dormir con el sueño de la inocencia. Su respiración era entrecortada como si sollozase y tardos los latidos de su corazón como si se despertase á la vida. Un ramo de esas flores blancas que flotan en la superficie de los ríos se habían prendido á sus sienes, enredándose en sus cabellos.

La joven de la barca, á la cual conocerá muy en breve el lector, creyó ver en él un genio del río que muerto de amor se envolvía en las ondas para que le llevasen á la eternidad. Y su corazón impresionable y compasivo hervía en deseos de consolar al hermoso joven.

LV.

Eugenia (tal es el nombre de la salvadora de Ernesto) era una mujer *escéntrica*, adjetivo, que hoy en que todos nos hemos salido de nuestro centro, se prodiga con dispendiosa prodigalidad.

Su hermosura no era extremada; pero sí su gracia. Sus ojos pardos, aunque pequeños, tenían una fuerza de atracción infinita. Así lo confesaban casi todos los desdenosos dandys de la corte. No se la podía llamar hermosa pero era tal la gracia de sus modales, la flexibilidad de su talle, el arte infinito con que sabía prenderse y ataviarse, que pasaba y con razón por una de las damas mas hermosas de Madrid. Era joven.

I.VII.

La pobre señora dió un grito agudísimo al ver aquella aparición, grito que revelaba todo el espanto que causa una tremenda desgracia.

—¿Me pides aun mas pruebas de infidelidad, Luisa? ¿Dirás que no son fundados mis celos, cuando con mis propios ojos te he visto inclinada sobre el pecho de un hombre, prodigándole tus caricias, y aspirando su aliento? Ese miserable, cuyo amor por otra mujer tal vez le había arrastrado al suicidio merece tu corazón; y este hombre que te arrebató de los brazos de un tirano, merece tan solo tu desprecio.

—¡Oh! mi Edgardo, no me juzgues sin pruebas, no me condenes sin oírme.

—¿Crees que me faltan pruebas para ver en ese hombre mi rival?

—¿Qué dices? Ese joven que allí ves, es inocente. Ni siquiera me conoce.

—No te conoce; y le has seguido á Madrid, arrastrándome también á mi en pos de sus pasos. No te conoce y sabes cuando viene á Aranjuez, y le zelas desde lejos, y le sigues afanosa en sus paseos, y das horribles gritos cuando ves que le amenaza la muerte. Esos desvelos, ¿cómo se llaman en todo el mundo? Luisa, dílo tú misma.

—Eres muy cruel para mí.

—¡Cruel! Sabes que te dejo en completa libertad, porque no quiero, no, que seas mi esclava. Solo te prohibo que ames á otro hombre; porque ese hombre me robaría tu cariño, y que te acuerdes de tu hijo; porque ese hijo es una prenda del perdido amor. Te irrita tu pasado amor y me hacen temblar los sentimientos que pudieran en la vida asaltarte. No quiero que haya en tu corazón mas afecto que mi amor, ni en tu memoria mas recuerdo que mi nombre.

—Edgardo, la compasión se levanta en el alma, á despecho de la voluntad. Paseaba solitaria á orillas del Tajo, aguardando tu venida; cuando vi á ese joven precipitarse en el río. No tuve tiempo mas que para pedir socorro en tan horrible desgracia. Llamé y pude salvarle. ¿Con que la caridad, la compasión han de inspirarte celos también.

—Y vive Dios, que es hermoso, Luisa. Siempre has de sentir compasión por lo bello. Si ese hombre hubiera ido cubierto de harapos; y si en vez de ese hermoso rostro ostentara una torpe fealdad, á buen seguro que se despertaran con tanta fuerza tus virtudes.

—¿Dudas de mí?

—¿Y no he de dudar? Abandonaste al esposo; y quieres que duerma en tu fidelidad confiado el amante.

—Calla, por Dios, calla.

—Temes que nos oiga. No; no recobra aun el sentido. Te presentas tal vez á sus ojos como una vestal, y encubres con tu hermosura los crímenes que oscurecen tu existencia.

—Eres bien cruel. Por tí abandoné mi casa, y desoí la voz de mi honor y tú siempre estás á mis oídos murmurando el crimen que cometí; para que nunca lo olvide mi memoria. Por tu amor ahogué en mis entrañas el amor de madre, y me prohibes hasta que busque á lo lejos la sombra de mi hijo, inocente víctima de mis desvarios.

—¿Tu hijo! no nombres á tu hijo.

—¿Crees, Edgardo, que alguna vez le revelaría mi nombre, si por desgracia le encontrase? No, las madres deben presentarse á sus hijos con serena frente, do se reflejen las virtudes del alma. Sus palabras han de ser como las palabras de Dios, llenas de unción y ternura. Si su cuerpo está manchado y corrompido su espíritu y quebrantado su honor nada tiene que darle á su hijo mas que el peso de la vergüenza. ¿Cómo podría yo acariciar al que en la cuna abandoné?

Su pasión favorita era la literatura. Educada por un tío que había pasado su vida aprendiendo lenguas y estudiando poetas, se apasionó de tal modo por la literatura que con sus inmensas riquezas heredó la manía favorita de su sabio tío. Siempre hablaba en tono trágico. Las novelas la habían trastornado el seso, precipitándola en un abismo. Desposeída casi de nociones religiosas, queriendo realizar en la vida los sueños de los poetas, su alma impresionable se dejaba arrastrar por el primer libro que en sus manos caía. ¡Cuántos favores había dispensado á los jóvenes, de esos que se pagan con el desprecio y con el olvido y todo mas por parecer heroína de algun cuento de Federico Soulié que por malas y perversas inclinaciones! Llegó á tanto su desvario que no creyendo en el amor puro, cayó en el lodo de los amores viciados. Sin duda convencida de que la amistad no existía, buscó torpes amistades. Decía que el fin de la vida es el goce y ansiosa de gozar su alma perdió los arreboles de la virtud y su cuerpo la transparencia de la pureza. De abismo en abismo se hundió su reputación y su nombre, y fue escarnio de los hombres, escándalo de la corte.

Después cayeron en sus manos los libros que hablan del amor puro, de los goces ideales de los amantes, de esas esperanzas infinitas que como nube de incienso suben al cielo, de esas ilusiones que no tienen ni forma, ni nombre y lloró su pecado arrepentida de su loco desvario. Se retiró á la soledad y buscó en Aranjuez el reposo del corazón, y el olvido de las gentes; sin perder por eso su afán, su lenguaje poético, y sus manías literarias.

LVI.

Ernesto yacía aun sin sentido en una casita á orillas del río sobre un lecho que allí se había improvisado. Eugenia acompañada de sus remeros había ido á Aranjuez en busca de un médico.

La dama vestida de negro, que siempre le seguía, y á la cual conocemos ya personalmente, cuidaba de él.

—¿Qué afán se pintaba en su actitud! ¿Qué amor tan puro en sus ojos! Ya aplicaba su oído al corazón del joven, ya ponía la torneada mano en su marchita frente, ya hilos de lágrimas caían de sus ojos y rodando por sus mejillas, iban á parar al rostro de Ernesto.

Estoy sola, decía, completamente sola. Puedo hablar á mi hijo, á mi adorado Ernesto. ¿Por qué te abandoné para seguir ilusa los instintos de mi pervertido corazón! Este remordimiento me envenena. Has crecido sin madre; entregado al torrente de tus pasiones. Cuantas veces habrás maldecido la hora en que naciste, y la mujer fatal que te dió vida. Y yo, Ernesto, te seguía desde lejos, adorándote como sabe adorar el corazón de una madre. Ni un momento he cesado de velar por tí; pero el mas penoso martirio me afligía, porque no podía decirte «soy tu madre» ¿Y puedo ahora? Tampoco. Como no me oyes, te llamo hijo, si me oyeras no podría, no, tu madre darte tan dulce nombre.

Hora fatal fue aquella en que te abandoné. Yo era una niña: ni siquiera podía adivinar los deberes de esposa, ni sentir el amor de madre. ¿Pero por qué quiero justificarme? Caiga sobre mí todo el castigo y sobre tí las bendiciones y los besos de tu proterva madre. Y aplicó sus labios á la frente de Ernesto; al tiempo que abriéndose la puerta apareció en su dintel un hombre alto y de torvo ceño.

Sus palabras serian reconvenciones, y sus ojos destellarían tan solo para su madre desprecio. Y en fin, Edgardo, toda maldición es horrible; pero debe ser mas horrible aun, la justa maldición de un hijo.

—Vámonos pronto de aquí. No quiero, no consiento que seas tan compasiva. En tí la compasión y el amor se confunden. Amas á los que compadeces, y compadeces á los que amas. Yo he llegado á conocer que despues de veinte años de amorosos lazos mi presencia te hastia; porque te curas poco, muy poco de mis zelos; llagas que antes con tus caricias cicatrizabas.

—Edgardo, Edgardo. A los cuarenta años sientes aun las pasiones de jóven. Tu corazon nunca envejece. Lástima grande que tanto amor no sea legitimo; lástima grande que esa pasión tan exaltada arranque remordimientos á la conciencia, y haga subir el rubor á las mejillas. Cuando los dias han desvanecido las ilusiones y no queda corazon para sentir, el amor se agota como se agota todo. Amar á nuestra edad como tú amas es una ridiculez.

—Ah, Luisa! Te comprendo mal de mi grado. Mis caricias te cansan; mis zelos te inspiran risa. Y es porque tu alma se abre gozosa para aspirar el amor de ese hombre que á tus piés esta tendido; de ese hombre que ha de pagarme ahora mismo los grandes males que causa.

—Perdon! ¡Perdon!
—¿Qué digo? Confiesas tu crimen demandando mi perdon. Aparta, mujer, aparta, que mis ojos se ofuscan y se turba mi razon. Los zelos, como el licor que fermenta me embriagan. Tu has amado á ese hombre, tú le amas. Mía no eres. Libertad tienes para seguir el camino á que te arrastra tu corazon; pero yo te juro que no has de descansar tranquila en brazos de tu nuevo amante; porque un puñal amagará siempre tu cabeza.

—No me comprendes. Pedia perdon por este sentimiento de caridad que tanto pesar te ha causado. ¿A quién puedo yo amar sino á tí? Yo te he sacrificado mi amor, mi corazon, la honra que me legaron mis padres, el que debia trasmitir á mis hijos; y aun te quejas, como si una vida consagrada toda no fuera bastante á acallar todas tus sospechas y á apagar tus zelos.

—Pues vámonos pronto de aquí; pronto.
—¿Y le dejamos ahí sin vida?
—No faltará quien le recoja.
—¿Y si vuelve en sí, é intenta otra vez suicidarse?

—¿Qué se suicide.
—¿Qué horror! Ten caridad.
—Luisa: Que le asesino.
—Oh! vámonos, vámonos.
—¿Aun le contemplas?
—Parece que le habia oído suspirar.
—Tal vez suspirará de amor.
—El infeliz se queda ahí solo, desamparado. No seas cruel.

Edgardo asió fuertemente del brazo á su amada y mal de su grado la hizo abandonar á orillas del rio al hijo de sus entrañas.

Ese es el premio que en el mundo tienen los amores que corren por el corazon. Castigo tremendo para una madre debe ser verse obligada á separarse de un hijo á quien idolatra, sin poder estrecharle contra su corazon, abandonándole en las desiertas riberas de un rio. Toda madre cuida de sus hijos, los socorre en sus necesidades, los consuela en su dolor; ejierra sus llagas y colma su corazon de purísimas caricias; y aquella mujer ni siquiera podia revelar sus instintos de madre siendo mas desgraciada que la paloma en el desierto ó la hiena en su caverna. Le veia sin vida, y sin vida le dejaba, cuando el infeliz necesitaba de sus socorros. No podia llevarse con-

sigo á velar á la cabecera de su lecho. Ni aun le era permitido manifestar su compasion; ese tributo que el hombre debe al hombre. La sombra del hijo perseguía á la madre, llenándola de remordimientos. Su corazon se rompía á impulsos de dolor, pero la infeliz doblegándose bajo el peso de la fatalidad encubria sus penas, y evocaba una sonrisa á los labios. Terrible es en verdad su castigo.

LVIII.

Eugenia volvió con el médico.

—¿Qué os parece? Han abandonado al infeliz. ¡Cuánpoca caridad hay en el mundo!

El médico dijo que no era nada, y recetó algo pero no perder la manía de enriquecer á su compañero de conspiracion el boticario. Porque entre el médico, y el boticario forman una sociedad para... No queremos decirlo, porque tememos mucho la venganza de los médicos. Baste decir que no hay médico que no tenga en Madrid un amigo boticario, ni boticario que no tenga un amigo médico. Toda amistad está fundada en el mutuo provecho de los contrayentes; los médicos y boticarios se profesan una acendradísima amistad; luego nuestros lectores sacarán las consecuencias deducidas lógicamente de semejante premisa.

LIX.

Hermoso es el jardin donde Eugenia ha depositado á Ernesto. El suelo está cubierto de flores como de una red, y regado por arroyos que se destrenzan halagando el oido, y divirtiendo la vista. Un lago azul viciosamente abrazado por aromas de jazmines y hermosos ramos de rosas, se extiende en el centro, jugando con pintadas barcas; y recibiendo amoroso el tributo de perlas que le rinden los plácidos arroyuelos. Las fuentes surgen entre pintadas piedras, los pájaros aprisionados en doradas cárceles, lloran en suaves armonías su libertad perdida; las grutas murmuran como si sus estatuas le contasen sus amores; y el aire se mece como invisible velo de gasa perfumado por los aromas con que aquellos carmines le seducen. El arte ha llenado de vida aquel hermosísimo Edem. Allí se ve Diana, vertiendo lágrimas de amor sobre el seno de Endimion dormido, Venus, saliendo de las espumas con los ojos hermosos como el cielo de Chipre, y el cabello destrenzado cual el viento que se mece sobre las montañas de Grecia; Dafne esquivá los amores de Apolo convirtiéndose en el laurel de la gloria, para significar que el amor y la poesia son una misma idea y producen unas mismas armonías; y las Musas arrullando en su sueño á la tierra, coronándola con los rayos del oro de la inspiración, y convirtiéndola en espejo del Olimpo y morada de los dioses.

Y en una gruta, en indiana hamaca extiende Eugenia á Ernesto, esperando que vuelva pronto á despertar del sueño que embarga sus sentidos. Y en efecto la pureza del aire dilata su pecho, y le hace volver poco á poco de su letargo, hasta que una fugitiva lágrima se escapa de sus ojos, y hondo suspiro se exhala de su destrozado corazon. Eugenia no se aparta un instante de su lado, haciéndole aspirar esencias, y abanicándole para remover el aire que respira, y dar consuelo á sus sienas abrasadas. Por fin Ernesto abre los ojos, y al ver los rayos del sol poniente que doran la gruta ornada de mil flores; el azul horizonte, confundido con la copa de los árboles, y la hermosa mujer que vela á su lado, vaga é indefinible sonrisa se dibuja en sus marchitos labios. Late su corazon dolo-

rido, y la sangre se agolpa á sus sienas. Se incorpora fatigado en su lecho, y dice:

—¿Dónde estoy?
—Estais con una amiga.
—¿Señorita!
—Dejaos de cumplidos. Habeis querido morir, y yo he querido salvaros.
—¿Que mal habeis hecho!
—No. Os devuelvo la vida, que siempre tiene algunos encantos.

—Si algun hechizo puede tener despertar á este mundo, es el veros, señorita.

—¿Tal vez desesperanzado del mundo habeis querido buscar la muerte?

—Corta es mi vida; pero larga mi historia.
—Comprendo á los jóvenes. Por el menor contratiempo se creen ya obligados á matarse.

—No lo creais. Huyo de la vida; porque para mí la vida es la muerte.

—No puede ser. La vida tiene siempre hechizos, la naturaleza halagos, lo porvenir misterios, y lo presente esperanzas.

—Ojalá fuese verdad lo que decís! Para mí ya no hay halagos sino desengaños. Ya no hay esperanza, ni mundo, ni ambicion, ni gloria. Mi porvenir es la nada.

—Vamos. No torneis á vuestras manías. Franco hospedaje os dará esta casa, mi solicitud remedios, el campo salud, y olvido el tiempo. Todo pasa, todo muere; que el infortunio no es eterno. La melancolia del jóven interesó profundamente á Eugenia, y á decir verdad no desagradó á Ernesto la solicitud de su salvadora. Quería partirse de allí, pero fueron tantas las instancias, que su negativa hubiera rayado en grosería. Ernesto era hermoso, é interesaba á Eugenia; Eugenia era bella, y habia salvado á Ernesto. De tantos lazos es difícil que no nazca una pasión aunque se opongan los recuerdos, porque el olvido es tan natural como la muerte. Toda pasión vive de incertidumbre. La esperanza cumplida ó muerta, mata á las pasiones. El amor es un soplo que pasa por el corazon y que se desvanece en los aires. Ernesto era poeta, y Eugenia literata. Dos poetas se avienen muy mal, porque el poeta como tiene todas las pasiones muy exaltadas, peca algo de envidioso. Pero un poeta y una literata forman una sociedad celestial, si en ella se interesa el corazon. Yo aseguro que todas las poesias de Ernesto gustarán á Eugenia, y que todas las criticas de Eugenia han de complacer el corazon de Ernesto. Para oír sus conversaciones no olvidemos su carácter. Así no extrañará el lector, el pedantismo de Eugenia, y la prosa poética de entrambos.

LX.

—Siempre triste! exclamaba cierto dia Eugenia.
—Habeis sido muy despiadada para conmigo, creyendo sin duda ser muy compasiva. Busqué la muerte pura ahogar mis males, y dándome la vida me habeis vuelto á mis tormentos. Creisteis hacerme un beneficio, pero no; que para mí el mayor beneficio es el olvido, y la mas grande pena es la memoria.

—¿No tiene en vuestra juventud la vida encantos?

—¿Cómo ha de tenerlos, si todo lo que amaba el corazon se ha disipado cual leve sombra, ó cual ligero sueño! Preguntadle á los cielos vacíos, sin gloria y sin Dios, si quieren vivir en su soledad, y al pintor que no vé, si anhela la vida; al poeta, que no canta porque su voz se apaga y sus ilusiones se marchitan, si desea que su peregrinacion sea muy larga; al amador desposeido de esperanza, si tiene naturaleza para su imaginacion muchos halagos, y oíreis como todos os responden sollozando, porque despiadada la muerte no presta oido á sus infinitas quejas.

—¿Pero el alma ha de plegar sus hojas, y cerrar su cáliz al primer aliento de la desesperacion?

—Si, si. Cuando el sol ya no puede alumbrar la tierra, se sumerge en el fondo de los mares. Así el alma cuando ya no puede amar, se pierde desolada en el abismo de la eternidad.

—Oh! ¿Y creis que Dios os haya negado ya el amor?

—No me lo ha negado. Feliz yo mil veces, sino sintiera hervir su ponzoña en el corazon. Pero me ha hecho ver la luz desde una altura eminente, desplegando sus matices y sus pintados arboles, para confundirme despues en un mar de negríssimas tinieblas.

—No desesperéis; que el objeto de la vida es vario como el corazon de los hombres. A veces la desgracia es la mensajera del arte. Homero fue ciego; y Dante arrastró la penosa vida del destierro. Y despues Homero creó la Grecia, y Dante fue el genio de la Italia.

—¡El arte! Yo no lo comprendo. No sé qué quiere decir arte sin amor como no sé qué quiere decir un Dios sin belleza.

—Es que la desgracia no apaga el amor; antes le aviva con su soplo.

—Pero qué hará el poeta desposeido de esperanza? Su canto será una maldición, y el soplo que se escape de sus labios no serenará el mar de la vida. El genio que no consuele á la humanidad debe romper en mil pedazos su lira. Para cantar la duda, y matar la esperanza no le infundió Dios al poeta la inspiracion.

—Es verdad. Mas si el hombre de alto genio conoce que su alma se eleva en alas del arte á otras regiones iluminadas por la luz que no alcanzan á adivinar nuestros ojos, si sabe que el tránsito de la vida es como el vuelo de la paloma en el aire; y que la inmortalidad es la pena del hombre, y la gloria de Dios su aureola; ¿por qué ha de ocultar el mundo las verdades que adivina, y los consuelos que siente? ¿Por qué no ha de decirle que el amor es del cielo?

—La humanidad se rie del poeta.
—No lo creais. El despecho os dicta esas palabras; y el alma las recoge con afán; é imagina creerlas como dogmas. ¿Qué sería la humanidad sin el poeta que la consucla, sin el poeta que la eleva?

—Las revelaciones de Dios son eternas, dijo Ernesto. Ya se aparece su ciencia en el Sinai, ya su verbo en el Calvario. Pero despues Dios descende en los arboles de la tarde para iluminar nuestra ceguera, ó en alas de la tempestad para apagar la luz de nuestras orgias. Ya canta por boca del solitario gilguero en el bosque, ya el eco de su voz resuena en la lira de los poetas. Dios lo llena todo como el aire, lo alumbrá todo como el sol, y lo fecunda todo como la vida. Pero el hombre tiene para el poeta olvido, para la revelacion de Dios negaciones y dudas; y para lo sublime lo ridículo. ¿Quién sabe si Cervantes fue un quijote en el mundo?

—El mundo no olvida al poeta. Sus cantares como la lluvia fecundan la tierra. Yo he visto á la falda del Vesubio la tumba de Virgilio. Sobre su losa iban á posarse las palomas, arrullando al poeta en su sueño, y sobre el laurel, que de sus cenizas se alimenta, vense siempre confundidas las lágrimas del rocío, y las lágrimas de los hombres.

—¿Y eso qué prueba?
—Que la humanidad y la naturaleza tiene tributos de amor y gloria para el genio.

—Amor, gloria: palabras huecas que se lleva el viento. Yo soñaba con una mujer ideal. Su sombra era mas hermosa que el firmamento estrellado. Sus ojos en la oscuridad iluminaban mas á la naturaleza que el sol en la zenit. Yo no tenia labios, sino para murmurar su nombre, ni corazon sino para adorar su imagen. Todos mis sueños eran poesia, todas mis ilusiones celestes esperanzas. Cantaba yo solitario mis

amores, y me escuchaba el mar, y plácidos me sonreían los cielos. Mi vida pasaba en éxtasis; y la inspiración tenía halagos, porque coronaba con la eternidad mis santísimos amores. Entonces fui poeta.

—Y siempre lo seréis; porque la llama del genio arde en los corazones desolados, como los fuegos fatuos en la superficie de los sepulcros. Petrarca cantó siempre á Laura; porque Laura fue siempre una sombra, que se escapaba de sus brazos.

—El canto se ha helado en mi corazón.

—No, vuestro corazón no está muerto. Está lleno de aromas, que el soplo del tiempo levantará hasta los cielos. Dios os guarda un destino que cumplir, y os reserva un corazón que adorar.

—¿Será verdad?

—Ese dolor es ciego. No veis la luz.

—Si yo no estuviera como Satanás imposibilitado de amar, mi amor, Eugenia, serais vos. Y el joven llevó á su corazón la torneada mano de la joven. El viento confundió dos suspiros. Después de breves momentos, levantándose pasearon por las solitarias y frondosas alamedas largo rato sin proferir palabra, atendiendo al susurrar de las fuentes y al murmurar de las auras.

LXI.

En una galera pasaba cierta tarde por Aranjuez María acompañada de su amiga Isabel. Se dirigía hacia Madrid, á donde iba arrastrada por el amor filial. Sabida su fuga, creyó su desgraciado padre que María se había refugiado en la corte, porque allí se hallaba Ernesto. Hasta el padre juzgaba mal de su hija. María buscó un asilo en casa de su amiga Isabel, y se decidió á ponerse en marcha para Madrid, en pos de su padre aunque con gran disgusto de su corazón. Partieron, pues, sigilosamente, sin que don Braulio pudiera averiguar el paradero de su esposa, lo cual le traía de un humor espantoso. Esto hacia que recargase la mano á sus numerosos deudores, y que exigiese exorbitantes réditos á los infelices que forzados de la necesidad acudían á emprestarle dinero. Era tal su descaro que exigía hasta las más degradantes satisfacciones á sus deudores. Exaltado su corazón con la contrariedad que acababa de sufrir, destilaba sangre y hiel. Sin religión, sin sentimientos, sin aspiraciones, sin virtudes, no tenía fuente de consuelo donde apagar sus dolores. Y padecía, esos males del cuerpo azotado por apetitos que no puede satisfacer, por sed de goces que nunca llega á saciarse; consecuencia horrible del vicio y de la depravación, que como asquerosa lagaja exhala pestilente olor.

LXII.

Don Pedro de Urgel sentado en un sillón en casa de don Braulio demostraba la más desesperada aflicción. Eusebio alegre, contento, se frotaba las manos, oyendo las singulares y nunca vistas ocurrencias que habían acaecido á su tío.

—Pues la chichuela por aquí no parece.

—No parece, es verdad. Dios sabe lo que habrá sido de ella.

—¿Lástima grande que en tal capricho haya dado mi tío.

—¿Y qué queréis?

—Parece que anda el diablo suelto por esta casa. Mi tío casado. Vd. buscando á la novia que se ha fugado; y mi primo perdido por esos mundos, sin que de él sepamos nueva cierta.

—¿Qué será de María? ¿Dios mio! ¿Dios mio!

—No os apureis. Tal vez se hayan dado una cita ambos amantes; tal vez serán felices; mientras V. se desespera, y rabia mi tío.

—No, que mi hija posee altos principios de religión.

—Pero el amor se olvida hasta de Dios.

—Y tiene honor.

—Hoy día el honor nada vale. Si los burlados maridos de hoy hubieran de matar á todas las mujeres engañadoras, á buen seguro que en el mundo se viera otra cosa que llorosos viudos.

—Pero, mi hija... no puedo creerlo. Y don Pedro dudaba.

—Ya se ve. Un buen padre no cree con facilidad que donde ha sembrado tantas flores broten algunas espinas. Pero mi tío es horrible y Ernesto hermoso; así es que cualquiera justificará en otros tiempos la injustificable calaverada de María.

—No. Si la encontrara en brazos del seductor, yo mismo la mataría, yo que soy su padre.

—Tengo que daros algunos libros, para que os convenzáis, de que nada es más absurdo que el honor, ni más falso que la virtud. Yo así he propuesto demostrarlo en una comedia, que acabo de escribir, y que será muy aplaudida, Dios mediante. El matrimonio está fundado en el amor, y cuando el amor cesa, debe cesar el matrimonio.

—¿Que horror!

—De poco os espantais. Esas son ideas francesas, ideas que he bebido en los libros de allende el Pirineo. La Francia es nuestro modelo, nuestro maestro. Napoleon regeneró en España la política; Victor Hugo el teatro; David la pintura, y Dubost las camisas. Todo nos viene de allí.

—Es que sin duda alguna insultais á la Francia. En esa nación hay corazones grandes, y de ella salen relámpagos de nobles ideas; pero los imitadores, siempre imitan lo malo, y ese es el origen de las calumnias que sobre Francia caen. A todos esos libros puedo oponeros un capítulo de madama Stael, en que habla del amor en el matrimonio; capítulo sublime que está escrito con los ojos fijos en lo porvenir.

—Esa señora, tenía muchas preocupaciones del siglo pasado.

—¿Y el honor, y la religión, y la virtud han de ser de pasados siglos?

—Se entiende hoy de ilustración...

—No entiendo vuestra ilustración. Si yo encontrara á María en brazos de su torpe amante, y la maldijera para siempre, y pidiera á su seductor satisfacción, haciéndole objeto de mis justas iras, sería tachado por vosotros, hombres del día de...

—Pues, añadió Eusebio.

—No, no veré á mi hija así, porque mi hija es muy buena. Pero si mi desgracia fuera tal que mis esperanzas saliesen fallidas, la... Dios me perdone.

Eusebio lanzó una carcajada, al tiempo mismo que se abrió la puerta de la estancia, y María seguida de Isabel se arrojaba á los pies de don Pedro, clamando...

—¡Padre! ¡Padre mio!

—¡Hermosa muchacha por mi vida! dijo el joven.

Don Pedro se levantó del sillón, rechazando á su hija lejos de sí con ademán severo y oscurecido semblante.

LXIII.

—Padre, nunca creyera que vuestro amor me faltara.

—Ni, yo, hija, que olvidases tus virtudes.

—Pequé, padre; pero fui inocente.

—La inocencia consiste en seguir con voluntad inflexible las huellas del deber.

—Pero tengo un corazón que se subleva.

—¿Dónde está la voluntad?

—La voluntad de una mujer es deleznable.

—La religión conforta al espíritu, cuando el espíritu desfallece.

—Pero, señor, si yo me entregué al crimen por salvaros del crimen.

—¿Luego eres culpable!

—No. Amé á un hombre, pero aquel amor se oponía á vuestra felicidad, y lo condené, señor, á la desesperación y á la muerte.

—Nunca me dijiste tal cosa.

—Temí que á mi sacrificio os opusierais.

—¿María!

—Si, padre, si. Vos jamás me habrais hecho infeliz.

—¿Jamás!

—Vos no hubierais consentido que cuando el alma se perdía en sus amores gozosa, la hubiera yo privado de su dicha.

—No, María, no.

—Si hubierais sabido que aquel mi marido me repugnaba, que forzada de vuestro cariño iba perjura ante el ara santa á ofrecer amor á quien profesaba odio, me hubierais arrancado del altar.

—Si, te hubiera arrancado.

—Yo sola quise ser desgraciada, y con mis manos labraré la desgracia.

—¿Y todo por mí!

—¿No me disteis la vida? Y en cambio ¿no os debía yo sacrificar el corazón?

—Erraste en tu sacrificio, María; erraste torpemente, infeliz. La vida por un padre debe darse, pero no el corazón. Ese sacrificio de que hablas, es un sacrificio cruento, y al considerarlo se despedazan mis entrañas.

—Nuestra suerte era oscura, incierto el porvenir, segura la desgracia, y yo, señor, no dudé un momento en ofrecermos como víctima para salvar vuestra honra.

—Y no me has salvado, María.

—¿Por qué? señor.

—¿Crees que las faltas de los hijos no se reflejan en la frente de los padres?

—En nada he faltado. Mi virtud no tiene mancilla. La honra, que á mi esposo debo, la guardaré fuertemente. He huido de mi esposo, porque el corazón no puede amarle. Entregar el cuerpo, al ser, de quien tengo divorciada el alma, me ha parecido achaque de prostituta. Por eso huí en la oscuridad. Vámonos, padre.

—Y á do vamos, María.

—El trabajo nos dará sustento, y refugio una bohardilla.

—Y yo en qué he de trabajar, si está cansada mi alma y desfallecido mi cuerpo.

—¿Creeis, padre, que he perdido las manos y los ojos? Vamos. Tal vez seamos felices. Al entrar en Madrid he oído llorar en un palacio. Esto me ha convencido de que la dicha puede sonreír á la miseria como aflige la desgracia á la opulencia.

—Si. Puedes ser muy feliz. ¡Desgraciada! Tu corazón destila sangre, y se sonrien tus labios. Sufres resignada, por no afligir á tu padre. En mal hora nací, y en peor hora te engendré.

—Padre, padre. No os aflijais. Vámonos. Todo lo he olvidado, todo por vos.

—¿Y de qué nos ha servido tu sacrificio?

—De mucho, puesto que he salvado vuestro honor.

—¿Oh! eres una mártir, y que has buscado el martirio para encontrar el infierno. Tu sacrificio quedará olvidado de las gentes, siendo tan sublime.

Mirad á mi hija, Eusebio, y probadme que la virtud es un sueño.

Eusebio estaba conmovido. Esto bastará para encaecer lo poético de aquella escena.

María arrastró ayudada de Isabel á su padre fuera de la estancia colmándole de caricias.

Eusebio exclamó.

—Por vida de Utrilla ¡He llorado! Jesús, que vergüenza.

LXIV.

Los sacrificios privados son más sublimes que los sacrificios públicos. Y son más sublimes, porque son más desinteresados, y más desinteresados, porque son desconocidos. El amor á la gloria puede arrastrar al hombre á el heroísmo. Pero esos grandes rasgos de abnegación que presencia el solitario hogar viven sin recompensa y mueren sin historia. La poesía estará tal vez encerrada en la realidad. Las grandes hazañas que buscamos en leyendas de otros siglos, tal vez palidezcan al lado de las hazañas privadas, que desdeñamos indiferentes, porque la historia no las ensalza y el arte no las adorna, olvidándonos de que cada corazón es un poema y cada existencia una tragedia. Hay lágrimas que no nos conmueven, porque no caen envueltas en las armonías de Lamartine sobre nuestro pecho, tristes historias que no nos interesan, porque no han encontrado una voz elocuente que las narre; amores que no comprendemos, porque no ha habido un poeta que los cante, cuando la poesía y la historia no hacen más que dar formas á las ideas ó luz á los sentimientos.

Esta desgracia le cabe sin duda alguna á la tristísima historia de María. Mis manos no tejerán una corona de mártir para las sienes de ese ángel. ¡Mucho lo siento en verdad!

LXV.

Destrenzado el cabello, marchito el semblante, entornados los ojos y oscurecida la frente, descansa Eugenia en su jardín recostada bajo un sauce sobre la mullida alfombra que el verde césped la ofrece. A su lado una doncella, que por su confidencial amiga pasa, riza y desriza sus bucles, mientras la joven se contempla en el cristal de las aguas. En vano el sol intenta atravesar el follaje para acariciar su rostro, ni el arroyo detenerse en su cauce para rellejar sus gracias. La joven esquiva no agradece ni los deleitosos cánticos del aura, ni los aromas embriagadores de las rosas. Dícese que mal de amor ha tiempo que la desvela, y que por más que se esfuerza solo ingratitud recoge. Dícese que ni los libros mira, ni toca el piano, ni cuida las flores, ni da de comer en sus labios á sus antes amadísimas palomas. Dícese, en fin, que sus amigos la hastían, y sus jardines la sofocan, y que llorando ó gimiendo pasa las horas de su triste vida. Prestemos atento oído á su conversación con Juana, que así su amiga se llama.

—¿No es verdad que he sido muy infeliz?

—¿Por qué? Señorita.

—Todo debía sonreírme, porque la fortuna me ha desde que nació halagado. Pero yo, abandonándome á mis instintos ó á mis sueños, me he precipitado sin sondear el abismo que á mis pies se abría. Libre en mis acciones, independiente y altiva por carácter, fascinada en mi ignorancia, ó la voz de la naturaleza que me perdió para siempre. Tú no has presenciado mis orgías, cuando todos los jóvenes más disolutos de Madrid se congregaban en mi palacio para perderme.

—Pero el arrepentimiento....
—El arrepentimiento borra las manchas del alma, mas no puede lavar jamás de sus lunares al cuerpo. El pensamiento purifica el espíritu, y lo ensalza y lo eleva; mas para esta cárcel no queda esperanza, sino es la muerte.

—¿Y qué no os ha de perdonar el mundo despues de tanto aislamiento?

—El mundo no perdona. La fama que una vez se perdió, jamás, jamás se recobra. Bien podria yo encerrarme viva en un sepulcro desgarrando con silicios mis carnes; arrancarme de dolor uno á uno mis cabellos; que no inspiraria compasion, sino risa; y todos me llamarian hipócrita, achacando á torpe hastío mi sincero arrepentimiento.

—Vos no fuisteis criminal.

—¿No puede llamarse crimen abrir mis salones á la liviandad, formentar el juego, ver la torpe embriaguez arrastrándose por mis alfombras, y oír las maldiciones que el vicio arranca á los apagados labios?

—Pero vos os conservais tan pura....

—Era imposible. La atmósfera pestilenta que allí se respiraba, me ahogó. El torbellino á que me arrojé ciega y desvalida, quemó las alas de mi inocencia.

—¿Qué desgracia!

—Irreparable, Juana, irreparable. No tuve mas guía que libros escritos por almas pervertidas, ni mas maestro que aduladores empeñados en perderme. La educación me faltó, y los sentimientos religiosos eran para mí ecos perdidos de la imaginación de los pueblos. Siempre es triste que un hombre no tenga religion; pero es hasta repugnante que una mujer no la tenga. Nuestros corazones están destinados á creer, y para orar modelados estan nuestros labios. En el alma de la mujer debe arder siempre el fuego del amor divino. ¿Y cómo habia de amar yo un objeto desconocido?

—¿Criminal fue vuestro tio!

—Educada en las ideas de Voltaire; hablaba de Dios como de un fantasma inventado por los reyes para tiranizar á los pueblos, de la religion como conjunto de falsas fábulas inventadas por la ignorancia; del amor, como goce que no debe desperdiciarse cuando la sangre hierve y late el corazón, y se entrecabran ansiosos los labios; y de las virtudes como ficciones conveniencias inventadas para establecer la paz entre los hombres.

—¿Cuánta blasfemia!

—Yo hojeaba libros que enardecian mi sangre; libros que encomiaban goces desconocidos. Y mi viciada naturaleza cayó en el crimen, que diestros pinceles trazaban con deslumbrantes arboles.

—¿Y ahora!

—Ahora que siento el amor, veo que estoy imposibilitada de amar. Ahora, que al oír los pasos de Ernesto me extremezco, comprendo que no puedo ser feliz sino le vendo, sino le engaño torpe y miserablemente. Es virtuoso por naturaleza; tanto que su corazón está siempre pronto á proteger al desvalido, y á remediar al desgraciado. Es religioso; porque sus palabras tienen un perfume celestial, que engrandece hasta mi naturaleza; esta naturaleza que ha perdido la virtud y la inocencia.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—De buen grado le olvidara, si poder para olvidarle tuviera. Mas pienso unirme á él para siempre, y huir muy lejos, á donde jamás tengamos de nuestra España noticias. Así oculto mi crimen, y soy feliz sin lastimar su honra.

—¿Arriesgada empresa!

—Es verdad; pero en ella debes prestarme tu auxilio, como otras muchas veces me lo has prestado. Yo le oculto á los ojos de las gentes. Ni permito que nadie entre en este nuestro palacio; ni le deo libertad para partirse á Madrid.

—Siempre está triste.

—Llora amores sin esperanza.

—¿Y esos amores?

—Bien poco estorban mi dicha.

—¿Hacia acá viene.

—Déjanos, Juana.

LXVI.

—¿Huis de mi presencia, Ernesto?

—¿Yo! Eugenia. En medio de la desesperación que me aflige, y de las dudas que me asaltan, vos sois mi consolación y mi esperanza.

—Pero os encuentro tan demudado siempre. Turbios los ojos, como si estuviesen; cansados de llorar secos los labios, tal vez hartos de quejarse; y pálido el semblante, espejo fiel de las amarguras del alma.

—Ya lo sabeis; todas mis aspiraciones han muerto. Antes ambicionaba gloria. Hoy el laurel que orna las sienas de un héroe ó de un poeta, ni me anima, ni me entusiasma, cual si la vida se hubiera apagado en mi marehito corazón.

—Nada habeis padecido, cuando tan pronto doblais la frente al primer golpe de la fortuna.

—Nada. Mi vida era como ilusion encantadora, mis palabras cánticos, mis ensueños esperanzas, mi historia vacía de dolores, y mi porvenir inmenso como el mar.

—¿Y tan pronto un amor contrariado os hiela la sangre?

—¿Por qué no? Era mi ensueño de poeta, y la idea oculta de mis inspiraciones artisticas. Poned al pintor ante un lienzo, lleno de inspiración. Su mente arde; los mas halagüeños colores se despliegan ante sus fascinados ojos, y las mas risueñas armonías resuenan en sus oídos; no ve; sino que su idea va á tomar forma y á surgir deslumbradora y pura de su mente. Coge el pincel, traza y describe. Cada rasgo es una huella de su genio; cada color un reflejo de su alma. En medio de aquellos arboles, arrullado por su delirio, nace la hermosura en que adora su espíritu, y la ve surgir como su propio pensamiento, y mecerse en los cielos como la gloria de Dios. Sus cabellos de luz se despliegan en torno de su frente como el primer rayo del sol sobre el mundo; sus ojos nacen como las estrellas que se mecieron por primera vez en la inmensidad, y el rostro de la mujer amada modelado con todos sus encantos, aparece llenando de alegría, y esperanza el alma fatigada del artista. Pero satisfecho su corazón, sus labios van á posarse sobre aquella frente, borra con el aliento lo que habia imaginado el alma; y en vez de su idea queda el lienzo manchado, sin sombras ni colores. ¿Ese dolor no es el mas imponderable de los dolores?

—Pero el artista no desmaya, que nuevas inspiraciones vendrán á su mente, y nuevos objetos regocijarán su alma?

—¿Pues qué se puede amar mas de una vez en el mundo?

—No seais niño. ¿No hay muchas estrellas en el cielo, y muchas flores en la tierra? Cuando el soplo de Dios apaga un astro, allí mismo nace otro con luz mas nueva; cuando una flor pliega sus hojas, sacude sobre el campo su cáliz lleno de semillas que llevan en sí el germen de nuevas flores.

—El amor es como Dios. Infinito llena los abismos del corazón, omnipotente transforma nuestra naturaleza, inmortal se duerme con el cuerpo en el sepulcro, y renace con el alma en la eternidad; pero único tambien solo tiene una esencia.

—Opino de distinto modo. El amor está encerrado en el alma.

—Pero hay varios objetos que lo despiertan como

varias mariposas acuden á bañarse en el aroma de las azucenas. A veces uno de esos objetos, ó desaparece, ó muere. El amor vuelve á caer solitario en el alma, y creemos que ya se ha disipado. Mas si una nueva mariposa despliega sus alas, y se posa amorosísima, sobre el corazón, le oírís de nuevo despertarse, latir y adorar.

—No lo quiera Dios.

—¿No deseais amar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque entonces toda mi fe en la eternidad del amor se habrá perdido.



Eugenio.

Eugenia se extremezó.

—¿Se llama María!

—Hermoso nombre!

—Para mí es tan dulce.

—¿Qué feliz es María!

—¿Feliz! cuando llora sujeta á la esclavitud mas penosa.

—¿Pero la adorais?

—Sí, la adoro; aunque este amor sea mi desconsuelo y mi desdicha.

—¿Y le sacrificais todos vuestros pensamientos?

—Todos, Eugenia.

—¿Y le consagrais vuestros versos?

—Si alguna vez suspira mi amor, suspira por María; como si alguna vez creo en la amistad, á vos, Eugenia os debo esa creencia.

—Ingrato!

—¿Qué deciais, Eugenia?

—Nada, nada.

—Me parece que luchais para detener algunas lágrimas. ¿Me compadeceis?

—No os compadezco.

—Y yo me creo tan digno de compasion.

—¿Amais!

—Pero sin esperanza.

—¿Mas al fin, amais?

—Jamás me habeis preguntado por el objeto de mi amor.

—¿Qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¿Y qué os parecieron?

—Pero el arrepentimiento....
—El arrepentimiento borra las manchas del alma, mas no puede lavar jamás de sus lunares al cuerpo. El pensamiento purifica el espíritu, y lo ensalza y lo eleva; mas para esta cárcel no queda esperanza, sino es la muerte.

—¿Y qué no os ha de perdonar el mundo despues de tanto aislamiento?

—El mundo no perdona. La fama que una vez se perdió, jamás, jamás se recobra. Bien podria yo encerrarme viva en un sepulcro desgarrando con silicios mis carnes; arrancarme de dolor uno á uno mis cabellos; que no inspiraria compasion, sino risa; y todos me llamarian hipócrita, achacando á torpe hastío mi sincero arrepentimiento.

—Vos no fuisteis criminal.

—¿No puede llamarse crimen abrir mis salones á la liviandad, formentar el juego, ver la torpe embriaguez arrastrándose por mis alfombras, y oír las maldiciones que el vicio arranca á los apagados labios?

—Pero vos os conservais tan pura....

—Era imposible. La atmósfera pestilenta que allí se respiraba, me ahogó. El torbellino á que me arrojé ciega y desvalida, quemó las alas de mi inocencia.

—¿Qué desgracia!

—Irreparable, Juana, irreparable. No tuve mas guía que libros escritos por almas perversas, ni mas maestro que aduladores empeñados en perderme. La educación me faltó, y los sentimientos religiosos eran para mí ecos perdidos de la imaginación de los pueblos. Siempre es triste que un hombre no tenga religion; pero es hasta repugnante que una mujer no la tenga. Nuestros corazones están destinados á creer, y para orar modelados estan nuestros labios. En el alma de la mujer debe arder siempre el fuego del amor divino. ¿Y cómo habia de amar yo un objeto desconocido?

—¿Criminal fue vuestro tio!

—Educada en las ideas de Voltaire; hablaba de Dios como de un fantasma inventado por los reyes para tiranizar á los pueblos, de la religion como conjunto de falsas fábulas inventadas por la ignorancia; del amor, como goce que no debe desperdiciarse cuando la sangre hierve y late el corazón, y se entrecabran ansiosos los labios; y de las virtudes como ficciones conveniencias inventadas para establecer la paz entre los hombres.

—¿Cuánta blasfemia!

—Yo hojeaba libros que enardecian mi sangre; libros que encomiaban goces desconocidos. Y mi viciada naturaleza cayó en el crimen, que diestros pinceles trazaban con deslumbrantes arboles.

—¿Y ahora!

—Ahora que siento el amor, veo que estoy imposibilitada de amar. Ahora, que al oír los pasos de Ernesto me extremezco, comprendo que no puedo ser feliz sino le vendo, sino le engaño torpe y miserablemente. Es virtuoso por naturaleza; tanto que su corazón está siempre pronto á proteger al desvalido, y á remediar al desgraciado. Es religioso; porque sus palabras tienen un perfume celestial, que engrandece hasta mi naturaleza; esta naturaleza que ha perdido la virtud y la inocencia.

—¿Y vos qué pensais hacer?

—De buen grado le olvidara, si poder para olvidarle tuviera. Mas pienso unirme á él para siempre, y huir muy lejos, á donde jamás tengamos de nuestra España noticias. Así oculto mi crimen, y soy feliz sin lastimar su honra.

—¿Arriesgada empresa!

—Es verdad; pero en ella debes prestarme tu auxilio, como otras muchas veces me lo has prestado. Yo le oculto á los ojos de las gentes. Ni permito que nadie entre en este nuestro palacio; ni le deo libertad para partirse á Madrid.

—Siempre está triste.

—Llora amores sin esperanza.

—¿Y esos amores?

—Bien poco estorban mi dicha.

—¿Hacia acá viene.

—Déjanos, Juana.

LXVI.

—¿Huis de mi presencia, Ernesto?

—¿Yo! Eugenia. En medio de la desesperación que me aflige, y de las dudas que me asaltan, vos sois mi consolación y mi esperanza.

—Pero os encuentro tan demudado siempre. Turbios los ojos, como si estuviesen; cansados de llorar secos los labios, tal vez hartos de quejarse; y pálido el semblante, espejo fiel de las amarguras del alma.

—Ya lo sabeis; todas mis aspiraciones han muerto. Antes ambicionaba gloria. Hoy el laurel que orna las sienas de un héroe ó de un poeta, ni me anima, ni me entusiasma, cual si la vida se hubiera apagado en mi marehito corazón.

—Nada habeis padecido, cuando tan pronto doblais la frente al primer golpe de la fortuna.

—Nada. Mi vida era como ilusion encantadora, mis palabras cánticos, mis ensueños esperanzas, mi historia vacía de dolores, y mi porvenir inmenso como el mar.

—¿Y tan pronto un amor contrariado os hiela la sangre?

—¿Por qué no? Era mi ensueño de poeta, y la idea oculta de mis inspiraciones artisticas. Poned al pintor ante un lienzo, lleno de inspiracion. Su mente arde; los mas halagüeños colores se despliegan ante sus fascinados ojos, y las mas risueñas armonias resuenan en sus oidos; no ve; sino que su idea va á tomar forma y á surgir deslumbradora y pura de su mente. Coge el pincel, traza y describe. Cada rasgo es una huella de su genio; cada color un reflejo de su alma. En medio de aquellos arboles, arrullado por su delirio, nace la hermosura en que adora su espíritu, y la ve surgir como su propio pensamiento, y mecerse en los cielos como la gloria de Dios. Sus cabellos de luz se despliegan en torno de su frente como el primer rayo del sol sobre el mundo; sus ojos nacen como las estrellas que se mecieron por primera vez en la inmensidad, y el rostro de la mujer amada modelado con todos sus encantos, aparece llenando de alegría, y esperanza el alma fatigada del artista. Pero satisfecho su corazón, sus labios van á posarse sobre aquella frente, borra con el aliento lo que habia imaginado el alma; y en vez de su idea queda el lienzo manchado, sin sombras ni colores. ¿Ese dolor no es el mas imponderable de los dolores?

—Pero el artista no desmaya, que nuevas inspiraciones vendrán á su mente, y nuevos objetos regocijarán su alma?

—¿Pues qué se puede amar mas de una vez en el mundo?

—No seais niño. ¿No hay muchas estrellas en el cielo, y muchas flores en la tierra? Cuando el soplo de Dios apaga un astro, allí mismo nace otro con luz mas nueva; cuando una flor pliega sus hojas, sacude sobre el campo su cáliz lleno de semillas que llevan en sí el germen de nuevas flores.

—El amor es como Dios. Infinito llena los abismos del corazón, omnipotente transforma nuestra naturaleza, inmortal se duerme con el cuerpo en el sepulcro, y renace con el alma en la eternidad; pero único tambien solo tiene una esencia.

—Opino de distinto modo. El amor está encerrado en el alma.

—Pero hay varios objetos que lo despiertan como

varias mariposas acuden á bañarse en el aroma de las azucenas. A veces uno de esos objetos, ó desaparece, ó muere. El amor vuelve á caer solitario en el alma, y creemos que ya se ha disipado. Mas si una nueva mariposa despliega sus alas, y se posa amorosísima, sobre el corazón, le oíreis de nuevo despertarse, latir y adorar.

—No lo quiera Dios.

—¿No deseais amar?

—No.

—¿Por qué?

—Porque entonces toda mi fe en la eternidad del amor se habrá perdido.



Eugenio.

Eugenia se estremeció.

—¿Se llama María!

—Hermoso nombre!

—Para mí es tan dulce.

—¿Qué feliz es María!

—¿Feliz! cuando llora sujeta á la esclavitud mas penosa.

—¿Pero la adorais?

—Sí, la adoro; aunque este amor sea mi desconsuelo y mi desdicha.

—¿Y le sacrificais todos vuestros pensamientos?

—Todos, Eugenia.

—¿Y le consagrais vuestros versos?

—Si alguna vez suspira mi amor, suspira por María; como si alguna vez creo en la amistad, á vos, Eugenia os debo esa creencia.

—Ingrato!

—¿Qué deciais, Eugenia?

—Nada, nada.

—Me parece que luchais para detener algunas lágrimas. ¿Me compadeceis?

—No os compadezco.

—Y yo me creo tan digno de compasion.

—¿Amais!

—Pero sin esperanza.

—¿Mas al fin, amais?

—Jamás me habeis preguntado por el objeto de mi amor.

—Oh! de modo que en vuestro corazón no hay espacio para otro afecto.

—¿Tan ingrata me creeis?

—Sí, para mí lo sois.

—Esta mañana os oia suspirar.

—¿Y qué?

—Suspiré tambien, Eugenia. Tambien vi á lo lejos en vuestros ojos una lágrima.

—¿Y?

—Lloré.

—¿Oh!

—Vuestros cánticos de amor me llenaron de alegría.

—¿Y qué os parecieron?

—No sé si sentí celos ó envidia hacia el desconocido ser á quien iban dirigidos.

—¡Qué feliz soy! exclamó Eugenia, huyendo precipitada.

—¡Me ama! dijo Ernesto, dejando caer sobre el pecho lánguidamente la cabeza.

LXVII.

Las palabras de Eugenia eran en realidad una declaración; como las palabras de Ernesto eran tal vez los primeros albores de un amor naciente. El corazón del joven poeta necesitaba vivir del amor, como necesitan del aire las flores, y del sol la luna. Cuando se veía solitario, la vida era una carga pesada para sus débiles hombros, y el porvenir un abismo de dolores abierto como negra cima á sus plantas. No tenía Ernesto una de esas naturalezas, que fácilmente renuncian á las ilusiones y á las esperanzas. Ni había nacido para vivir aislado, ni contaba como momentos de su existencia aquellos en que el amor ó el interés no se desvelaban por su suerte. Inconstante por estremo, iba en pos de lo desconocido como el alma del sabio en pos de los secretos que ignora, ó de los astros que vislumbra. Ansioso de emociones, se dejaba arrastrar por todos los sentimientos, que bajo deslumbradoras formas se mecían ante sus ojos.

Poeta de inspiraciones varias, anhelaba por realizar los ensueños que bullían en su mente, creyendo que las ideas pueden bajar fácilmente al espacio, y al tiempo desde el purísimo cielo de la inteligencia. Ambicioso de gloria, no revelaba muchos de sus pensamientos por creerlos indignos de la corona que para sus sienas teja en la mente, y rompía sus versos temeroso de que no correspondiesen á sus inspiraciones. Envidiaba toda gloria sancionada por el tiempo, y ponía poco trabajo en adquirirse esa gloria. Quería que el mundo penetrase el pensamiento, y las ideas que él llevaba encerradas en su mente. Nube que dibujaba todos los colores, su corazón se abría á la fe como la rosa al rocío; hablaba de Dios en el lenguaje de los ángeles, y lloraba por el cielo con las lágrimas de Santa Teresa; mientras en otros instantes se creía abandonado de la divinidad, sujeto á eterna muerte como fantasma vaporoso perdido en el vacío. Era romántico en sus aspiraciones, caritativo para los hombres, defensor de los desgraciados, amante de la humanidad, religioso si le sonreía la dicha; y al revés de todos los corazones en el día del infortunio se negaba á sí mismo los consuelos de Dios. Entonces renegaba de la humanidad, y se reía del arte.

Este hombre singular al lado de María hubiera sido feliz. Dios sin duda creó aquellas dos almas para reconocerse y amarse; Ernesto sin María era un hombre incompleto. Ernesto con María era un ángel. El infortunio había divorciado aquellas dos naturalezas. Tal vez el cielo no lograría verlas reunidas. Eugenia no podía elevar el alma de Ernesto. Sus sentimientos no tenían aquella sencillez; ni aquella fe que embalsamaban el corazón de la hermosísima, de la divina María.

LXVIII.

Volamos á Eugenia. Ruborizada de la confesión que habían dejado escapar sus labios, huyó de Ernesto; cuando en una de las alamedas que á su palacio conducían, dió de bruces con Eusebio, retrocediendo espantados.

—Por fin te encuentro; aunque esquiva te hayas ocultado á mi vista.

—¡Caballero!

—No me conoces ya. Débil es tu memoria; pero es mas débil tu corazón. Huíste de Madrid; nada mas de tí supe; inquirí, hallé, vine á tu palacio, me negaron que en él vivieras, salté la tapia, me oculté en tus bosques, te vi, y latió mi corazón, huías no sé

de quien; y te salgo al encuentro para recordarte nuestro pasado de delicias, y ofrecerte un porvenir igual á ese pasado.

—No me insultas, si es que sois caballero, dijo Eugenia atónita y confusa.

—¡Que no te insulte! cuando te ofrezco aquellos días de amor, de placer que tú arrastrada por veleidoso capricho despreciaste, sin duda olvidando que eras mi único tesoro en el mundo. ¿No recuerdas cuando me mirabas afanosa ofreciéndome tu corazón y tu vida cuando el vino rebosaba en nuestras copas y el amor en nuestros pechos.

—Callad, por Dios; que la vergüenza me sofoca.

—Te avergüenzas de haberme amado; como si al amarme no hubieras seguido la ley constante de la naturaleza. Todos los murmullos que ahora oyes, son los ayes del placer que sus amores arrancan á la naturaleza.

—El crimen, la orgía.... murmuraba Eugenia entre dientes como si delirase.

—¡Crimen llamas el haber caído entre mis brazos delirante de amor y de ventura! Aun me acuerdo de la primera noche que te vi en mis brazos; aun siento tu corazón palpar.

LXIX.

Eugenia conoció que Eusebio podía servirle para llamar la distraída atención de Ernesto; siguiendo sabiamente la lección que da el gran Moreto en el *Desden con el Desden*. La mujer tiene un instinto mágico para el amor. Conoce todos sus secretos de un modo que raya en lo maravilloso. Quizá el hombre lo analice con mas exactitud, y lo aprecie con mas filosofía, no lo dudo; pero la aplicación de las teorías amorosas pertenece de derecho á la mujer. Ella sabe las palabras que impresionan el corazón de su amante, las situaciones que le embarazan, las ideas que halagan su corazón; y adivina hasta las miradas que han de confundirla de vergüenza, y los monosílabos que han de arrastrarle encadenado á sus plantas. La mujer aprovecha los instantes de amor como las horas de un reinado fugitivo, como rellejos de una corona que la indiferencia del marido ha de arrancar bien pronto de sus sienas.

Eugenia, mujer y sabia, sentía como mujer; y como sabia analizaba sus sentimientos. Así es que al ver á Ernesto comenzó de aquesta manera á hablar con Eusebio.

—Ya veis mi jardín. Todo cuanto hay en él de halagüeño os pertenece como mi amistad. Siento tan solo que mi ofrecimiento no sea digno de vuestro corazón.

Eusebio se inclinó confundido bajo el peso de aquella extraordinaria amabilidad. Y Ernesto se admiró al ver que las palabras y ofrecimientos de Eugenia, que él en su orgullo creía nacidos del amor que su salvadora le profesaba; eran tan generosamente prodigados á un hombre tan poco simpático para él, como el literatelo de la corte.

—Te encuentro aquí, Ernesto, y te creía perdido.

—No; por mi desgracia ó fortuna no te he perdido.

—Quizá ignores que en Madrid hay algo que te interesa.

Eugenia miró de un modo tan extraño á Eusebio y tan imperioso que el infeliz se vió precisado á sellar sus labios.

—Difícil mucho que haya nada interesante para mí en Madrid.

Eusebio queriendo doblar la hoja y buscar otra conversación; porque aquella desagradaba á Eugenia dijo con ahuecada voz y aire de importancia.

—¿Sabes que voy á ser diputado?

—Lo celebro. Porque te desvelarás por realizar el bien de la humanidad sobre la tierra.

—No entiendo eso de humanidad, hablando de política. Yo no realizaré mas bien que el de mi propia humanidad.

—¿Y para eso os lanzais á la arena en pos del poder? Cuando la tierra busca nuevos rumbos y anhela por nuevas ideas; vosotros no pensais mas que en la adoración de los sentidos; y no ois el quejido del infeliz que espera redención ni el canto que el porvenir balbucea para celebrar los triunfos del heroísmo.

—No entiendo de heroísmo. No quiero romper mas cadenas que las pesadas de la estrechez á que me tiene sujeto la avaricia de nuestro tío; ni resolver mas problema que el modo de dar mas comodidad á mi flaco cuerpo; proporcionándome un buen coche que me arrastre al Parlamento, para adormirme al arrullo de las prosáicas salmodias que allí se entonan.

—¡Miserable! La patria necesita luz que la alumbré, corazones generosos que le enseñen los derroteros por do la humanidad camina á sus conquistas; necesita la voz elocuente del piloto que grite tierra, abordando en las gloriosas riberas de un hermoso porvenir.

—Yo no estoy por lo porvenir, sino por lo presente. No entiendo ese tu quietismo político. Nadie me interesa. No conozco á la humanidad; jamás he visto á la patria. No me conocen, y así no me desvelarán mis comitentes; aunque el ministro ha tenido á bien enviarme mi retrato allá, con lo cual dice que basta para que me elijan.

Ernesto se exaltaba. Eugenia conocía que aquella disputa iba á tener un desenlace trágico; y apoyándose en el brazo de Eusebio, le rogó que la acompañase á dar un paseo.

Ernesto juzgó imprudente seguirlos; aunque Eugenia le rogó con repeticiones las instancias que les siguieron. Por fin la joven halló traza de despedir al importuno y de satisfacer su curiosidad respecto á la presencia de Ernesto en su casa. Su amador prometió visitarla. Cuando volvió fue precipitada en busca del poeta. Estaba de mal humor, aunque Eugenia se mostraba con él muy solícita. Esto á no dudarlo era un buen agüero. Ernesto había atendido á las distinciones con que Eugenia honraba á su primo. Solo el amor, decía la joven para mientes en semejantes nimiedades. Al día siguiente Ernesto volvió á entablar instancia para volver á Madrid, instancia que Eugenia deshechó; valiéndose del inefable fallo de un gran ataque de nervios; recurso infalible con que cuentan las mujeres para alcanzar sus triunfos.

LXX.

María trabajaba sin descanso. Ni el dolor, ni el trabajo habían logrado eclipsar su hermosura. Sostenida por el deseo de ser útil á su padre, sentía purísimo goce en las mismas privaciones que la afligían. Ayudada de Isabel ganaba para una taza de leche, con que regalar á su padre todas las mañanas, y un cocido con que alimentarse; del cual apartaba todos los días la carne para que les sirviese de cena. Había encontrado trabajo en casa de Madame Soleille; celebré modista de la corte. Isabel iba y volvía al mostrador de la modista; cuidaba del cocido y de la casa y despues ayudaba en sus labores á María.

Su boardilla estaba siempre tan limpia y rociada que no se sentía el calor, ni se respiraba el aire pesado y mefítico que suele envolver á esos altos y tristes asilos del infortunio. Había logrado enredar unas capuchinas por las rejas del triste tragaluz, por do penetra en las boardillas un rayo del sol; y con sus ahorros había comprado un gilguero que la extasiaba con sus gorgeos y la divertía incesantemente, piando como si conociese los pesares que devoraban á su dulce dueño.

Iba siempre vestida de blanco, y ornaba su blanca garganta un lazo azul. Frente á la silla do solía sentarse, tenía una imagen de la Virgen y á sus pies un ramo de rosas secas. Siempre que fijaba sus ojos en la Virgen latía su corazón, y siempre que los posaba en aquel ramo vertía algunas lágrimas. En medio de sus privaciones enseñaba á leer á la hija de una vecina, y á rezar á un pequeñuelo; que á veces se postraba de rodillas, cruzando sus manecitas; creído de que María era la Virgen que en la Iglesia le había mostrado muchas veces su madre.

LXXI.

María, despues de sus faenas, se daba algunos momentos á la lectura. Un cajista, su vecino, recogía todos los días periódicos para distraer la tristeza de la hermosa costurera. Entre ellos llevó uno de literatura cuyos versos y artículos ojeaba la joven con placentera avidez. Despues de pasar su mirada indiferente por las *modas y costumbres*, posáronse sus ojos en una firma. Era el nombre y el apellido de Ernesto impreso al pié de un artículo que se titulaba: *Desengaños*.

María lloró y se puso pálida. ¡Cuántas venturas le recordaba aquel nombre! ¡Cuántas memorias iban envueltas en aquellas dos palabras! ¡Inútil es decir que devoró el escrito. Nosotros copiaremos aquí los párrafos que mas impresion le hicieran.

LXXII.

«¿Que es el hombre para cantar á Dios? Un poco de polvo que arrebató el viento. Nuestro orgullo nos ha hecho poetas, cuando la poesía no es mas que una halagüeña mentira. Nuestra imaginación se ha creído destinada á realizar sobre la tierra el arte; cuando el arte es una blasfemia. Hemos creído que amamos y somos incapaces de amar; porque el mundo es el infierno y en el infierno arde tan solo la horrible hoguera del odio. Esta tierra amasada con las lágrimas de todas las generaciones; perdida en el vacío, va rodando de abismo en abismo hasta que la guadaña del tiempo la sepulta en la nada. Los partidarios de la poesía y del arte me dirán: ¿Pues qué no ves extenderse por do quier las sombras de la poesía divina? El sol que nace en su cuna, de Oriente, derramando destellos de vida sobre la tierra ornada de rocío; las aves que repiten las armonías de la naturaleza en dulces trinos á orillas del arroyo, en que dan lustre á sus plumas; los suspiros del aura en la floresta, y los bramidos del huracán en el bosque; el mar orlándose de espumas, retratando los cielos, recogiendo las lágrimas de luz de la luna; tantas maravillas no te dicen que las emanaciones del poder de Dios son eternas, y que la poesía es un soplo divino?»

«No. ¿Qué importa la luz del sol, cuando el alma vaga en las tinieblas? ¿Qué significan tantos suspiros amorosos, si mi corazón está muerto? ¿Qué valen esas oraciones infinitas de la naturaleza, que el viento lleva en sus alas hasta los pies del Criador, si mis labios secos no pueden modular una plegaria?»

«¿En qué he de tener fe? En la corrompida humanidad, que cambia tiranos por tiranos, leyes por leyes, puñales por puñales; y que gime siempre en una lóbrega cárcel, en el arte que nos engaña en la filosofía que nubla nuestra inteligencia, en mi alma que ni valor tiene para buscar al través de las tinieblas de la muerte otro mundo, otra existencia? ¿Fe? Pedísela á los que son felices, á los que ven sonreír días serenos en el horizonte del tiempo, á los que bañándose en el rocío de lo infinito sienten del aliento de Dios, llenando de amor su tranquilo corazón.»

En otro tiempo sentía yo la fe, el amor; y creía en el arte, en esa vida sublime de Shakspeare y Cervantes. Mi alma subía con el incienso al cielo; la luz que ardía ante el altar disipaba las tinieblas de mi vida; la campana de la oración era mi solitaria amiga; y mi corazón como el mar reflejaba todo lo que el rayo de divino en la naturaleza. Entonces veía yo pasar á Dios en la nube de la tarde ó en la ráfaga de viento, que cruza sobre los abismos del Océano. Entonces la fe era mi madre. Desde lo alto de una montaña veía los torrentes abreviar á la tierra, las palmeras sosteniendo los cielos, el mirto deshojando sus blancas flores sobre el césped, al águila bebiendo su vida en la copa del sol, el mar perdiéndose en brazos del horizonte, las nubes barridas por el huracán, las estrellas contando los pasos que da el tiempo sobre esta tumba que se llama espacio; y perdido en tantas armonías mi alma bebía el nectar de la divinidad en las fuentes de vida; donde debe ser naturaleza. Hoy mi fe es mi desesperación. Sin creencia que hacer?

—¡Oh! exclamó María; sollozando... Si pudiera convertirte á la fe que has perdido; y al cielo que has abandonado!

LXXIII.

Madame de Soleille es la modista que da trabajo á María. Esta señora ni es francesa, ni aun conoce el idioma de la Francia. Fundó un taller; y sabedora de que una apellido español no atrae parroquianos; antes bien los aleja, se bautizó á la francesa, para alcanzar honra y provecho. Así no hay dige que en su almacén no se venda; ni moda que allí no se invente, ni capota que allí no se adorne; tanto que nuestras damas consideran como crimen de lesa moda no proveerse de sus almacenes, no vestirse al gusto de sus caprichos. Cuando le vienen de Francia por un error del cálculo ó por una torpeza de sus correspondientes muchos vestidos verdes, y muchas capotas rosas públicas á son de trompeta que lo verde es el dernier dogma de la elegancia en lo que atañe á trajes; y el color rosa la suprema ley del imperio en cuanto á capotas; y hé ahí á nuestras niñas convertidas en papagayos; y nuestro clásico prado en un bosque de América. Eugenia se proveía de sus almacenes, porque aunque aislada y sola no había perdido el gusto, ni la elegancia. Pero como no quería ir á Madrid, su complaciente modista le enviaba una *oficiata*, para que le enseñase muestras de telas, figurines, y le cosiese algun que otro traje, si tal era el gusto de la señorita. Eugenia dió orden á la Madame de que inmediatamente le enviase una costurera de su taller; y madame pensó en María, por tener tan buena tijera, tanta finura, y por ser casada. María aceptó; despidiéndose de su padre, y encomendando á Isabel el cuidado del buen don Pedro. Esta embajada era muy apetecida, porque rendía algunos productos. María la aceptó por aliviar en cuanto pudiese de la miseria á su padre.

LXXIV.

Al pie de un sauce hablaban en su campanudo lenguaje Ernesto, y su cara amiga. Sus relaciones se habían estrechado con el tiempo, que todo lo mata, y todo lo vivifica. Ernesto desahogó en versos, en artículos literarios, en plegarias su desesperación, que vino á convertirse por último en humaradas de poesía. María era para él como el tipo del arte, que flotando sobre el mundo, no llega nunca á encerrarse en las formas, sino como un reflejo, y jamás tiene vida, sino como un destello. María era el ensueño de la niñez, que al entrar en la adolescencia se había disipado al soplo de la fatalidad, dejando dolor en el corazón, y nubes en la inteligencia. Si quería llorar pensaba en ella y lloraba; si quería cantar invocaba su recuer-

do, y cantaba. Su sonrisa le adormecía como la imagen de la Virgen adorme al niño en su cuna de azucenas; sus palabras sonaban en sus oídos como las plegarias del alma perfumada con los aromas de la inocencia. Pero esta misma poesía, en que vagaba aquella su primer pasión, la había quitado toda la realidad de la vida. Por otra parte, ¿cómo resistir á los halagos de Eugenia en la edad del amor? Aquella mujer tan hermosa le había salvado de la muerte, por consecuencia la gratitud le empeñaba á rendirle su corazón. El amor necesita también de algunos pretextos para nacer en el alma. Ernesto adorando siempre sus recuerdos, no dejaba de pensar en Eugenia, pensamiento que él llamaba ofrenda de amistad. Separa una línea tan imperceptible á la amistad del amor, cuando entre personas de distinto sexo se establece, que no hay amigo que andando el tiempo no se convierta en amante, ni amante que no descienda á ser un meró amigo. Esta humana naturaleza es contradictoria, y misteriosa. Aun no la conocemos. El hombre ha contado los astros, ha sorprendido en su cuna los secretos de la naturaleza, ha encadenado al tiempo, ha vencido á los mares, y sin embargo no se conoce á sí propio, después de tantos siglos, que se está estudiando con un afán infinito.

LXXV.

Cuando Ernesto y su amigo estaban mas embebidos en su conversacion fueron interrumpidos por un ayuda de cámara que anunció á la señorita la llegada de la costurera, que había mandado venir de la corte. No estará demás decir por vía de parentesis que Eugenia pensaba ya en sus galas nupciales. Apenas tan fausta nueva llegó á sus oídos precipitóse seguida de Ernesto á su palacio. Pero el joven la abandonó en la escalera entrándose á su habitación.

Eugenia adoradora de lo bello, por lo que tenia de artista, se quedó embelesada, mirando á María.

Y en efecto, su cabello semejante á impalpables rayos de luz, sus ojos azules resplandecientes de inocencia, y de candor, sus mejillas transparentes y sonrosadas, la resignación pintada en su rostro, la virtud en su mirar, y la inteligencia en su frente, la modestia que en ella resplandecía, su flexible talle, la gracia de sus modales, y la melancolía de su sonrisa la daban visos de un ser superior á los seres, que aquí en la tierra se arrastran.

—No os incomodeis, dijo Eugenia, al ver que María se levantaba para saludarla.

—Señorita. Soy la costurera, que Madame de Soleille os envia para que os tome medidas, y os enseñe muestras.

—Lo sé; y siento decir que tendreis que permanecer algunos dias en mi casa.

—Aunque tengo á mi padre en Madrid celebro infinito esta ocasión de servirlos.

—Aquí encontrará V. franca hospitalidad.

—Señorita!

—¿Estará V. cansada? Siéntese y descanse.

—Si me dierais alguna labor.

—No se apresure V. hija mia. Tiempo hay, y yo no me propongo atosigarla.

—Si, pero quisiera concluir mis trabajos con la mayor brevedad posible, porque mi padre no puede vivir sin mí, ni yo sin mi padre.

—Sois muy buena hija.

—El amor filial, dijo María, es la única pasión que no tiene espinas.

—Desgraciada es en verdad, la que no ha conocido una madre que la dirija, y un padre que la proteja.

—Mi madre murió, señorita.

—Y yo soy huérfana.

—No es cierto que nada puede compararse en el

mundo á los sacrificios que por sus hijos hacen los padres?

—Nada. Si la muerte no me hubiera arrebatado á mi madre... y Eugenia estaba profundamente conmovida, como si el arrepentimiento y el dolor le hubiesen dictado la exclamación que acababan de profirir sus labios.

Después de unos cortos instantes añadió.

—Me interesais. Soy franca. No puedo ocultar ninguno de los sentimientos de mi corazón, me interesais como una amiga.

—Señorita!

—No me llame V. señorita. Llámeme mas bien su amiga. Yo deseo consolar á los desgraciados, y conozco que la necesidad habrá forzado á V. sin duda á descender de su clase, aunque en el mundo solo debiera apreciarse la virtud y el talento.

—Yo me considero sola en la tierra. En nada estimo el aprecio de las gentes. Mi mundo es mi padre, mi único deseo es hacerme digna de ser su hija.

—¡Oh! Sois feliz, porque la virtud es la suprema felicidad en la tierra.

—Feliz, virtuosa! Nadie puede llegar hasta la conciencia, ni sorprender los secretos del corazón.

—No seáis modesta. En esa frente tan pura solo se vislumbra el reflejo de un alma inocente. En esas palabras se oye el místico acento de la virtud.

—No quiero disuadirlos, porque yo tengo para mí que siempre debemos evitar desengaños, para que el alma no dude de Dios, y el corazón no se desposea de su amor.

—Sois muy buena. Hace tiempo que voy buscando una amiga. Si vierais cómo necesito de la amistad. El corazón dolorido no tiene una voz que lo consuele, y los ojos cansados de llorar no encuentran un pecho amigo que recoja sus lágrimas.

—Luego sois infeliz.

—Tambien, hija mia, tambien.

—Yo me juzgo la mujer mas desgraciada del mundo. María lloraba.

—No lo creais. El infortunio es un lazo mas.

—¿Cómo os llamais?

—María.

Al oír aquel nombre levantó Eugenia la cabeza con orgullo, y fijó en María con ansiedad su altivo mirar. Entonces se deslumbró con la ideal hermosura de la virtuosa joven, y se quedó avergonzada, enterrando en el fondo de su corazón una idea de celos, y verganza, que había cruzado por su mente.

—¿Qué loca soy! dijo para sí. Un nombre tan común levanta tormentas en mi desvariada imaginación.

—Vamos, señorita. Dadme trabajo.

Eugenia hizo entrar á María en un antiguo gabinete. Y se quedó meditando, y pronunciando en voz baja algunas palabras.

—Ernesto dijo, la ha retratado en una de sus novelas. Veamos si esa hermosísima joven corresponde al retrato.

—Soy tan zelosa!

Tomó un libro en manuscrito que había sobre una mesa, y leó lo siguiente, mirando á María, que sentada al pie de una ventana enramada de flores se entretenía en acariciar sus canarios, sin abandonar las labores; que había comenzado.

LXXVI.

«María es su nombre. Su hermosura es celestial. Ni las vírgenes de Murillo tienen unos ojos mas místicos, ni las madonas de Italia una frente mas candida. ¿Habeis visto la azucena, entreabriendo su cáliz, ¿pues no es mas pura que la mujer que perdí? ¿Habeis imaginado alguna vez la gloria con sus armonías increadas, con sus ángeles desplegando sus alas de

luz, con sus tronos de estrellas hollados por vírgenes de una hermosura perfecta? Pues allí no hay resplandores tan puros como su mirar, ni cánticos tan dulces como sus palabras.

«Es María la realización de la belleza en el mundo. Es angelical como Beatrice, artista como Corina, hermosa como Margarita, pura y santísima cual la Justina de Calderon, mártir y amante como la Cimodocea de Chateaubriand es compendio de todas las perfecciones.

«Si habla, canta; si llora, brotan flores de sus lágrimas; los cielos la envidian, si se sonríe, y los astros se deslumbran, cuando o agita su rubia cabellera.

—Tambien esta María es rubia.

«Poetas; si quereis cantar, miradla, porque la inspiración brota de su frente. Pintores; si quereis retratar los ángeles del cielo, contempladla, porque es tan ideal como los ensueños de Rafael.

«Y vosotros, cantores, si anhelaís por regalar la tierra con las armonías del cielo, oíd los acentos de su voz, que son como el concierto de los astros en la inmensidad del espacio.»

—Todo esto es una hipérbole africana, dijo Eugenia, hija de su descarriada imaginación, y de su mal gusto.

Veamos el retrato.

—¿Quereis verla? Su cabello es ensortijado y sedoso, al par y rubio...

—Efectivamente.

«Despejada su frente, y pura como su alma. Sus ojos azules sombreados por sus doradas pestañas son como el cielo en una noche de luna.

—Si, si... decía Eugenia, mirando alternativamente al libro, al papel.

«Es su cara ovalada, y pálida, aunque el ligero arrebol de un sonrosado indefinible da á sus facciones ideales gracias.

«En fin, lector, no puedo ponderártela. Va siempre vestida de blanco como las azucenas en el campo, y lleva siempre una cinta azul como las estrellas en el cielo.»

—¡Oh! es la misma, exclamó Eugenia, avanzando, hacia el gabinete; pero un impulso del corazón la detuvo, y entonces desprendiéndose de sus aprensiones, dijo:

—Soy muy loca; Han de darme celos hasta los empeños de un acaso? Esa coincidencia es una mera casualidad.

LXXVII.

Abandonó Eugenia la habitación, encargando antes no dejasen penetrar á Ernesto en el gabinete donde se hallaba la hermosa costurera. Esta resolución soberana fue dictada por recelo y temor. Eugenia, al ver á María, se había admirado de su hermosura; Ernesto podía hacer algo mas que admirarse, y todo corazón amante es precavido y temeroso cuando no está muy seguro de sus triunfos, ni duerme muy sosegado á la sombra de sus laureles. Por otra parte lo rubio de su cabello, lo pálido de su rostro, la color de sus ojos, lo blanco de su traje, y la celeste cinta ceñida á su garganta correspondían perfectamente á la descripción que Ernesto en sus novelas había hecho de María, y Eugenia zelosa hasta del cielo que le robaba las miradas de su amado, temia mucho los caprichosos empeños del acaso. Además de esto no creía en el amor de Ernesto. La oía suspirar siempre por sus pasados amores, y cantar aquellos dias de completa felicidad. Pero, interesándole en su amistad, mostrándose por él apasionada, había logrado ablandar aquel su corazón de artista, sujeto á las últimas emociones que el soplo del tiempo y de los acontecimientos esparce sobre el vario mar de nuestra vida.

LXXVIII.

Eugenia salió á dar un paseo sola por las alamedas, que á orillas del Tajo se extienden, y encontró á Eusebio que sin duda iba á tributarle de nuevo las ardientes protestas de sus amores.

—Hola, mi buen amigo.

—¡Oh! mi Eugenia, te encuentro antes de lo que imaginaba mi deseo, y te veo mas hermosa aun de lo que te pintaba mi enamorada fantasía, y mi fiel memoria.

—Eres un verdadero don Juan Tenorio. Pasas tu vida rindiendo amorosas fortalezas, y según te he oído decir, no hay dama que á tu vista no se trastorne; ni corazón que no te adore.

—Pero esa fortuna tiene también sus sinsabores, para que se vea que en el mundo no hay nunca una verdadera felicidad. Tengo mi conciencia recargada de remordimientos, porque he sido causa inocente de muchos suicidios.

—Y con ese corazón tan inmenso, donde pueden flotar á la vez tantas estrellas, ¿te has atrevido á dirigirme amorosas quejas, y á desairar enamoradas bellas?

—Yo te diré; como literato, soy mope, y como poeta soy desmemoriado; y muchas veces olvidándome de montar los lentes en mis narices, no puedo alcanzar á comprender el lenguaje de los ojos, que es el único concedido á tu desgraciado sexo. Las desaparecidas, se juzgan desamadas, y este juicio las arrastra á veces á una catástrofe.

—Seguro. Tus gracias personales, tu sabia conversacion; tus famosas obras literarias, tu renombre de diputado, todo contribuye á hacerte digno del amor que el bello sexo te profesa.

—Me adulas.

—Y si contemplamos á la aureola de poder, que orna tus sienes, no podremos menos de confesar que con el tiempo has de ser como el idolo de las damas el Dios de los pueblos.

—Es verdad, Eugenia, verdad. Soy un grande hombre. Soy diputado. Ya afilo mi lengua para dar tajos y mandobles, ya limpio mis lentes para contemplar las damas de la tribuna; verdaderas amazonas prontas á lanzarse á la pelea despues de un discurso, donde rebosa el amor á la patria y á la libertad, amor indispensable, si queremos llegar á la cumbre de la fortuna.

—¿Y será graciosa tu acta?

—No es muy limpia. A los electores que me oponian resistencia, mandé simultáneamente que les tapiasen las puertas en el silencio de la noche, cuya operacion les imposibilitó de hacerme la guerra; y como quien *calla otorga*, dije que su silencio era mi amigo. Corté puentes como Napoleon, con cuatro hombres armados hice correr á semejanza de Pizarro á diez indios bravos, que iban dispuestos á oponerme resistencia; quemé barcas como Hernán Cortés, no para cortar la retirada á mis amigos, sino para impedir el avance de mis contrarios; amenacé como Atila: di destinos con prodigalidad como Commodus, y festiné como Nerón; hablé en el lenguaje de O'Connell las masas; y prometí desde el Sinai de una tribuna á mis comitentes la tierra de Promisión.

—Y todo eso constará...

—No, el alcalde no sabia leer, ni el secretario escribir. El un vocal era ciego y no veía lo que pasaba; el otro mudo, y nada comprendía de aquella farsa. Los burladas hicieron protestas que antes cayeron en mis manos que en la balija del correo; y el acta ha venido pura, limpia, sin mancha de pecado original, y ha sido aprobada unánimemente por el Congreso.

—Eres feliz...

—Solo me falta una palabra de tus labios para completar mi dicha. Los guerreros de la edad media despues de clavar la cruz en las almenas de las moriscas ciudades, reclinaban su cabeza ornada de laureles en el regazo de una hermosa, á cuyos pies rendían su gloria para recibir el premio de un amor infinito.

—Tus triunfos son demasiado altos para aspirar á tan mezquina recompensa.

—Eugenia, es mas difícil vencer á un elector que herir á un moro. Es mas costoso ganar una eleccion que rendir una fortaleza. Y si el premio ha de ser proporcionado á los trabajos, no sudó Pulgar gotas de sangre mas negras en Granada, ni Pizarro pasó noches mas espantosas en el Perú, ni Napoleon tiró mas horriblemente á orillas del Berezina como sudé y padecí, y tiré en las amargas noches y días de mi eleccion. Ya es una papeleta que hay que romper; ya un traidor que ha mentido maquiavélicamente, ya el secretario se olvida de su papel y por leer lo que no está escrito comete la barbaridad de leer lo que está escrito; ya se han embriagado unos cuantos, y en la embriaguez revelan planes imprudentes y se enarbolan los palos, y estás á pique de perder la cabeza, y tienes que visitar casa por casa á todos los magnánimos electores, para oír las sandeces de los unos, las impertinencias de los otros, y los memoriales de todos. En fin, Eugenia, mirame, soy un héroe; luché y vencí, y las heridas quedan grabadas indeleblemente en el fondo de mi desaciada bolsa, y mi dinero, sangre de mi corazón, se ha derramado profusamente en el campo de batalla. Compénsame mis fatigas con tu amor; y borra con tu aliento de mi frente la huella de tantos triunfos.

—Eusebio...

—¡Oh felicidad! exclamó fuera de sí el diputado.

—Si en el cielo desaparece una estrella, ¿le quitará algun esplendor?

—Ninguno.

—Si recoger del mar en una concha un sorbo de agua ¿perderá el mar mucho de sus caudales?

—Nada.

—Si en un bosque de América, arrancas una hoja, quedará desnudo por eso de su verdor y de sus galas?

—No.

—Pues mi amor es estrella, perla, y hoja en el cielo de tus amores, en el mar de tus recuerdos, y en el bosque de tus ilusiones.

—He ahí una calabaza calderoniana. Lástima grande que, la hayas adornado con la mágica cadencia del metro.

—¿Con que no hay medio?

—Ninguno.

—¿Y si el corazón se arrebata, y arde en deseos de venganza?

—Se consumirá esa llama.

—¿Y si á ese aventurero que me roba tu amor le mato?

—Es demasiado débil tu valor para arrastrarse á sus pies.

—¿Y si le descubro tu pasada vida, y le revelo tus deshonoros secretos, y los favores que me has prodigado?

—Te llamará calumniador, retándote á un duelo, donde tu cobardía te hará perder la vida.

—¡Oh mujeres, mujeres!

—¿No te aman tanto? Mal les pagas sus amores.

En esto se asomó á una ventana la rubia cabeza de María.

—Hola, exclamó Eusebio. Esa es la amada de tu amado.

Eugenia dió un grito de horror, y Eusebio, mirándole con altivo desprecio murmuró:

—Venganza!

Y partióse.

LXXIX.

Eugenia encontró á Ernesto en sus jardines al tornar á su palacio despues de haber despedido al diputado.

—¿Estás entregado á tus meditaciones? (Note el lector que ya se tuteaban.)

—Pensaba, Eugenia mía, que abandoné las playas de mi patria por buscar gloria, y que aislado en este paraíso, y detenido por tus amores, me he olvidado de mis intentos.

—Pronto la hablarás. Inspírate en esta colosal naturaleza, da tu voz al viento, que tiempo habrá para que tus cantares pasen de generacion en generacion hasta el último limite del tiempo. ¿No vamos ahora á ser felices?

—Sí, muy felices. ¿Pero no te parece un crimen olvidar á mi María?

—No me amas, Ernesto.

—Sí, sí, con todo el sentimiento de mi corazón, de este corazón cerrado á la esperanza, á la felicidad.

—¿Nuestro enlace no borraré de tu imaginacion esas penas?

—No, porque este dolor debe ser eterno. Te amo, Eugenia, y si mañana huyeras de mí para siempre, lloraría inconsolable tu pérdida; te amo, y tu amor no puede borrar mis recuerdos ni apagar mis dolores.

—Y si mañana la suerte tornase á presentarle á María, maldecirás tal vez el instante en que me conociste y la hora fatal en que me amaste.

—María es de otro ser, y un abismo insondable la separa de mi corazón.

—Pues si es así, ¿por qué afligirme, cuando llega el momento de nuestra eterna union?

—No te aflijas. Déjame. Ya conoces los desvarios de mi corazón, y los delirios de mi entendimiento. Y sabes también que muerta en mi pecho toda esperanza que pudiera avivar el amor que por María sentí, soy todo tuyo, porque mi porvenir te pertenece.

—Pero siempre impresa en tu rostro esa tristeza desesperante. Tus labios se contraen para ahogar suspiros, y tus ojos pugnan por contener lágrimas. Yo, que te amo tanto, que perdería por tu adoracion mi vida, yo no merezco ni una lágrima, ni un suspiro, en premio de esta pasión tan inmensa como pura.

—Fatal fue mi destino; naé para llorar y para hacer llorar. ¿Por qué me amaste, Eugenia, si sabías que mi maldita naturaleza ha sido forjada para la desgracia?

—¡Ay!

—No flores. Seremos felices, en cuanto cabe serlo, aquí en la tierra. Todo pasa, todo se desvanece como la niebla que ayer envolvía á los bosques. Un tiempo fue en que sentía yo ardor por la ciencia, buscaba los secretos de la naturaleza en ese libro escrito con caracteres de fuego por la mano del Eterno. Entonces también la fe ardía en mi corazón. Iba en pos de lo bello y creía con fe en la emancipacion de los hombres, y en el reinado de Dios sobre la tierra.

—¿Y el tiempo ha borrado todas esas creencias?

—Todos mis ensueños se han desvanecido. ¿Quién sabe si se disiparán también todos mis dolores?

—Dios lo quiera. Los jóvenes deben pensar en lo porvenir. Despues que Dios haya bendecido al pie de los altares nuestros amores, haremos como peregrinos á visitar los templos de las artes. Tu verás como Dante renace entre las esculturas de Florencia, y bajo aquel cielo oírás suspirar á Beatrice, y llorar á Miguel Angel. Buscaremos la antigua Roma, y contemplarás á la vencedora de la eternidad roída por el gusano del tiempo, y sepultada bajo el peso de sus ramas. Oramos en San Pedro, y nuestra oracion tomará el vuelo á lo infinito, porque aquella inmensa cúpula, es la cadena con que el genio de Italia lo ha unido el cielo y la tierra en un amor eterno é inefable. Y tal vez

en medio de aquel mundo de las artes, mecido por las auras que hicieron vibrar la lira de Virgilio, sentado sobre las ruinas del mundo antiguo, y al pie de la cuna del mundo moderno la inspiracion te oiga y cuna á tus sienes una corona impercedera de laureles.

—Y que veré, si llevo en mi pecho la desesperacion y en mi inteligencia la duda. Florencia me recordará la ingratitud de los hombres, y el martirio del genio, Roma la heroicidad sepultada para siempre en el polvo que levanta la huella de los siglos; San Pedro la fe abandonada, é Italia la hermosa Itálica, esa esclava coronada de flores, nada dirá á este corazón desgarrado.

—Ernesto, Ernesto.... no me amas.

—Que no te amo. Tú eres la única luz que brilla en esta vida tenebrosa. Tu aliento refrescará mis sienes.

—Ernesto. ¿Seremos felices?

—Sí, sí.

—Abandona ese dolor.

—Lo mitiga tu presencia. Amame. Amame.

Por mas que Ernesto intentaba levantar remordimientos en su conciencia, el dolor que por su antigua amante sentía era un dolor poético, un dolor artístico como el amor, que á Eugenia profesaba era un amor lleno de vida, aunque parecia nacer á despecho de su misma voluntad.

Los poetas rara vez dicen bien lo que bien sienten. Esta consideracion podrá ser muy vulgar, pero es muy cierta. Además, los poetas rara vez sienten lo que cantan, y pocas veces cantan lo que sienten. Yo no quiero conocer ni á Zorrilla ni á Lamartine. Si me los mostráran, cerraría los ojos, y si los oyera pondría un candado á mis oídos.

El gran poeta de la Francia, el que ha llenado el mundo con sus armonias, y nos ha subido á los cielos en alas de sus meditaciones, el cantor del siglo que ha dorado con su luz el sol, y ha vertido á torrentes la poesia sobre el corazón de los desgraciados pueblos que le escuchan, tiene.... gota.

LXXX.

Que bien dijo el que dijo.

Son zelos una pasión,
que al mas cuerdo desatan....

Eugenia ya se habia cansado de las jeremiadas de Ernesto, y creo que al infatigable lector le sucederá lo mismo. María era su rival. Aquel amor poético de Ernesto iba á ser atizado por la realidad. Delante de su María, Ernesto daría al olvido ciertamente todo su afecto por Eugenia. Enviar á Madrid á María, le parecia arriesgado á Eugenia, y tenía que cualquier día se encontrasen ambos amantes. Sus zelos no la dejaban sosegar, y así no durmió en toda la noche. Registró en sus mientes todas las novelas que habia leído para que la diesen medios de abordar aquel apuro. Concibió un plan descabellado, y lo puso en práctica. Paciencia y barajar, como dijo don Quijote, que pronto verás lector, lo provechoso que es aplicar las novelas á la vida.

Soy algo desmemoriado, y se me olvidaba decirte que el matrimonio de Ernesto y su amada iba muy adelantado. Ya se habian tomado los dichos, y ya se habia enviado á Toledo por un modo breve de verificar el casamiento; Eugenia no dudó un momento en dar á Ernesto su mano empañada con la deshonra. Y al fin, ¿qué es el honor? Un fantasma que yace enterado en los fosos y castillos de la edad media.

LXXXI.

Amanecía la mañana con sus esplendentes galas y sus armoniosos ruidos. La faz del alba doraba el ho-

LXXVIII.

Eugenia salió á dar un paseo sola por las alamedas, que á orillas del Tajo se extienden, y encontró á Eusebio que sin duda iba á tributarle de nuevo las ardientes protestas de sus amores.

—Hola, mi buen amigo.

—¡Oh! mi Eugenia, te encuentro antes de lo que imaginaba mi deseo, y te veo mas hermosa aun de lo que te pintaba mi enamorada fantasía, y mi fiel memoria.

—Eres un verdadero don Juan Tenorio. Pasas tu vida rindiendo amorosas fortalezas, y según te he oído decir, no hay dama que á tu vista no se trastorne; ni corazón que no te adore.

—Pero esa fortuna tiene también sus sinsabores, para que se vea que en el mundo no hay nunca una verdadera felicidad. Tengo mi conciencia recargada de remordimientos, porque he sido causa inocente de muchos suicidios.

—Y con ese corazón tan inmenso, donde pueden flotar á la vez tantas estrellas, ¿te has atrevido á dirigirme amorosas quejas, y á desairar enamoradas bellas?

—Yo te diré; como literato, soy miope, y como poeta soy desmemoriado; y muchas veces olvidándome de montar los lentes en mis narices, no puedo alcanzar á comprender el lenguaje de los ojos, que es el único concedido á tu desgraciado sexo. Las desaparecidas, se juzgan desamadas, y este juicio las arrastra á veces á una catástrofe.

—Seguro. Tus gracias personales, tu sabia conversacion; tus famosas obras literarias, tu renombre de diputado, todo contribuye á hacerte digno del amor que el bello sexo te profesa.

—Me adulas.

—Y si contemplamos á la aureola de poder, que orna tus sienes, no podremos menos de confesar que con el tiempo has de ser como el idolo de las damas el Dios de los pueblos.

—Es verdad, Eugenia, verdad. Soy un grande hombre. Soy diputado. Ya afilo mi lengua para dar tajos y mandobles, ya limpio mis lentes para contemplar las damas de la tribuna; verdaderas amazonas prontas á lanzarse á la pelea despues de un discurso, donde rebosa el amor á la patria y á la libertad, amor indispensable, si queremos llegar á la cumbre de la fortuna.

—¿Y será graciosa tu acta?

—No es muy limpia. A los electores que me oponian resistencia, mandé simultáneamente que les tapiasen las puertas en el silencio de la noche, cuya operacion les imposibilitó de hacerme la guerra; y como quien *calla otorga*, dije que su silencio era mi amigo. Corté puentes como Napoleon, con cuatro hombres armados hice correr á semejanza de Pizarro á diez indios bravos, que iban dispuestos á oponerme resistencia; quemé barcas como Hernán Cortés, no para cortar la retirada á mis amigos, sino para impedir el avance de mis contrarios; amenacé como Atila: di destinos con prodigalidad como Commodus, y festines como Nerón; hablé en el lenguaje de O'Connell las masas; y prometí desde el Sinai de una tribuna á mis comitentes la tierra de Promisión.

—Y todo eso constará...

—No, el alcalde no sabia leer, ni el secretario escribir. El un vocal era ciego y no veía lo que pasaba; el otro mudo, y nada comprendía de aquella farsa. Los burladas hicieron protestas que antes cayeron en mis manos que en la balsa del correo; y el acta ha venido pura, limpia, sin mancha de pecado original, y ha sido aprobada unánimemente por el Congreso.

—Eres feliz...

—Solo me falta una palabra de tus labios para completar mi dicha. Los guerreros de la edad media despues de clavar la cruz en las almenas de las moriscas ciudades, reclinaban su cabeza ornada de laureles en el regazo de una hermosa, á cuyos pies rendian su gloria para recibir el premio de un amor infinito.

—Tus triunfos son demasiado altos para aspirar á tan mezquina recompensa.

—Eugenia, es mas difícil vencer á un elector que herir á un moro. Es mas costoso ganar una eleccion que rendir una fortaleza. Y si el premio ha de ser proporcionado á los trabajos, no sudó Pulgar gotas de sangre mas negras en Granada, ni Pizarro pasó noches mas espantosas en el Perú, ni Napoleon tiró mas horriblemente á orillas del Berezina como sudé y padecí, y tiré en las amargas noches y días de mi eleccion. Ya es una papeleta que hay que romper; ya un traidor que ha mentido maquiavélicamente, ya el secretario se olvida de su papel y por leer lo que no está escrito comete la barbaridad de leer lo que está escrito; ya se han embriagado unos cuantos, y en la embriaguez revelan planes imprudentes y se enarbolan los palos, y estás á pique de perder la cabeza, y tienes que visitar casa por casa á todos los magnánimos electores, para oír las sandeces de los unos, las impertinencias de los otros, y los memoriales de todos. En fin, Eugenia, mirame, soy un héroe; luché y vencí, y las heridas quedan grabadas indeleblemente en el fondo de mi desaciada bolsa, y mi dinero, sangre de mi corazón, se ha derramado profusamente en el campo de batalla. Compénsame mis fatigas con tu amor; y borra con tu aliento de mi frente la huella de tantos triunfos.

—Eusebio...

—¡Oh felicidad! exclamó fuera de sí el diputado.

—Si en el cielo desaparece una estrella, ¿le quitará algun esplendor?

—Ninguno.

—Si recoger del mar en una concha un sorbo de agua ¿perderá el mar mucho de sus caudales?

—Nada.

—Si en un bosque de América, arrancas una hoja, quedará desnudo por eso de su verdor y de sus galas?

—No.

—Pues mi amor es estrella, perla, y hoja en el cielo de tus amores, en el mar de tus recuerdos, y en el bosque de tus ilusiones.

—He ahí una calabaza calderoniana. Lástima grande que, la hayas adornado con la mágica cadencia del metro.

¿Con que no hay medio?

—Ninguno.

—¿Y si el corazón se arrebata, y arde en deseos de venganza?

—Se consumirá esa llama.

—¿Y si á ese aventurero que me roba tu amor le mato?

—Es demasiado débil tu valor para arrastrarse á sus pies.

—¿Y si le descubro tu pasada vida, y le revelo tus deshonorosos secretos, y los favores que me has prodigado?

—Te llamará calumniador, retándote á un duelo, donde tu cobardía te hará perder la vida.

—¡Oh mujeres, mujeres!

—¿No te aman tanto? Mal les pagas sus amores.

En esto se asomó á una ventana la rubia cabeza de Maria.

—Hola, exclamó Eusebio. Esa es la amada de tu amado.

Eugenia dió un grito de horror, y Eusebio, mirándole con altivo desprecio murmuró:

—Venganza!

Y partióse.

LXXIX.

Eugenia encontró á Ernesto en sus jardines al tornar á su palacio despues de haber despedido al diputado.

—¿Estás entregado á tus meditaciones? (Note el lector que ya se tuteaban.)

—Pensaba, Eugenia mía, que abandoné las playas de mi patria por buscar gloria, y que aislado en este paraíso, y detenido por tus amores, me he olvidado de mis intentos.

—Pronto la hablarás. Inspírate en esta colosal naturaleza, da tu voz al viento, que tiempo habrá para que tus cantares pasen de generacion en generacion hasta el último limite del tiempo. ¿No vamos ahora á ser felices?

—Si, muy felices. ¿Pero no te parece un crimen olvidar á mi Maria?

—No me amas, Ernesto.

—Si, si, con todo el sentimiento de mi corazón, de este corazón cerrado á la esperanza, á la felicidad.

—¿Nuestro enlace no borraré de tu imaginacion esas penas?

—No, porque este dolor debe ser eterno. Te amo, Eugenia, y si mañana huyeras de mí para siempre, lloraría inconsolable tu pérdida; te amo, y tu amor no puede borrar mis recuerdos ni apagar mis dolores.

—Y si mañana la suerte tornase á presentarle á Maria, maldecirás tal vez el instante en que me conociste y la hora fatal en que me amaste.

—Maria es de otro ser, y un abismo insondable la separa de mi corazón.

—Pues si es así, ¿por qué afligirme, cuando llega el momento de nuestra eterna union?

—No te aflijas. Déjame. Ya conoces los desvarios de mi corazón, y los delirios de mi entendimiento. Y sabes también que muerta en mi pecho toda esperanza que pudiera avivar el amor que por Maria sentí, soy todo tuyo, porque mi porvenir te pertenece.

—Pero siempre impresa en tu rostro esa tristeza desesperante. Tus labios se contraen para ahogar suspiros, y tus ojos pugnan por contener lágrimas. Yo, que te amo tanto, que perdería por tu adoracion mi vida, yo no merezco ni una lágrima, ni un suspiro, en premio de esta pasion tan inmensa como pura.

—Fatal fue mi destino; naé para llorar y para hacer llorar. ¿Por qué me amaste, Eugenia, si sabias que mi maldita naturaleza ha sido forjada para la desgracia?

—¡Ay!

—No flores. Seremos felices, en cuanto cabe serlo, aquí en la tierra. Todo pasa, todo se desvanece como la niebla que ayer envolvía á los bosques. Un tiempo fue en que sentía yo ardor por la ciencia, buscaba los secretos de la naturaleza en ese libro escrito con caracteres de fuego por la mano del Eterno. Entonces también la fe ardía en mi corazón. Iba en pos de lo bello y creía con fe en la emancipacion de los hombres, y en el reinado de Dios sobre la tierra.

—¿Y el tiempo ha borrado todas esas creencias?

—Todos mis ensueños se han desvanecido. ¿Quién sabe si se dispararán también todos mis dolores!

—Dios lo quiera. Los jóvenes deben pensar en lo porvenir. Despues que Dios haya bendecido al pie de los altares nuestros amores, haremos como peregrinos á visitar los templos de las artes. Tu verás como Dante renace entre las esculturas de Florencia, y bajo aquel cielo oírás suspirar á Beatrice, y llorar á Miguel Angel. Buscaremos la antigua Roma, y contemplarás á la vencedora de la eternidad roída por el gusano del tiempo, y sepultada bajo el peso de sus ramas. Oramos en San Pedro, y nuestra oracion tomará el vuelo á lo infinito, porque aquella inmensa cúpula, es la cadena con que el genio de Italia lo ha unido el cielo y la tierra en un amor eterno é inefable. Y tal vez

en medio de aquel mundo de las artes, mecido por las auras que hicieron vibrar la lira de Virgilio, sentado sobre las ruinas del mundo antiguo, y al pie de la cuna del mundo moderno la inspiracion te oiga y cuna á tus sienes una corona impercedera de laureles.

—Y que veré, si llevo en mi pecho la desesperacion y en mi inteligencia la duda. Florencia me recordará la ingratitud de los hombres, y el martirio del genio, Roma la heroicidad sepultada para siempre en el polvo que levanta la huella de los siglos; San Pedro la fe abandonada, é Italia la hermosa Itálica, esa esclava coronada de flores, nada dirá á este corazón desgarrado.

—Ernesto, Ernesto.... no me amas.

—Que no te amo. Tú eres la única luz que brilla en esta vida tenebrosa. Tu aliento refrescará mis sienes.

—Ernesto. ¿Seremos felices?

—Si, si.

—Abandona ese dolor.

—Lo mitiga tu presencia. Amame. Amame.

Por mas que Ernesto intentaba levantar remordimientos en su conciencia, el dolor que por su antigua amante sentia era un dolor poético, un dolor artístico como el amor, que á Eugenia profesaba era un amor lleno de vida, aunque parecia nacer á despecho de su misma voluntad.

Los poetas rara vez dicen bien lo que bien sienten. Esta consideracion podrá ser muy vulgar, pero es muy cierta. Ademas, los poetas rara vez sienten lo que cantan, y pocas veces cantan lo que sienten. Yo no quiero conocer ni á Zorrilla ni á Lamartine. Si me los mostráran, cerraría los ojos, y si los oyera pondría un candado á mis oídos.

El gran poeta de la Francia, el que ha llenado el mundo con sus armonias, y nos ha subido á los cielos en alas de sus meditaciones, el cantor del siglo que ha dorado con su luz el sol, y ha vertido á torrentes la poesia sobre el corazón de los desgraciados pueblos que le escuchan, tiene.... gota.

LXXX.

Que bien dijo el que dijo.

Son zelos una pasion,
que al mas cuerdo desatan....

Eugenia ya se habia cansado de las jeremiadas de Ernesto, y creo que al infatigable lector le sucederá lo mismo. Maria era su rival. Aquel amor poético de Ernesto iba á ser atizado por la realidad. Delante de su Maria, Ernesto daría al olvido ciertamente todo su afecto por Eugenia. Enviar á Madrid á Maria, le parecia arriesgado á Eugenia, y tenia que cualquier día se encontrasen ambos amantes. Sus zelos no la dejaban sosegar, y así no durmió en toda la noche. Registró en sus mientes todas las novelas que habia leído para que la diesen medios de abordar aquel apuro. Concibió un plan descabellado, y lo puso en práctica. Paciencia y barajar, como dijo don Quijote, que pronto verás lector, lo provechoso que es aplicar las novelas á la vida.

Soy algo desmemoriado, y se me olvidaba decirte que el matrimonio de Ernesto y su amada iba muy adelantado. Ya se habian tomado los dichos, y ya se habia enviado á Toledo por un modo breve de verificar el casamiento; Eugenia no dudó un momento en dar á Ernesto su mano empañada con la deshonra. Y al fin, ¿qué es el honor? Un fantasma que yace enterado en los fosos y castillos de la edad media.

LXXXI.

Amanecía la mañana con sus esplendentes galas y sus armoniosos ruidos. La faz del alba doraba el ho-

rizonte con esplendrosos matices, y suaves auras agitaban las sonrosadas alas de la aurora. Las flores abrían sus cálices, en cuyo fondo naturaleza había vertido algunas lágrimas de purísimo rocío, y los árboles mecían sus hojas, arrullando los mídos de las parleras aves que saludaban con sus armoniosas canciones al Dios de la vida y de la luz. Algunas estrellas esparcidas en el campo de los cielos plegaban sus alas, y se dormían gozosas en el regazo de la eternidad. Los montes lucían aureolas de luz, engalanándose con los primeros albores de la mañana, y las sombras huían despavoridas como fatídicos ensueños de la tierra.



Don Braulio.

rece hebras de oro, tus ojos son de color de cielo. María se ruborizó, y queriendo disculpar su hermosura la aumentó con su rubor.

—¿No has amado nunca?

—Amo aunque sin esperanza. ¿Mas qué importa? La vida es breve y Dios tiene en el cielo coronas para el verdadero amor.

—¿Con qué no han muerto tus ilusiones?

—Mis ilusiones no morirán nunca. No veo á mi amado, pero vive en mi corazón. No oigo su voz, pero sus palabras son las armonías con que se duerme en la esperanza mi alma. Tal vez en este mundo no

Eugenia contempla aquél cuadro y su imaginacion no encuentra una oracion que unir á las oraciones de la naturaleza. María en su blanco traje, destrenzado el cabello, fijos los ojos en el cielo, y cruzadas las manos sobre el pecho busca á Dios en los arboles del alba. Perdida en sus oraciones no oye á su rival que vestida tambien de blanco penetra en la estancia con los labios contraidos y desencajado el semblante.

—¿María! dice.

—¿Señorita!

Eugenia coge una de sus torneadas manos y mirándola con cariñoso afán exclama:

—Eres muy hermosa. Tu cabello destrenzado pa-

—¿Por qué en el mundo las altas pasiones han de ser siempre blanco de la desgracia? Amar para llorar, ese es el destino de los corazones privilegiados. En vano sueña el alma con el amor, en vano divinas visiones esmaltan el camino de la vida, que amor es muerte, cuando los labios secos bustan afanosos su rocío, y las ilusiones son como el aire vanas cuando queremos prenderlas en el lazo de la realidad. Corremos en pos de fantasmas, lloramos por mentiras, y padecemos dolores que no existen. ¿Cuándo nos incorporamos sobre nuestro sepulcro para aspirar las auras de los cielos? ¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

Eugenia, aunque bastante conmovida, peleaba consigo misma por ahogar su conmovicion. Sin mirar á María, temerosa de que tanta virtud tuviese poder para desbaratar sus intentos, alzó una cortina y se perdió en largos corredores, diciendo:

—María, sígueme.

Inútil es decir que María la obedeció.

—¿Por qué en el mundo las altas pasiones han de ser siempre blanco de la desgracia? Amar para llorar, ese es el destino de los corazones privilegiados. En vano sueña el alma con el amor, en vano divinas visiones esmaltan el camino de la vida, que amor es muerte, cuando los labios secos bustan afanosos su rocío, y las ilusiones son como el aire vanas cuando queremos prenderlas en el lazo de la realidad. Corremos en pos de fantasmas, lloramos por mentiras, y padecemos dolores que no existen. ¿Cuándo nos incorporamos sobre nuestro sepulcro para aspirar las auras de los cielos? ¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

—Yo me alegro, señorita. El bien ageno me regocija, porque al fin todos somos hermanos.

—Con la diferencia de que unos son hermanos mayores, y tiranizan á los hermanos que la fortuna ha puesto bajo sus plantas. Todos somos hijos de Dios, pero los desgraciados son sus *hijastros*, exclamó Eugenia con sardónica sonrisa y amarga acentuacion.

Aquellas palabras tan parecidas á una blasfemia contra Dios y la humanidad, horrorizaron á María que no pudo decir nada: tanto la habian afectado las terribles consideraciones de Eugenia.

—Ciertamente, añadió la literata, que es triste verse arrebatado por la muerte lo que ha conseguido á

le encuentre, Dios querrá que nos amemos en su presencia.

—¿Es hermoso?

—Negros sus ojos, rizado su cabello, alta su frente, y noble y generosa su alma.

—Y....

—¿Con Dios puedo tan solo comparar mi amor?

—¿Y él te ha abandonado?

—No, yo le abandoné por remediar una desgracia.

—¿Y esperas?

—En el mundo nada; pero si en el cielo.

—Infeliz. Debe ser muy triste padecer de un amor desnudo de esperanza.

—Para los que creen que el mundo está subordinado á su voluntad es un horrible martirio. Para las almas que han aprendido á llorar desde la cuna, es una lágrima mas tributada al dolor.

—¿Y desearias verle?

—Hace dias no lo deseaba, por no exaltar pasiones adormecidas ya por la desesperacion. Hoy deseo lo que ayer no deseaba.

—Esa incertidumbre es propia de tus años.

—Hay una razon poderosísima que no debo ocultar, y que me obliga á desear una entrevista. Mi amado era muy cristiano. A orillas del mar le enseñé á pronunciar el nombre de Dios. En una noche estrellada le mostré los ángeles que nos guarecen bajo sus alas. Cuando se ponía el sol, al compás de la campana de la oracion entonabamos el Ave-Maria acompañados del último gorgojo del ruiseñor, y de los primeros murmullos de la noche. Las flores de nuestros jardines eran para adornar la peana de María. A la luz de la luna íbamos al santuario, y nuestros amores nos dictaban oraciones llenas de esos deseos de eterna felicidad, que siente el alma cuando el mundo es mezquino para encerrar su amor. En su isla habia levantado una cruz que aparecia todas las mañanas ornada de flores cogidas por sus manos, y esmaltadas de rocío. Nuestra vida era como la vida de los serafines, toda amor, toda oraciones. Pero despues que le perdí sé que ha perdido la fe. Y quisiera hablarle de Dios, mostrarle en mis manos el cielo para que jamás la duda se apoderase de su alma.

Eugenia, aunque bastante conmovida, peleaba consigo misma por ahogar su conmovicion. Sin mirar á María, temerosa de que tanta virtud tuviese poder para desbaratar sus intentos, alzó una cortina y se perdió en largos corredores, diciendo:

—María, sígueme.

Inútil es decir que María la obedeció.

—¿Por qué en el mundo las altas pasiones han de ser siempre blanco de la desgracia? Amar para llorar, ese es el destino de los corazones privilegiados. En vano sueña el alma con el amor, en vano divinas visiones esmaltan el camino de la vida, que amor es muerte, cuando los labios secos bustan afanosos su rocío, y las ilusiones son como el aire vanas cuando queremos prenderlas en el lazo de la realidad. Corremos en pos de fantasmas, lloramos por mentiras, y padecemos dolores que no existen. ¿Cuándo nos incorporamos sobre nuestro sepulcro para aspirar las auras de los cielos? ¿Cuándo la verdad absoluta llenará el abismo de nuestra inteligencia, y el amor infinito el vacío de nuestro corazón?

LXXXII.

En un salon lujosamente adornado entraron ambas jóvenes. Eugenia se dejó caer sobre el sofá sin invitar á María á que se sentara.

—Me has hablado con franqueza de tu corazón, y yo debo corresponder á tu confianza. Soy mas feliz que tú.

—Yo me alegro, señorita. El bien ageno me regocija, porque al fin todos somos hermanos.

—Con la diferencia de que unos son hermanos mayores, y tiranizan á los hermanos que la fortuna ha puesto bajo sus plantas. Todos somos hijos de Dios, pero los desgraciados son sus *hijastros*, exclamó Eugenia con sardónica sonrisa y amarga acentuacion.

Aquellas palabras tan parecidas á una blasfemia contra Dios y la humanidad, horrorizaron á María que no pudo decir nada: tanto la habian afectado las terribles consideraciones de Eugenia.

—Ciertamente, añadió la literata, que es triste verse arrebatado por la muerte lo que ha conseguido á

costa de su sangre el corazón. Yo mientras aiente he de luchar con la fortuna si me opone un escollo, ó con Dios, si Dios es mi enemigo. ¿No hemos venido al mundo para batallar? Luego hemos venido para vencer, para realizar nuestra voluntad. Esa es mi filosofía. Me río de los amores sin esperanza. Y lanzó una carcajada siniestra, que hizo temblar á María.

—Pero dejémonos de consideraciones inútiles. Te decia que voy á ser feliz, porque voy á unirme con el ser que adora mi corazón. Es misántropo mi futuro, pero yo alizo su misantropia porque le aisla del mundo. Es escéptico, y yo aplaudo su escépticismo, porque le reduce á no tener mas religion que mi amor. No cree en la humanidad, nada espera de Dios. ¿Quieres verle? Mirale. Dijo Eugenia con reconcentrado furor, descorriendo las persianas que daban al jardín.

—Ernesto! Exclamó María cayendo de rodillas como herida de un rayo sobre el frio pavimento.

Y en efecto, á orillas del Tajo bajo un lánguido sauce, tendido en la yerba y hojeando un libro estaba Ernesto como olvidado del mundo, y dispuesto de sí mismo. Eugenia volvió á cerrar con prontitud la persiana y dirigió una mirada de altivo triunfo á su infeliz rival.

—Señorita, ¡por Dios! Permitidme que le dirija una palabra.

—¿Ese es tu amante, infame! ¿Y has venido aquí á buscarle; no es cierto? ¿Pues qué no sabias que su amor es mi vida, y que su corazón me pertenece? Venias á arrancarle de mi regazo, desafiando mis iras... que hacen temblar á los hombres.

—Dejadme que le hable una palabra para volver la fe á sus desmayadas creencias, y la esperanza á su desgarrado corazón. Si le amais, le querreis ver sonreír feliz, y oír como adora al Dios que os ha inspirado ese amor. Si le amais, os parecerá mezquino espacio la vida para contener tanto amor.

—Si, hablándome de mi amor, juntas tu pasion. Ese tu cariño es oprobioso, porque ni puedes tributarlo ni recibir en premio una mirada. ¿Y crees por ventura que de pasiones descañadas puede nacer la virtud? ¿Y quieres por el camino del vicio arrastrar mi alma al cielo? Y...

—Yo le recordaré sus promesas, sus juramentos, nuestros mares y riberas, las noches de luna, el santuario y la Virgen, y creará con fe y con esperanza.

—Es decir, le recordarás tu maldito amor.

—Yo le hablaré del altar adornado con nuestras flores, regado con nuestras lágrimas. Le enseñaré la primer estrella de la tarde, derramando su luz en el campo para alumbrar nuestras oraciones y nuestras súplicas. Y entonces el amor á Dios renacerá en su pecho.

—No le verás, mujer, no le verás. Yo tengo medios de libertarme de ti, que eres el único obstáculo opuesto á mi felicidad. El mundo es ancho, te albergará con destierro donde no vuelvas á saber jamas de Ernesto, de aquí no has de salir sino á donde yo te arrastre. Estás en mi poder y probarás la ira de mis celos.

María cogió convulsa los pliegues del traje de Eugenia.

El corazón encendido en celos no escucha los ruegos de una rival, y el corazón de la mujer es mas exaltado en sus pasiones, y mas poderoso en sus odios. Una nube de ira pasa por los ojos de Eugenia, las palabras de su amado venian atropelladas á su mente, su pecho ardia de amor, y á sus piés se hallaba la tan adorada mujer, llena de encantos, hermosísima en su dolor como las rosas al doblarse heridas por el viento en sus verdes tallos. Si se hubiera dejado llevar de su furor matara á María, que tanto pueden los celos. Pero dirigiéndose á una puerta, la abre, coge de la mano maquinalmente á la joven, y la empuja con furor

33201

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

hacia afuera. En seguida solo se oye un profundo gemido; y el estertor de un cerrojo.

LXXXIII.

Permíteme, lector, un poco de desahogo. Me esplayo, hablando contigo, porque te considero muy dispuesto á escucharme. Si te canso, el remedio tienes en la mano, cierras el libro, olvidas mis sandeces; y no temas que me enoje. No conozco ese ciego amor, que inspira el sentimiento paternal. Si tarda mucho en ir este manuscrito á la imprenta (como es probable) tal vez caiga bajo la cuchilla de mi despiadada ley mas severa que tus juicios. Con decirte que esta historia ya la escribí otra vez, y la rasgué en seguida, te convencerás de lo mucho, en que estimo mis magníficas creaciones. Sin duda te reirás de mi predileccion por el argumento, que entre manos traigo, achacando á ignorante amor propio mi gusto por tan insipido cuento. Pero no puedo darte mas disculpa que mi predileccion de niño, porque esta historia la oí yo contar hace dos años, es decir, cuando aun no habia salido de la infancia. Si tiene algo de novelesca, es porque la casualidad se empeña en tejer dramas, y en ser romántica, si nada de esto tiene, es en cambio mas verdadera que otros muchos cuentos, cuya lectura te habrá deleitado. Y ahora me dirá un filósofo ¿Y qué es la verdad en el arte? Nada. No pretendo que mi libro sea una obra de arte. (Ojala mate alguna velada de invierno.

LXXXIV.

¿No te parece, lector, un mal que la educacion de la mujer sea tan incompleta? La mujer, ángel nacido para sentir, es menospreciada por el vano orgullo del hombre. Se la abandona á una precaria educacion, y despues se exige de ella elevadas dotes. Sobre todo no se la educa para el amor.

Sus recelosos padres jamás pronuncian en sus oídos esta fatídica palabra, y sus rígidos maestros seguardan muy bien de pintarles con todos sus colores la belleza de ese divino sentimiento.

Nadie se atreve á decir á la mujer que su destino es amar. Se tiene como crimen hablar ante ellas del amor, virtud de las virtudes; y dejándolas abandonadas á sí mismas aprenden tan solo las revelaciones de la naturaleza. La palabra amor, jamás asoma á los labios de un padre, como si amor no fuera emanacion de Dios, y reflejo de su gloria, como si la mujer tuviera otro fin que sentir, y adorar, como si el verdadero amor no se premiara en el cielo con eterna bienandanza.

¿Hay una razan para no iniciar á la mujer en los secretos de un amor purísimo? Ninguna.

Pero si alentais las virtudes de la mujer, si purificais su alma, si decís que el amor es abnegacion, que su goce consiste en ideas, en suspiros é ilusiones, que los espíritus se buscan como los astros, y se encuentran en un cielo, no temais que se arrastre en el lodo, porque la mujer es artista, y teme mucho empeñar la aureola de su belleza.

Así evitais la seducción que todo lo marchita, y la deshonra que todo lo empaña. Así no dejareis á la pobre mujer que se ahogue en el mar de las pasiones, sin poder huir el lazo que le tiende el vicio, y burlar el reclamo de sus seductores. No educarla para el amor, es lo mismo que no dar al poeta una lira para que cante, al ángel un cielo para que extienda sus alas.

LXXXV.

Maria se ve abandonada en una oscura escalera. Se

deja llevar de su suerte, y baja á un patio. En él nada habia mas que una silla de postas; y unos caballos, piafando de impaciencia. La jóven llama á todas las puertas. El eco responde á sus llamamientos. Tal vez sea el eco una voz amiga de la naturaleza, que se duele de nosotros, y nos avisa de que jamás estamos solos en la tierra.

Viendo burlados sus intentos se entrega á su última esperanza, y grita.

—¡Ernesto!!

Aun no se habia comunicado al aire aquel grito, se abre una puerta, y aparece un lacayo. Maria intenta evadirse; pero el nuevo personaje desbarata sus intentos. Suplica, y no la escucha, llora, y no se conmueve, intenta detenerle, y no puede, le sigue, y él abre impasible la portezuela del coche, retrocede Maria, y la obliga á subir amenazándola con la muerte, si despliega los labios.

Al verse allí encerrada, se espanta de su porvenir, y se acuerda de su padre, al tiempo que los caballos arrancan á todo escape, devorando el espacio en su carrera. Deja otras los jardines de Aranjuez, y entra en un páramo solitario. Ni un arroyo riega aquella desierta llanura, ni un árbol la esmalta. Algunas colinas limitan el horizonte; pero desnudas de vegetacion, y envueltas en un polvo ceniciento semejante á las lavas apagadas de un volcan. Maria comprende el oscuro enigma de su suerte, y da un grito horrible. Es el quejido de un corazon que se quiebra. Es el ay de una vida que se desvanee. Golpea á las portezuelas, se mueve en aquella cárcel como el gilguero preso en su jaula, y solo alcanza á oír la risa de sus despiadados verdugos. Saca la cabeza por uno de aquellos respiraderos, y demanda libertad. No la oyen. Cansada de luchar, se deja caer en su asiento; horrible calentura le asalta, fuerte temblor sacude sus miembros, sus ojos manan lágrimas de fuego, y su pecho exhala dolorosos suspiros. Entre tanto la silla de postas corre arrastrada por sus soberbios alazanes. Un pensamiento se apodera de Maria, uno de esos relámpagos de salvacion, que centellean á veces sobre el abismo de la desgracia. Quiere arrojarse del carruaje á riesgo de su muerte. Las portezuelas están como enclavadas. No hay salvacion.

LXXXVI (1).

En la redaccion de uno de los periódicos de Madrid, titulado *El Torrente*, sentados delante de una mesa cubierta con flores de un día se encuentran dos jóvenes, empleados en tejer sus producciones. El uno de ellos llamado Ramon juega con unas tijeras, el otro suspende su pluma de la oreja.

—¿Y qué diré de ese Eusebio Vivarrambla nuestro amigo?

—¿Qué has de decir? Aunque sea nuestro amigo, habla mal, y gesticula peor; comete faltas de á pedir de boca, suda, y hace sudar, ni comprende ni explica las cuestiones, tartamudea como Demóstenes, es ronco á guisa deregonero cansado, y ha hecho dormir en blando sueño á toda la representacion nacional, sin que se exceptuasen las tribunas; porque sus discursos parecen el ramo que arancó á santa Berta Roberto el diavolo.

—En justicia nada merece, á no ser una silba que le hundiera para siempre, á fin de que en su cabeza escarmentaran los pedantes.

—Y si nada merece nada le darás, Ricardo.

—Eso ya es otra cosa. Ten entendido que desde hoy somos ministeriales. Un destino dado á tiempo debe aplacar nuestras entrañas, y toda nuestra hiel debe desaparecer entre nubes de incienso. Ayer de-

(1) Es inútil advertir que el autor no alude á la prensa actual, á quien tan obligado está.

ciamos: «La patria está en peligro.» Hoy debemos exclamation: «El viento de la providencia nos dirige guiados por su gobierno sabio, y protector á la mas completa felicidad.

—Te comprendo. Si ese don Eusebio hubiera hablado antes de ayer, no le dejarás hueso sano. Pero como tuvo la fortuna de retrasarse un día le pondrás en el séptimo cielo, diciendo que confundió á las oposiciones con su elocuencia.

—Pues. Al fin las ideas políticas son artículos de comercio.

En esto apareció don Eusebio. Ambos jóvenes se levantaron, inclinándose profundamente, como las legiones romanas delante del vencedor que atravesaba la Via Apia arrastrado por su carro de triunfo.

—Ola, mis amigos, no os levanteis. Somos conocidos antiguos, y yo educado en las ideas de la revolucion adoro la igualdad. Si que habeis entrado en el buen camino, declarándoos amigos del ministerio.

Ambos jóvenes bajaron la cabeza, sin avergonzarse. Está tan en moda el perjurio, y la traicion que no se consideran ya como crímenes. Andamos tan desorientados que no distinguimos la línea, donde acaba el bien, y empieza el mal.

Es acaso que Dios nos condena á la muerte como generacion maldita, y descreída? ¿Es que el mundo se desquicia? El tiempo responderá á estas preguntas.

—Dime, Ricardo, ¿has escrito la crónica de la sesion de ayer, en que tuve la honra de dirigir la palabra por vez primera al congreso?

—Como estábamos en negociaciones suspendí mi crítica, hasta ver de qué filas eramos soldados.

—Bien hecho. Me alegro. Aquí te traigo el juicio que yo he formado de mi discurso.

—Te doy las gracias porque me ahorras ese trabajo, aunque yo lo emprendia gustoso, porque siempre es grato ensalzar el verdadero mérito.

—Oye, te leeré algunos párrafos, para que te hagas cargo del estilo.

«El jóven diputado don Eusebio Vivarrambla se lanzó á la arena con la fe de un mártir, con el valor de un atleta. Su voz resonaba como un arpa éolica. Sus amigos temblaron al verle, y quedaron confundidos al oírle.»

«Hablo en el lenguaje de Cervantes de los grandes problemas que agitan al gran siglo XIX. Mirabeau renacia en su discurso, aunque no en su figura, porque Mirabeau era horrible como la revolucion, del 82 y Vivarrambla es hermoso, y pulcro como la monarquía.»

Ambos redactores tributaron una salva de aplausos á este conjunto de disparates.

Ahora, queridos míos hablemos de otra cosa. Cuenta con vuestras plumas para volar á la silla ministerial.

Los jóvenes asintieron entusiasmados, porque nada entusiasma tanto en el mundo como el heroísmo.

—Además quiero sellar mi alianza con vosotros.

—De lo cual nos alegramos infinito, exclamó Ricardo.

—Debemos divertirnos juntos en este carnaval. —Si, si; dijo Ramon admirado de la popularidad del diputado.

—Para que el carnaval sea divertido, es indispensable inventar bromas dignas de nuestra imaginacion, y que nos alcancen fama imperecedera en los anales de la corte.

—Justo, dijeron aquellos vasallos del placer.

—¿No os parece una empresa magnífica, desbaratar la boda de un señor poeta, con una señorita literata?

—Magnífico.

—Ya veis que es broma digna de figurar en una novela.

—Para broma de tamaño bulto, tu imaginacion es la mas idónea del mundo, dijo Ricardo.

—¿Os acordais por ventura de una jóven, que fue el ídolo de todos los pollos, por su coquetería, por sus amores, por su dispacion, y que se llamaba Eugenia.

—Si, dijo Ramon, conservo un rizo de sus cabellos.

Y yo una carta, añadió, que medió despues de una noche, cuyo placentero recuerdo no se borrará nunca de mi memoria.

—¡Magnífico! dijo entusiasmado Eusebio. Nada nos falta. Uniremos nuestras aventuras, y nuestros protocolos, y tomaremos venganza de la beldad que se ha convertido en una esQUIVA enemiga.

—¿Sabes su paradero?

—Aranjuez.

—¿Su casa?

—Es un magnífico palacio, donde entraremos sin obstáculo.

—¿Y quién es su amante?

—Un jóven poeta, que acaba de publicar cierta novela lastimosa, y sentimental intitulada «Maria.»

—Por cierto que es de mi agrado esa novela, dijo Ramon. Tiene páginas, que hacen asomar las lágrimas á los ojos. Y yo bajo el influjo de las impresiones que me causó, escribí un artículo, cuyas son las pruebas que acabo de corregir.

—Pues no hay remedio. Condena ese artículo al olvido, y procura que no se publique.

—¿Por qué?

—Ese jóven es mi enemigo.

—Entonces...

—Es indispensable decir que su estilo es descolorido.

—Casualmente tiene tanto fuego.

—Pues entonces se dice que es retumbante, y gongorino, añadiendo que sus consideraciones son vulgares.

—Tiene algunas dignas de un filósofo de primer orden.

—Pues se le echa en cara su oscuridad; y á toda esa filosofía se la bautiza con el nombre de metafísica intrincada, y peliaguda y sonolienta y por si acaso se dice que huele su libro á escolasticismo, para que huyan de él hasta los estudiantes.

LXXXVII.

Luisa, la desgraciada madre de Ernesto pudo averiguar el paradero de su hijo, y supo que se habia libertado de la muerte. Esclavizada por su enamorado amante, no tuvo mas remedio que resignarse á su triste suerte y devorar en silencio su amor, y sus lágrimas de madre. Edgard no la permitia salir sola, la zelaba con el mayor recelo, y la martirizada con tormentos dolorosísimos.

Por fin un día que se vió precisado á salir, porque así lo exigian sus negocios, la encerró en lo mas profundo de su casa, y se guardó la llave de la habitacion en el bolsillo. El singular amor de aquel hombre se exaltaba con los años, que están destinados á secar el corazon, y agotar la vida.

Su pasion era una enfermedad, una especie de mania, que rayaba en locura. Luisa, sola, encerrada pensaba en su hijo, y su amor se enardecia con las privaciones, á que se veia sujeta, despechada y dolorida tomó una pluma, y escribió la siguiente carta.

Ernesto: ¿No has deseado nunca ver á tu madre? ¿La crearás tan poco digna de tu amor? Oh, hijo mio! perdoname aunque mis crímenes no merecen tu perdón. Yo te adoro. A orillas del mar meci tu cuna, y en aquel solitario peñasco azotado por los vientos, te adoraba como la estrella de mi felicidad que amanece.

Aun debes conservar en tus labios la huella de mis

besos, y en tus cabellos la humedad de mis lágrimas. Mi amoroso mirar te alumbraba, cuando empezaste á hollar el sendero de la vida. Yo te sostenía en mis brazos; y te arrullaba con mi aliento. ¡Qué feliz era yo cuando te dormías! El canto del ruiseñor me era importuno. Temía que te despertase. Tus juegos infantiles, tu inocente sonrisa, las primeras palabras que baluceaste, los primeros besos que me diste, son imágenes de una felicidad que perdí por mi culpa, y cuyo recuerdo me atormenta envolviéndome en negros remordimientos.

—Ernesto, Ernesto, mío! Tu madre ha sido culpable y desgraciada. Todavía ignora si sus crímenes provienen de su desgracia, ó su desgracia de sus crímenes.

Nunca logré una hora de tranquilidad. Nunca vi una sonrisa placentera. Solo tus ojos me han mirado con amor en el mundo. Huyendo del odio caí en la esclavitud. Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía. Si hice mal, una vida de dolores y remordimientos debe haber expiado mis culpas, y un mar de lágrimas borrado mis manchas. La ignorancia de mis deberes me precipitó en el abismo. Tu padre... no quiero hablar de él; porque al fin, Ernesto, es tu padre.

Pero si algo vale el consejo de una madre, no te cases hasta que te hayas convencido de que la mujer que amas es la única digna de hacerte feliz, y la única también que comprende tu corazón y que te adora. No sabes como se paga un casamiento, en que la gratitud ó un compromiso nos impelen á dar un sí que pronuncian fríos los labios, y dicta indiferente el corazón. Después viene el amargo tormento, las quejas inarticuladas, la indiferencia, el odio tal vez; hasta que el deshonor y el crimen completan el desolado cuadro de un enlace, cuyo móvil no ha sido un amor santo y puro. Y la mujer abandonada devora un desprecio, oye la voz de un seductor, y deseando vengarse se levanta de su abandonado lecho, se arrastra á los pies del crimen, vende su honor, y abandona en la cuna hasta su propio hijo.

En vano el desamor nos habla con elocuente voz, y el remordimiento nos atormenta con su agudo puñal. En vano la imagen del niño abandonado nos sorprende. Y las entrañas palpitan. El abandono nos incita al abandono, y el desprecio al desprecio. La ley injusta de la sociedad, graba el deshonor en nuestras frentes, y se rie de las calaveradas de nuestros maridos, sin considerar que sus desórdenes nos arrastran á la lucha, y nos abisman en el crimen.

¿Te avergonzarás de ser hijo de una infeliz que no tuvo valor para sufrir resignada su martirio? No te amaba. Si te hubiera amado, jamás huyera de aquella isla donde naciste. Pero recuerdo la noche que te abandoné. El mar estaba en calma como tu sueño, el cielo puro como tu inocencia; tendido en tu lecho, entornados los ojos dormías, tal vez soñando con tu despiadada madre. La hermosa cabeza apoyada en el brazo; el pecho respirando tranquilo; una sonrisa de paz en los labios, y un reflejo de inocencia en la frente; el ángel de la Guarda á tu cabeza, y tu llorosa madre á los pies, anegada en llanto, pero atraída por el amor de un hombre que la prometía libertad y paz. ¡Te abandoné, y ahora te busco y te quiero estrechar en mis brazos! Anhelo por huir de este hombre. En el bosque de la derecha del estanque grande en el Retiro, á la hora de anohecer el domingo. Esperame, esperame.

Cuando Luisa escribía esta última palabra, oyó pasos, y una llave penetró en la cerradura. Apenas tuvo tiempo para guardar la carta en un libro de devoción que á mano tenía.

LXXXVIII.

Era Edgardo, que volvía de sus negocios mucho antes de lo que prometiera. Luisa trató de ocultar su

turbación; pues tan pronta é inesperada visita la conmovió profundamente: que el zeloso furor de su amante había engendrado odio é ira en sus entrañas.

—¿Tan pronto vuelves? le dijo.

—¿Te incomoda mi regreso?

—No por cierto.

—Estaba yo pensando, Luisa, que la felicidad consiste en meros caprichos de nuestro inconstante corazón. El avaro es feliz con el oro que atesora, y que de nada le sirve; y yo, por ejemplo, me considero dichoso junto á una mujer, que en premio de mi amor me regala con zelos y desazones.

—La desventura, Edgardo mío, si que se alimenta á veces de aprensiones. Tú podías ser feliz. La fortuna te sonríe; tu amada te adora. Pero te has empeñado en amargar tus días y lo consigues, sin poner en juego grandísimos esfuerzos.

—¿Feliz! dijo Edgardo, convirtiendo sus ojos con recelo á todo el aposento, como para averiguar si allí había entrado algo, ó alguien. ¿Y quién me asegura esa felicidad?

—Mis palabras.

—Es verdad; pero yo soy dado á la duda. Leo los periódicos, y pongo en cuarentena las noticias. Leo á los poetas, y me río de sus sentimientos. Escucho el murmullo de las gentes, y todos creo que me engañan. En cada cara veo una máscara, en cada vestido un dominó, en cada palabra una broma, y en el mundo un carnaval. ¿Quieres que á ti te crea, Luisa? Eso es pedir lo imposible; porque al fin eres mujer, y la mujer es una mariposa que se viste de diferentes matices según las flores que liba.

—Pero tomando por norma tu conducta, de todo se desconfía.

—El hombre no está seguro de sus acciones, ni conoce sus propias obras. Cervantes no supo si aniquilaba ó ensalzaba la caballería en su obra inmortal. Napoleón, arrastrando tras sí á la Francia, no sabía si en las puntas de sus bayonetas llevaba el despotismo, ó la libertad.

—Y....

—Y si el hombre no está seguro de sí mismo, ¿podrá por ventura asegurar nada de los demás? Si no conoce su corazón, ¿blasonará de sondear los ajenos?

—Compasión me inspira tu vida.

—Yo dudando de todo, he logrado encontrar la verdad de las verdades; el axioma de que *todo en el mundo es mentira*.

—También lo será tu amor.

—No me opongo á semejante aserto. Mi amor vive porque cree que el tuyo está muerto; porque se considera no correspondido; mi amor vive de la muerte, y respira en el vacío. Si yo creyera que me amabas, si te viese siempre á mis pies implorándome una caricia ó una mirada, si al reclinar mi cansada cabeza sobre tu pecho contara en los latidos de tu corazón otras tantas emanaciones de ardiente amor, entonces te abandonaría hastiado y aburrido.

—Según eso; ni la felicidad merece un tributo de alegría, ni el infortunio una lágrima.

—Así es. Si no fuéramos tan frágiles y de natural tan débil, no oíríamos la voz de las pasiones, ni el grito de los dolores. Nadie practica aquello de que está convencido. Sócrates encomiaba la virtud, y caía rendido de amor en brazos de las cortesanas. Si hubieran llegado hasta nuestros oídos, tal vez nos avergonzaríamos de los amores de Platón, el primero que divinizó esa pasión, pintándola con los mas celestiales colores.

—Es triste vivir de la desconfianza y la duda.

—Son como reflejos brillantes que alumbran los escollos de esta turbulenta sociedad. Y sino, Luisa, ¿qué has hecho durante mi ausencia?

—Pensar en tí; aunque eres mi carcelero.

—Voy á creerte por vez primera en mi vida.

Luisa palideció, y su amante echó de ver su palidez.

—¿No te ha asaltado un deseo de libertad?

—Estoy segura de que no me has de creer.

—¿Qué sabes? Tal vez te crea. El hombre tan libre, no puede menos de dejarse llevar á veces de su propia organización. Hay días, según la voluntad del acceso en que una gota de bilis nos hace ver el mundo lleno de males, y el cielo vacío; y días también, en que la rápida circulación de la sangre nos pinta un cementerio con los esmaltes de un jardín.

—¿Y hoy cómo tienes la bilis?

—Estoy pálido?

—No.

—Entonces, no temas.

—Pues mira, pensaba en lo felices que seríamos, si me permitieses salir una tarde al Retiro.

—Confieso que así como tú siempre me estás echando en cara mi amor entrado ya en edad, yo tengo tentaciones de echarte en cara tu deseo de lucir, impropio ya de tus cuarenta años.

—Quiero ver el sol esplendoroso de Castilla, y respirar las brisas embalsamadas del campo.

—¿Ningún otro deseo te arrastra á pedirme esos momentos de libertad?

—Ninguno, contestó entrecortada, Luisa.

—Me engañas.

—No; contestó ella tímidamente.

—¿Ese no! Vamos; echemos á un lado recelos y aprensiones. ¿Querías que paseemos juntos?

—Por supuesto; dijo con frialdad, Luisa.

—Ese por supuesto... Estoy decidido á creerte. Sino creyera en tí, que me has sacrificado hasta tu honor; ese don tan preciado de las mujeres, porque sin él ni los pollos las rinden vasallaje, ni las tertulias las admiten en su seno; sino creyera en tí, repito, ¿en qué había de creer este infeliz?

—¿Te burlas?

—¿Burlarme yo! Nada de eso. Te creo. Nunca mas dudaré.

—¿Nunca?

—¿No has intentado huir?... dijo mirando la cerradura.

—¿Para qué? si contigo soy feliz.

—¿Ni ocultarme algo para sorprenderme?

Y miraba todos los ángulos de la sala con nimia escrupulosidad.

—Ni siquiera me permites entregarme á las labores de mi sexo.

Y Luisa acariciaba las tapas del devocionario.

—Ya advino lo que has hecho. Rezar

Y cogió el libro.

Luisa dió un grito agudísimo, como si la desgarraran las entrañas con un puñal. Edgardo desplegó la carta con severa y fría impasibilidad.

—Ola; dijo después de habérla leído. ¡Magnífico! Hay aquí declaraciones que te honran.

—Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía.

—Buen modo de excusar un crimen. El amor, Luisa, todo lo borra; pero abrazar el mal por cálculo, es un delito que aun no has purgado, y que vive Dios, purgarás bajo mis manos.

Luisa encendida de vergüenza ni hablaba, ni á respirar se atrevía.

—La mujer abandonada devora el desprecio; oye la voz de un seductor, y deseando vengarse....

—Se prostituye, debiste añadir, como se ha prostituido tu madre.

—¿Anhelo, dices, por huir de este hombre?

—Huirás. Esta carta irá á su paradero, y tu acudirás á la cita.

—¿Perdon! gritó convulsivamente.

—¿Perdon! ¿Quieres volver á engañarme? Luisa. Tu marido te odia, tu hijo te maldice, y yo satisfaré

el odio del marido, y cumpliré la maldición del hijo

LXXXIX.

Resplandecía la luna, iluminando con sus melancólicos reflejos el jardín de Eugenia. Los árboles desnudos, sostenían en sus brazos algunos copos de nieve. La noche estaba serena, y en el blanco mar que por do quier divisaban los ojos, se reflejaban cual en rizado lago las estrellas del cielo. Se aproximaba el Carnaval, y se aproximaba también la ansiada hora del casamiento de Eugenia con Ernesto. Apoyados en una reja, se extasiaban ambos amantes en el cuadro de la naturaleza. Y en efecto, nada mas hermoso que la tierra vestida de blanco, coronada por un cielo sereno y una luna brillante; nada mas bello que esas nevadas noches, en que la campiña se parece á una virgen envuelta en el blanco velo de desposada, y los astros á las ilusiones que vuelan por un corazón amoroso y feliz.

Ernesto sentía, y amaba como poeta. Sus quejidos habían cesado, y se había roto la lira de su dolor. Ya solo pensaba en su Eugenia, profesándola un amor verdadero é infinito.

Solo invocaba á María en los momentos de inspiración, (ya lo hemos dicho) como invocaban los poetas antiguos sus soñadas musas, ó los románticos modernos los fantasmas, que la embriaguez agrupa en el borde de una ponchera.

Todo pasa. Nuestros corazones tienen su primavera. Hay una edad en que se ama con entusiasmo, y se tiene en poco la vida, si el objeto adorado no la ilumina con la luz de sus hermosos ojos. Hay una hora en que la gloria nos fascina, y la historia nos levanta á desear la corona de los héroes. Hay un momento en que deseamos morir como Cervantes en la miseria, para vivir como Cervantes en la posteridad. Pero esos amores, esos deseos, esas ilusiones pasan; mueren; se desvanecen como el ensueño de un niño.

No ha habido amor que no haya jurado ser eterno, y su eternidad dura á veces un instante. Es triste entrar sin ilusiones en la carrera de la vida, pero es mas triste fingir esperanzas que el desengaño ha de marchitar, y dicha que el tiempo ha de desmentir.

XC.

¿Y María? La infeliz había sido llevada á un arruinado castillo, donde antiguo salon, recuerdo y restos de pasados siglos, albergó su dolor y recogió sus lágrimas. Una reja la separaba del campo, una puerta era centinela de su libertad. Un criado bajaba algunos manjares para su sustento. No hay para qué decir cómo lloraba la infeliz. No queremos lastimar el corazón de nuestros lectores.

El quejido del ave nocturna ó el bramar del viento eran sus compañeros. El gilguero que volaba en el cielo; dueño de su libertad era también su tormento. Alguna vez oía á lo lejos el arrullo de la tórtola, ó veía una flor deshojada y en su dolor las consideraba como compañeras de sus quebrantos. Rogó; porfió al ayuda de cámara su carcelero; pero rogó y porfió vanamente. Ni una palabra de consuelo merecían sus quejas ni una mirada de compasión sus lágrimas. María se arrastraba por el suelo pidiendo un instante de libertad para correr á Madrid, y abrazar á su padre. Nada lograba; nada.

La previsora Eugenia se había encargado también de esto, para no levantar sospechas que redundasen en contra de sus intereses. Todas las semanas enviaba socorros al padre de María en nombre de su hija, diciéndole al par que esta se hallaba contenta y feliz.

besos, y en tus cabellos la humedad de mis lágrimas. Mi amoroso mirar te alumbraba, cuando empezaste á hollar el sendero de la vida. Yo te sostenía en mis brazos; y te arrullaba con mi aliento. ¡Qué feliz era yo cuando te dormías! El canto del ruiseñor me era importuno. Temía que te despertase. Tus juegos infantiles, tu inocente sonrisa, las primeras palabras que balbuceaste, los primeros besos que me diste, son imágenes de una felicidad que perdí por mi culpa, y cuyo recuerdo me atormenta envolviéndome en negros remordimientos.

¡Ernesto, Ernesto, mio! Tu madre ha sido culpable y desgraciada. Todavía ignora si sus crímenes provienen de su desgracia, ó su desgracia de sus crímenes. Nunca logré una hora de tranquilidad. Nunca vi una sonrisa placentera. Solo tus ojos me han mirado con amor en el mundo. Huyendo del odio caí en la esclavitud. Seguí á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía. Si hice mal, una vida de dolores y remordimientos debe haber expiado mis culpas, y un mar de lágrimas borrado mis manchas. La ignorancia de mis deberes me precipitó en el abismo. Tu padre... no quiero hablar de él; porque al fin, Ernesto, es tu padre.

Pero si algo vale el consejo de una madre, no te cases hasta que te hayas convencido de que la mujer que amas es la única digna de hacerte feliz, y la única también que comprende tu corazón y que te adora. No sabes como se paga un casamiento, en que la gratitud ó un compromiso nos impelen á dar un sí que pronuncian frios los labios, y dicta indiferente el corazón. Despues viene el amargo tormento, las quejas inarticuladas, la indiferencia, el odio tal vez; hasta que el deshonor y el crimen completan el desolado cuadro de un enlace, cuyo móvil no ha sido un amor santo y puro. Y la mujer abandonada devora un desprecio, oye la voz de un seductor, y deseando vengarse se levanta de su abandonado lecho, se arrastra á los pies del crimen, vende su honor, y abandona en la cuna hasta su propio hijo.

En vano el desamor nos habla con elocuente voz, y el remordimiento nos atormenta con su agudo puñal. En vano la imagen del niño abandonado nos sorprende. Y las entrañas palpitan. El abandono nos incita al abandono, y el desprecio al desprecio. La ley injusta de la sociedad, graba el deshonor en nuestras frentes, y se rie de las calaveradas de nuestros maridos, sin considerar que sus desórdenes nos arrastran á la lucha, y nos abisman en el crimen.

¿Te avergonzarás de ser hijo de una infeliz que no tuvo valor para sufrir resignada su martirio? No te amaba. Si te hubiera amado, jamás huyera de aquella isla donde naciste. Pero recuerdo la noche que te abandoné. El mar estaba en calma como tu sueño, el cielo puro como tu inocencia; tendido en tu lecho, entornados los ojos dormías, tal vez soñando con tu despiadada madre. La hermosa cabeza apoyada en el brazo; el pecho respirando tranquilo; una sonrisa de paz en los labios, y un reflejo de inocencia en la frente; el ángel de la Guarda á tu cabeza, y tu llorosa madre á los pies, anegada en llanto, pero atraída por el amor de un hombre que la prometía libertad y paz. ¡Te abandoné, y ahora te busco y te quiero estrechar en mis brazos! Anhelo por huir de este hombre. En el bosque de la derecha del estanque grande en el Retiro, á la hora de anohecer el domingo. Esperame, esperame.

Cuando Luisa escribía esta última palabra, oyó pasos, y una llave penetró en la cerradura. Apenas tuvo tiempo para guardar la carta en un libro de devoción que á mano tenía.

LXXXVIII.

Era Edgardo, que volvía de sus negocios mucho antes de lo que prometiera. Luisa trató de ocultar su

turbación; pues tan pronta é inesperada visita la conmovió profundamente: que el zeloso furor de su amante habia engendrado odio é ira en sus entrañas.

—¿Tan pronto vuelves? le dijo.

—¿Te incomoda mi regreso?

—No por cierto.

—Estaba yo pensando, Luisa, que la felicidad consiste en meros caprichos de nuestro inconstante corazón. El avaro es feliz con el oro que atesora, y que de nada le sirve; y yo, por ejemplo, me considero dichoso junto á una mujer, que en premio de mi amor me regala con zelos y desazones.

—La desventura, Edgardo mio, si que se alimenta á veces de aprensiones. Tu podías ser feliz. La fortuna te sonreí; tu amada te adora. Pero te has empeñado en amargar tus dias y lo consigues, sin poner en juego grandísimos esfuerzos.

—¿Feliz! dijo Edgardo, convirtiendo sus ojos con recelo á todo el aposento, como para averiguar si allí habra entrado algo, ó alguien. ¿Y quién me asegura esa felicidad?

—Mis palabras.

—Es verdad; pero yo soy dado á la duda. Leo los periódicos, y pongo en cuarentena las noticias. Leo á los poetas, y me rio de sus sentimientos. Escucho el murmullo de las gentes, y todos creo que me engañan. En cada cara veo una máscara, en cada vestido un dominó, en cada palabra una broma, y en el mundo un carnaval. ¿Quieres que á ti te crea, Luisa? Eso es pedir lo imposible; porque al fin eres mujer, y la mujer es una mariposa que se viste de diferentes matices segun las flores que liba.

—Pero tomando por norma tu conducta, de todo se desconfía.

—El hombre no está seguro de sus acciones, ni conoce sus propias obras. Cervantes no supo si aniquilaba ó ensalzaba la caballería en su obra inmortal. Napoleon, arrastrando tras sí á la Francia, no sabía si en las puntas de sus bayonetas llevaba el despotismo, ó la libertad.

—Y....

—Y si el hombre no está seguro de sí mismo, ¿podrá por ventura asegurar nada de los demás? Si no conoce su corazón, ¿blasonará de sondear los ajenos?

—Compasion me inspira tu vida.

—Yo dudando de todo, he logrado encontrar la verdad de las verdades; el axioma de que *todo en el mundo es mentira*.

—También lo será tu amor.

—No me opongo á semejante aserto. Mi amor vive porque cree que el tuyo está muerto; porque se considera no correspondido; mi amor vive de la muerte, y respira en el vacío. Si yo creyera que me amabas, si te viese siempre á mis pies implorándome una caricia ó una mirada, si al reclinar mi cansada cabeza sobre tu pecho contara en los latidos de tu corazón otras tantas emanaciones de ardiente amor, entonces te abandonaría hastiado y aburrido.

—Segun eso; ni la felicidad merece un tributo de alegría, ni el infortunio una lágrima.

—Así es. Si no fuéramos tan frágiles y de natural tan débil, no oíríamos la voz de las pasiones, ni el grito de los dolores. Nadie practica aquello de que está convencido. Sócrates encomiaba la virtud, y caía rendido de amor en brazos de las cortesanas. Si hubieran llegado hasta nuestros oídos, tal vez nos avergonzaríamos de los amores de Platon, el primero que divinizó esa pasión, pintándola con los mas celestiales colores.

—Es triste vivir de la desconfianza y la duda.

—Son como reflejos brillantes que alumbran los escollos de esta turbulenta sociedad. Y sino, Luisa, ¿qué has hecho durante mi ausencia?

—Pensar en tí; aunque eres mi carcelero.

—Voy á creerte por vez primera en mi vida.

Luisa palideció, y su amante echó de ver su palidez.

—¿No te ha asaltado un deseo de libertad?

—Estoy segura de que no me has de creer.

—¿Qué sabes? Tal vez te crea. El hombre tan libre, no puede menos de dejarse llevar á veces de su propia organización. Hay dias, segun la voluntad del acceso en que una gota de bilis nos hace ver el mundo lleno de males, y el cielo vacío; y dias también, en que la rápida circulación de la sangre nos pinta un cementerio con los esmaltes de un jardín.

—¿Y hoy cómo tienes la bilis?

—¿Estoy pálido?

—No.

—Entonces, no temas.

—Pues mira, pensaba en lo felices que seríamos, si me permitieses salir una tarde al Retiro.

—Confieso que así como tú siempre me estás echando en cara mi amor entrado ya en edad, yo tengo tentaciones de echarte en cara tu deseo de lucir, impropio ya de tus cuarenta años.

—Quiero ver el sol esplendoroso de Castilla, y respirar las brisas embalsamadas del campo.

—¿Ningun otro deseo te arrastra á pedirme esos momentos de libertad?

—Ninguno, contestó entrecortada, Luisa.

—Me engañas.

—No; contestó ella tímidamente.

—¿Ese no! Vamos; echemos á un lado recelos y aprensiones. ¿Querías que paseemos juntos?

—Por supuesto; dijo con frialdad, Luisa.

—Ese por supuesto... Estoy decidido á creerte. Sino creyera en tí, que me has sacrificado hasta tu honor; ese don tan preciado de las mujeres, porque sin él ni los pollos las rinden vasallaje, ni las tertulias las admiten en su seno; sino creyera en tí, repito, ¿en qué habia de creer este infeliz?

—¿Te burlas?

—¿Burlarme yo! Nada de eso. Te creo. Nunca mas dudaré.

—¿Nunca?

—¿No has intentado huir?... dijo mirando la cerradura.

—¿Para qué? si contigo soy feliz.

—¿Ni ocultarme algo para sorprenderme?

Y miraba todos los ángulos de la sala con nimia escrupulosidad.

—Ni siquiera me permites entregarme á las labores de mi sexo.

Y Luisa acariciaba las tapas del devocionario.

—Ya advino lo que has hecho. Rezar

Y cogió el libro.

Luisa dió un grito agudísimo, como si la desgarraran las entrañas con un puñal. Edgardo desplegó la carta con severa y fria impasibilidad.

—Ola; dijo despues de haberla leído. ¡Magnífico! Hay aquí declaraciones que te honran.

—Segun á un hombre á quien no amaba, por huir de un hombre que me aborrecía.

—Buen modo de excusar un crimen. El amor, Luisa, todo lo borra; pero abrazar el mal por cálculo, es un delito que aun no has purgado, y que vive Dios, purgarás bajo mis manos.

Luisa encendida de vergüenza ni hablaba, ni á respirar se atrevia.

—La mujer abandonada devora el desprecio; oye la voz de un seductor, y deseando vengarse....

—Se prostituye, debiste añadir, como se ha prostituido tu madre.

—Anhelo, dices, por huir de este hombre.

—Huirás. Esta carta irá á su paradero, y tu acudirás á la cita.

—¿Perdon! gritó convulsivamente.

—¿Perdon! ¿Quieres volver á engañarme? Luisa. Tu marido te odia, tu hijo te maldice, y yo satisfaré

el odio del marido, y cumpliré la maldición del hijo

LXXXIX.

Resplandecía la luna, iluminando con sus melancólicos reflejos el jardín de Eugenia. Los árboles desnudos, sostenian en sus brazos algunos copos de nieve. La noche estaba serena, y en el blanco mar que por do quier divisaban los ojos, se reflejaban cual en rizado lago las estrellas del cielo. Se aproximaba el Carnaval, y se aproximaba también la ansiada hora del casamiento de Eugenia con Ernesto. Apoyados en una reja, se extasiaban ambos amantes en el cuadro de la naturaleza. Y en efecto, nada mas hermoso que la tierra vestida de blanco, coronada por un cielo sereno y una luna brillante; nada mas bello que esas nevadas noches, en que la campiña se parece á una virgen envuelta en el blanco velo de desposada, y los astros á las ilusiones que vuelan por un corazón amoroso y feliz.

Ernesto sentía, y amaba como poeta. Sus quejidos habian cesado, y se habia roto la lira de su dolor. Ya solo pensaba en su Eugenia, profesándola un amor verdadero é infinito.

Solo invocaba á María en los momentos de inspiración, (ya lo hemos dicho) como invocaban los poetas antiguos sus soñadas musas, ó los románticos modernos los fantasmas, que la embriaguez agrupa en el borde de una ponchera.

Todo pasa. Nuestros corazones tienen su primavera. Hay una edad en que se ama con entusiasmo, y se tiene en poco la vida, si el objeto adorado no la ilumina con la luz de sus hermosos ojos. Hay una hora en que la gloria nos fascina, y la historia nos levanta á desear la corona de los heroes. Hay un momento en que deseamos morir como Cervantes en la miseria, para vivir como Cervantes en la posteridad. Pero esos amores, esos deseos, esas ilusiones pasan; mueren; se desvanecen como el ensueño de un niño.

No ha habido amor que no haya jurado ser eterno, y su eternidad dura á veces un instante. Es triste entrar sin ilusiones en la carrera de la vida, pero es mas triste fingir esperanzas que el desengaño ha de marchitar, y dicha que el tiempo ha de desmentir.

XC.

¿Y María? La infeliz habia sido llevada á un arruinado castillo, donde antiguo salon, recuerdo y restos de pasados siglos, albergó su dolor y recogió sus lágrimas. Una reja la separaba del campo, una puerta era centinela de su libertad. Un criado bajaba algunos manjares para su sustento. No hay para qué decir cómo lloraba la infeliz. No queremos lastimar el corazón de nuestros lectores.

El quejido del ave nocturna ó el bramar del viento eran sus compañeros. El gilguero que volaba en el cielo; dueño de su libertad era también su tormento. Alguna vez oía á lo lejos el arrullo de la tórtola, ó veía una flor deshojada y en su dolor las consideraba como compañeras de sus quebrantos. Rogó; porfió al ayuda de cámara su carcelero; pero rogó y porfió vanamente. Ni una palabra de consuelo merecian sus quejas ni una mirada de compasion sus lágrimas. María se arrastraba por el suelo pidiendo un instante de libertad para correr á Madrid, y abrazar á su padre. Nada lograba; nada.

La previsora Eugenia se habia encargado también de esto, para no levantar sospechas que redundasen en contra de sus intereses. Todas las semanas enviaba socorros al padre de María en nombre de su hija, diciéndole al par que esta se hallaba contenta y feliz.

Por el ayuda de cámara llamado Antonio, sabía María nuevas de sus padres, cuyas cartas la regocijaban en su martirio y oyó mil veces con lágrimas en los ojos á Antonio.

—Es imposible que el corazón de un hombre mire indiferente llorar á una mujer. El cancerbero, que cumplía al principio fielmente las órdenes dictadas por su dueña, después ya anduvo más perezoso en abandonar el salón de su hermosa cautiva. Ya la trataba con más esmero, y ponía cuidado en evitarla un dolor. Corría al campo por traer una flor que le valiese una sonrisa y por aprisionar una tórtola, regalo que María le pagaba con una mirada. Tanta solicitud llegó á convertirse en una pasión. ¿Sabéis lo que son las pasiones en esos caracteres misántropos?

XCI.

Cierta día logró dejar el cuidado de su hermosa prisionera á un criado antiguo, guarda del destrozado castillo y encaminarse á Aranjuez para traer consuelos al corazón de María.

Al volver pasó por los hermosos invernaderos, donde Eugenia resguardaba sus flores de los azotes del invierno, y cogió á hurtadillas varias rosas blancas, y claveles que se entretuvo en arreglar formando un vistoso ramillete. Conforme colocaba las flores, las iba besando, como si quisiera depositar su amor en aquellas hojas, y confiarlas al secreto de su corazón.

Llegó y subió al salón. Era la hora del crepúsculo. Un místico rayo de luna iluminaba el rostro de María.

Antonio se detuvo un momento para mirarla con enamorados ojos, guarecido por la sombra, que no revelaba sus miradas. María agradecida á su solicitud y á su amistad recibió con júbilo á su compañero.

—¿Qué me traes?

—Una carta de vuestro padre y estas flores.

María á la luz de la luna, leyó.

«Hija mía, celebro que seas feliz. Descarta ver tu letra, ya que no me sea posible ver tu cara y besar tu firma; ya que no puedo besar tu frente. ¿Por qué no me escribes? A un anciano que presiente la muerte, no se debe negar ningún capricho. Hija mía; cuánto tardas en volver!»

—¿Pobre padre mio! Me cree feliz. ¿Por qué no le envían mis cartas?

—Como en todas os quejais, la señorita no habrá tenido por conveniente remitirlas para no hacer sabedor de tantas quejas á vuestro padre.

—De hoy en adelante no me quejaré ya que desean ocultar mis padecimientos. Si tú fueras más leal, llevarías á mi padre una carta, sin que pasase por las manos de tu señorita.

—Si fuera más leal, dirías bien.

—Si te mereciese yo alguna amistad.

—¿Cómo ha de ser, es tan duro mi corazón! contestó con voz profundamente conmovida.

—Una hija no ver á su padre!

—Jamás he visto á los míos.

—¿No has conocido padres?

—No sé quién son. No tengo nombre.

—¿Desgraciado!

—¿Crees que si tuviera padres me entregaría á la degradante profesión que hoy me envilece? ¿Ser ayuda de cámara no es nada honroso! Pero aspirar á un mundo donde todos preguntan por el nombre antes que por el corazón, es imposible, para el que como yo, si le falta nombre lesobra el corazón.

—¿Pobre carcelero mio!

—Me compadeceis, llorais! Nunca he visto llorar á nadie por mí. Por eso tal vez el pensamiento se ha secado en esta frente tan árida, y el amor en este corazón tan desierto. Oír llorar por mí es una felicidad que no puede comprender el alma.

—Antonio, no te conocía bien; me arrepiento de haberte odiado.

—¿Os arrepentís! Yo llevo el odio en pos de mis pasos. El mundo me aborrece, porque carezco de una palabra con que designarme, cuando nadie debía tener más nombre que el que le granjearan sus acciones.

—Es verdad.

—Mas yo desprecio á esa sociedad, que deja morir de hambre á sus hijos. Yo jamás he hablado dos palabras al oído de ningún mortal. He embrutecido mi cuerpo, para que no conocieran mi espíritu. Todos dicen «Es un loco que ha dado en la manía de no desplegar los labios,» y me complazco en engañar á todos. Es la única venganza que puedo tomar de esta maldita sociedad en que vivimos.

—Además de la carta ¿qué me traías? preguntó María para distraer de sus negros pensamientos la atención del joven.

Traigo unas flores, dijo tímidamente, con esa conmoción que solo el alma embriagada de amor puede sentir.

—Casualmente adoro yo las flores.

Si, toda mujer ama las flores; porque son su imagen. Viven un día, y un día son hermosas. El sol las abrasa, y el olvido las devora.

Antonio presentó el ramillete con temblorosa mano. María pudo oír los latidos de su corazón.

—¿Qué hermosa rosa! ¿qué blanca!

Y diciendo esto aplicó el ramillete á sus labios. Antonio tembló convulsivamente, al ver que en aquellas hojas donde momentos antes había depositado un beso, se posaban los delicados y hermosos labios de la mujer que adoraba en silencio su corazón. Al fin valeroso tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer desfalecido de amor. Acostumbrado á los embates de la desgracia, no podía ver sereno aquellas ráfagas de felicidad.

—¿Has visto á Ernesto?

—No, dijo el joven secamente, como si un presentimiento le enseñase todo el misterio de amor que encerraba la pregunta de María.

—Solo sé que se casa el lunes de Carnaval, añadió.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho. El ayuda de cámara adivinó más de lo que pretendía adivinar, y sus labios contraídos por el dolor de los celos pronunciaron una horrible maldición.

—Adios, señorita, dijo Antonio disponiéndose á partir.

—No me dejes sola, exclamó María, cogiéndole de la mano. Necesito tu compañía.

Por fin el corazón de Antonio prorumpió en llanto, aunque á sus ojos no asomó ni una lágrima.

Sentóse á los pies de María, y estuvo largo espacio embebido en mirar aquellos ojos más azules que el horizonte; aquellos rizados más rubios que la luna. María suspiraba y sus lastimosos suspiros caían sobre el corazón del ayuda de cámara como una lluvia de fuego. Después de un largo silencio, dijo María.

—Nada me dices.

—Nada puedo deciros que os agrade, ni os consuele. Vivimos ambos solos en este destierro, y en este tiempo ni siquiera la naturaleza nos distrae con sus varios espectáculos.

—Dime, Antonio, ¿no piensas nunca salir del estado en que ahora te encuentras? ¿No crees posible que cualquier joven sensible, sencilla, preste oído á las quejas de tu corazón, y te haga feliz?

—No he soñado nunca con esa felicidad. Mi amor sería baldon y afrenta á los ojos de la sociedad. Por mi cuna soy expósito, por mi profesión esclavo. Es verdad que no arrastro cadenas; pero llevo siempre impreso el sello de mi degradación en la frente. ¿Qué significan estas libreas? Son el símbolo de mi esclavitud, de mi deshonra. Yo amo imposibles, que finge en su delirio mi calenturienta imaginación.

XCII.

—El amor dulcificaría tu carácter.

—Hay una estrella fatal que preside á nuestra vida. Y los que hemos nacido para no probar dulces sentimientos, nos arrastramos hasta el sepulcro ansiosos de amor, y de ventura, sin que jamás se apague nuestra sed.

—No es eterno el infortunio.

—Si el infortunio no es eterno, buscadme padres que me amen y dadme un corazón para sentir y para amar.

—¿Crees por ventura que Dios te haya negado el amor?

—Ciertamente no, Dios nada niega al hombre. El hombre se lo niega todo á sus hermanos. Por no ruborizarse ante el mundo me desecharon de su regazo mis padres. Y yo jamás mostraré mi amor á una mujer, por no afrentarla.

—Eso es muy triste.

—No, que se puede amar hasta el delirio, sin que los labios profieran una palabra y se puede seguir con delirante frenesí la sombra de una mujer adorada y besar las huellas de sus plantas y abismarse en sus ojos y temblar delante de su presencia sin que el corazón confiese sus amores.

—¿Y por qué privar á una joven de conocer el sentimiento que inspira?

—Porque el amor se profana al pasar del corazón á los labios. Cuando se declara el amor, pierde toda su virginidad, toda su candida pureza. Ya no goza del dolor de la incertidumbre, ni de las dulces sombras del misterio. Ya no vive aquí en el corazón, en este mundo interior, tan lleno de ilusiones y de ensueños. Y se derrama en el aire que recoge los suspiros escapados del pecho; y cae sobre la tierra, que absorbe en su esterilidad nuestras lágrimas, para regalárselas en vapores del vacío.

—¿Pues de qué vive el amor?

—De sí mismo. He oído quejarse de amores sin esperanza; he visto corazones místicos que esperan en el cielo encontrar su amor. Esas quejas me han parecido lágrimas de mujer; esas esperanzas, delirios de imaginaciones exaltadas; porque en el cielo no puede haber más que un amor eterno, infinito y divino.

—¿Y conoces la amargura de un amor desesperado?

—¿Pobre niña! Cuando habéis con un hombre no le preguntéis, si ignora algún dolor; porque es rebajarle ante su propia dignidad. ¿Amar sin esperanza! ¿Pues qué, se puede amar sin esperanza? ¿Si yo os amara, María, había de pedir algún premio por este amor? ¿Había de demandar una mirada por mis miradas, una sonrisa por mis sonrisas? Ese es amor de almas vulgares. Yo amo porque amo, como Dios es, porque es. Yo adoro, porque mi corazón me dicta esa adoración, y mis lágrimas y mis suspiros no asoman ni á mis ojos ni á mis labios.

—¿Amor sublime! exclamó María.

—Si, sí. No soy tan desgraciado; porque aun puedo sentir y padecer. No soy tan digno de lástima como creéis porque aun queda una gota de vida en el fondo de este exhausto corazón.

María guardó un profundo silencio; entornó los ojos, y se durmió tranquilamente en su sillón.

Antonio pudo entregarse á su amor. Se puso de rodillas, y cruzó las manos ante su amada. Era aquella la primera oración que modulaban sus secos labios. Una lágrima cayó de sus ojos, rodando silenciosa por sus mejillas. Era la primera lágrima de ternura. Un suspiro salió de su pecho, que tal vez se perdería en el cielo. Latió su corazón por vez primera. Había vivido muerto y se despertaba de un letargo.

Aprended á amar, vosotros, los que fiais el amor á los sentidos; los que os reis de las pasiones puras y de las almas nobles.

—¿Qué magnífico es el carnaval en Madrid! La corte de las Españas se convierte en una larga prendería, y no hay vestido viejo ni pingajo nuevo que no salga á lucir su polla en esos días de júbilo enmascarado de regocijo encubierto.

Por fuerza hemos de ser muy feos los hombres, cuando divertimos nuestro gusto, encubriendo los rostros con asquerosas máscaras, por fuerza hemos de ser muy cobardes cuando necesitamos envolvernos en el misterio para publicar la verdad á voz de trompeta, y la verdad ha de ser cosa muy triste, cuando de tales medios se vale para salir á la luz del sol. Nuestros delirios sociales, se ven en el carnaval. Los ricos se visten de pobres, quizá porque comerciando con los pobres allegaron sus riquezas. Los pobres de ricos, porque presienten que la justicia distributiva es una profunda verdad, y que ha de venir día en que la fortuna cambie la suerte de las generaciones.

Los jóvenes se disfrazan de mujeres, y á fe que no hacen mal, porque si la historia no miente, ni para vestir basquina vale nuestra juventud. Las mujeres de hombres porque han dado en soñar con su sonada emancipación. Y ya que no vemos ni un héroe en la maldita edad que nos cupo en suerte, los Annibales y los Viriats renacen en nuestro carnaval, para no desmentir aquello de que la desgracia se ceba hasta con los recuerdos de los grandes hombres. El pueblo se apasiona generalmente del traje de indio salvaje, con lo cual da ocasión á pensar que por derecho natural debe ser esclavo. Y por regla general, los cobardes se visten de guerreros, las criadas de vestales, los mozos de cuerda de emperadores, y hay quien dice que tratan al vivo las realidades del mundo. De modo que buscando la mentira hallamos la verdad, ese fantasma aterrador, de cuya sombra en vano huimos por todos los senderos de la vida.

XCIII.

Ernesto salió á pasear á orillas del Tajo, á despecho de Eugenia, que considerándose ya como dueña de su amante, quería probarle que monge y casado son palabras sinónimas, y condiciones idénticas. El joven, cuya filosofía era más humanitaria, no cedía á entender semejantes desvarios, y sin curarse de los retumbantes sermones de la que estaba en víspera de ser su esposa, salió á orillas del Tajo porque el día estaba hermoso, el aire templado, la atmósfera pura, el suelo sonriente, y el sol deslumbrador. Aun no se había alejado largo trecho de su vivienda, cuando por asalto le cercaron cuatro máscaras que con sus agudos gritos destemplaban sus oídos, y con sus caprichosos trajes turbaban la vista. Ernesto, que estaba solo en la desnuda alameda, no se extrañó de semejante asalto, ni puso cuidado en traspasar la valla que formaban las juguetonas máscaras, antes bien cruzó los brazos en resignada apostura y gentil talante.

Ernesto no era apto para bromas. En sacándole de sus nebulosas regiones, no sabía dar un paso ni seguir una conversación. Sabía volar, pero lo que es andar, á duras penas y tropezando. Criado en el mar, era como el mar, orgulloso, nacido en una isla, su corazón se aislaba también en el mundo, acostumbrado á mirar el sol frente á frente suspendido sobre los abismos, entregado á las olas, no entendía de sociedad ni de mundo. Así es que como todas las máscaras se aparecían á sus ojos en trajes de mujer, como mujer las juzgó, y á fe que lo breve de sus pies, y terso de sus manos, lo flexible de sus talles y gracioso de sus modales daba, á no dudarlo, margen á semejante creencia. Sin embargo, las máscaras eran hombres como saben nuestros lectores. Oigamos su conversa-

cion y sus bromas que por cierto fueron algo pesadas.

—Ola, poeta laureado, hijo primogénito de las musas, luz del parnaso español, honor y gloria de la patria mia, tu nombre me exalta, tus novelas me enloquecen, tu elocuencia me seduce, y tus pinturas me atacan á los nervios porque en ellas encuentro delecto el oído, sabor gustosísimo el entendimiento, campos amenos la imaginación, ejemplos el malvado, y coronas el virtuoso, siendo como son luz y espejo de la española literatura, dijo una máscara vestida á la antigua, y que para nosotros, sin que nadie lo sepa, os diré que era Eusebio.

—Eres instruida y pedantesca, adorada máscara, si tu rostro corresponde á tu lengua debes ser una divina beldad.

—No es tan hermosa, mi compañera, dijo una matrona romana (era Ramon) como esa señora de tus pensamientos, ovalada de cara, tierna de ojos, castaña de cabellos, larga, estirada, romántica á guisa de una doña Sol, poetisa de profesión, literata instruida, mujer de mundo, conocedora del corazón humano, y que en las blancas redes de sus seductoras palabras ha prendido y aprisionado tu vaporoso corazón.

—Ola, mi querida romana, eres algo mas gruesa de voz que las señoras de nuestros tiempos. Eso provendrá sin duda de que las castas han degenerado, y de que tú perteneces á la raza de los Griegos.

—En cuanto á eso te engañas, yo que soy una beldad del siglo pasado resucitada por la rara magia del carnaval, y venida al mundo con la envidiable facultad de saber lo pasado, y adivinar lo porvenir, diréte cual es la dama, cuyo corazón rebosa en ideas de libertad, y cuyo amor es igual para noble y plebeyo, según lo ofrece, regala, prodiga á ojos mas abiertos que los tuyos, á corazones menos envueltos en la inocencia provincial que os hace ser maridos, sin conocer á vuestras amadas, dijo una máscara vestida de señora de la corte de Luis XV.

—Me parece que no lograis con la máscara enmascarar vuestra envidia.

Un grito agudo, destemplado, burlon, atronador, salió casi á un tiempo de todos aquellos pechos sin corazón, porque los calaveras estragados nada poseen mas que una vida desfalleciente, y un cuerpo herido por los vicios.

—¿Quieres oírme? dijo Eusebio.

—Abiertos tengo los oídos desde el punto que me asaltasteis, dispuesto á escuchar gracias que me diviertan y distraigan, y por mas que me esfuerzo por dar pábulo á vuestro gracejo y natural donaire nada te oído digno de celebrarse, sino un mar de palabras huecas que vierten con admirable facilidad vuestros labios.

—No hemos venido, dijo Ramon, para hacerte reír.

—Pues hacédme llorar.

—Escucha y tiemblo.

—Yo nunca tiemblo.

—¿Quieres oír una historia?

—Si tiene gracia....

—No goza el estilo de tus novelas, ni la magia de tus palabras, pero es triste, como tu mirar, y desesperante como el mundo.

—Estoy dispuesto á todo.

—El carnaval (dijo otra de las máscaras), está destinado á la verdad.

—Pues, añadió Eusebio, y tu historia es tan verdadera que necesita del carnaval y de las pruebas que traigo. ¿Me creerás?

—Si me das pruebas.

—Escucha. Te la contaré en tu estilo. Era una noche deliciosa. Las atraves volaban, los pajarillos cantaban dormidos....

—Bravo, y todos se echaron á reír. ¡Son tan graciosas para unos redactores las gracias de un diputa-

do! Así aplauden sus estúpidos discursos como sus necias palabras que la adulación es ciega por voluntad.

—Era una noche. Al pie de un árbol yacía sentada una mujer aguardando una cita amorosa. Esa mujer es hermosísima, y aseguro que te agrada sobre todas las mujeres del mundo. Suelto el cabello, vestida de blanco parecía una hija de los astros, que el fulgor de las estrellas tienen sus divinos ojos. Sus labios son como una granada entreabierta, sus dientes como las perlas de rocío congeladas en las ramas de los árboles. (Aplausos).

—Aquella mujer era poetisa, literata. Hablaba con las musas, y pulsaba la lira de Anacreonte. Aun recuerdo un cantar que dedicó á una copa colmada de vino. Esa mujer se llamaba Eugenia de Vistabella.

Un frio estremecimiento sacudió el cuerpo de Ernesto, y un relámpago de furor pasó por sus ojos.

—Si te indignas no prosigo. Si no quieres escuchar, sello mis labios. De cuanto te diga pruebas auténticas te daré.

—Sigue, sigue.

—Esa mujer aguardaba á un su amante. El era inocente como inesperto joven, cuya planta empezaba á hollar la sociedad. El joven creía encontrar una mujer que le hablase del cielo, de los ángeles, de Dios, y encontró una alma descarriada que le hablaba del placer del amor. Hablar á un joven de veinte años en un jardín, á la luz de la luna, con palabras de fuego, y delirante sonrisa, prometiéndole un eden de goces, perfumándole con un aliento mas embalsamado que las brisas de abril, enloqueciendo su fantasía, es revelar todos los secretos de la naturaleza, es prometer todo lo que anhela un corazón que rebosa sangre y vida. El joven cayó en aquellos brazos que se abrian para recibirle, y apuró la copa del amor que la hermosura aplicaba á sus labios.

—Mentís villanamente, señora, y si tenéis esposo ó padre dadme su nombre.

Una risa general contestó á esta exclamación de Ernesto.

—Aguardad pruebas, que no es justo juzgar tan de ligero.

—¿Dónde están? Pero no que mi corazón no duda ni puede dudar de su verdad.

—¿Conoces este rizo?

—Un rizo puede ser prenda de un amor purísimo.

—Lee esta carta.

—Es su letra, exclamó Ernesto turbado.

—Leía la carta y palidecía, y un sudor frio semejante al sudor de la muerte, destilaba de su frente.

—Lee esta otra. Dijo la matrona.

Y Ernesto fuera de sí cogía las cartas y las leía, con ojos extraviados y respiración fatigosa.

—Lee, lee, exclamaron varias voces.

Y presentaban una nueva correspondencia.

—No cabe duda. ¡Es verdad!

—Esa es tu futura, la que mañana vas á llevar al pie de los altares. Dijo Eusebio.

—Esa mujer ha sido el ídolo de los pollos, y ahora te dá un corazón gastado en las orgías, añadió Ramon.

—Preséntale las cartas, y recreate con ellas en tu día de boda. Dijo Ricardo.

Ernesto dejó caer la cabeza sobre el pecho. Todos se burlaron de su desesperación, todos; pero Eusebio, viéndole tan embobado en su dolor allegóse á él y le dijo al oído.

—Pregúntale á Eugenia por María.

—¿Qué dices?

—¿No has visto á María?

—¿Quién eres?

—Ya ves que te conozco. ¿Has visto á María?

—No.

—Pues Eugenia sabe de ella.

—¡Esa voz! No eres mujer. No.

Eusebio lanzó una carcajada. Ernesto arrojóse sobre él, y le arrancó la máscara.

—Caballero, le dijo. Me habeis revelado un secreto terrible. Pero os habeis vengado vilmente de una mujer, requerid vuestra espada, ó montad vuestras pistolas, porque mañana os mato. Como os he arrancado la máscara, os arrancaré el corazón.

XCIV.

Es horrible ver como el desengaño se desliza entre las varias flores de la vida humana.

Ernesto, que había soñado tantas veces para caer despues en el árido desierto de una espantosa realidad, no daba crédito á sus ojos, ni fe á los dolores de su propio corazón. ¿Cómo podía imaginar que aquella mujer tan tierna en sus afectos, tan poética en sus palabras, enemiga de toda fealdad, se había arrastrado en el polvo, vendiendo sus caricias sin rubor, antes bien engalanándose con sus desvarios como si todo sentimiento se hubiera apagado en su carcomido pecho, y toda virtud se hubiera desvanecido en su disipada vida, verdadero escándalo de la corte, y pasmo hasta de los hombres mas cínicos en sus palabras, y mas corrompidos en sus pasiones.

En verdad, las novelas habían perdido el seso de



Eugenia.

Eugenia. Las pinturas de livianos amores encienden la sangre de los jóvenes. La desesperación que rebosan esas elocuentísimas páginas, infunden odio al mundo. La duda que cual macilenta sombra, se refleja en la frente de esos tan grandes escritores, nubla los corazones de los que exaltados por su imaginación, buscan la verdad en la literatura, como buscaba don Quijote la realidad de la caballería en los desiertos del mundo.

Despreciado el mundo, perdida ó no conocida la

fe, llena el alma de delirios, vacío el corazón de esperanzas, no hay mas medio que buscar el placer para sentir el dolor, cuando el hastío no deja mas deseo que la muerte, y la muerte no ofrece mas descanso que la nada.

Esa y no otra fue la triste situación de Eugenia. Vaciló y cayó.

El arrepentimiento pudo purificarla á los ojos de Dios, pero el honor perdido no se recobra jamás á los ojos del mundo.

XCV.

Ernesto se entró en su gabinete y empaquetó sus papeles.

En seguida trazó los siguientes renglones.

Eusebio:

«Habeis insultado á una mujer desgraciada. Sois un cobarde, puesto que á la sombra de una máscara publicais los favores de las damas. Cartas que debisteis guardar por pundonor, las habeis depositado en pagenas manos, colmándoos de villanía y torpeza. Si no contestais á mi llamamiento, os escupiré al rostro. Si mi saliva no os parece injuriosa, pondré mis manos sobre vuestra cara, para gravar allí vuestra cobardía y mi venganza.»

En seguida salió en busca de Eugenia.

XCVI.

Eugenia está acabando de adornar la blanca corona, que debía ceñir en el feliz día de sus bodas. Acababa de probarse su traje para ver si notaba alguna imperfección. Era su vestido de moaré blanco semejante á las nieblas de otoño heridas por el mustio rayo de la luna. Un velo de gasa de plata, prendido con cintillos de diamantes la envolvía en sus pliegues, rodeándola de una purísima y trasparente nube. La corona de azahar perdida entre los rizos de sus cabellos, le daba el aspecto de una graciosa virgen. Su rico aderezo de perlas parecía formado de lágrimas de la luna, y sus áureos brazaletes de rayos del sol forjados por maravilloso artista. La sonrisa de felicidad que vagaba por sus labios entreabiertos, la gracia de sus miradas, demostraban que había arribado al colmo de sus deseos.

Ernesto se apareció en el dintel de la puerta con pálido rostro, torvo mirar y fruncido ceño.

— ¡Mira qué hermoso traje! ¿No es de tu gusto? Exclamó Eugenia saliendo á su encuentro.

— Si deslumbradora estas, Eugenia, y los ojos no se cansan de mirarte, que es rara y peregrina tu hermosura.

Eugenia se ruborizó como se ruborizan las desposadas al pie de los altares.

— ¡Blanco el traje; blanco el velo; y los aderezos blancos! Todo en tí respira pureza. Esa corona de virgen ceñida á tus sienes resplandece con fulgores que iluminan mi alma.

Eugenia se estremeció, porque las palabras de Ernesto tenían un eco indefinible de amarguísima amargura.

— ¿No es verdad que nada hay semejante á la pureza?

Las almas castas son como esos ángeles de blancas alas, que en ensueños imagina el alma perdidos en el seno de Dios.

La mujer que ha manchado su corazón, es como la luna entre sombras, ni luce su hermosura, ni alumbra con sus rayos.

— ¿No es verdad que este velo cayendo como un raudal de plata de mi cabeza, prendido con estos diamantes es hermosísimo, y digno del momento feliz que nos aguarda? preguntó Eugenia.

Ernesto nada dijo.

— ¡Qué preocupado estás! Ni me miras, ni me respondes.

— Estaba embobado en ideas, que mis lecturas me inspiran, y que vuelan por mi mente sin ser parte á detenerlas la voluntad. Decía para mí, Eugenia, que el honor es la religión social de los hombres, y que perdida esa estrella ni el mundo puede albergarnos ni recibirnos el cielo: que honor es sangre de los nobles corazones y aliento de los levantados espíritus. Sin su esplendor la vida es pesadumbre, el placer martirio, la gloria mentira y vano eco la felicidad.

— ¡Siempre filosofando! Da treguas á tus pasiones literarias para escuchar á tu amor.

— No conocemos la tierra que huellan nuestros pies ni el cielo que corona nuestras frentes. Soy yo tan ignorante que no alcanzo á ver la deshonra oculta bajo el velo de la hermosura, ni la lascivia que encierra una divina mirada. Y despues diremos que somos los supremos señores de la tierra. Lo que el instinto presente, la razón no lo adivina. ¿Quién me digera á mí cuando apartándome de mis santos recuerdos, y desoyendo la voz de mi corazón, caí de hinojos ante una beldad adorada con delirio por este mi ciego espíritu que tanta fineza y tanto amor habían de ser vano engaño y torpe burla.

— ¡Ernesto!

— Mujer ¿sabes tú á dónde llega el dolor de un corazón engañado? ¿Comprendes lo que es perder dulcísimas ilusiones?

— Tornas á tus quejas. Por demás eres ingrato. Mintiendo amor me atrastras al pie de los altares, y en vez de adorarme tranquilo, rendido buscas medios para levantar negros zelos en el alma. No me amas.

— Ojalá fuera lo que dices: que el corazón no sufriría dolores tan amargos. Alcemos la frente que no pueda abatirnos la desgracia.

Dime Eugenia, ¿qué pena merece la beldad, que engaña á un rendido amor? La que fingiendo una virtud que ha perdido y una pureza que ha deshojado le atrae á sí, para grabar en su frente el sello de la deshonra?

— ¿Qué dices!

— El engaño es una burla, la traición un crimen. Si por engañadora merece desprecio, por traidora merece castigo. Si, que el desengaño la persiga hasta no dejarla un punto de reposo, y el corazón la martirice y la conciencia quite el sueño á sus ojos, la tranquilidad á su espíritu, y los hombres la rechacen y el mundo la maldiga y arrastre sus días, en el dolor y pierdas sus gracias con prematura vejez, y la muerte no se apiade de su amargura, y el justo cielo la confunda para siempre en los abismos; sujetándola á inmensa desesperación é infinito el dolor.

— Ernesto... ¿Estás loco! dijo Eugenia que temblaba de espanto.

— ¿Te acuerdas de una noche en que la luna brillaba alumbrando maldecidos amores, cuyo templo era un jardín?

Eugenia retrocedió demudada, al oír semejante pregunta.

— ¿Recuerdas los suspiros que recogió al aire; los besos que presenciaron silenciosas las estrellas?

— ¡Dios mío!

— Como los vapores de la noche huyó tu pureza. Como las flores de pasado día se agostó tu hermosura. Ni volverás á tener la estimación de los hombres, ni á sentir el amor de Dios. El desprecio te ha arrojado al olvido, como se arroja al polvo una perla que se quiebra.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

— La mujer es un ángel; mas el día que pierde sus alas es por demás torpe su condición y degradada su existencia.

Eugenia sollozaba.

— ¿Por qué, mujer, no me digiste que como Sathanas estabas imposibilitada de amar! ¿Por qué no caraste tus oídos á mis quejas, y tu corazón á mis amores? ¿Sino tenías ahora que dar, á qué arrastrarme á un amor que debía llagar para siempre mi lastimado pecho?

— Calla, calla, por piedad, exclamó Eugenia cayendo á sus pies.

— Eugenia: toma tus cartas; repásalas todos los días.

Oye, oye estas cortas palabras.

«¿Puede compararse la pérdida del honor con los placeres que el amor satisfecho y saciado suspira al corazón? Amar es sentir; sentir es gozar; que nuestras almas, como las aves para el aire, fueron por Dios creadas para el placer. He apurado el amor y si es cierto que la conciencia es juez y el remordimiento verdugo, no he cometido un crimen en amarte porque mi espíritu tranquilo ha dormido en paz arrullado por placenteros ensueños. Tal vez digan filósofos preocupados, oscuros de inteligencia y pobres de corazón, que amor es tan sólo un sentimiento ideal, palabras que se contradicen como afirmar y negar. «Nuestras pasiones deben ser hijas de nuestra doble naturaleza. El que ama espiritualmente debe causar-nos lástima porque olvida su pecho y asesina su corazón, el corazón que corazón rebosa sangre. ¿Y el matrimonio? me dirán. El matrimonio es para los corazones que no tienen escrúpulos en esclavizarse, y que arrastran una vida sin sentimientos, sin poesía, y encadenados siempre al pie de los tiranos.»

— Son esas, Eugenia, las máximas que guardabas para tus hijos?

Durante tan tremenda lectura, Eugenia suspensa y confundida, se arrinconó á un lado de la estancia. Sus ojos chispeaban despecho y furia como los ojos del águila que ve vacío su nido.

— Ahora, Eugenia, ¿qué has hecho de la infeliz María? ¿Qué juicios de Dios han arrastrado esa divina prenda á tus manos? Yo estoy loco; ni sé lo que pasa por mi mente, ni entiendo lo que sufre mi corazón.

En seguida añadió para sí.

— En fin me he convencido de que las pasiones son mentiras, y los amores ensueños. La felicidad nunca se realiza. Es como las ideas que imagina el poeta. La humanidad la presente porque tal vez alumbró los derroteros de su vida, y al llegar á la aurora de la eternidad en el día de la muerte, sea esa soñada ventura su corona de estrellas. Todos nos despenamos por nuestras pasiones al abismo del desengaño. En el fondo de todo placer se encuentra... nada. Alcemos pues nuestra frente del polvo, y sacudamos las nieblas con que el mundo orna nuestras sienes. Desplegar las alas, que volar al cielo es nuestro destino. El que á Dios vuelve oye el suspiro de los cielos estremecidos de amor; el canto de las estrellas en las esferas; los ecos del arpa de la naturaleza llevados al través del espacio por el ángel de la vida en sus alas de luz; los cantares de los serafines perdidos en el océano de la Divinidad, y las palabras de consuelo, que prometen incesantemente la eterna verdad para la desfallecida inteligencia, el amor infinito para este nuestro corazón y á Dios en esencia para esta pobre y debilitada alma.

Despues de un corto silencio convirtió sus ojos á Eugenia.

— Dime, do está María. Nuestro amor es imposible; nuestra separación inevitable. El olvido coronará esta obra. Perdona si en un momento de despecho te maldigo. Has sido desgraciada mas que criminal. El mundo es implacable pero Dios es misericordioso. Acógete á su seno y encontrarás consuelos infinitos, esperanzas inefables. Pide al cielo remordimientos que es imposible al hombre borrar las leyes de su eterna sabiduría. Lloro, mujer, lloro. ¡Ojalá tus lágrimas no se agoten jamás! Una vida entregada al remordimiento asegura una muerte dichosa, y un porvenir bienaventurado. Eugenia... ¿Dónde está María?

Eugenia abrió una ventana, y mostró un monte ceniciento, que confundía su cúspide con últimos celajes del horizonte; dió un papel á un lacayo, diciendo:

— Ensilla dos caballos y acompaña al señorito á donde ahí verás.

Ernesto miró á Eugenia con amorosa mirada, y su conmovida voz pronunció estas palabras, tan tristes

como la despedida del moribundo al borde del sepulcro.

— Adios, Eugenia. Adios para siempre. Voy á vengarte.

XCVII.

Eugenia al ver salir á Ernesto, exclamó con voz enferma y desfallecido acento.

— Dios mío; ¡Maldita sea mi vida!

Despues se arrancó la corona de desposada; pisoteó sus diamantes; hizo girones el plateado reló, y golpeándose la frente se entregó en brazos de su desesperación. Sus labios murmuraban maldiciones; sus ojos despedían el fuego de los zelos; su pecho se ahogaba de rabia, y el dolor partía en pedazos su corazón.

Desarreglado el cabello, ensangrentado el mirar, desceñido el hermoso traje, se arrastró hasta la ventana.

Ernesto se partía á pié y solo. Había despreciado sus caballos. En la mano llevaba el papel que Eugenia dió al lacayo, y leía con avidez las señas allí escritas. La infeliz le vió alejarse, huir, desvanecerse, y su afanoso mirar se esforzó en vano por penetrar la cortina, que á su mirada oponían los árboles. Al ver que su amado desapareció; quiso llorar pero no pudo, que su dolor era como las tempestades del desierto.

— Morir, exclamó, esa es mi esperanza. Moriré, si, saboreando el placer de la muerte.

XCVIII.

Temo mucho ser enfadoso y prolijo. La complicada historia de Ernesto embaraza á mi pobre imaginación. Así no extraña el lector que me vea obligado á hacer algunos paréntesis, para darle cuenta de asuntos pendientes. Luisa escribió á su hijo. (Ya lo sabemos.) Mi Edgard Bichot envió la carta al correo. No se extravió y de consiguiente fue á dar en manos de Ernesto.

Este contestó:

Madre mía. Mi corazón es todo vuestro. No puedo acudir el domingo á la cita que me pedís; porque el lunes me caso. Iré el martes de carnaval al anoecer. Yo no veo en vos á mi madre. No me toca juzgar vuestras acciones. Solo puedo quererlos, y ya que la suerte me ha deparado volver á vuestro regazo, bendeciré la hora feliz en que os vea y pueda besar vuestras manos, y recibir vuestra bendición. Adios, madre. Yo os libtaré del tirano que os martiriza.

Ernesto.

Cuando Edgard recibió la carta exclamó.

Yo libtaré al hijo de la madre.

XCIX.

Era el anoecer del fatal día en que Ernesto despediéndose para siempre de Eugenia, se encaminaba al castillo, do cautiva estaba la desgraciada María.

La luna se levantaba en todo su esplendor sobre sonrosadas nubes que esmaltaban con su encendido color las orlas de los cielos, y la cima de los lejanos montes. Los arroyos desprendiéndose de sus argentados grillos, susurraban con voz suave, como si ensayaran por vez primera sus cadenciosos rumores. Jugaban las brisas con los árboles, y traían en sus alas amorosas promesas de nuevas hojas y lozanas flores. Un manto verde ornaba la campiña que empezaba á engalanarse para los festejos de la primavera. El pajarillo cantaba sus primeros amores, y corría en pos de las pajas arrastradas por los aires; para formar ya su nido en la copa mas alta de los álamos. Algunas florecillas nacían semejantes á las primeras palabras de la

XCV.

Ernesto se entró en su gabinete y empaquetó sus papeles.

En seguida trazó los siguientes renglones.

Eusebio:

«Habeis insultado á una mujer desgraciada. Sois un cobarde, puesto que á la sombra de una máscara publicais los favores de las damas. Cartas que debisteis guardar por pundonor, las habeis depositado en pagenas manos, colmándoos de villanía y torpeza. Si no contestais á mi llamamiento, os escupiré al rostro. Si mi saliva no os parece injuriosa, pondré mis manos sobre vuestra cara, para gravar allí vuestra cobardía y mi venganza.»

En seguida salió en busca de Eugenia.

XCVI.

Eugenia está acabando de adornar la blanca corona, que debía ceñir en el feliz día de sus bodas. Acababa de probarse su traje para ver si notaba alguna imperfección. Era su vestido de moaré blanco semejante á las nieblas de otoño heridas por el mustio rayo de la luna. Un velo de gasa de plata, prendido con cintillos de diamantes la envolvía en sus pliegues, rodeándola de una purísima y trasparente nube. La corona de azahar perdida entre los rizos de sus cabellos, le daba el aspecto de una graciosa virgen. Su rico aderezo de perlas parecía formado de lágrimas de la luna, y sus áureos brazaletes de rayos del sol forjados por maravilloso artista. La sonrisa de felicidad que vagaba por sus labios entreabiertos, la gracia de sus miradas, demostraban que había arribado al colmo de sus deseos.

Ernesto se apareció en el dintel de la puerta con pálido rostro, torvo mirar y fruncido ceño.

—¡Mira qué hermoso traje! ¿No es de tu gusto? Exclamó Eugenia saliendo á su encuentro.

—Si deslumbradora estas, Eugenia, y los ojos no se cansan de mirarte, que es rara y peregrina tu hermosura.

Eugenia se ruborizó como se ruborizan las desposadas al pié de los altares.

—¡Blanco el traje; blanco el velo; y los aderezos blancos! Todo en tí respira pureza. Esa corona de virgen ceñida á tus sienes resplandece con fulgores que iluminan mi alma.

Eugenia se estremeció, porque las palabras de Ernesto tenían un eco indefinible de amarguísima amargura.

—¿No es verdad que nada hay semejante á la pureza?

Las almas castas son como esos ángeles de blancas alas, que en ensueños imagina el alma perdidos en el seno de Dios.

La mujer que ha manchado su corazón, es como la luna entre sombras, ni luce su hermosura, ni alumbra con sus rayos.

—¿No es verdad que este velo cayendo como un raudal de plata de mi cabeza, prendido con estos diamantes es hermosísimo, y digno del momento feliz que nos aguarda? preguntó Eugenia.

Ernesto nada dijo.

—¿Qué preocupado estás! Ni me miras, ni me respondes.

—Estaba embobado en ideas, que mis lecturas me inspiran, y que vuelan por mi mente sin ser parte á detenerlas la voluntad. Decía para mí, Eugenia, que el honor es la religión social de los hombres, y que perdida esa estrella ni el mundo puede albergarnos ni recibirnos el cielo: que honor es sangre de los nobles corazones y aliento de los levantados espíritus. Sin su esplendor la vida es pesadumbre, el placer martirio, la gloria mentira y vano eco la felicidad.

—¡Siempre filosofando! Da treguas á tus pasiones literarias para escuchar á tu amor.

—No conocemos la tierra que huellan nuestros piés ni el cielo que corona nuestras frentes. Soy yo tan ignorante que no alcanzo á ver la deshonra oculta bajo el velo de la hermosura, ni la lascivia que encierra una divina mirada. Y despues diremos que somos los supremos señores de la tierra. Lo que el instinto presente, la razón no lo adivina. ¿Quién me digera á mí cuando apartándome de mis santos recuerdos, y desoyendo la voz de mi corazón, caí de hinojos ante una beldad adorada con delirio por este mi ciego espíritu que tanta fineza y tanto amor habían de ser vano engaño y torpe burla.

—¡Ernesto!

—Mujer ¿sabes tú á dónde llega el dolor de un corazón engañado? ¿Comprendes lo que es perder dulcísimas ilusiones?

—Tornas á tus quejas. Por demás eres ingrato. Mintiéndome amor me atrastras al pié de los altares, y en vez de adorarme tranquilo, rendido buscas medios para levantar negros zelos en el alma. No me amas.

—Ojalá fuera lo que dices: que el corazón no sufriría dolores tan amargos. Alcemos la frente que no pueda abatirnos la desgracia.

Dime Eugenia, ¿qué pena merece la beldad, que engaña á un rendido amor? La que fingiendo una virtud que ha perdido y una pureza que ha deshojado le atrae á sí, para grabar en su frente el sello de la deshonra?

—¿Qué dices!

—El engaño es una burla, la traición un crimen. Si por engañadora merece desprecio, por traidora merece castigo. Si, que el desengaño la persiga hasta no dejarla un punto de reposo, y el corazón la martirice y la conciencia quite el sueño á sus ojos, la tranquilidad á su espíritu, y los hombres la rechacen y el mundo la maldiga y arrastre sus días, en el dolor y pierdas sus gracias con prematura vejez, y la muerte no se apiade de su amargura, y el justo cielo la confunda para siempre en los abismos; sujetándola á inmensa desesperación é infinito el dolor.

—Ernesto... ¿Estás loco! dijo Eugenia que temblaba de espanto.

—¿Te acuerdas de una noche en que la luna brillaba alumbrando maldecidos amores, cuyo templo era un jardín?

Eugenia retrocedió demudada, al oír semejante pregunta.

—¿Recuerdas los suspiros que recogió al aire; los besos que presenciaron silenciosas las estrellas?

—¡Dios mío!

—Como los vapores de la noche huyó tu pureza. Como las flores de pasado día se agostó tu hermosura. Ni volverás á tener la estimación de los hombres, ni á sentir el amor de Dios. El desprecio te ha arrojado al olvido, como se arroja al polvo una perla que se quiebra.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

—La mujer es un ángel; mas el día que pierde sus alas es por demás torpe su condición y degradada su existencia.

Eugenia sollozaba.

—¿Por qué, mujer, no me digiste que como Satanás estabas imposibilitada de amar! ¿Por qué no caraste tus oídos á mis quejas, y tu corazón á mis amores? ¿Sino tenías ahora que dar, á qué arrastrarme á un amor que debía llagar para siempre mi lastimado pecho?

—Calla, calla, por piedad, exclamó Eugenia cayendo á sus piés.

—Eugenia: toma tus cartas; repásalas todos los días.

Oye, oye estas cortas palabras.

«¿Puede compararse la pérdida del honor con los placeres que el amor satisfecho y saciado suspira al corazón? Amar es sentir; sentir es gozar; que nuestras almas, como las aves para el aire, fueron por Dios creadas para el placer. He apurado el amor y si es cierto que la conciencia es juez y el remordimiento verdugo, no he cometido un crimen en amarte porque mi espíritu tranquilo ha dormido en paz arrullado por placenteros ensueños. Tal vez digan filósofos preocupados, oscuros de inteligencia y pobres de corazón, que amor es tan sólo un sentimiento ideal, palabras que se contradicen como afirmar y negar. «Nuestras pasiones deben ser hijas de nuestra doble naturaleza. El que ama espiritualmente debe causar-nos lástima porque olvida su pecho y asesina su corazón, el corazón que corazón rebosa sangre. ¿Y el matrimonio? me dirán. El matrimonio es para los corazones que no tienen escrúpulos en esclavizarse, y que arrastran una vida sin sentimientos, sin poesía, y encadenados siempre al pié de los tiranos.»

—Son esas, Eugenia, las máximas que guardabas para tus hijos?

Durante tan tremenda lectura, Eugenia suspensa y confundida, se arrinconó á un lado de la estancia. Sus ojos chispeaban despecho y furia como los ojos del águila que ve vacío su nido.

—Ahora, Eugenia, ¿qué has hecho de la infeliz María? ¿Qué juicios de Dios han arrastrado esa divina prenda á tus manos? Yo estoy loco; ni sé lo que pasa por mi mente, ni entiendo lo que sufre mi corazón.

En seguida añadió para sí.

—En fin me he convencido de que las pasiones son mentiras, y los amores ensueños. La felicidad nunca se realiza. Es como las ideas que imagina el poeta. La humanidad la presente porque tal vez alumbró los derrotados de su vida, y al llegar á la aurora de la eternidad en el día de la muerte, sea esa soñada ventura su corona de estrellas. Todos nos despenamos por nuestras pasiones al abismo del desengaño. En el fondo de todo placer se encuentra... nada. Alcemos pues nuestra frente del polvo, y sacudamos las nieblas con que el mundo orna nuestras sienes. Desplegar las alas, que volar al cielo es nuestro destino. El que á Dios vuelve oye el suspiro de los cielos estremecidos de amor; el canto de las estrellas en las esferas; los ecos del arpa de la naturaleza llevados al través del espacio por el ángel de la vida en sus alas de luz; los cantares de los serafines perdidos en el océano de la Divinidad, y las palabras de consuelo, que prometen incesantemente la eterna verdad para la desfallecida inteligencia, el amor infinito para este nuestro corazón y á Dios en esencia para esta pobre y debilitada alma.

Despues de un corto silencio convirtió sus ojos á Eugenia.

—Dime, do está María. Nuestro amor es imposible; nuestra separación inevitable. El olvido coronará esta obra. Perdona si en un momento de despecho te maldigo. Has sido desgraciada mas que criminal. El mundo es implacable pero Dios es misericordioso. Acógete á su seno y encontrarás consuelos infinitos, esperanzas inefables. Pide al cielo remordimientos que es imposible al hombre borrar las leyes de su eterna sabiduría. Llorar, mujer, llorar. ¡Ojalá tus lágrimas no se agoten jamás! Una vida entregada al remordimiento asegura una muerte dichosa, y un porvenir bienaventurado. Eugenia... ¿Dónde está María?

Eugenia abrió una ventana, y mostró un monte ceniciento, que confundía su cúspide con últimos celajes del horizonte; dió un papel á un lacayuelo, diciendo:

—Ensilla dos caballos y acompaña al señorito á donde ahí verá.

Ernesto miró á Eugenia con amorosa mirada, y su conmovida voz pronunció estas palabras, tan tristes

como la despedida del moribundo al borde del sepulcro.

—Adios, Eugenia. Adios para siempre. Voy á vengarte.

XCVII.

Eugenia al ver salir á Ernesto, exclamó con voz enferma y desfallecido acento.

—Dios mío: ¡Maldita sea mi vida!

Despues se arrancó la corona de desposada; pisoteó sus diamantes; hizo girones el plateado reló, y golpeándose la frente se entregó en brazos de su desesperación. Sus labios murmuraban maldiciones; sus ojos despedían el fuego de los zelos; su pecho se ahogaba de rabia, y el dolor partía en pedazos su corazón.

Desarreglado el cabello, ensangrentado el mirar, desceñido el hermoso traje, se arrastró hasta la ventana.

Ernesto se partía á pié y solo. Había despreciado sus caballos. En la mano llevaba el papel que Eugenia dió al lacayo, y leía con avidez las señas allí escritas. La infeliz le vió alejarse, huir, desvanecerse, y su afanoso mirar se esforzó en vano por penetrar la cortina, que á su mirada oponían los árboles. Al ver que su amado desapareció; quiso llorar pero no pudo, que su dolor era como las tempestades del desierto.

—Morir, exclamó, esa es mi esperanza. Moriré, si saboreando el placer de la muerte.

XCVIII.

Temo mucho ser enfadoso y prolijo. La complicada historia de Ernesto embaraza á mi pobre imaginación. Así no extraña el lector que me vea obligado á hacer algunos paréntesis, para darle cuenta de asuntos pendientes. Luisa escribió á su hijo. (Ya lo sabemos.) Mi Edgard Bichot envió la carta al correo. No se extravió y de consiguiente fue á dar en manos de Ernesto.

Este contestó:

Madre mía. Mi corazón es todo vuestro. No puedo acudir el domingo á la cita que me pedís; porque el lunes me caso. Iré el martes de carnaval al anochecer. Yo no veo en vos á mi madre. No me toca juzgar vuestras acciones. Solo puedo quereros, y ya que la suerte me ha deparado volver á vuestro regazo, bendeciré la hora feliz en que os vea y pueda besar vuestras manos, y recibir vuestra bendición. Adios, madre. Yo os libtaré del tirano que os martiriza.

Ernesto.

Cuando Edgard recibió la carta exclamó.

Yo libtaré al hijo de la madre.

XCIX.

Era el anochecer del fatal día en que Ernesto despediéndose para siempre de Eugenia, se encaminaba al castillo, do cautiva estaba la desgraciada María.

La luna se levantaba en todo su esplendor sobre sonrosadas nubes que esmaltaban con su encendido color las orlas de los cielos, y la cima de los lejanos montes. Los arroyos desprendiéndose de sus argentados grillos, susurraban con voz suave, como si ensayaran por vez primera sus cadenciosos rumores. Jugaban las brisas con los árboles, y traían en sus alas amorosas promesas de nuevas hojas y lozanas flores. Un manto verde ornaba la campiña que empezaba á engalanarse para los festejos de la primavera. El pajarillo cantaba sus primeros amores, y corría en pos de las pajas arrastradas por los aires; para formar ya su nido en la copa mas alta de los álamos. Algunas florecillas nacían semejantes á las primeras palabras de la

ñiez, porque su cáliz era tan tierno y su aroma tan puro como el aliento de un niño. En nuestras privilegiadas regiones, la primavera comienza á despuntar en marzo y naturaleza se presenta ya en esos meses tan risueña como una cuna de flores.

Antonio y María paseaban juntos por los alrededores del castillo. María miraba el cielo, y Antonio miraba á María. Quizá la joven no descubriese tanta luz en las alturas, como Antonio veía, difundida por las facciones de María.

—¿Suspirais? preguntó este.

—Suspiro por Madrid. No seas cruel, llevame á ver á mi padre. El pobre anciano llora mi ausencia, y padece por mí. Si tienes corazón, si mi amistad te es grata, aléjame te ruego de estos muros.

—Vuestra amistad! No sé si vale algo la amistad de un mortal. No creo en su sentimiento tan pregonado y tan desconocido. La amistad que no sea abnegación, la amistad que no se sienta con fuerzas para tocar la frente al heroísmo no merece tal nombre antes bien es una torpe profanación de todo sentimiento venerando, de toda palabra sagrada. Y como yo en esta vida que vivimos no he visto héroes, saco en consecuencia que menos habrá amigos.

—Los sentimientos se sienten y se explican. Sé mi amigo.

—No puedo serlo; porque soy muy egoísta.

—Y por ventura conviene á tu egoísmo el detenerme aquí. ¿No consideras que también tú eres prisionero, y que ni para alejarte á do gustes, tienes libertad?

—No, aquí soy libre. Siento latir mi corazón. Respira el pecho con amplia libertad. En ese mundo, donde todos me mandan, soy prisionero. Allí nadie me mira á la cara, nadie me dirige la palabra. Aquí el campo es mío, y vuestros ojos... En fin, no no quiero libertaros.

—¡Cruel!! ¡Y llegué á creer que me quería! dijo María sollozando.

—No lloreis, no lloreis por piedad, que me partís el pecho. Por una de esas lágrimas diera yo la vida.

—¡Oh! Aquí me ahogo. ¿No ves qué palidas están mis mejillas, que turbios mis ojos? Por las noches no puedo dormir.

—Sígueme. Ningun lazo de gratitud te une á Eugenia. Mi padre te adorara porque eres el salvador de su hija, y yo pondré en tí el cariño de una hermana, y la solicitud de verdadera amiga.

—¿Habrá para mí un lugar en vuestro corazón?

—Sí, libertador mío, sí.

—Perdonad María, porque os he causado muchos sufrimientos. Castigadme, si queréis, aborrecedme, si os place, pero dad á mi corazón el lauro de seguir mientras aliente mi pecho. No tengo padre. ¿Me negará el vuestro el nombre de hijo? ¿Os desdenáis de ser mi hermana?

—Seré tu amiga; seré tu hermana. Mis dolores encontrarán en tí, Antonio, alivio y desahogo. Si vieras cuánto padezco. Lloro un perdido amor. Tú ignoras cuanto se sufre cuando el corazón ama sin poder declarar su amor. La desgracia me ha robado á mi amado. Sécanse los labios pronunciando su nombre; anublense los ojos recreándose en su imagen; el corazón se desgarrará, y... y... por fin vendrá la muerte.

—María! Por compasión! exclamó Antonio herido en lo mas vivo de su pecho por aquellas palabras de infinito amor.

—En la noche no se duerme esperando que aparezca y no aparece. Así se marchitan las mejillas. El día se pasa mirando el llano, la montaña, el horizonte; por engañar con vanas esperanzas el deseo. He ahí porque se anublan los ojos. Viene la noche, y con el reclamo de la voz conmovemos los campos hasta que la garganta se enronquece, y el pecho se destruye. Y á tanto penar no puede, no, resistir la vida.

—No me habéis de amor. Huyamos, dijo Antonio?

—Si el campo es ancho, la libertad nos convida mi padre nos espera, y nos protege Dios.

Ambos jóvenes tomaron el camino de Madrid guarecidos por las sombras. Corrían gozosos en la soledad y sus miradas destellando regocijo, se posaban en el cielo con sin igual gratitud. El suave brillo de las estrellas, el mustio resplandor de la luna, el anchuroso campo abierto á su carrera, el murmurar de los arroyos y el gemir de las brisas, infunden altas ideas en aquellas dos imaginaciones exaltadas por el fuego del amor.

Pero entrada la noche, sobrevino intenso frío, y el cielo llovía algunas lágrimas, que se congelaban en las hojas de los árboles, y en el suelo de los campos. El cansancio riñió á María, y fue el frío parte para acobardarla. Antonio buscó en vano una choza donde depositar á la tierna joven, pues solo se descubría solitaria llanura limitada á lo lejos por el tortuoso curso del Jarama y no daba señales de tener vivienda alguna de guarecerse de los rigores de la cruda noche. El sensible y valeroso joven, conociendo que María fatigada por su carrera, se esforzaba vanamente por andar á despecho de sus desmayadas fuerzas, la cogió en sus brazos y contento con tan hermosa carga, no sentía pesadumbre alguna, antes por el contrario, corría á todo el correr de sus pies como si llevase un liviano peso que amor vence imposibles y consigue lo que está fuera de todo término.

Y al fin sentía los latidos del corazón de María; la sostenía en sus brazos, la ayudaba en sus penas, recibía en los labios su aliento angelical, besaba con fervor sus rizos de oro, y se abismaba su alma en aquellas miradas de inefable gratitud. Su amor encerrado en el fondo del pecho no podía imaginar premio mas grande ni dicha mas completa. Privado de todo goce, aquella carrera era para él como el tránsito del alma que ansia volar á Dios, cuando despojándose de su cuerpo se levanta en los aires; ¿desplega sus alas y arriba gozosa á la eternidad.

¿Qué fácil es gozar en la tierra! Los hombres gastados, endurecidos, no comprenden los goces inefables del corazón. Y si apagan la centella, que el aliento divino encendió en todo humano pecho, ¿cómo han de aspirar los infelices á sentir su propio ser, en esos momentos que el alma se recrea contemplándose á sí misma en el espejo de su conciencia? Por fin dieron con una cueva, do María durmió bajo el cuidado de Antonio, hasta el siguiente día.

C.

Después de huidos ambos jóvenes, llegó Ernesto al castillo. Halló la puerta abierta, y entró corriendo en los salones. Nada vió mas que los resplandores de la luna, penetrando al través de los vidrios, dió voces, pero nada oyó mas que el ruido de los álamos heridos por el viento. Por fin topó con un criado, y le dijo:

—La Señorita.

—¿Perdon!

—¿Cómo?

—Debe haber huido.

—¿Sola?

—No. Con Antonio.

—Dejadme.

—El criado obedeció.

¿Con que también María huía de Ernesto? La felicidad es vana en sus promesas, engañosa por naturaleza, tan esquiva que nunca oye los humanos halagos, y tan cruel que jamás se compadece de nuestras tristes quejas, si no podemos gozarla, nos atrae, nos seduce, y cuando en pos de sus pasos corremos, se remonta á las nubes, y burla nuestros deseos. A veces toma un manto, se envuelve en él; roza con sus

Pliegues nuestra frente, y la dejamos pasar, sin apriarla, porque no la conocemos; es tan amiga de la mentira que se prostituye hasta prestar sus gracias al dolor, y do creemos encontrarla hallamos la desdicha, y la nada!! La felicidad es el fuego fatuo emanado de nuestro propio corazón, encendido por nuestro mismo aliento, y aunque sea triste decirlo, aunque se levanten en tropel contra mí todos los esperanzados, confesaré á voz en grito, sin temor de que lo pasado me contradiga, ni lo porvenir me desmienta, que la felicidad, ese deseo innato á todo corazón, esa aspiración constante de nuestra naturaleza no existe ni ha existido jamás, desde que el mundo oyó por vez primera la voz de Dios, que tronaba irritado sobre el espacio. La carrera del hombre por el mundo está regada con sangre. Do quier que el arte ha levantado una estatua, ó ha entonado un cantar, allí está encerrada una lágrima. El genio ha disipado los misterios de la naturaleza con ayes de dolor. El mundo ha conquistado su porvenir con la vida de sus hijos. La tierra es un vasto cementerio, los montes, y llanos sepulcros, los bosques, y florestas coronas de siempreviva, el rocío lágrimas de dolor, los astros fúnebres inscripciones grabadas por la mano de Dios en la inmensa lápida de los cielos, y la humanidad un cadáver.

CI.

La desgraciada Luisa, sola en su destierro pasaba los días entregada al dolor. Maldecía en su despecho el instante, en que quiso escribir á su hijo, y revelaría en sus mientes, medios de burlar la venganza que su amante intentaba, y evitar el crimen á que le arrastraban sus ardentísimos zelos. Pero todos sus intentos chocaban contra las precauciones del francés, y ni tenía ser alguno con quien comunicar, ni abrigaba esperanza de salvación. Dios la había castigado, haciéndola apurar las heces de su crimen. Se entregó en brazos de un hombre, sin apreciar su propia virtud, sin oír la voz de la conciencia, abandonando á su hijo, y aquellos mismos brazos, á que fió su ventura, la ahogan sin compasión. Abandonada y solitaria gemía en su cárcel, llorando desesperados dolores, cuando entró Edgard con humilde talante.

CII.

Era de noche. La escasa luz de una bugía iluminaba la estancia. Luisa privada largo tiempo de toda compañía, se levantó gozosa, al oír crujir la puerta, quizá alentada por una engañadora esperanza, y volvió á caer en su sillón como herida de un rayo, cuando vió la pálida figura de su amante.

—No echabas de menos mi presencia, ni te movía el corazón á desear mi venida, Luisa, esquiva por extremo me desprecias, cual si en pasados tiempos no hubieras corrido á mis brazos, jurándome un amor, ¡oh! un amor, que has desmentido, una fe que infiel has olvidado; pero yo que premié con mi corazón tus caricias, y oí extasiado tu amorosa voz, he sido bastante fuerte para dominar mis instintos, y preparar el castigo que reclaman tus crímenes, á fin de que satisfecha quede la justicia.

—Ambos á dos hemos sido criminales, que si culpable fui en oír tu voz, culpable fuiste en tender redes á mi virtud; si falté al deber, siguiendo la morada del crimen sin mirar la cuna de mi hijo, al deber faltaste, cegándome con tus promesas, perdiéndome con tus halagos, y ya que tan oficioso andas en castigar delitos que provocaste, ¿por qué no pones el mismo cuidado en castigar los crímenes que cometiste?

—¿Crees por ventura que la justicia de Dios es desigual y dada á privilegios? No, Luisa, que también para

mis crímenes hay castigos, y para mi corazón, acerbos, y amarguísimos dolores. Yo te amo, mujer, sin que sean parte para apagar este desmedido amor, ni los años que pasen, ni la sangre, que en las venas se hiela, te amo con todo el delirio de una pasión infinita, con todo el furor de una conciencia culpable, siento zelos, me muero por tus miradas, me pierdo por tus sonrisas, y daría mi existencia por poseer tus pensamientos, tus ilusiones y tu corazón; los días de ventura que pasaron, nuestros coloquios al pié de las africanas palmeras, nuestros goces á orillas del Mediterráneo, nuestras caricias, que nos guardarán como delicioso recuerdo las arenas del desierto; martirizan mi vida, dejando un surco sangriento en mi memoria, y levantando un dolor infinito en mi corazón, que se ve falto de aquellas dulces prendas de tu amor, y condenado al desprecio y al olvido. ¿Te parece, pues, poco castigo haberte consagrado mi vida, cuando tú me consagrabas tu desamor, y martirizarte ahora; y tener que castigarte irremisiblemente, amándote con delirio?

—Si me amas, oye mis quejas, y ablandote con mis lágrimas, piensa que soy madre, y que inocente, mi hijo es culpable de mis desvarios, ni nada debe en esta estrecha cuenta, que de mis acciones me pides. Yo le amo, porque naturaleza puso en el corazón de las madres ese amor que vence á todo amor, y perderé por él mi vida, porque conservándole la existencia que le di, cumplo fielmente con las voces que da mi corazón, así es que no pretendas consumir mañana un crimen horrendo en esa cita, que en mal hora di á mi hijo; porque antes me sacarás el corazón del pecho que permita yo acudir á donde la traición espera á Ernesto, para saciar en él una cobarde venganza.

—Yo, Luisa, castigar á Ernesto! Le odio, porque es prenda de tus amores; pero conozco que mis zelos son muy bárbaros; cuando me incitan á odiarle. Pero el castigo que medito, es para tí, que me engañaste, pintando sentimientos que no tienes; para tí, que me seguiste por comodidad, y por despecho; para tí, que te entregaste á mi amor sin amarme, cometiendo el mas inicuo de los delitos; atrayendo sobre tu frente el mas horrendo de los castigos.

—Oh, Perdon. Yo te amo.

—Mientes con torpe villanía. Me amas, y deseas desasirte de los lazos que nos unen, y maldices mi cariño, y confiesas que solo negro odio guardas para tu amante en las entrañas, y te quejas amargamente del cautiverio de mi amor, Luisa. Si una vez me engañaste, mi credulidad y tu falsía tienen la culpa; pero hoy he conocido tu vileza, cuando por temor no tienes escrúpulo en engañarme segunda vez, como si estuviera muy dispuesto mi corazón á creerte.

—¿Qué intentas?

—¿No lo comprendes? No intento abandonarte, porque aún no has renunciado al amor, y temo mucho que sirvas de despojo á nuestros triunfos, ni tenerte á mi lado, porque no es bien padecer siempre dolores infinitos, y recelos indecibles, ni entregarte á tu hijo, que madre culpable y criminal para deshonrar vale tan solo en el mundo; y la deshonra hace infeliz para siempre al mortal que resignado la sufre. Te uni á mi destino, y quiero que con tu desamor te hundas para siempre en la desgracia.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero matarte.

—Dios mío!

—¿No has acabado tú con mi corazón? ¿No has asesinado traidoramente mi felicidad? ¿Y vale algo la vida comparada con el corazón, y con la felicidad? Somos muy preocupados. Ponemos sobre todo crimen el homicidio, y no juzgamos con tanto extremo esos sordos asesinatos del desprecio, que matan, y aniquilan para siempre un corazón. Luisa, según mi desconsoladora filosofía, mereces la muerte.

—... No puedo creer que tanto odio se encierre en ese pecho colmado antes de mi amor. ¿Olvidas que endulcé tus amarguras, y vertí á torrentes, felicidad en tu vida? ¿No traes ya á la memoria aquellas noches de luna, testigos de nuestros amores, en que te juraba ser siempre tuya, juramentos mas dulces á tus oídos que el canto de las brisas, y el suspiro de los mares?

—No profanes lo pasado. Déjame al menos saborear el consuelo de mis recuerdos. Yo, Luisa, te oía con fe, sin imaginar siquiera que pudieras engañarme, y me espanta que invoques memorias, que te condenan. No supliques, porque soy sordo á tus súplicas; no traigas en tu favor lo pasado, porque es aumentar el número de tus crímenes, y avivar el recuerdo de mi debilidad; no pintes sacrificios, que no consumaste, sino por egoísmo; no intentes defenderte, porque para tanta culpa no hay defensa; yo soy tu víctima, tu juez, y tu verdugo. Como víctima te perdono, como juez te condeno, y te mataré como verdugo.

—¿No hay una esperanza? ¡Matarme! No. No. Por caridad.

—¿Ahí tienes ese veneno, dijo sacando un plateado pomo.

—No le beberé, no.

—Pues mira, ó ese veneno para tí, ó este puñal para tu hijo.

—Para mi hijo. No. El no es culpado. Clávalo en mi corazón. Aquí lo tienes. Pero mi hijo no puede morir á tus manos. Sufrá yo sola tanta desgracia. Pero él... él... sea feliz. Hijo mio. Hijo mio... Tu madre te abandonó, y tal vez te matarán por tu madre. Quiebra, quiebra ese acero. Que no le vean mis ojos. ¿Y serías capaz de atravesar su pecho, y llegar hasta su inocente corazón? No, no es posible.

—Tu no sabes, Luisa, como embriagan los celos. No conoces como halaga el deseo de venganza, y con que voz tan torba, habla el despecho. También tengo mis instintos de virtud, mi horror al crimen. ¿Quién no los tiene? El leon acomete arrastrado por el hambre.

—Y si los tienes, ¿por qué no los sigues?

—Porque los sacrifico en aras de mi venganza.

Luisa se retorcia los brazos; se maltrataba el rostro, y se arrastraba á los pies de su tirano amador pidiéndole perdón y misericordia. Pero ni dolor le inmutaba, ni le vencían lágrimas, ni le ablandaban quejidos, ni parecía dolerse de los duros golpes que desolada daba Luisa contra el suelo. Agotó la infeliz promesas y caricias, juramentos de amor, y protestas de remordimiento, y cansada de luchar, y reluchar contra aquel hombre de piedra, apeló al último y mas desvalido recurso, á las amenazas.

—Gritaré.

—Nadie te oirá.

—Si me llevas á esa cita, medios tendré de hacer conocer tus intentos, y daré contigo en una cárcel.

—No irás. Si ahora mismo no bebas ese veneno, iré yo en persona mañana al Retiro, y clevaré este puñal en el seno de tu propio hijo. Al anoecer en este tiempo no hay gente en el Retiro. El laberinto de los árboles, y la oscuridad de la noche me ofrecen mil caminos abiertos á la huida, y tú, madre implacable, madre cruel, tendrás el placer de ver morir al hijo de tus entrañas, cuando en tu mano está libertarte de tan amargo trance. El es jóven, tú entrada en años; él abriga ilusiones, tú encierras falsías; él es una flor que abre su corola, tú, una rosa de marchito cáliz, y marchitas hojas.

—Hombre cruel, y quieres que yo acerque ese veneno á mis labios, y muera desesperada y dolorida, blasfemando del cielo y enemistada con Dios.

—En mala sazón acuerdas infeliz de que con Dios perdiste la amistad, y ese tu tan liviano escrúpulo es hijo de un temor, que bien poco te honra.

La muerte es tan natural como la vida, se entornan los ojos, suspira el pecho, padece el corazón, la memo-

ria nos aterra con sus imágenes, la conciencia nos martiriza con sus remordimientos, huye la luz, se evapora la sangre, pugnan un momento alma y cuerpo, despues nos sobrecoje pesoso sueño, y dejamos caer nuestra cabeza en el sepulcro. ¡Es tan fácil!

—¿Tendrás valor para ver como se oscurecen mis ojos que te buscan, y pierden su color mis labios, que tantas veces pronunciaron tu nombre, y huye el aire de mi pecho, do grabada está tu imagen, y se agota mi corazón encendido en tu amor?

—Me haces reír, Luisa, y me inspiran lástima tus artes, tus amaños. No prolongues esta hora de agonía. Elige, ó el veneno para tí, ó el puñal para tu hijo.

—Pues bien, mata á mi hijo.

—Es digna de tu corazón esa sentencia de muerte pronunciada por los labios de una madre. Le diste el ser, y ahora se lo robas. No podía el infeliz esperar menos de tu misericordia y de tu amor. Tú, madre, clavás el puñal en las entrañas de tu único hijo. Tu verás correr gozosa su sangre, la sangre que por tu voluntad embeberá la tierra. Prefieres tu vida caduca, tu vida de desesperacion y de lágrimas, tu vida, tormentosa, y maldicida á la vida de tu hijo rica en esperanzas, llena de porvenir.

¿Y qué haces? Prolongar tu martirio, porque es justo que pagues tu crimen de parricida. Yo te ocultaré en las entrañas de la tierra, para que la tierra te devore, yo te negaré la luz; que ojos anublados de sangre no merecen ver el sol; yo te cargaré de cadenas para que no te muevas de tu sepulcro, y te pondré una mordaza para que no des vanas quejas al viento. Y en tu prision la sangre de tu hijo destilará gota á gota sobre tu frente. Luisa se arrojó sobre Edgard; y arrebátandole el pomo apuró la ponzoña hasta las heces.

CIII.

El Retiro se presenta en marzo despojado de su verdor, pero no de sus encantos. En medio de los desnudos árboles aun lucen las estatuas y los estanques, y brilla el cielo diáfano de Madrid. La córte necesita de un cielo muy puro, para que contraste con la pestilencia de la tierra. Aquí donde todos están apegados á los goces, y todos andan perdidos por allegar pobres riquezas; un horizonte trasparente, azul enseña el último término, á do deben caminar nuestros deseos. La noche serena, sembrada de astros nos inspira grandes ideas en medio de las luces del gas, del ruido de los cafés, de los impúdicos cantos de los ciegos, y de los tristes ayes de la indigencia que, por do quier amargan nuestro corazón.

Las brisas consoladoras suelen traernos en sus alas algun aliento divino, que refrigera nuestro espíritu, aunque nos encontremos en la Puerta del Sol, donde todo vicio encuentra su campo, y toda empresa empresarios.

Por el bosque de la derecha del estanque, Ernesto, distraído, observa el cuadro que se presenta á su vista. El cielo está sereno, y aun resplandecen los últimos rayos del sol que acaba de hundirse en su ocaso. Madrid, suspira, llora, se queja como ciudad maldicida de Dios, entregada á la desesperacion; las místicas estrellas con suave luz, van apareciendo entre los arboles del horizonte, y las pálidas luminarias de gas, como estrellas de la tierra, empiezan á destellar entre los vapores de la córte. Las torres de las iglesias deben en esa hora mística y sublime saludar con sus lenguas de bronce á la Madre de Dios; pero su oracion se confunde en el ruido de los coches, el grito de las máscaras, y las carcajadas de las gentes. Allí en el Retiro aun se respira un aire embalsamado, y se ve una orla del manto de la naturaleza; aun puede recogerse el alma en si misma, y vagar un momento per-

dida en sus ideas y en sus oraciones, sin temor de que la distraigan las importunas sabandijas que llenan y embarazan con las aceras de la córte.

Alguna idea de estas que tienen tanto dominio en el corazón acariciaba Ernesto, cuando Edgard, acercándose á él, le dió una palmadita en el hombro. Saludóle el jóven, y preguntó lo que de él queria. Edgard le entregó la siguiente carta, y se partió sin añadir palabra.

«Hijo, mio: Aun no es tarde. Te espero aquí en mi casa. Es la única casa de tu tío, en el cuarto segundo; pronto, pronto; ven, ven por Dios. Quizá no sea tarde.»

LUISA.

Esta carta, alarmó á Ernesto. Bien se echaba de ver por su estilo y por su temblorosa letra, que Luisa le hablaba en un gran apuro. Ernesto quiso interrogar al emisario, pero habia huido. Determinado á obedecer á su madre se encaminó con precipitacion hácia su casa.

CIV.

Luisa daba señales de una próxima muerte. Sus ojos desencajados no podian fijarse largo tiempo en un objeto. Su respiracion era cortada y fatigosa. Una palidez mortal cubria su rostro, y en sus facciones echábase de ver que la vida se apagaba por momentos, y que aquel cuerpo iba á ser pronto pasto de la muerte. La infeliz era presa de un mortal delirio.

—Una cuna... y en ella mi hijo mas hermoso que el sol. Y yo despiadada me arrojé al mar con un hombre que no conocía. Mi corazón se quedaba en la isla. ¿Pero no te he muerto á mi hijo? ¿No estará á estas horas, arrojando del corazón la última gota de sangre? Allí le veo; descompuesto el cabello, entornados los ojos, perdida la color, batallando con la muerte que traidor puñal le ha causado. Aparta, aparta, bárbaro que ya muere su madre. Temes que el veneno no me mate. Mirame, y verás como ya muero. Mirame morir, y perdónale.

Edgardo mio, perdónale por tu amor.

Yo te amé, y tú me has asesinado. ¿Por qué no escogiste otra muerte? Este veneno que por mis venas corre, es como fuego y me abrasa; y padezco como deben padecer los condenados en el infierno. ¡El infierno! ¿No va á ser el infierno mi morada? A una madre cruel, á una criminal esposa, á una mujer sin virtud no le queda mas remedio que caer en las llamas eternas. ¡Dios mio! ¡Perdon, perdon! ¡Y ha sido Edgardo mi verdugo! El, él; por quien no temí el infierno... Tengo frio... Me hiela de espanto la muerte. Héla allí; se rie de mis tormentos la despiadada; y con sus ojos vacíos, me mira insultando mi dolor. Hijo mio, hijo mio. No viene. Hijo, hijo, perdona á tu madre.

—Madre; madre mia, exclamó Ernesto, entrando, precipitado y cayendo rendido de cansancio y de incertidumbre á sus pies.

—¿Hijo mio! gritó Luisa echándose en sus brazos. Hijo, hijo... ¿me amas? Soy tu madre. ¿No me conoces? Deja que te bese; que mire tus ojos. ¡Qué hermoso eres, hijo! Abrázame. Esos brazos son mi delicia. Ese corazón es mi dicha, mi esperanza, mi cielo. Yo no quiero separarme de tí... que venga á separarnos, y probará el infame la cólera de mis iras. Tú eres mi hijo, y amarás á tu madre, y la sostendrás en tus brazos; y en esta vida serás mi apoyo, porque yo me voy contigo. Quiero libertad, y mi adorado hijo quiero á mi lado el hijo de mis entrañas.

Y le besaba con el delirio de la agonía, cayendo despues sin fuerzas con voz silenciosa.

—¿Con que os veo, madre, para perderos? Los únicos brazos que para reposar me ofrecia el mundo se cierran; y desaparece el único seno donde imagi-

naba yo reclinar mi cancerada frente. No, madre, no morireis; mi aliento os prestará vida, mis venas sangre. No, madre que en esa tierra desierta me quedo abandonado á mi dolor sin una piedra donde sentarme, ni un árbol que me ofrezca su sombra. Yo, madre, he nacido para amar, y la desgracia ó el crimen me han robado todos mis ensueños; y vos, vos, madre mia, sois el único refugio de mis muertas esperanzas.

—¿Y te abandone, Ernesto mio; y eres tan generoso que no me maldices?

—Yo maldeciros, madre; no, nunca. Sois mi madre. No sé mas. Mi corazón os adora, y solo pide vuestro amor.

—Hijo. ¿No ves que la muerte entorna mis ojos? ¿No sientes que la vida huye del corazón? Un sacerdote... Un sacerdote por Dios.

Luisa habia pedido en vano todo el dia un sacerdote. Como nadie la oía, nadie accedió á sus quejas. Ernesto, gritó por toda la casa á ver si alguien se compadecia de la suerte de su madre; pero la casa estaba abandonada y desierta. Volvió al lado de Luisa con el corazón hecho pedazos, aunque intentó lanzarse á la calle en pos de los últimos auxilios de la religion. Luisa le dijo que ya era tarde.

—Dios no me perdonará.

—Si, madre, no desconfiéis de su infinita misericordia. Desde lo alto de una cruz, en el momento supremo de su agonía, un criminal invocó su clemencia, y voló desde el patibulo al cielo. Madre, vos sois ya la única esperanza de mi vida, la única pasión de mi alma. Desengañado del mundo vengo á vuestro regazo, que tal vez la luz de esos ojos me torne á dar la ya perdida inocencia. Madre mia. El mundo es un desierto; sus dolores, y sus placeres son mentiras. Desesperanzado, vuestra dulzura me dará aliento descreído, vuestra palabra me tornará á la fe; abandonado, vuestro amor será mi compañero; dolorido, vuestro tierno mirar llevará consuelos sobre mi vida. Madre, ese aliento me volverá la quietud de la infancia.

—Hijo, hijo. En mal punto nos unió la desgracia. Tú has venido para ver morir á tu desgraciada madre. Hijo mio, perdóname. Yo debí evitarte este nuevo tormento. Pero temí morir sin una lágrima, sin una oracion.

—Una lágrima puede salvaros; que abiertos tiene Dios en el cielo los brazos para recibir á los pecadores.

—He leído la-Biblia todo el dia, y me ha espantado su justicia.

—No temais, madre, que el Eterno ha firmado ya su alianza con los hombres, y nos ha dado en prenda la sangre de su hijo. Grande es Dios en el Sinai rodeado de todos los atributos de la magestad divina, el trueno le precede, el rayo le acompaña; una luz divina le cubre, y las nubes son su trono; pero si grados de grandeza pudieran caber en la Divinidad, mas grande es Dios en otro monte, en el Calvario; allí entre dos ladrones, rodeado de un pueblo que le mofa y escarnece; lívido el rostro, helada la sangre, empapados los labios en hiel y vinagre; levantando los ojos al cielo para decir no que el fuego divino consuma las ciudades de Pentápolis, sino.—«Padre mio, perdónalos que no saben lo que se hacen;» grande es la religion del poder, pero mas grande es la religion del amor; grande es Dios en el Sinai dando un código á su pueblo, pero mas grande es en el Calvario sellándolo con su sangre.

—Habla, hijo mio, habla; tu voz y tus oraciones me salvarán en este amarguísimo trance.

—Dios por el pecador se desprendió de los brazos de la eternidad, y atravesó los mundos, y ciñó coronas de espinas, y vertió lágrimas de sangre. Su infinita misericordia resplandece en la naturaleza. Las flores beben su aliento, los astros se bañan en su luz, y los cielos se vivifican con su mirada. Por eso Dios que tiene luz y vida para la naturaleza, tendrá en otra vida mejor, amor y gloria para el hombre. Ma-

dre, llorad, y el perdón de Dios caerá sobre vuestra frente en esta postrera hora de agonía, y sublimada con el arrepentimiento, y regenerada con la aceptación de esta dolorosa muerte, podéis dirigir una mirada de lástima á la tierra que abandonáis, desde mundos mas bellos y cielos mas resplandecientes. Dirigid á Dios vuestras oraciones. ¿No habéis visto el trémulo resplandor de las estrellas? Es una oración. ¿No habéis aspirado el aroma de una flor? Es la esencia de un alma que sube en ondulaciones á Dios. ¿No habéis oído el canto de las auras ó el trinar de las aves? Son esa armonía, amorosos suspiros que se pierden en los inmensos cielos; y el sol que alumbrá á los astros, y la lluvia que refrigera á las flores, y la enramada que protege á las aves, es la misericordia de Dios, que oye todas las plegarias y da á todas sus criaturas el instinto de su amor. Volved, madre mía, los turbios ojos al cielo.

—Me vuelves la vida. Me siento mejor. El veneno se ha dulcificado. Me parece que aun puedo resistir por unos breves momentos. Vé, hijo; vé por un confesor. Todavía Ernesto, sobra tiempo. Salió a la calle, y aun no habia abandonado la casa, cuando se dibujó en la pared de la estancia la sombra del francés.

CV.

—¿Hombre cruel, vienes á gozarte en mi agonía?

—Vengo á morir contigo. Cansado de sufrir ya me he decidido por la muerte. En mi delirio no hallo otra esperanza. Yo te amaba, Luisa, mas que á mi mismo; te amaba con frenesí, y sin embargo he tenido valor para aplicar á tus labios ese breva, que acaba con tu existencia. ¿Qué haré de mí? Me aborrezco, y no encuentro muerte proporcionada á mis delitos.

—No traigas á mis oídos los presentimientos del infierno. Acabo de oír hablar del cielo, y mi alma se recogía en sí misma para pedir á Dios perdón.

—Misericordioso ha de ser Dios, si te perdona.

—No me martirices.

—Una mujer adúltera y criminal, sería una mancha en el cielo.

—¡Ay! me asesinas otra vez. Ten compasión... Me muero...

—Yo iré al infierno. Quiero arrastrarte conmigo hasta aquel antro de perdición. Dios no puede separarnos. Hemos nacido el uno para el otro. Allí nos reiremos con amarga risa de nuestros amores. Allí nos abrasaremos en el fuego de nuestros propios crímenes.

—¡Dios mio, Dios mio, compadéceme!

—En mal hora te llamas, en mal punto te arrepientes. Cuando ya no hay sangre en tus venas deseas purificar tu sangre. Cuando no hay vida en tu pecho anhelas por enmendar tu vida. Escarnio y mofa ha de ser ese importuno desvarío.

—Señor, yo te llamo.

—No te llames, porque no te escucha; que voz tan enferma y tan viciada no puede llegar hasta los cielos.

—¡Misericordia, Dios mio! ¡Misericordia!

—Dios. ¿Por qué no imploraste su amparo, cuando ibas á caer en el vicio? ¿Por qué no arrostraste la vida de los mártires, y ahora en tu agonía verías aparecer en las nubes la palma de la victoria?

—¿Quieres que me condene?

—Sí, Luisa, porque de otro modo no podría volver á verte.

—Hasta la eternidad me sigue este nefando, este maldito amor.

—¡Dios mio! dijo Edgard levantando la voz, maldicid esa pasión, y condenad á la mujer que la encendió en mi pecho.

—La puerta. ¿Oyes ruido? El confesor. Caridad... Salvación.

—No entrará, exclamó Edgard, cerrando con furia la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo.

—Madre, madre, exclamaba Ernesto con desesperado acento.

—Oid, oid mi confesion sacerdote, de Dios, dijo Luisa arrastrándose hasta la puerta.

—Abrid, abrid, gritó el sacerdote.

—No puede ser, exclamó Edgard.

—Hablad, penitente, dijo el sacerdote; aunque no os veo.

—Vendí á mi marido, abandoné á mi hijo... ¡Ay!... ¡Ay!... yo muero... y...

—Y engañó á su amante, dijo Edgard abriendo la puerta al tiempo mismo que Luisa acababa de espirar.

—Madre... Madre... gritó Ernesto, cayendo sobre el cadáver.

El sacerdote, alzando los ojos al cielo murmuró la oración de los difuntos. Edgard salió como un relámpago de la estancia.

CVI.

El amante se dirigió á casa del juez, é hizo la siguiente declaración:

«Doña Luisa Utiel, que acaba de morir en la calle de Fuencarral, número... cuarto 2.º, ha sido envenenada por mí, Edgard Chevalier. Hagase la autopsia, y se verá la verdad de mi declaración.»

Inútil es decir que Edgard fue encerrado en el saladero.

CVII.

Maria por fin llegó á Madrid, último término de sus deseos. Con rápido paso se encaminó seguida de Antonio á su bohárjilla. Su corazón palpitaba, porque el aire de la libertad es tan benéfico como las brisas que nos dan vida y contento. Pero Maria que jamás se vió libre de penas, fue victima de un nuevo dolor, que amargó mas aun su ya amargado corazón. Cuando entró en su estrecha vivienda, se encontró á su padre tendido en un lecho, sin conocimiento, casi sin vida. En sus manos tenia una carta, en sus labios una amarga sonrisa, en su frente una nube de angustia y de muerte.

Maria se arrojó sobre la cama, é intentó en vano abrazarlo. Don Pedro la arrojó fuera de sí exclamando:

—¿Tú no eres mi hija!

Maria arrancó la carta que su padre tenia en sus manos, y leyó el siguiente anónimo.

«Don Pedro: sois muy condescendiente.

«Consentís en la desgracia de vuestra hija. La hemos visto en Aranjuez en casa de su amante. Ahora nos regalará con el dinero que el comercio de su honra le rinda, y poco os importará, con tal que comais vá tanta costa.»

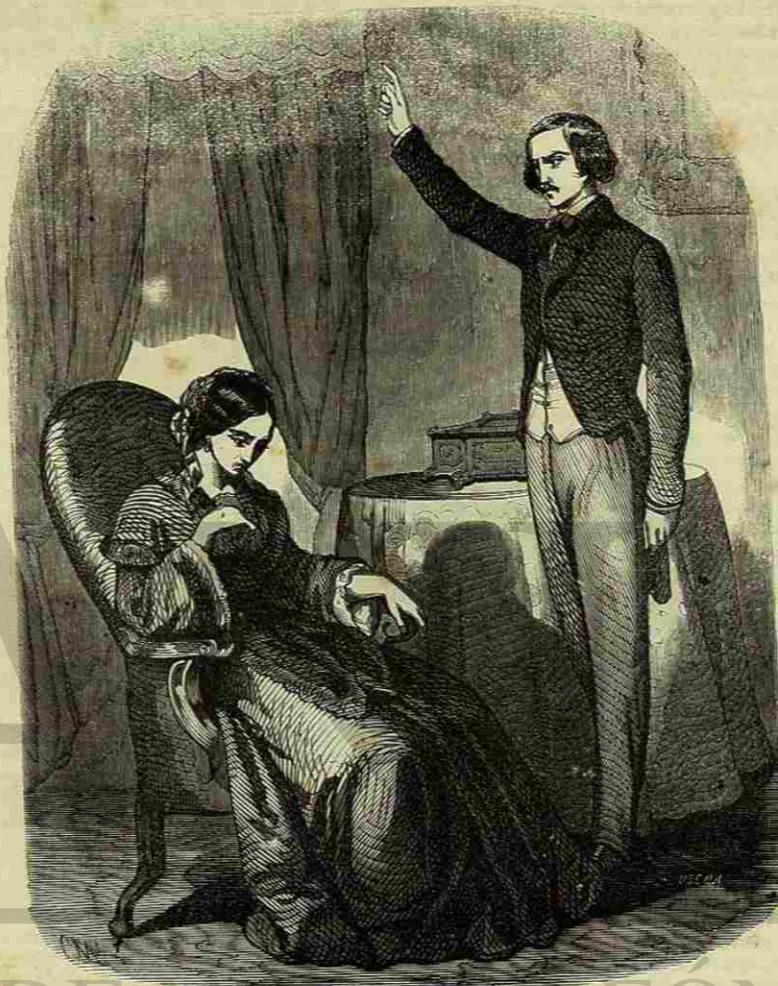
—Tú no eres mi hija, exclamó don Pedro mirándola con torvos ojos. Mi hija era un ángel de luz, era un retrato de su pura madre. Tú eres una mujer perdida, una mujer sin honor. Yo soy un malvado, que voy á asesinar á tu amante... Ja, ja, y don Pedro se reía con risa convulsiva y feroz.

Se le habia vuelto el juicio.

Maria cayó desmayada en el suelo. Antonio sollozaba á sus piés.

CVIII.

Don Braulio, á quien el lector no habrá olvidado, estaba ya en Madrid cansado de la vida de provincia, que no es muy á propósito para grandes empresas comerciales. Con el negocio de su desgraciado casamiento se habia abierto una gran brecha á su mal allegada fortuna, y estaba muy ageno de imaginar que



ERNESTO Y LUISA.



dre, llorad, y el perdón de Dios caerá sobre vuestra frente en esta postrera hora de agonía, y sublimada con el arrepentimiento, y regenerada con la aceptación de esta dolorosa muerte, podéis dirigir una mirada de lástima á la tierra que abandonáis, desde mundos mas bellos y cielos mas resplandecientes. Dirigid á Dios vuestras oraciones. ¿No habéis visto el trémulo resplandor de las estrellas? Es una oración. ¿No habéis aspirado el aroma de una flor? Es la esencia de un alma que sube en ondulaciones á Dios. ¿No habéis oído el canto de las auras ó el trinar de las aves? Son esa armonía, amorosos suspiros que se pierden en los inmensos cielos; y el sol que alumbrá á los astros, y la lluvia que refrigera á las flores, y la enramada que protege á las aves, es la misericordia de Dios, que oye todas las plegarias y da á todas sus criaturas el instinto de su amor. Volved, madre mía, los turbios ojos al cielo.

—Me vuelves la vida. Me siento mejor. El veneno se ha dulcificado. Me parece que aun puedo resistir por unos breves momentos. Vé, hijo; vé por un confesor. Todavía Ernesto, sobra tiempo. Salió a la calle, y aun no habia abandonado la casa, cuando se dibujó en la pared de la estancia la sombra del francés.

CV.

—¿Hombre cruel, vienes á gozarte en mi agonía?

—Vengo á morir contigo. Cansado de sufrir ya me he decidido por la muerte. En mi delirio no hallo otra esperanza. Yo te amaba, Luisa, mas que á mi mismo; te amaba con frenesí, y sin embargo he tenido valor para aplicar á tus labios ese breva, que acaba con tu existencia. ¿Qué haré de mí? Me aborrezco, y no encuentro muerte proporcionada á mis delitos.

—No traigas á mis oídos los presentimientos del infierno. Acabo de oír hablar del cielo, y mi alma se recogía en sí misma para pedir á Dios perdón.

—Misericordioso ha de ser Dios, si te perdona.

—No me martirices.

—Una mujer adúltera y criminal, sería una mancha en el cielo.

—¡Ay! me asesinas otra vez. Ten compasión... Me muero...

—Yo iré al infierno. Quiero arrastrarte conmigo hasta aquel antro de perdición. Dios no puede separarnos. Hemos nacido el uno para el otro. Allí nos reiremos con amarga risa de nuestros amores. Allí nos abrasaremos en el fuego de nuestros propios crímenes.

—¡Dios mio, Dios mio, compadéceme!

—En mal hora te llamas, en mal punto te arrepientes. Cuando ya no hay sangre en tus venas deseas purificar tu sangre. Cuando no hay vida en tu pecho anhelas por enmendar tu vida. Escarnio y mofa ha de ser ese importuno desvarío.

—Señor, yo te llamo.

—No te llores, porque no te escucha; que voz tan enferma y tan viciada no puede llegar hasta los cielos.

—¡Misericordia, Dios mio! ¡Misericordia!

—Dios. ¿Por qué no imploraste su amparo, cuando ibas á caer en el vicio? ¿Por qué no arrostraste la vida de los mártires, y ahora en tu agonía verías aparecer en las nubes la palma de la victoria?

—¿Quieres que me condene?

—Sí, Luisa, porque de otro modo no podría volver á verte.

—Hasta la eternidad me sigue este nefando, este maldito amor.

—¡Dios mio! dijo Edgard levantando la voz, maldicid esa pasión, y condenad á la mujer que la encendió en mi pecho.

—La puerta. ¿Oyes ruido? El confesor. Caridad... Salvación.

—No entrará, exclamó Edgard, cerrando con furia la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo.

—Madre, madre, exclamaba Ernesto con desesperado acento.

—Oid, oid mi confesion sacerdote, de Dios, dijo Luisa arrastrándose hasta la puerta.

—Abrid, abrid, gritó el sacerdote.

—No puede ser, exclamó Edgard.

—Hablad, penitente, dijo el sacerdote; aunque no os veo.

—Vendí á mi marido, abandoné á mi hijo... ¡Ay!... ¡Ay!... yo muero... y...

—Y engañó á su amante, dijo Edgard abriendo la puerta al tiempo mismo que Luisa acababa de espirar.

—Madre... Madre... gritó Ernesto, cayendo sobre el cadáver.

El sacerdote, alzando los ojos al cielo murmuró la oración de los difuntos. Edgard salió como un relámpago de la estancia.

CVI.

El amante se dirigió á casa del juez, é hizo la siguiente declaración:

«Doña Luisa Utiel, que acaba de morir en la calle de Fuencarral, número... cuarto 2.º, ha sido envenenada por mi, Edgard Chevalier. Hagase la autopsia, y se verá la verdad de mi declaración.»

Inútil es decir que Edgard fue encerrado en el saladero.

CVII.

Maria por fin llegó á Madrid, último término de sus deseos. Con rápido paso se encaminó seguida de Antonio á su bohárjilla. Su corazón palpitaba, porque el aire de la libertad es tan benéfico como las brisas que nos dan vida y contento. Pero Maria que jamás se vió libre de penas, fue victima de un nuevo dolor, que amargó mas aun su ya amargado corazón. Cuando entró en su estrecha vivienda, se encontró á su padre tendido en un lecho, sin conocimiento, casi sin vida. En sus manos tenia una carta, en sus labios una amarga sonrisa, en su frente una nube de angustia y de muerte.

Maria se arrojó sobre la cama, é intentó en vano abrazarlo. Don Pedro la arrojó fuera de sí exclamando:

—¿Tú no eres mi hija!

Maria arrancó la carta que su padre tenia en sus manos, y leyó el siguiente anónimo.

«Don Pedro: sois muy condescendiente.

«Consentís en la desgracia de vuestra hija. La hemos visto en Aranjuez en casa de su amante. Ahora nos regalará con el dinero que el comercio de su honra le rinda, y poco os importará, con tal que comais vá tanta costa.»

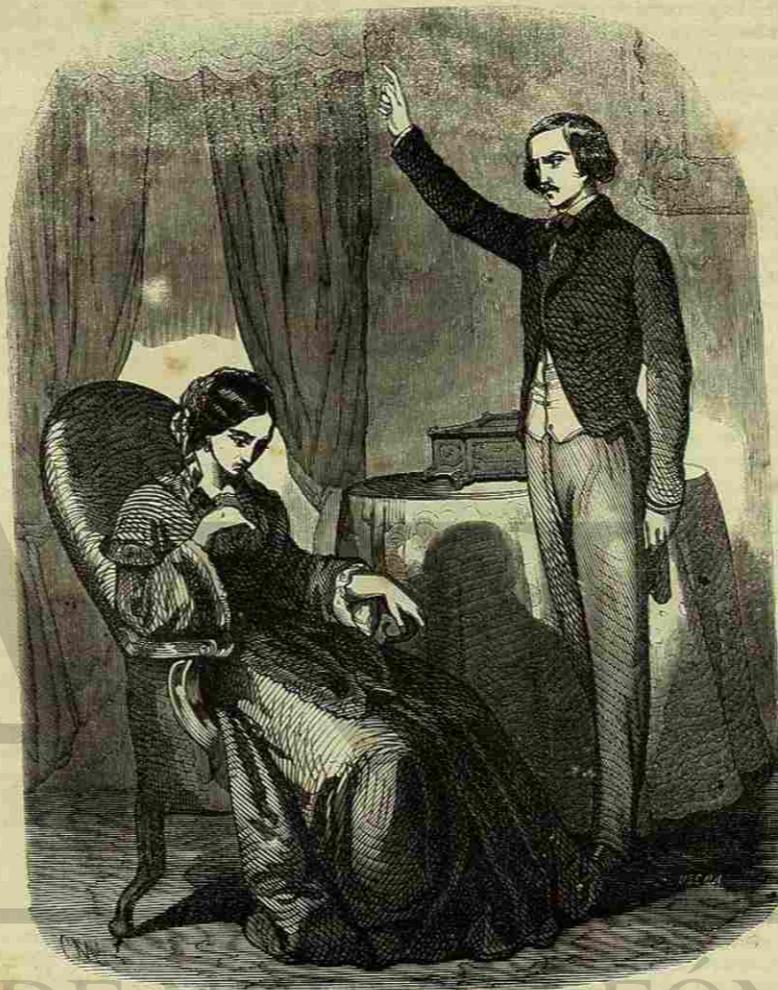
—Tú no eres mi hija, exclamó don Pedro mirándola con torvos ojos. Mi hija era un ángel de luz, era un retrato de su pura madre. Tú eres una mujer perdida, una mujer sin honor. Yo soy un malvado, que voy á asesinar á tu amante... Ja, ja, y don Pedro se reía con risa convulsiva y feroz.

Se le habia vuelto el juicio.

Maria cayó desmayada en el suelo. Antonio sollozaba á sus piés.

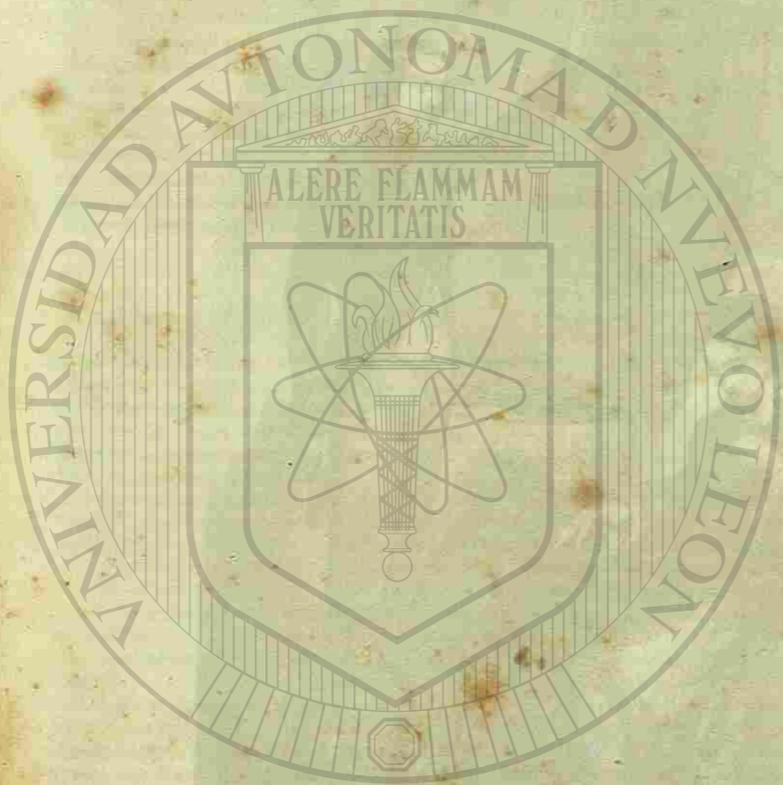
CVIII.

Don Braulio, á quien el lector no habrá olvidado, estaba ya en Madrid cansado de la vida de provincia, que no es muy á propósito para grandes empresas comerciales. Con el negocio de su desgraciado casamiento se habia abierto una gran brecha á su mal allegada fortuna, y estaba muy ageno de imaginar que



ERNESTO Y LUISA.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

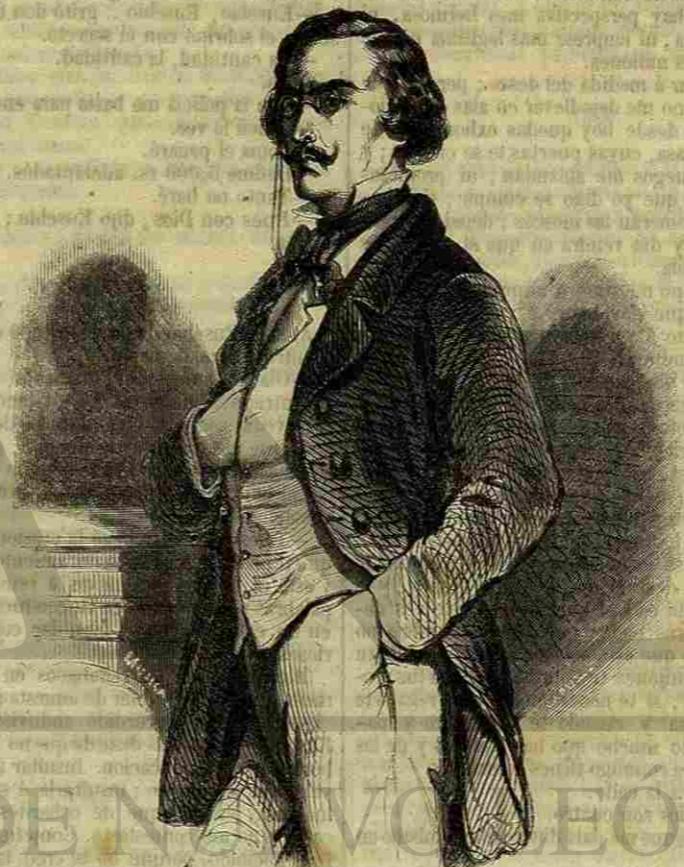
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las calaveradas políticas de su sobrino Eusebio, le hubiesen también acarreado dispendios opuestos á su avaricia. Aunque sus riquezas eran inmensas y sus capitales, estaba puesto en lucrativos negocios, y sus intereses aumentaban y decrecían sus gastos; sin embargo, don Braulio rabiaba por oro, que toda pasión desvariada padece de una sed hidrópica; y su avaricia excedía á los límites de lo posible. Con tamaños contratiempos se arrepintió de su pasada vida, que á sus ojos era una fuente de virtudes; juró no volver á prestar dinero al bajo interés de un 100 por 100; ahogó todos sus instintos de misericordia, que por tal tenia sus negocios, y vino en deseo de moler á todo

ERNESTO

57

infeliz que á sus cajas corriese para salir de apuros. Ya no le bastaba un 100 por 100; porque la moda de tal interés habia cundido prodigiosamente, y no hay prestamista que no siguiese otro tanto, y él deseaba dejar á todos á cien pasos de distancia y sobreponer sus ganancias hasta mas allá de sus deseos. ¡Ay de la viuda que iba á implorar su misericordia, porque habéis de saber que no le bastaba crucificar á un desgraciado; sino que aun exigió de sus victimas una deuda de gratitud, pintándole con sonrosados colores su desprendimiento, su generosidad, su afán por remediar la desgracia! Tal vez los seres felices, que nadan en la abundancia, me tacharán de exagerado



Eusebio.

pero protesto enérgicamente contra semejante calificativo. Detened un momento vuestros dorados carruajes á la puerta de la indigencia; y yo os aseguro que si no sois de acero os han de partir el corazón los ahogados gemidos que al pecho del pobre arrancan la tiranía de la usura. ¿Por qué el legislador no para mientes en esta plaga; por qué no busca medios de curar este hondo mal? Es muy triste ver á la pobreza obligada á pagar á un precio exorbitante el dinero que le sirve para avivar un poco la apagada lámpara de su vida. ¿De qué sirve que nos declaramos hijos de la civilización, porque abrimos nuestras alas y

nos perdemos en el espacio, y dejamos atrás la rapidez del relámpago, y dominamos el rayo hasta hacerle; venir á besar nuestras manos, y hemos encadenado los mares, sino hallamos modo de aliviar la condición física y moral del pobre, nuestro hermano?

CIX.

Don Braulio y Eusebio entretenían el tiempo de modo no muy grato á los deseos del diputado.

—Te has portado, Eusebio.

—Adorado tío, no me echeis en cara gastos que

algun día aplaudirá vuestro corazón, porque han de rendir más provecho á vuestras arcas que las minas de California.

—Muy largo me lo fias, vive Dios y por empresas imaginarias no gusto yo de arrojar al viento mis caudales.

—¡Largo os parece el plazo! Nada de eso. Mañana voy á declararme de oposicion; mi discurso hará palidecer á los ministros y temblar á los bolsistas. Mañana apenas despliegue mis labios, bajan horriblemente los fondos.

Prometo libertad al pueblo, turrón á los codiciosos, bienandanza á todos los partidos, rebaja de contribuciones, aumento de prosperidad general, y mis palabras derribarán las sillas ministeriales á do será llevado en triunfo para inaugurar la nueva era de paz, tranquilidad y progreso.

—Después...

—Después os haceis contratista. Yo ministro; vos empresario... No hay perspectiva mas hermosa, ni ganancia mas cierta, ni empresa mas legítima ni que rinda mas hermosos millones.

—Eso es imaginar á medida del deseo; pero yo que palpo la realidad y no me dejo llevar en alas de ilusiones, te digo: que desde hoy quedas exonerado de todo cargo en mi casa, cuyas puertas te se cierran; y ya sabes que ni ruegos me ablandan, ni promesas me engañan; y lo que yo digo se cumple, sino hacéis de miel y os comerán las moscas; dejad sin castigo estos delitos, y dia vendrá en que el sobrino os pida la bolsa ó la vida.

—Tío, de aquí no me muevo aunque se hunda el mundo. Después que doy lustre á vuestra casa con mi poder y aumento á vuestros negocios con mi nombre; después que en el día de mañana tendréis á vuestra disposición una contrata de paja y cebada, con cuyos artículos engordan los hombres de pro; después que sabréis el secreto de todas las marchas y contramarchas diplomáticas, y podréis despacharos á vuestro sabor en la bolsa, venid ahora con esas salmodias y desbaratad en un momento mis colosales proyectos.

—Proyectiles arrojados á mi cabeza han sido ellos, que no proyectos; lo dicho, dicho; y á quien Dios se lo dé, san Pedro se lo bendiga. Un diputado puede aspirar á un gran destino que le rinda dinero, y le quite trabajo, y ahí está el quid; y si no te ves desamparado, no harás nada; que á buen hambre no hay pan duro; con que así, sobrino mio, despabila tu entendimiento, aguijonea tu voluntad, pide á tus protectores, que ellos, si te necesitan, han de regalarte de grado ó fuerza y cuando te sobre oro y poder acuérdate de lo mucho que has gastado y de las grandes deudas que conmigo tienes contraídas.

—Y me arrojaís á la calle.

—Como dos y dos son cuatro.

—Tío, apuesto á que me dais dinero ahora mismo en buena moneda.

—Trabajo mas difícil que aquellos de Hércules ha de ser ese que te propones.

—Os tengo preso en las redes de un secreto. Se donde para vuestra mujer, aquella rubia de ojos azules, de sonrisa voluptuosa, de palabras dulcísimas; aquella beldad que huyó de vuestros brazos en la noche, que el deseo pintaba con tan hermosos colores, en la noche feliz en que os visteis por su fuga torpemente burlado.

—¡Eusebio!

—Si, mi adorado tío, si. Firmadme un pagaré de 10,000 reales, y vereis cuán pronto os pongo en plena posesion de vuestra propiedad. Y podréis llenar ese deseo que la infame burló, y ser feliz.

Las pasiones de don Braulio se despertaron en tropel alentadas por aquella risueña promesa.

—No te creo.

—Pues bien, no la vereis. Vuestra vida, que podia

pasar como un soplo en suaves goces, pasará como un destierro en el polvo del escritorio. Y no gozareis la lumbrera de aquellos ojos.

—Pides demasiada recompensa para tan corto servicio.

—Pues bien, echaos á buscarla, que ya la encontrareis como si buscarais al Preste Juan.

—Eusebio. Te perdono tus deudas.

—Mis deudas no solo están perdonadas, sino redimidas. En premio de haberme dado unos cuantos azotes, y porque os bautizaron con el nombre de mi tutor, me dejasteis como el gallo de Moron; aun podíais venir á demandar deudas que por exceso os habeis ya cobrado.

—Vamos, sobrino mio, aplácate.

—¿Me dais lo que pido?

—No.

—Pues bien, quedad con Dios; y dia llegará en que os arrepintais de esa negativa.

—Eusebio, Eusebio... gritó don Braulio al ver que se iba el sobrino con el secreto.

—La cantidad, la cantidad.

—No.

—Con la policía me basta para encontrarla.

—Difícil lo veo.

—Toma el pagaré.

—Dadme 5,000 rs. adelantados.

—Tanto no haré.

—Pues con Dios, dijo Eusebio; y cerró tras sí la puerta.

CX.

Al salir Eusebio de su casa topó con Ernesto; en encuentro que no deseaba.

—Ola, mi amigo; doy gracias al cielo de haberte encontrado, que ya se iba dilatando mucho nuestra entrevista, según la cuenta de mi deseo.

—Que me place verte, Ernesto; porque en aquella tu maldita casa jamás tuve espacio para hablarte; tal era el cuidado con que Eugenia evitaba nuestra conversacion.

—Pues cuando te llegó la ocasion hablaste todo lo que te pedía el gusto, sin miramientos; sin discrecion; y esta es la hora en que vas á rendir cuenta de tus palabras y á dar razon de tu conducta. Pero entremos en un café, que no es bien dar comidilla á los curiosos.

Hicieronlo así; y arrellanados en sus asientos comenzó Ernesto á hablar de aquesta manera.

—Indiscreto y aturdido anduviste en tu broma, Eusebio; y muestras diste de que no conocias ni la galantería, ni la educacion. Insultar á una mujer desvalida es espantoso; insultar á sus espaldas y con máscara, es achaque de cobardes. Te escribí una carta y no me contestaste. Conjeturo que no la habrás recibido, porque no te creo tan desalmado que no salgas en defensa de tu ofendido honor.

—Estoyte oyendo, Ernesto, y trabajo me cuesta dar credito á la realidad de lo que está pasando. Tú, tan entendido en leyes caballerescas, no podrás menos de confesar que te rendí un servicio, librándote de la deshonra, y que la mujer cuya fama defiendes, no merece ni una gota de sangre.

—Subterfugios son esos, que te dicta tu pobre corazón. Y al través de tus palabras, echaré de ver que temas á la muerte. Los insultos que prodigaste, fundados ó no, te los has de tragar envueltos en el plomo de una bala; y el servicio que me rendiste, yo te lo agradezco, empenándote en lance propio de tu carácter, y el mas á propósito para mostrar tu rara habilidad en el manejo de las armas.

—No permita Dios que yo contigo, y por estas causas, querido Ernesto, me vea en un lance de honor. Semejante acto repugna á mi corazón, y mal de

mi grado se oponen á su consumacion los lazos del parentesco, que nos unen, y la justicia que me asiste.

—Pobres son tus reparos; y si como arguyes aquí, arguyes en el Parlamento, no te arriendo la ganancia. Los lazos del parentesco no existen, porque nuestros corazones se rechazan. Yo no tengo á nadie en el mundo. Ayer mismo vi morir á mi madre. Hoy he arrojado un poco de polvo sobre su cuerpo. Y mis ojos están secos.

—¡Tú tan sensible!

—La sensibilidad se agota cuando los padecimientos no dan un punto de reposo al corazón. Sin duda alguna Dios nos da la indiferencia para que no sucumbamos bajo el peso del dolor. Pero dejemos esto, que no me place gran cosa entrar en tan ardorosa materia; y elige armas y nombra padrinos.

—No haré tal, por las razones que sabes. Esa tu indiferencia nace, á no dudarlo, de tu despecho. Odias la vida, y la juegas á un albur. Yo soy un diestro tirador, y no admito desafíos que me aseguran una sangrienta y dolorosa victoria.

—Cobarde é infame eres por demás. A los cobardes se les desprecia, y á los infames se les castiga.

—Ten la lengua, Ernesto, que aun no conoces los puntos que tu primo calza.

Y volviéndose á los corrillos que siempre abundan en un café, gritó Ernesto.

—Caballeros.

Todos convirtieron los ojos á do estaban nuestros dos jóvenes.

—Este hombre, dijo Ernesto, es un cobarde; y en prueba de ello verán Vds. con qué impasibilidad recibe estos bofetones.

Y diciendo y haciendo, le sacudió al joven el polvo de lo lindo. Eusebio hizo una resistencia, pasiva y turbado, asarandeado, alargó una tarjeta.

—Sé tu casa, contestó Ernesto. Mañana iré á buscarle. A las diez.

La justicia se deja en manos de una lucha. Ese es el desafío. La habilidad puede vencer á la inocencia. Pero estamos obligados á reverenciar las leyes convencionales de una sociedad. Los duelos en la edad media eran menos bárbaros que en los siglos presentes. Diré por qué. Una errónea creencia los justificaba. Los caballeros creían que el juicio de Dios embotaba las espadas de los culpables, y abría camino al inocente para llegar hasta el corazón de su contrario. En nuestras costumbres actuales espantan poco los duelos. Suelen empezar con golpes, y concluir con almuerzos. Tampoco es un juicio, porque las mas veces ninguno de los contendientes tiene razon.

CXI.

D. Pedro de Urgel estaba bastante aliviado. Las dulces palabras de María le convencieron de que aquel torpe anónimo era una burla sangrienta y una criminal calumnia. Pero la infeliz María se vió bien pronto presa de la mas espantosa miseria. Llevó sus vestidos al Monte de piedad, y le dijeron que por su poco valor no podian admitirse en prenda de empeño. El Monte de Piedad es para los ricos. Los pobres en el día de un apuro van á llevar las sábanas de su cama ó los trajes de su vestir, á aquel piadosísimo monte, y se encuentran con que tales prendas no se admiten, porque son insignificantes.

De modo que solo los que tienen buenas alhajas encuentran entrañas en el establecimiento. Si por fortuna algun infeliz tiene un trapo de algun valor, sabe que se lo han de tasar en tan poco que para nada le sirve el despenarse por el Monte. Esos establecimientos no se han de fundar en el lucro. Si su objeto es aliviar la desgracia, no pueden llenar su objeto, sino elevándose sobre toda especulacion. Así com-

prendemos que se le diera el nombre que hemos convenido en darle á esa pena. Pero cuando vemos salir á los infelices con el pecho oprimido y los ojos llorosos de un establecimiento benéfico, no podemos menos de clamar contra el abuso de insultar así á la desgracia. ¿Por qué se dice que tenemos Monte de Piedad, cuando no se perdona el interés, ni se reciben prendas de poco valor, ni se tasán estas sino en bajos precios, ni se abre mas que ciertos días, ni en fin, se remedian allí nada mas que los apuros de las gentes acomodadas? Esa es la causa de que los pobres prefieran las arcas de un usurero al Monte de Piedad. Un usurero les admite toda clase de prendas, aunque las estime en poco; y exige un interés exorbitante. ¿Pero cómo han de pararse en los intereses que han de pagar los que no tienen pan para aquel día? Tememos mucho habernos excedido. Nuestro deseo es que se mejore la condicion del pueblo por cuantos medios estén á nuestro alcance. Los que no tenemos para el pobre mas que una mal cortada pluma, cumplimos con nuestra conciencia, poniéndola á su servicio.

CXII.

Antonio para no dar pábulo á la maledicencia, se aposentó en la casa de María en un elevadísimo caramanchon, donde ni siquiera penetraba un benéfico rayo de sol. Bajo era el techo de aquella su caverna, negras las paredes, angosta su humeada ventana, lleno de hoyos el suelo y de rendijas la puerta, fria como los picos del puerto, tristísima como vivienda donde nace su habitacion la desgracia. Y allí estaba aquel hombre generoso, sin pan con que alimentar su desfallecido cuerpo, sin trabajo que le proporcionase algun alivio, sin mas cama que una estera, sin mas luz que un mustio resplandor del día y alguna solitaria estrella por la noche, desesperado de su condicion y dolorido al ver que nada valian sus fuerzas para remediar las desgracias de la infeliz María. Embebido en sus dolores estaba, cuando penetró llorosa María en aquel cuarto.

—¿Qué tenéis? le preguntó Antonio con timidez y recogimiento.

—Un dolor indecible. Mi padre malo; mi trabajo ninguno; mis prendas inútiles; mis fuerzas menguadas....

—¡Oh! He ido buscando trabajo, María, y nada he encontrado que fuese parte á mejorar nuestra suerte. Si fuera otro, se hubieran cerrado todas las puertas á mi esperanza. He recorrido los memorialistas, y me han dicho que diera en prenda una peseta. Si la hubiera tenido, no estaria hoy de ayuno. Pero no desesperes; yo creo que mañana encontraré trabajo con un albañil que conocí en el Sitio, y cuya amistad me dará tres ó cuatro reales diarios que podrán servir de algun alivio á nuestra desgracia.

—Pues mira, Antonio; ahí te entrego ese pequeño retrato de mi madre, engarzado en perlas y oro. Ve, y entrégalo al primer prestamista que encuentres. Es la única prenda que del amor de mi madre me resta. No puedo separarme de ella sin dolor. ¡A cuántas profanaciones nos obliga nuestra desgracia! Para el pobre nada hay sagrado. Ni siquiera le es dado guardar las reliquias de sus padres. ¡Oh, madre, madre mia! Ese tu mirar que tanto me anima, va á quedar eclipsado para siempre á mis ojos, que en vano buscarán sobre la tierra la sombra de tu imagen! Tener que empeñar el retrato de mi madre, es triste necesidad de la miseria. Si algun día no puedo redimirte, te arrancarán esas perlas, ese oro, y acaso arrojarán á un muladar tan hermoso rostro. ¡Madre mia! y la infeliz lloraba con tan lastimada voz y tan sentido acento, que Antonio no podia contener el torrente de sus propias lágrimas.

—Vamos, María, no desmayemos. Tras estos días

de luto otros vendrán de dicha. El dolor no es dolor, sino en cuanto nosotros queremos que lo sea. Si levantáramos la frente sin recelo de lo que pasa á nuestro alrededor, seríamos como los cedros del Líbano, que ni el rayo los hiere, ni el huracán los conmueve. El no tener hoy un pedazo de pan con que alimentarnos, no debe ser causa de tanta lágrima, de tanto sollozo. Tal vez mañana tengamos de sobra lo que hoy echamos de menos. La suerte es varia, universal la desgracia; nuestros mezquinos dolores no merecen el tributo de una lágrima. Vuestro padre se ha salvado de la horrible enfermedad que le amagaba. ¿Qué mas podemos desear?

—Anda, Antonio, ve pronto á remediar nuestros males.

Y María sin mirar el retrato; conmovida lleno el pecho de dolores y los ojos de lágrimas, tomó el camino de su habitación por la estrecha escalera que subía al caramanchon de Antonio.

El pobre ex-ayuda de cámara iba haciendo para su sayo las siguientes reflexiones, mientras caminaba al acaso en busca de un prestamista.

La desgracia es la reina del universo. Todos los que pasan llevan oculto en su pecho un irrealizable deseo que les atormenta y hace su desgracia.

Yo no tengo pan y estoy hambriento. Ese magnate que pasa, tal vez ande desganado y sin gusto, teniendo las arcas llenas y los placeres sobrados.

Unos padecen de deseos, otros de hastío; pero todos padecen. Ese es el único consuelo que nos resta.

María tiene razon. Para el pobre no hay dignidad, no hay nada. Es el esclavo de las antiguas sociedades. No le ata, ni le castiga un señor; pero le ata y castiga el hambre: despota de los déspotas. En cambio ha conquistado una libertad ilimitada, envidiable; la libertad de morirse por hambre. En vano buscaremos trabajo. Las mas veces no hay en qué emplearse. ¿Qué costaría á esos magnates poderosísimos formar una sociedad destinada á dar trabajo al que carece de él? Al fin y al cabo suyo será el provecho y nuestra la fatiga. El magnate para levantar una casa emplea sus caudales. Nosotros empleamos nuestras fuerzas, nuestro sudor. Al poderoso le rinde su capital poderosos intereses. A nosotros nos rinde nuestro trabajo unos cuartos para pasar un día de amargura mas en este triste y amarguísimo mundo, llegó á casa del usurero.

Al entrar vió un concurso numerosísimo de gentes que aguardaban audiencia. Los unos llevaban capas rolladas en el brazo; los otros lios de ropa; y á este tenor todos con las caras macilentas y los ojos nublados aguardaban el instante de abandonar sus prendas y recibir en cambio algun dinero. Despues de esperar largo espacio de tiempo se abrió una puerta y salieron varias personas tan tristes como las que en las antecámaras hemos visto.

Una voz agria anunció que todos los que esperaban podían entrar; y en efecto entraron á una habitación donde sentado á una mesa se hallaba un hombre tan feo como la usura. Era don Braulio.

—¡Mi viudedad! exclamó una desolada señora.

—Por espacio de ocho años habeis perdido todo derecho á ella.

—Me moriré de hambre.

El usurero se encogió de hombros y la viuda dió rienda suelta á su dolor.

—¡Señora! Si no teneis mas que hacer, estais de mas; y no griteis así; porque me duele la cabeza.

Al pobre Antonio una se le iba y otra se le venia como decirse suele. El corazon no le cabia en el pecho y tentaciones le daban de aplastar con sus puños aquella deforme cabeza.

—¡Esta capa! dijo un jóven.

—Miróla y remiróla el usurero y diciendo: Dos duros se dan por su empeño.

—Y me costó veinte y cinco y no se ha usado.

—Si no quereis, con dejarlo estar todo se remedia. No parece sino que cada prenda valga un mundo, y mi dinero no sea dinero.

—Vengo á ver cuánto importa, exclamó un hombre, el interés mensual que á V. rinden cuatro duros dados por razon de empeño.

—Rinde dos duros mensuales.

—¿Estais en vuestro juicio?

—Afortunadamente jamás he perdido por nada del mundo el seso.

Por fin llegó su turno á nuestro Antonio. Quedóse solo con el feroz usurero. El dolor de los desgraciados y la impiedad de aquel mónstruo llenaron de amargura el generoso corazon de Antonio. ¿Quién no se indigna al ver á la avaricia explotando con tal descaro la miseria.

—Vengo á empeñar este retratito cuajado de perlas y engarzado en oro; pero vengo con el firme y decidido propósito de exigir su justo valor y hacer rebajar tambien el disparatado y criminal interés que exigis por estas pobres prendas que á vuestra casa trae forzada de su necesidad la miseria.

—Altanero venis; y no es modo ese de empeñar mi solicitud en vuestro socorro.

—Es tristísima esa solicitud y amarguísimo ese socorro. Por lo que andais solicito es por llenar vuestras arcas y si algo socorreis es la devoradora sed de riqueza que os aqueja. Desnudaís á los pobres de las ropas que los cubren y aun pedís que se os bese la mano como si derramárais muchos bienes sobre la desgracia.

—No es aquesta ocasion para entretenernos en vanos discursos y no estoy aquí para oír denuestos, sino para curar males. Sin mi, el hambre haria diariamente innumerables victimas. Veamos esa prenda.

Antonio alargó con desconfianza á don Braulio el retrato.

—¡Calla! dijo mirándolo con sombrío estopor. ¡Esta cara! ¡Esta alhaja! ¿Os pertenece esto?

—No hay para qué decir si me pertenece.

—Habeis robado este retrato.

—Estais apurando mi paciencia y nadie ha jugado impunemente conmigo.

—Pues decidme de dónde traeis esta alhaja.

—¿Os pregunto yo de dónde traeis vuestro dinero?

—Pues bien, tomad ocho duros.

—¡Ocho duros! Estais loco. ¡Ocho duros! No veis tal en mis dias. El oro encerrado en su marco; las perlas que lo adornan valen un reino. Se conoce que acostumbrado á mirar el oro propio, no echais de ver esplendor alguno en el oro ajeno. Pero ó me dais lo que os pida por la alhaja ó de aquí no salgo, sin que os cueste cara mi salida. Al fin, de hambre he de morir, con que poco me importa la vida.

—¿Qué decis?

—Que vuestros crímenes están pidiendo justicia, y á veces Dios se cansa y envia brazos encargados de quebrantar la frente de los criminales.

—¿Y será el vuestro?

—No le considerais bastante fuerte para aplastar esa cabeza?

El usurero dió un grito agudísimo. Estaba solo con aquel hombre y temia mucho ser víctima de su justa venganza.

—¿Gritais, y quereis que un grito descompasado, me mueva á compasion? Cuando la viuda se arrastra á vuestros piés; macilenta, desfallecida, pidiéndoos el pan de sus huérfanos; cuando la esposa que ve á su compañero postrado en el lecho de muerte, os demanda una lágrima de compasion, un aliento de misericordia; cuando el pobre se desnuda para colgar en estas sombrías paredes su vestidura, despojo de esa insaciable avaricia; ¿prestais por ventura oído á sus sollozos, á su dolor, á su desesperacion? ¿Y quereis

que ese grito arrancado por el temor á una muerte cierta y vengadora, me conmueve, como si en mi pecho no hubiese fe ni amor á la justicia? Yo he visto aquí escenas horribles; he visto dolorosas lágrimas; he oído amargos ayes; y mi corazon latia indignado contra vos; que como el genio de la muerte heris sin compasion; sin remordimiento á los infelices que no tienen poder para defenderse.

—¿Tendriais valor para cometer un crimen?

—¿Es crimen matar al que intenta arrancar la vida á un infeliz con el puñal en la mano? Y vos que chupais la sangre del pobre, basta hacerle morir de hambre; vos pedis misericordia y juzgais como crimen vuestra muerte. ¿Es crimen pisotear su inmundo reptil? ¿Y vos que habeis apagado el soplo de humanidad que Dios os infundió, quereis tener mas derechos á la consideracion de los hombres que un animal despreciable, pero inofensivo?

—Si creéis que obro mal, abiertas tiene sus puertas la justicia; acusadme.

—No gusto yo de acusaciones. Cuando mi inteligencia está convencida de una verdad, me parece poca cosa la autoridad de los hombres. ¿Haría algo un juez que no sepa hacer yo? Tal vez os condenaria con arreglo á leyes nacidas del enfermo entendimiento de un hombre. Yo os puedo condenar con arreglo al código eterno de justicia que Dios inspira á todas las conciencias. La miopía justicia humana necesita declaraciones, autos; yo, nada necesito. He visto el hambre, la miseria, la muerte saliendo de vuestra boca, como si salieran del infierno.

—Pero mi dinero no remedia una desgracia.

—No, ahonda mas y mas el abismo de la miseria.

—¿No es mas criminal que yo el potentado que ve indiferente morir de hambre á un pobre?

—No; porque al fin, si no le ayuda, tampoco le roba. Vos les dais un poco de veneno para que la vida les sea mas penosa y la muerte mas amarga. ¡Vuestro dinero! No puede ser propiedad el oro arrancado á la miseria en el potro del tormento. No puede ser propiedad el sudor del pobre, caído, gota á gota como otras tantas maldiciones sobre vuestras arcas. Estamos solos. Nadie nos escucha, la hora de empeño ha pasado y no vendrán mas infelices á llamar á vuestra puerta. Por aquí no se oye un rumor que demuestre haber persona humana en esta maldita vivienda. Yo soy un ser aislado. No espero felicidad en la vida; ni una lágrima en la muerte. Desprecio á los poderosos; pero soy todo de los desgraciados. Ahora mismo vais á decirme el capital con que contais y designarme los infelices á quien pertenece, ó sino apercibios á morir.

—Sois un ladrón, gritó don Braulio, esforzando la voz cuanto pudo para ver si la palabra ladrón podria traerle algun socorro. Estaba solo; porque el egoismo ni aun sombra que le acompañe tiene. Los remordimientos se levantaban en tropel allá en el oscuro fondo de su conciencia. ¡Ah! El hombre sin virtud que le anime, sin pasiones que le sustenten, sin religion que le una á lo infinito como la misteriosa cadena de las armonías enlaza y sostiene los astros en los espacios, sin altas ideas que den colores á su inteligencia, fuego á su corazon, sin el amor á la humanidad, que es el primero de los deberes y el mas sublime de los goces, es como un fantasma vaporoso perdido en lo vacío.

Así en aquel supremo instante luchaba y reluchaba en su conciencia y maldecia el instante en que pudo pasarle por las mientes la terrible idea de quedarse solo en medio de una sociedad donde tantos males habia ocasionado, y tantas desgracias debian, como lógica conclusion acarrearle esos males: que siempre va en pos del delito su castigo.

Don Braulio pensó en deslumbrar á su inflexible juez con el resplandeciente brillo del oro, pues en su sórdida y horrible avaricia, no comprendia que hu-

bera en el mundo almas capaces de menospreciar las riquezas, por cuya adquisicion habia apreciado en poco la virtud y dádose al crimen sin remordimiento.

Acercóse, como la astuta serpiente, al desgraciado jóven, y le dijo.

—Si desistes de tus propósitos un mundo de oro brotará á tus plantas.

—Castigar el crimen es ahogar el crimen, y ahogar el crimen es deber de todo hombre. Ni siquiera, me asegurais el arrepentimiento, insensato, y creéis salvaros, haciéndome vuestro cómplice.

—No, mis riquezas son legítimas. La Justicia humana jamás podrá arrebatarlas.

—Hé ahí mi pensamiento, donde no alcanza la vara de la Justicia humana, alcanza el invisible brazo de la Providencia divina. Dios me ha escogido para castigaros: que pesa mucho vuestra vida, remordimiento de la tierra.

—¡Oh! Mira, me has traído la felicidad. Habla, y verás como este hombre, que te espanta por sus crímenes, se convierte en un ser virtuoso, pronto á dar su vida por el bien de sus semejantes, pues ese retrato es un venturoso recuerdo de amor, que me enajena es de ella....

—¿De quién? preguntó con ansiedad Antonio.

—De María, de mi esposa.

—Antonio crispó los puños, como si le poseyera una horrible desesperacion. Lanzóse sobre aquel asqueroso ser, y cogiéndole con fuerza del brazo, le arrastró hasta una ventana, y al pálido resplandor, que penetraba á través de los opacos vidrios, vió aquel rostro horrible por naturaleza, y mas horrible aun por el tinte, que el miedo esparcia en sus desenajadas facciones.

—¡Vos su esposo! vos pudisteis deslizaros en un corazon dado á la virtud; vos empañasteis con ponzoñoso aliento aquella pura frente, do se reflejan los cielos, vos, entregasteis á la miseria, á la desesperacion un ángel nacido para el amor, para el cielo, vos, sin considerar que el corazon no puede obedecer la voz de la voluntad, asesinasteis con la deshonra á un anciano, con la desgracia á una jóven, vos, por estos crímenes, que ponen espanto en su mente, dolor en el ánimo, debeis á Dios una cruel expiacion.

Y tomando, entre sus manos, la cabeza de don Braulio, como si quisiera aplastarla, dió con su cuerpo en tierra, y con fuerza tal, y tanta, le obligó á que golpease el suelo con la frente, que á los pocos minutos, herido, lleno de sangre, parecia próximo á espirar en horrible agonía; perdiendo, tan intenso era su dolor, el sentido.

Antonio, se lanzó, como herido de súbito pensamiento, sobre una caja, donde habia visto depositar á don Braulio billetes de banco, tomóla al par del libro de cuentas, y salió de la casa exclamando: «Con esto me basta para salvar á los desgraciados, que hayan perdido su felicidad en manos de ese hombre.» En efecto allí se encerraba casi toda la fortuna del miserable usurero. Con el libro de cuentas se propuso conocer los nombres y habitaciones de los seres desposeídos de todo lo necesario por la infame usura; con los billetes de banco socorrer solitario á su desgracia.

Estos dos pensamientos le sonreian; sin que le dejasen tiempo para pensar, si habia cometido ó no un crimen.

CXIII.

Don Braulio no habia muerto. Su agonía era lenta. El fresco de la noche, que por una ventana penetraba, le devolvió el sentido; para que reconociese á la muerte. Pesábale con horrible pesadumbre la cabeza; y se le habia la lengua pegado al seco paladar. No respiraba; gemia; sus ojos se nublaban con nubes de sangre.

de luto otros vendrán de dicha. El dolor no es dolor, sino en cuanto nosotros queremos que lo sea. Si levantáramos la frente sin recelo de lo que pasa á nuestro alrededor, seríamos como los cedros del Líbano, que ni el rayo los hiere, ni el huracán los conmueve. El no tener hoy un pedazo de pan con que alimentarnos, no debe ser causa de tanta lágrima, de tanto sollozo. Tal vez mañana tengamos de sobra lo que hoy echamos de menos. La suerte es varia, universal la desgracia; nuestros mezquinos dolores no merecen el tributo de una lágrima. Vuestro padre se ha salvado de la horrible enfermedad que le amagaba. ¿Qué mas podemos desear?

—Anda, Antonio, ve pronto á remediar nuestros males.

Y María sin mirar el retrato; conmovida lleno el pecho de dolores y los ojos de lágrimas, tomó el camino de su habitación por la estrecha escalera que subía al caramanchón de Antonio.

El pobre ex-ayuda de cámara iba haciendo para su sayo las siguientes reflexiones, mientras caminaba al acaso en busca de un prestamista.

La desgracia es la reina del universo. Todos los que pasan llevan oculto en su pecho un irrealizable deseo que les atormenta y hace su desgracia.

Yo no tengo pan y estoy hambriento. Ese magnate que pasa, tal vez ande desganado y sin gusto, teniendo las arcas llenas y los placeres sobrados.

Unos padecen de deseos, otros de hastío; pero todos padecen. Ese es el único consuelo que nos resta.

María tiene razón. Para el pobre no hay dignidad, no hay nada. Es el esclavo de las antiguas sociedades. No le ata, ni le castiga un señor; pero le ata y castiga el hambre: despota de los déspotas. En cambio ha conquistado una libertad ilimitada, envidiable; la libertad de morirse por hambre. En vano buscaremos trabajo. Las mas veces no hay en qué emplearse. ¿Qué costaría á esos magnates poderosísimos formar una sociedad destinada á dar trabajo al que carece de él? Al fin y al cabo suyo será el provecho y nuestra la fatiga. El magnate para levantar una casa emplea sus caudales. Nosotros empleamos nuestras fuerzas, nuestro sudor. Al poderoso le rinde su capital poderosos intereses. A nosotros nos rinde nuestro trabajo unos cuartos para pasar un día de amargura mas en este triste y amarguísimo mundo, llegó á casa del usurero.

Al entrar vió un concurso numerosísimo de gentes que aguardaban audiencia. Los unos llevaban capas rolladas en el brazo; los otros lios de ropa; y á este tenor todos con las caras macilentas y los ojos nublados aguardaban el instante de abandonar sus prendas y recibir en cambio algun dinero. Despues de esperar largo espacio de tiempo se abrió una puerta y salieron varias personas tan tristes como las que en las antecámaras hemos visto.

Una voz agria anunció que todos los que esperaban podían entrar; y en efecto entraron á una habitación donde sentado á una mesa se hallaba un hombre tan feo como la usura. Era don Braulio.

—¡Mi viudedad! exclamó una desolada señora.

—Por espacio de ocho años habeis perdido todo derecho á ella.

—Me moriré de hambre.

El usurero se encogió de hombros y la viuda dió rienda suelta á su dolor.

—¡Señora! Si no teneis mas que hacer, estais de mas; y no griteis asi; porque me duele la cabeza.

Al pobre Antonio una se le iba y otra se le venia como decirse suele. El corazon no le cabia en el pecho y tentaciones le daban de aplastar con sus puños aquella deforme cabeza.

—¡Esta capa! dijo un jóven.

—Miróla y remiróla el usurero y diciendo: Dos duros se dan por su empeño.

—Y me costó veinte y cinco y no se ha usado.

—Si no quereis, con dejarlo estar todo se remedia. No parece sino que cada prenda valga un mundo, y mi dinero no sea dinero.

—Vengo á ver cuánto importa, exclamó un hombre, el interés mensual que á V. rinden cuatro duros dados por razon de empeño.

—Rinde dos duros mensuales.

—¿Estais en vuestro juicio?

—¡Afortunadamente jamás he perdido por nada del mundo el seso.

Por fin llegó su turno á nuestro Antonio. Quedóse solo con el feroz usurero. El dolor de los desgraciados y la impiedad de aquel monstruo llenaron de amargura el generoso corazon de Antonio. ¿Quién no se indigna al ver á la avaricia explotando con tal descaro la miseria.

—Vengo á empeñar este retratito cuajado de perlas y engarzado en oro; pero vengo con el firme y decidido propósito de exigir su justo valor y hacer rebajar tambien el disparatado y criminal interés que exigis por estas pobres prendas que á vuestra casa trae forzada de su necesidad la miseria.

—¡Altanero venis; y no es modo ese de empeñar mi solicitud en vuestro socorro.

—Es tristísima esa solicitud y amarguísimo ese socorro. Por lo que andais solícito es por llenar vuestras arcas y si algo socorreis es la devoradora sed de riqueza que os aqueja. Desnudaís á los pobres de las ropas que los cubren y aun pedís que se os bese la mano como si derramárais muchos bienes sobre la desgracia.

—No es aquesta ocasion para entretenernos en vanos discursos y no estoy aquí para oír denuestos, sino para curar males. Sin mi, el hambre haria diariamente innumerables victimas. Veamos esa prenda.

Antonio alargó con desconfianza á don Braulio el retrato.

—¡Calla! dijo mirándolo con sombrío estorpe. ¡Esta cara! ¡Esta alhaja! ¿Os pertenece esto?

—No hay para qué decir si me pertenece.

—Habeis robado este retrato.

—Estais apurando mi paciencia y nadie ha jugado impunemente conmigo.

—Pues decidme de dónde traeis esta alhaja.

—¿Os pregunto yo de dónde traeis vuestro dinero?

—Pues bien, tomad ocho duros.

—¡Ocho duros! Estais loco. ¡Ocho duros! No veis tal en mis dias. El oro encerrado en su marco; las perlas que lo adornan valen un reino. Se conoce que acostumbrado á mirar el oro propio, no echais de ver esplendor alguno en el oro ajeno. Pero ó me dais lo que os pida por la alhaja ó de aquí no salgo, sin que os cueste cara mi salida. Al fin, de hambre he de morir, con que poco me importa la vida.

—¿Qué decis?

—Que vuestros crímenes están pidiendo justicia, y á veces Dios se cansa y envia brazos encargados de quebrantar la frente de los criminales.

—¿Y será el vuestro?

—No le considerais bastante fuerte para aplastar esa cabeza?

El usurero dió un grito agudísimo. Estaba solo con aquel hombre y temia mucho ser víctima de su justa venganza.

—¿Gritais, y quereis que un grito descompasado, me mueva á compasion? Cuando la viuda se arrastra á vuestros piés; macilenta, desfallecida, pidiéndoos el pan de sus huérfanos; cuando la esposa que ve á su compañero postrado en el lecho de muerte, os demanda una lágrima de compasion, un aliento de misericordia; cuando el pobre se desnuda para colgar en estas sombrías paredes su vestidura, despojo de esa insaciable avaricia; ¿prestais por ventura oído á sus sollozos, á su dolor, á su desesperacion? ¿Y quereis

que ese grito arrancado por el temor á una muerte cierta y vengadora, me conmueve, como si en mi pecho no hubiese fe ni amor á la justicia? Yo he visto aquí escenas horribles; he visto dolorosas lágrimas; he oído amargos ayes; y mi corazon latia indignado contra vos; que como el genio de la muerte heris sin compasion; sin remordimiento á los infelices que no tienen poder para defenderse.

—¿Tendriais valor para cometer un crimen?

—¿Es crimen matar al que intenta arrancar la vida á un infeliz con el puñal en la mano? Y vos que chupais la sangre del pobre, hasta hacerle morir de hambre; vos pedis misericordia y juzgais como crimen vuestra muerte. ¿Es crimen pisotear su inmundo reptil? ¿Y vos que habeis apagado el soplo de humanidad que Dios os infundió, quereis tener mas derechos á la consideracion de los hombres que un animal despreciable, pero inofensivo?

—Si creéis que obro mal, abiertas tiene sus puertas la justicia; acusadme.

—No gusto yo de acusaciones. Cuando mi inteligencia está convencida de una verdad, me parece poca cosa la autoridad de los hombres. ¿Haria algo un juez que no sepa hacer yo? Tal vez os condenaria con arreglo á leyes nacidas del enfermo entendimiento de un hombre. Yo os puedo condenar con arreglo al código eterno de justicia que Dios inspira á todas las conciencias. La miopía justicia humana necesita declaraciones, autos; yo, nada necesito. He visto el hambre, la miseria, la muerte saliendo de vuestra boca, como si salieran del infierno.

—Pero mi dinero no remedia una desgracia.

—No, ahonda mas y mas el abismo de la miseria.

—¿No es mas criminal que yo el potentado que ve indiferente morir de hambre á un pobre?

—No; porque al fin, si no le ayuda, tampoco le roba. Vos les dais un poco de veneno para que la vida les sea mas penosa y la muerte mas amarga. ¡Vuestro dinero! No puede ser propiedad el oro arrancado á la miseria en el potro del tormento. No puede ser propiedad el sudor del pobre, caído, gota á gota como otras tantas maldiciones sobre vuestras arcas. Estamos solos. Nadie nos escucha, la hora de empeño ha pasado y no vendrán mas infelices á llamar á vuestra puerta. Por aquí no se oye un rumor que demuestre haber persona humana en esta maldita vivienda. Yo soy un ser aislado. No espero felicidad en la vida; ni una lágrima en la muerte. Desprecio á los poderosos; pero soy todo de los desgraciados. Ahora mismo vais á decirme el capital con que contais y designarme los infelices á quien pertenece, ó sino apercibios á morir.

—Sois un ladrón, gritó don Braulio, esforzando la voz cuanto pudo para ver si la palabra *ladrón* podria traerle algun socorro. Estaba solo; porque el egoismo ni aun sombra que le acompañe tiene. Los remordimientos se levantaban en tropel allá en el oscuro fondo de su conciencia. ¡Ah! El hombre sin virtud que le anime, sin pasiones que le sustenten, sin religion que le una á lo infinito como la misteriosa cadena de las armonías enlaza y sostiene los astros en los espacios, sin altas ideas que den colores á su inteligencia, fuego á su corazon, sin el amor á la humanidad, que es el primero de los deberes y el mas sublime de los goces, es como un fantasma vaporoso perdido en lo vacío.

Así en aquel supremo instante luchaba y reluchaba en su conciencia y maldecia el instante en que pudo pasarle por las mientes la terrible idea de quedarse solo en medio de una sociedad donde tantos males habia ocasionado, y tantas desgracias debian, como lógica conclusion acarrearle esos males: que siempre va en pos del delito su castigo.

Don Braulio pensó en deslumbrar á su inflexible juez con el resplandeciente brillo del oro, pues en su sórdida y horrible avaricia, no comprendia que hu-

iera en el mundo almas capaces de menospreciar las riquezas, por cuya adquisicion habia apreciado en poco la virtud y dádose al crimen sin remordimiento.

Acercóse, como la astuta serpiente, al desgraciado jóven, y le dijo.

—Si desistes de tus propósitos un mundo de oro brotará á tus plantas.

—Castigar el crimen es ahogar el crimen, y ahogar el crimen es deber de todo hombre. Ni siquiera, me asegurais el arrepentimiento, insensato, y creéis salvaros, haciéndome vuestro cómplice.

—No, mis riquezas son legítimas. La Justicia humana jamás podrá arrebatarlas.

—Hé ahí mi pensamiento, donde no alcanza la vara de la Justicia humana, alcanza el invisible brazo de la Providencia divina. Dios me ha escogido para castigaros: que pesa mucho vuestra vida, remordimiento de la tierra.

—¡Oh! Mira, me has traído la felicidad. Habla, y verás como este hombre, que te espanta por sus crímenes, se convierte en un ser virtuoso, pronto á dar su vida por el bien de sus semejantes, pues ese retrato es un venturoso recuerdo de amor, que me enajena es de ella....

—¿De quién? preguntó con ansiedad Antonio.

—De María, de mi esposa.

—Antonio crispó los puños, como si le poseyera una horrible desesperacion. Lanzóse sobre aquel asqueroso ser, y cogiéndole con fuerza del brazo, le arrastró hasta una ventana, y al pálido resplandor, que penetraba á través de los opacos vidrios, vió aquel rostro horrible por naturaleza, y mas horrible aun por el tinte, que el miedo esparcia en sus desenajadas facciones.

—¡Vos su esposo! vos pudisteis deslizaros en un corazon dado á la virtud; vos empañasteis con ponzoñoso aliento aquella pura frente, do se reflejan los cielos, vos, entregasteis á la miseria, á la desesperacion un angel nacido para el amor, para el cielo, vos, sin considerar que el corazon no puede obedecer la voz de la voluntad, asesinasteis con la deshonra á un anciano, con la desgracia á una jóven, vos, por estos crímenes, que ponen espanto en su mente, dolor en el ánimo, debeis á Dios una cruel expiacion.

Y tomando, entre sus manos, la cabeza de don Braulio, como si quisiera aplastarla, dió con su cuerpo en tierra, y con fuerza tal, y tanta, le obligó á que golpease el suelo con la frente, que á los pocos minutos, herido, lleno de sangre, parecia próximo á espirar en horrible agonía; perdiendo, tan intenso era su dolor, el sentido.

Antonio, se lanzó, como herido de súbito pensamiento, sobre una caja, donde habia visto depositar á don Braulio billetes de banco, tomóla al par del libro de cuentas, y salió de la casa exclamando: «Con esto me basta para salvar á los desgraciados, que hayan perdido su felicidad en manos de ese hombre.» En efecto allí se encerraba casi toda la fortuna del miserable usurero. Con el libro de cuentas se propuso conocer los nombres y habitaciones de los seres desposeídos de todo lo necesario por la infame usura; con los billetes de banco socorrer solitario á su desgracia.

Estos dos pensamientos le sonreian; sin que le desajasen tiempo para pensar, si habia cometido ó no un crimen.

CXIII.

Don Braulio no habia muerto. Su agonía era lenta. El fresco de la noche, que por una ventana penetraba, le devolvió el sentido; para que reconociese á la muerte. Pesábale con horrible pesadumbre la cabeza; y se le habia la lengua pegado al seco paladar. No respiraba; gemia; sus ojos se nublaban con nubes de sangre.

quiso incorporarse; pero la debilidad le ató á la tierra. Aquejábale devoradora sed, y solo tenía para apagarla, su sangre. El duro suelo era bien despiadado para su cuerpo; y espeso polvo se había pegado á su herida; acrecentando su martirio. Arriastrabase como la culebra, de la cual tuvo la astucia; y hería el suelo con las uñas como la hiena; cuya ferocidad es de poca monta, comparada con la ferocidad del usurero. Renegaba de la naturaleza para él tan despiadada; de los hombres, objeto eterno de sus iras; y hasta de Dios; refugio y consuelo del que huye del mundo y de los hombres.

Al verse sin amparo en su dolor se crisparon sus miembros; adquiriendo tal fuerza, que fue parte para levantarse de su postración; mas al querer dar un paso, volvió á caer sobre el pavimento; lastimándose dolorosamente; y dando nueva intensidad al dolor de sus heridas.

A un lado estaba su sangre coagulada, al otro corría líquida, y ennegrecida; formando en algunos puntos negruzcos remansos.

Entonces conoció que su muerte era indudable; y quiso alzar la voz; pero el pecho le negó aire; y auxilió la garganta. Amarga soledad le acompañaba. Ni tenía con él una mano amiga que le estancase la sangre; ni oía un sollozo que le ayudase á sobrellevar el peso de su triste suerte. Su viciada naturaleza reveló todo lo que tenía de humana en el instante; en que la humanidad solo es dolor. Volvió á pugnar por alzarse. ¿Mas qué podía esperar? Sus ojos estaban faltos de luz; la inteligencia se apagaba en su frente; sus pulmones no podían recorrer un aliento de aire; ni sus labios murmurar un quejido.

Era la agonía espantosa; que precede á la muerte de un criminal. Los males que había hecho, se levantaron en trópel ante su espíritu; burlándose de sus congajas. Le parecía que las lágrimas de una viuda caían sobre sus heridas; arrancando nuevos dolores á su desfallecido cuerpo. En estos momentos vió dibujarse en la pared la sombra de una mujer hermosísima. Suelto el cabello; pálidas las mejillas; mostrando el corazón, que brotaba raudales de sangre. Era María. Aquella aparición colmó sus remordimientos. Aquella sangre fue el único brevaie concedido á su devoradora sed; y se abrevaba en ella como si fuera el néctar de la vida; pero aquel imaginario licor cual plomo derretido; canceraba su pecho, y sus entrañas. No podía sufrir mas; que también hay límites para los sufrimientos; y una vez excedidos, la naturaleza cae rendida en brazos de la muerte.

Don Braulio dolorido por sus heridas, desesperado con sus ideas, perseguido por sus remordimientos, atenaceado por su dolor, deseó la muerte con vivas ansias; y como si el tormento pudiera llenar su desvariado deseo; cogió con ambas manos un pequeño taburete, y rugiendo rabioso golpeóse con una de sus puntas la destrozada frente; pero las fuerzas le abandonaban, y no pudiendo maltratarse mas, clavó furioso las uñas en las profundas llagas, y espiró.

CXIV.

No sé por qué mis ojos se han fijado en esa palabra «*espiró*» que corona el capítulo anterior. La muerte es fascinadora como la serpiente. Sus fauces abiertas á nuestros piés siempre, son el abismo, á donde van á parar todas las emanaciones de nuestro ser. El amor, es olvido; la felicidad, humo; la vida, sueño; la gloria, ilusión; lo pasado, nada; y nada lo porvenir; ó mejor dicho; todo es muerte. Reina de los mundos, recostada sobre el espacio, cuenta las palpaciones del corazón de la humanidad, los destellos de la corona de los astros. Encerrada la muerte en todos los misterios, es el secreto de la naturaleza. La tierra busca

en su inmortal carrera, un sepulcro que la albergue, un sudario que la envuelva. Los astros buscan entretanto en sus círculos la nada. Nace la flor, y sacude su corola como si amase el no ser. Solo el hombre quiere sobrevivir á la flor que se marchita; al astro, que se apaga; á la tierra que se hunde; al tiempo que le cuenta en su reloj los instantes de su ser; al espacio que le rodea; y sobrevivirá; porque su esencia es la idea, y su idea es Dios. ¿Dónde está fuera de la humana mente, la luz? ¿Dónde, fuera del hombre, la ley que rige á los mundos? ¿Quién, sino el hombre, se ha levantado en alas de las ideas hasta el principio de todo ser, hasta la esencia de todo pensamiento, y quién, sino el hombre, ha concebido la negación y la nada? Si, si, la muerte no existe. Es un delirio de la razón. Es puro ensueño, que ha forjado para probar su omnipotencia la mente. Fantasma, que tememos y buscamos, se ríe de nosotros, y sin embargo, no es. El hombre se burla de sí mismo; y para burlarse, ha inventado ese inmenso poema satírico, que se llama *muerte*. Como en las magníficas catedrales de la edad media, el escultor, que con su cincel bordaba la piedra, trazando cielos, retratando ángeles, al pié de su hermosísima obra, que aun deslumra nuestra admiración cansada de tantas maravillas, como han llegado los siglos á los siglos, grababa un genio, sarcástico y horrible, que se ríe de su magnífico trabajo, tal el hombre, al pié de sus obras de arte, de sus bellos pensamientos, ha puesto la muerte: que si no luchara con ese fantasma de su razón; fuera Dios el hombre. ¡Morir! palabra que no entiendo; ¡morir la humanidad, cuando ha ceñido á sus sienes la corona de la inmortalidad, cuando ha levantado y convertido en ruinas á Ninive, Babilonia, cuando ha pulsado la lira de Homero y el arpa de David, cuando ni el vicio con su poder ha podido domarla, ni la felicidad con su halago vencerla, cuando lleva en su razón la fuente de la vida, que es la idea, y realiza en el espacio la santa ley del progreso. Solo el hombre encenagado en el vicio, puede morir. Cada crimen es una negación; cada negación anula una facultad en nuestra inteligencia, un sentimiento en nuestro corazón. Hasta que llega un punto, donde el hombre encuentra su infierno. ¡Infeliz usurero! ¡Había cavado con sus propias manos su eterna sepultura!

CXV.

Era una tarde tristísima. Espesas nubes velaban la risueña faz del sol. Cerca de las abandonadas tapias de San Bernardino que bien dan entender con su soledad cuán próximo se halla el mezquino asilo de la miseria, paseaba Ernesto, entregado al horrible combate de sus negros pensamientos. ¿Por qué, decía para sí nací predestinado para la desgracia? Al poner el pié en la escala del tiempo, cayó sobre mi frente una maldición de Dios. Ni siquiera ostento en la frente el dulce beso de mi dulce madre. Me abandonó la cuidada como si conociese la inmensa desgracia que me había regalado al regalarme la vida. No he merecido jamás una caricia de mi padre. Amé á un ángel, y huí de su presencia como arrastrado por la fatalidad. Busqué gloria, y solo encuentro el desprecio de los hombres. Llamé á la muerte, y ni siquiera la muerte oyó mis quejas. Creí á una mujer digna de mi amistad y era como hermosa estatua profanada por el vicio. Mi familia tejó una corona de espinas para mis sienes. Llevo una lira en la mano, y nadie quiere escuchar el eco de sus sonidos. Amo á la humanidad, respiro por su redención, y la humanidad ni siquiera sabe mi nombre; y vivo en un mundo, donde no encuentro, ni ocasión para lanzarme al martirio. ¿Para qué este fuego en que se abrasa mi alma? ¿Por qué Dios mio,

encendiste en mi mente la inteligencia? ¡Oh, si al menos no tuviera los ojos del alma para contemplar mi tristísima miseria! Si ahora encontrara la muerte.... Pero ¿que es morir? Morir, sin dejar un recuerdo en la memoria de los hombres, sin haber realizado uno de esos pensamientos, que me poseen, sin ver amanecer el día de la regeneración de la tierra, sin dar mi vida por la causa de la libertad, que necesita torrentes de sangre para alcanzar su triunfo, morir sin el amor de Dios, sin la gratitud de los hombres!.... ¡Oh! es imposible.

¿Qué alcanzaré con vivir? La gloria. Y aunque fuera mi imaginación tal como la pinta mi deseo, no lograría nunca esclarecer con un rayo de luz la conciencia del hombre, secar una lágrima, vivir un instante en lo porvenir; atravesar, llevado por el agradecimiento de los hombres, el breve espacio de esta cortísima vida que se desborda, del empañado vaso que la contiene, y.... Oh, ¿qué soy? Ni lo se. Invoco mi conciencia, y no sabe responderme. Soy por ventura el centro de la creación? Estas ideas, que como ángeles perdidos en la inmensidad, se levantan en el desierto de mi árida inteligencia son verdades ó son ensueños?

¿Hay un mundo real que esté en armonía con el misterioso mundo, que encierra el secreto santuario de mi alma?

¿Existen ó no estos átomos de materia, que ruedan como confuso torbellino en torno de mis sienes agitadas por el demonio de la duda? ¿Quién sabe? ¿todas estas sensaciones, que pasan, huyen, se desvanecen en mi espíritu, serán empuños del acaso, que juega á su arbitrio con nuestro pobre y desvalido espíritu? ¿Pero como yo perecedero me levanté á lo eterno, como arranco sus velos á la naturaleza, y puedo en el crisol de mi entendimiento descubrir la esencia de la materia, clasificar los vivientes arrojados en desórden por la mano de Dios, seguir en su inmortal vuelo á los astros, y obligarles á contarme sus secretos, sus leyes... si no soy, ¿cómo en mi mente se refleja con luz tan nueva y clara todo cuanto es? Estalla mi cerebro. ¿En qué creo, en que espero? ¡Ah!

DE TODO, NADA; DE TODOS, NADIE.

CXVI.

En tanto que meditaba Ernesto de esta suerte apareció Eusebio.

—¿Cómo solo?
—Traigote una buena nueva.
—¿La muerte?
—¿Crees aun posible nuestro desafío?
—Lo espero ahora mismo, y estoy para él apercebido.

—No seas loco.
—Jamás estimé locura cumplir con mis deberes.
—¿Qué te va en la honra de Eugenia?
—Es una dama.
—Pasaron los tiempos de andante caballería.
—El honor es inmortal; son sus leyes eternas.
—No tal. Leyes son esas sujetas al misero arbitrio de nuestro deseo.
—Acaso sea así para el hombre, que tiene en poco precio su honra.

—Ríete por piedad de esas vanas sombras que oscurecen tu claro entendimiento.
—¿Eusebio! ¡Eusebio! Me duelen en el alma tus palabras.

—¿Por qué?
—Porque al oírte desesperé de la humanidad.
—Acuérdate la célebre frase «No todo lo verdadero es verosímil».

—¿Es posible que sufras tamaña afrenta?
—Tu mano, Ernesto, honra el rostro que hieres.
—Tu palabra, Eusebio, mancha los oídos que la escuchan.

—¿La sociedad de hoy no para mientes en la deshonra! Si quieres acompañarme á los salones del gran mundo, verás ministros dilapidadores honrados como dioses, y mujeres adúlteras distinguidas y acatadas cual pudorosas vírgenes.

—Tienes razón; quizá sea el placer la única verdad que existe en la tierra.

—¿Y lo pudiste dudar? No ves como se enciende la sangre, cuando corremos en pos de una venturosa beldad que provoca al amor con sus gracias.

—Es verdad. Amar suspirando, gimiendo, no es amar. El amor existe en la materia. Es la atracción. El espíritu tiende á la soledad. Para el espíritu, fuera de él nada existe. El cuerpo, solo el cuerpo ama. Y la embriaguez, los vapores que suben á la cabeza y la conmueven y la trastornan, y pintan aquellos hermosos cuadros que vemos dibujarse en los aires... y

Tienes razón Eusebio. ¡Oh! Quiero el placer; que tiene en sus manos el sudario del olvido.

—¿Pues! ¿Y un baile? Allí es de ver la hermosura fascinadora envuelta en una atmósfera de aromas teñida por el dulce resplandor de las bujías, que aumentan sus encantos, ceñidas de gasas vaporosas como la ilusión, entreabriendo sus sonrosados labios para dejar escapar un suspiro, que no por mas mentido, es menos hechicero: que al fin sueño es la vida, embriagador y dulce.

—¿A qué llorar? ¿A qué correr en pos de ideas que se desvanecen, de pensamientos que no son? Convento contigo. Si, si; la vida es vana sombra si no la dora el placer. Serás mi mentor: llevarásme de salón en salón, de orgía en orgía y quizás logre matar este dolor que me devora.

—Al menos perderás ese romanticismo que por lo viejo espanta, y por lo ridículo, rebaja.

—He intentado siempre buscar la verdadera esencia del alma, el verdadero objeto de la vida. ¿Qué te parece? ¿Es el pensamiento?

—No: que atormenta.
—¿El amor?
—Cansa.
—¿La ciencia?
—Aturde.
—¿La política?
—Mata.

—¿La ambición?
—Engaña.
—¿Dios?
—Está muy lejos.
—¿La virtud?
—Esa se guarda para la vejez.
—¿La amistad?
—Solo vale para soñada.
—¿La gloria?

—Cuesta muy cara; se adquiere con el genio; se paga con la muerte.

—¿Vivir no es hacer bien?
—Segun eso, Jesucristo debió morir por vivir. Acuérdate siempre ese ejemplo.

—Pero ¿y la inmortalidad? Eusebio.
—Esa idea es hechura de nuestro desvariado é impotente orgullo.

—Calla por piedad, Eusebio; tus reflexiones me asesinan.

—Nunca fue grata la verdad.
—¿Y es posible que el hombre, creador como es de tantas maravillas se vea entregado al desvario del placer para siempre?

—¡Creador! Vana palabra hija también del orgullo. Nada ha logrado crear tras tantos siglos como corriendo en pos de la materia ó de la idea intenta forjar en

su crisol metales, y en su mente nuevos y deslumbradores sistemas.

—¿De suerte?

—Que no te queda otro recurso que darte al mundo.

—Si: voy á seguirte.

—Brillarás en los salones que el ingenio es como el sol.

—Desde este punto fuera pensamientos, fuera recuerdos de ayer. A vivir, vivir.

—¿Y qué es vivir? volvió á preguntar con sarcástica sonrisa, Eusebio.

—No lo sé, contestó Ernesto con despecho, cortado en su loco arrebató por la siniestra pregunta de su primo.

—Hé ahí como vienes llevado de la razón, á convenir conmigo, en que todo pensamiento es como sombra vana.

—¿El cerebro se gasta y despues que alcanza? Los pueblos siguen lamiendo las cadenas que les forjaron los reyes, las lecciones de los sabios no son bastantes para alzarlos á la libertad que por derecho iragenable les pertenece, la sangre vertida por tantos mártires no ha podido tener aun su manto de rey, ni sus victorias han logrado fijar con las espadas de los tiranos vencidos, un cetro que alcanzase á herir la frente de sus eternos enemigos. ¿De suerte?

—Que abandonar esos pensamientos es vivir. Vamos vamos á buscar por do quier la vida.

—Veamos el mundo, dijo Ernesto.

Y como si quisiese alcanzar acercándose á su primo la aturdida indiferencia de los hombres dados á festines y placeres, se sonrió triunfante, sin parar mientes en que solo había alcanzado encadenar el dolor, mas no matarle.

CVI.

Despues de castigar Antonio con la inflexibilidad del juez y con la indiferencia del verdugo los horribles desmanes del pérfido usurero que había, en pro de su lucro, arruinado tantas familias, trató de verter el bien sobre la frente de los infelices privados por la usura del sustento, como había vertido, mal aconsejado por su furor, la sangre de un criminal.

Tenemos ideas muy erróneas sobre lo justo, nacidas de vulgares preocupaciones. ¿Qué crimen por terrible que parezca es acreedor á la muerte? Ninguno. El bello ideal de la justicia es inspirar al mismo criminal horror al crimen. ¿Y se le inspira por ventura tal horror con la muerte? No, mil veces no. El criminal en capilla ve solo su próximo fin, oye rechinar á lo lejos el instrumento fatal que ha de imponerle un castigo semejante á su crimen, saborea las últimas gotas del amargo licor de la vida para escupir hiel á la frente de la sociedad, pone su pensamiento en lo incierto de su futura suerte, y á fin de ahuyentar el fantasma del miedo, ahoga sus remordimientos y duda de la existencia de su alma: el afán de vengarse arde en su seno, el odio á las gentes le asalta, la compasión le asesina: en su deseo aniquilaria en aquel punto al mundo y la creación; secos sus ojos, endurecido su corazón, nublada su conciencia cae en la eternidad maldiciendo á los hombres y renegando de Dios; y es porque nada hace tan horrible el vicio como la imagen de la virtud; nada alcanza conmovier al hombre por su mal sumido en el crimen, como el consolador rocío de la la misericordia y el dulce bálsamo de la esperanza; y ni el verdugo con su tétrica faz, ni el cadalso, ni la muerte, ni la sociedad, que se agita para contemplar al infeliz condenado á la última pena, recuerdan otra cosa que venganza, ni suspiran otro sentimiento que negro y triste odio. Confesamos ingenuamente que no es aquesta acasion oportuna

para predicar contra la pena de muerte; pero no es bien que todo venga por sí á las manos; antes es bien que aquello que no venga, lo traigamos.

Decidme, ¿por qué renuncia la sociedad á convertir al bien á un desgraciado? ¿Cree acaso que le solicita al crimen una fuerza superior á su voluntad? Entonces ¿que es de la ley, sino hay albedrio? que es el castigo? No hay duda que la voluntad se mueve aconsejada por la inteligencia. Si esclarecieramos con una educacion la mente de los niños, que en sus primeros años están imposibilitados para el trabajo material; si mostrándoles altos ejemplos les hiciésemos concebir amor á la virtud, por ser virtud, y odio al crimen, por ser crimen, tal vez no veríamos tantas veces manchada con sangre la justicia humana. Pero no queremos darnos á estas reflexiones, porque los tiempos andan mal y es facilísimo que encontremos en premio de nuestros buenos deseos algun calabozo.

CVIII.

Llegado Antonio á su aposento, pasó á ver á María para devolverle su joya y darle socorro con los billetes extraídos de casa del usurero.

—Pálido vienes, Antonio, díjole la jóven.

—No tengo nada, nada.

—Pues tu semblante está demudado.

—¿Tenemos derecho á usurpar en la tierra el papel de la Providencia, María?

—¡Extraña pregunta!

—¿Quién sabe á dónde puede conducir el desvario de la indignacion?

—No te entiendo.

—Si, mejor es que no me entiendas. Toma tu joya.

—¿Como! ¿No la empeñaste?

—Es inútil.

—¿Qué te pasa? No encuentro traza de entenderte.

—Tengo dinero.

—¿De donde lo has sacado? pregunta María con horror.

—No debes saberlo.

—¿Ya no eres mi amigo?

—Dejaria de serlo si lo supieras y.... ¿te amo tanto!

—Antonio, por compasion, ¿qué has hecho?

—Nada, nada.

—¿Insensato! ¿has cometido un crimen? exclamó María cayendo de rodillas y levantando los brazos al cielo.

—No, jamás... no.

—¿Por qué traes tan demudado el semblante?

—El culpable no merece misericordia, decia entre dientes.

—¿Has, por ventura, penetrado en el fondo del alma del culpable? ¿Sabes si hay allí ocasion á remordimientos y deseos de esclarecer la nublada conciencia? ¿Has pensado en eso?

—Tienes razon; pero de nada me remuerde la conciencia.

—Si, si, oyeme...

Antonio: Puede tener consecuencias funestas ese odio que contra los hombres te aqueja.

—Es verdad. Como nadie me compadeció jamás, no conozco la compasion. Como arrastro la pesada cadena de un delito que no cometí, me enciendo en ira al ver tantos delitos impunes.

—¿No te acordabas de mí?

—Mira, no te desesperes, María. No me hagas mas infeliz de lo que plugo á la suerte hacerme. Reposa un instante tu pensamiento.

—¡Oh...! y sollozaba de tal suerte que Antonio no pudo contener el torrente de sus lágrimas.

—Mira, María. No sabes cuántos crímenes pode-

mos evitar... He asesinado á un usurero que chupaba la sangre del pobre, y le arrancaba las entrañas. De su casa muchos salian para lanzarse al suicidio. Sobre su frente pesaban tantos crímenes... Compraba la honra de las miserables mujeres, que por salvar de la muerte á su madre ó á su esposo...

—Calla por compasion...

—No; abogemos el mal con la abundancia de bien. Ahí estan las cuentas; aquí el tesoro; Cuánto bien no nos será dado hacer si ocultamente, como la Providencia, devolvemos su ventura á tantas desventuradas familias! Encontré en mi camino una vibora, y la aplasté. Hallé infinitos seres sumidos en la

CIX.

A los pocos dias en humildes bohordillas donde solo se albergaba la miseria, lucia un rayo de luz. Antonio llegaba á la puerta del infeliz victima de la usura guiado por el libro de cuentas, que arrebató al usu-



Amelia.

tero, y lloviendo allí la felicidad se detenía un instante á escuchar las jubilosas exclamaciones que la esperanza, que iba en pos de sus pasos, arrancaba á los corazones lacerados por la desesperacion y por la miseria. Muchas veces se detenía á la puerta un momento, volvía una jóven ó un niño, pálidos siempre, siempre extenuados á llamarle, diciéndole: Esto no puede ser para nosotros.

—Si, si, es para Vds.

—¿Quién lo envía? Preguntaba el niño.

—El cielo, contestaba Antonio.

Y una oracion que le seguia á todas partes, resonaba en sus oidos, arrancando á sus ojos dulces lágrimas, y á su pecho tiernísimos suspiros.

¡Hacen bien! Esta es la única felicidad reservada á los buenos en la tierra. No hay duda que una lágrima enjugada por la virtud, un dolor curado por la compasion; el quejido del mal ahogado por oculta providencia es uno de esos dulces espectáculos que conmueven al hombre mas dado á la duda y esclarecen su conciencia envuelta en tinieblas y le fuerzan á sacudir las preocupaciones de su desvario y ascender en

alas de la felicidad al cielo, que resplandece siempre con resplandor mas nuevo á nuestros ojos, cuando vemos centellar la virtud, imágen del Eterno aquí en la tierra.

CX.

¡El mundo! Vana palabra que nada significa. Si el culto al placer, el relajamiento de todos los vínculos de familia, la oprobiosa impotencia para producir el bien, el desvariado lujo, manto que no basta á ocultar miserias; los recuerdos de ayer, que nada significan, grandes nombres, que solo sirven de mengua al pimeo que los viste y ostenta sin recordar la historia que le trasmirió para confusion y vergüenza el olvidado deber de ser grande y generoso; las orgias, donde se malgasta la vida, el odio siempre creciente, nacido de la envidia; la intriga extendiendo sus redes, el vicio, levantando con orgullo su cabeza, si todo esto distrae vuestra atencion, y divierte vuestro gusto, penetrad en esos perfumados salones, santuario de tantas beldades deslustradas por el vicio, de tantos hombres ascendidos por la intriga al poder, al goce de todas las delicias y vereis cuanto de dolor oculta esa mentida felicidad de la riqueza. Pero, declárome incompetente para describir estos cuadros, y teniendo á mano algunos fragmentos de las memorias de mi héroe, creo que por ellos llegará el lector á comprender mejor esta tan azarosa de su vida.

CXI.

Dia 1.^o

«Pasar la vida en el olvido, es un crimen. Evaporar en lo recio el fuego, que arde en el pecho, es faltar á la Providencia. Padecer siempre es imposible. Voy á darme al mundo. Lejos de mí, sombras de dolor, que oscureceis mi frente; la carcajada del placer me tornará la vida que se apagaba en mi seno. ¿Son las luchas producto de las ideas? ¿Es el pensamiento la esencia del ser? ¿Qué hermoso será vivir entre esas beldades, que como mariposas desprendidas del árbol invisible de la vida, vuelan y se mecen en un océano de luz, desplegando sus matices para enamorar su vista y encender el corazon.»

CXII.

«Me ha llevado Eusebio á casa del conde de Castelnuevo. ¡Oh! En vano he pedido goces al baile. Me placia mas dejarme abandonado á las olas, en mi barquilla, oyendo los rumores de la naturaleza. No es la mullida alfombra como el mar. No son los brazos de las hermosas como las olas palpitantes. No relumbran aquellas bujias como el estrellado firmamento en una noche de estío. Ninguno de los brillantes que ornán el pecho de las damas, luce como lucir suele la tímida luciérnaga escondida en el cáliz de una flor. Y aquella música, y aquel ruido, y tanta palabra vana, y tanto cumplido inútil, no es como la sonrisa del labrador, ni como la tierna franqueza del marinero. ¿Cómo traía á las mientes mi ermita, mi adorada virgen con su niño en el regazo, abreviado cielo, do se compendian todas mis aspiraciones, mis dulces ensueños halagados por el susurro de las hojas del bosque, mas plácido á mis oídos que el acento del hombre siempre viciado por extrañas artes y escondidos propósitos, y sobre todo, ¿qué fue de María, ángel de paz que Dios me dió y me arre-

bató el infierno? ¡Y don Braulio ha muerto asesinado y nada he podido saber de María!»

CXIII.

«He hablado esta noche con una jóven hermosísima. Tiene por nombre Amelia. Lo mas interesante de nuestra conversacion ha sido...

—¿Se divierte V. Amelia?

—No puedo divertirme.

—Tal me sucede.

—¿Sois desgraciado?

—Sí.

—¿Todos los hombres son desgraciados, y se quejan de vicio.

—No lo creais.

—Mirad como ruedan, ¡con cuánto contento!

Despues callamos y estuvimos largo tiempo contemplando el baile.»

CXIV.

«Los seres felices debian ser por necesidad virtuosos. La marquesa de Castelnuevo no puede ver á los pobres. Los cree inferiores en naturaleza á los nobles. No los compadece. Cree que debe guardar su compasion para los reyes.

—Esos si son desgraciados, me decia.

—¿Por qué? Viven de la vida del pueblo. Se gozan en su orgullo, no les va mucho en las desgracias ajenas, y se creen dioses y como tales superiores al pobre.

—Pero las revoluciones... me decia.

—Suelen siempre ser alimentadas con sangre del pueblo.

—Torpes privilegios le han arrancado su corona.

—¡Oh! los re... no quiero pronunciar la palabra. ¡El pueblo mandándonos á nosotros, nobles!

—No, ¡los nobles confundidos con el pueblo!

—¡Oh! eso no puede ser. Solo en el dia del juicio, podría verse tan extraño caso. No lo dudeis solo en aquel dia podría eso verse...

—Antes se verá; y rogadlo al cielo, porque asi quizá vuestra clase tenga menores culpas que pagar á Dios.

—Ernesto, si no conociera vuestro natural un tanto estafalarlo, provocarianme á ira antes que á risa esas palabras.

—¿No creis el privilegio extremo de la injusticia? —Antes le creo deber que nos paga cual cumple á la sociedad.

—Señora, Dios nos infundió un mismo espíritu á todos con un soplo de sus labios.

—Pero el mundo...

—Varió impio la ley de Dios.

—Vamos, no me place discutir, Ernesto, verdades tales con vos.

CXV.

—«Y pensaba yo, desdichado, encontrar en el placer la vida! ¡Torpe pensamiento! Dios mio. ¿Se han secado las fuentes de tu misericordia? ¿Has retirado de mí ser el soplo de vida que pródigo á todos los seres concediste? El pez solo vive en su elemento, el ave tiene por palacio la atmósfera. El águila se mece feliz en las alturas y se goza en cerner sus alas sobre la nube preñada de tormentas. Y yo, solo yo, no puedo vivir en el mundo, que me dió por vivienda

Mi pecho no respira; el espacio es para mí un sepulcro, el cielo mismo pesa como una losa sobre mi frente; me son odiosos los hombres, busco flores, hallo espinas. ¿Dónde os albergáis, astros resplandecientes, seres de la creacion, sol y luna? ¿En qué copa de oro guarda Dios el nectar delicioso de la vida? He habitado los campos y suspiraba en aquella sazón por la sociedad, vivo en el mundo y gusto de apartarme de los hombres, me refugio en mi pensamiento, me rodean espesísimas tinieblas, llamo á Dios, y me respode la duda.

CXVI.

Hoy he vuelto á ver á la hermosa Amelia. Su pálida faz muestra que secreto dolor corroe su corazon. En esas brillantísimas reuniones, do tantos objetos pueden distraer la vista, y tantos murmullos halagar el oído de una jóven se presenta absorbida en su pensamiento, agena al mundo, que la cerca. Solo cuando me aproximó parece como que respira segura de que puedo comprender la inmensa pesadumbre de sus dolores. En todas partes se levanta como pálido espectro el dolor. Parece que debiera alejarse de esos brillantes salones. Allí se cierne tambien sin que sean parte las plácidas armonías para ahuyentarlo. Amelia tiene suha gracia. Su cabello negro, sus ojos rasgados su ancha frente, su melancólica sonrisa, sus prendas, que me enamoraran, si yo como Satan, no estuviese imposibilitado de curar. ¡Oh! siempre vamos en pos del desengaño, siempre. Está escondido en la flor de la vida. No bastan las lágrimas, es necesario ahogarlo y para ahogarlo es necesario ahogar el corazon. ¡María! ¿Por qué me enseñaste á amar? ¿Por qué te apareciste sonriendo ante mis ojos, cual si hubieras sido misteriosa encarnacion de la divina idea, que flotaba en mi conciencia? Amelia, María, Eugenia, estais imposibilitadas, si, imposibilitadas de producir la felicidad: no sois la vida. La vida no está en el mundo, Campos esmaltados de flores, no hay en vuestro inmenso espacio aire para respirar; salones tapizados de seda, no hay en vuestro recinto, ni aunque con mil bujias os iluminen, un rayo de luz para esclarecer la negra noche de mi conciencia; amor, divino amor, no guardas entre tus misterios el santo misterio de la vida.»

CXVII.

«La historia de Amelia es tristísima. La guardaré en mi libro de memorias. Voy á ver si la recuerdo tal como la contaba, con aquel acento inimitable de candidez que me encanta.

HISTORIA DE AMELIA.

«Yo vivia feliz: nada sabia de los misterios del mundo; jamás habia soñado con el amor: educada en un antiguo castillo de Francia, pasé los primeros dias de mi niñez, cuidando de mis flores, que me enamoraban y de mis palomas que de puro contento me volvían el seso. Algunas veces desde las elevadas almenas miraba á lo lejos el mar confundido con el horizonte como un celeste y hermoso tabernáculo, donde se oculta Dios. Así cuando algun sentimiento se levantaba en mi corazon, lo confundia con el amor que me inspiraban aquellos tiernísimos objetos de mi cariño. Nunca pensara de otra suerte, nunca. Feliz con mis ilusiones mi vida hubiera sido como dulcísimo ensueño. Pero la suerte quiso hacerme probar la

hiel de la desgracia. Un jóven venido de París, un primo mio, oscureció la felicidad que poseia mi alma. Era instruido y elegante. Su instruccion, sin embargo, le perdia; mostrábase compasivo con la desgracia y dado á consolarla; pero su compasion le llevó al crimen. Poseia todas las bellas artes, las amaba, pero contra lo debido, las bellas artes jamás lograron entenercer su alma. Preciábase de sensible; la sensibilidad era muy grande para la humanidad, muy pequeña para el hombre. No habia en aquella sazón amado aun. Y era verdad, porque no podia caber en su corazon el amar á una mujer. Llegó y me rindió su corazon; no queria creerlo y secreta inclinacion me forzaba á gozarme en su recuerdo. ¿Cómo podia desasirme de los lazos que para prender mi corazon tendia? ¡Imposible! Mi alma aspiró alborozada el aliento del amor; imaginé que la eternidad habia prestado vida á mi corazon, y Dios mismo á mi amor espléndidos matices. Sus cartas, sus palabras, sus canciones, me halagaban; sin embargo, no osaba yo oír sus quejas. Aunque mi corazon ardia en amor, un instinto superior á mi corazon me forzaba á sellar con reiterado silencio mi pasion. Holgábame en mi fortaleza aunque creida de las palabras de mi primo, me dolian en el alma sus amargas quejas.

«Aun recuerdo la conversacion del dia en que por fin rendida oí las palabras de sus labios. Estábamos á orillas del mar; el sol se habia hundido en el ocaso, teniendo con purpúreos reflejos el horizonte como en recuerdo de sus amores. Algunas estrellas, como ángeles perdidos en el espacio, desplegaban sus alas de luz en el azul desierto de los cielos. La brisa arrancaba melancólicos susurros á los bosques, susurros parecidos al eco de mística oracion. Las azucenas y las rosas tendidas á nuestras plantas escondian en sus hojas luciérnagas que se asemejaban á hermosas estrellas descendidas del cielo, y ocultas para escuchar nuestros amores en las sombras del vicioso follage.

—Mira: todo anuncia amor, me dijo.

—¡Vana palabra! contestéle.

—Quizá sea así para los seres desposeidos de alma.

—¿Tal me juzgas?

—Me abona tu sentir.

—No me comprendes. Temo que amor, por grande no se albergue en nuestro pequeño mundo.

—¿Tal me juzgas? dijo Alberto.

—Achaque de tu orgullo seria estimarse por tales palabras ofendido.

—No te he dicho que hay en mi corazon un mundo mas grande que este mundo, y un cielo mas inmenso que ese cielo!

—Que me place.

—¿No me preguntas de quién es mi corazon?

—No quieres decírmelo.

—Deseo que me lo preguntes.

—No haré tal.

—¿La razon que te abona para que tan poco te vaya en conocer mi corazon?

—La callo.

—La exijo.

—No tienes derecho.

—¿Como eres osada á desconocerlo?

—¿Y como tú osado á penetrar en mis intenciones?

—¿Me interesan tanto!

—No lo creo.

—Haces mal, porque despues de tantas pruebas, dudar aun es como si dudáramos de que Dios existe despues de haber contemplado este hermoso espectáculo.

—Si no fuera ageno de mi sexo diriate que...

—¿Qué?

—Que temo preguntártelo.

—Tuyo es mi corazon; y cayó de hinojos á mis plantas.

Callé y despues de un instante lancé una carcajada.

alas de la felicidad al cielo, que resplandece siempre con resplandor mas nuevo á nuestros ojos, cuando vemos centellar la virtud, imagen del Eterno aquí en la tierra.

CX.

¡El mundo! Vana palabra que nada significa. Si el culto al placer, el relajamiento de todos los vínculos de familia, la oprobiosa impotencia para producir el bien, el desvariado lujo, manto que no basta á ocultar miserias; los recuerdos de ayer, que nada significan, grandes nombres, que solo sirven de mengua al pigmeo que los viste y ostenta sin recordar la historia que le trasmitió para confusion y vergüenza el olvidado deber de ser grande y generoso; las orgias, donde se malgasta la vida, el odio siempre creciente, nacido de la envidia; la intriga extendiendo sus redes, el vicio, levantando con orgullo su cabeza, si todo esto distrae vuestra atencion, y divierte vuestro gusto, penetrad en esos perfumados salones, santuario de tantas beldades deslustradas por el vicio, de tantos hombres ascendidos por la intriga al poder, al goce de todas las delicias y vereis cuanto de dolor oculta esa mentida felicidad de la riqueza. Pero, declárome incompetente para describir estos cuadros, y teniendo á mano algunos fragmentos de las memorias de mi héroe, creo que por ellos llegará el lector á comprender mejor esta tan azarosa de su vida.

CXI.

Dia 1.^o

«Pasar la vida en el olvido, es un crimen. Evaporar en lo recio el fuego, que arde en el pecho, es faltar á la Providencia. Padecer siempre es imposible. Voy á darme al mundo. Lejos de mí, sombras de dolor, que oscureceis mi frente; la carcajada del placer me tornará la vida que se apagaba en mi seno. ¿Son las luchas producto de las ideas? ¿Es el pensamiento la esencia del ser? ¿Qué hermoso será vivir entre esas beldades, que como mariposas desprendidas del árbol invisible de la vida, vuelan y se mecen en un océano de luz, desplegando sus matices para enamorar su vista y encender el corazón.»

CXII.

«Me ha llevado Eusebio á casa del conde de Castelnevado. ¡Oh! En vano he pedido goces al baile. Me placia mas dejarme abandonado á las olas, en mi barquilla, oyendo los rumores de la naturaleza. No es la mullida alfombra como el mar. No son los brazos de las hermosas como las olas palpitantes. No relumbran aquellas bujias como el estrellado firmamento en una noche de estío. Ninguno de los brillantes que ornan el pecho de las damas, luce como lucir suele la tímida luciérnaga escondida en el cáliz de una flor. Y aquella música, y aquel ruido, y tanta palabra vana, y tanto cumplido inútil, no es como la sonrisa del labrador, ni como la tierna franqueza del marinero. ¿Cómo traía á las mientes mi ermita, mi adorada virgen con su niño en el regazo, abreviado cielo, do se compendian todas mis aspiraciones, mis dulces ensueños halagados por el susurro de las hojas del bosque, mas plácido á mis oídos que el acento del hombre siempre viciado por extrañas artes y escondidos propósitos, y sobre todo, ¿qué fue de María, ángel de paz que Dios me dió y me arre-

bató el infierno? ¡Y don Braulio ha muerto asesinado y nada he podido saber de María!»

CXIII.

«He hablado esta noche con una jóven hermosísima. Tiene por nombre Amelia. Lo mas interesante de nuestra conversacion ha sido...»

—¿Se divierte V. Amelia?

—No puedo divertirme.

—¿Tal me sucede?

—¿Sois desgraciado?

—Sí.

—¿Todos los hombres son desgraciados, y se quejan de vicio.

—No lo creais.

—Mirad como ruedan, ¡con cuánto contento!

Despues callamos y estuvimos largo tiempo contemplando el baile.»

CXIV.

«Los seres felices debian ser por necesidad virtuosos. La marquesa de Castelnevado no puede ver á los pobres. Los cree inferiores en naturaleza á los nobles. No los compadece. Cree que debe guardar su compasion para los reyes.

—Esos si son desgraciados, me decia.

—¿Por qué? Viven de la vida del pueblo. Se gozaban en su orgullo, no les va mucho en las desgracias ajenas, y se creen dioses y como tales superiores al pobre.

—Pero las revoluciones... me decia.

—Suelen siempre ser alimentadas con sangre del pueblo.

—Torpes privilegios le han arrancado su corona.

—¡Oh! los re... no quiero pronunciar la palabra. ¡El pueblo mandándonos á nosotros, nobles!

—No, ¡los nobles confundidos con el pueblo!

—¡Oh! eso no puede ser. Solo en el dia del juicio, podría verse tan extraño caso. No lo dudeis solo en aquel dia podría eso verse...

—Antes se verá; y rogadlo al cielo, porque asi quizá vuestra clase tenga menores culpas que pagar á Dios.

—Ernesto, si no conociera vuestro natural un tanto estrafalario, provocarianme á ira antes que á risa esas palabras.

—¿No creis el privilegio extremo de la injusticia?

—Antes le creo deber que nos paga cual cumple á la sociedad.

—Señora, Dios nos infundió un mismo espíritu á todos con un soplo de sus labios.

—Pero el mundo...

—Varió impio la ley de Dios.

—Vamos, no me place discutir, Ernesto, verdades tales con vos.

CXV.

—«Y pensaba yo, desdichado, encontrar en el placer la vida! ¡Torpe pensamiento! Dios mio. ¿Se han secado las fuentes de tu misericordia? ¿Has retirado de mí ser el soplo de vida que pródigo á todos los seres concediste? El pez solo vive en su elemento, el ave tiene por palacio la atmósfera. El águila se mece feliz en las alturas y se goza en cerner sus alas sobre la nube preñada de tormentas. Y yo, solo yo, no puedo vivir en el mundo, que me dió por vivienda

Mi pecho no respira; el espacio es para mí un sepulcro, el cielo mismo pesa como una losa sobre mi frente; me son odiosos los hombres, busco flores, hallo espinas. ¿Dónde os albergáis, astros resplandecientes, seres de la creacion, sol y luna? ¿En qué copa de oro guarda Dios el nectar delicioso de la vida? He habitado los campos y suspiraba en aquella sazon por la sociedad, vivo en el mundo y gusto de apartarme de los hombres, me refugio en mi pensamiento, me rodean espesimas tinieblas, llamo á Dios, y me respode la duda.

CXVI.

Hoy he vuelto á ver á la hermosa Amelia. Su pálida faz muestra que secreto dolor corroe su corazón. En esas brillantísimas reuniones, do tantos objetos pueden distraer la vista, y tantos murmullos halagar el oído de una jóven se presenta absorbida en su pensamiento, agena al mundo, que la cerca. Solo cuando me aproximó parece como que respira segura de que puedo comprender la inmensa pesadumbre de sus dolores. En todas partes se levanta como pálido espectro el dolor. Parece que debiera alejarse de esos brillantes salones. Allí se cierne tambien sin que sean parte las plácidas armonías para ahuyentarlo. Amelia tiene suña gracia. Su cabello negro, sus ojos rasgados su ancha frente, su melancólica sonrisa, sus prendas, que me enamoraran, si yo como Satan, no estuviese imposibilitado de curar. ¡Oh! siempre vamos en pos del desengaño, siempre. Está escondido en la flor de la vida. No bastan las lágrimas, es necesario ahogarlo y para ahogarlo es necesario ahogar el corazón. ¡María! ¿Por qué me enseñaste á amar? ¿Por qué te apareciste sonriendo ante mis ojos, cual si hubieras sido misteriosa encarnacion de la divina idea, que flotaba en mi conciencia? Amelia, María, Eugenia, estais imposibilitadas, si, imposibilitadas de producir la felicidad: no sois la vida. La vida no está en el mundo, Campos esmaltados de flores, no hay en vuestro inmenso espacio aire para respirar; salones tapizados de seda, no hay en vuestro recinto, ni aunque con mil bujias os iluminen, un rayo de luz para esclarecer la negra noche de mi conciencia; amor, divino amor, no guardas entre tus misterios el santo misterio de la vida.»

CXVII.

«La historia de Amelia es tristísima. La guardaré en mi libro de memorias. Voy á ver si la recuerdo tal como la contaba, con aquel acento inimitable de candidez que me encanta.

HISTORIA DE AMELIA.

«Yo vivia feliz: nada sabia de los misterios del mundo; jamás habia soñado con el amor: educada en un antiguo castillo de Francia, pasé los primeros dias de mi niñez, cuidando de mis flores, que me enamoraban y de mis palomas que de puro contento me volvían el seso. Algunas veces desde las elevadas almenas miraba á lo lejos el mar confundido con el horizonte como un celeste y hermoso tabernáculo, donde se oculta Dios. Asi cuando algun sentimiento se levantaba en mi corazón, lo confundia con el amor que me inspiraban aquellos tiernísimos objetos de mi cariño. Nunca pensara de otra suerte, nunca. Feliz con mis ilusiones mi vida hubiera sido como dulcísimo ensueño. Pero la suerte quiso hacerme probar la

hiel de la desgracia. Un jóven venido de París, un primo mio, oscureció la felicidad que poseia mi alma. Era instruido y elegante. Su instruccion, sin embargo, le perdia; mostrábase compasivo con la desgracia y dado á consolarla; pero su compasion le llevó al crimen. Poseia todas las bellas artes, las amaba, pero contra lo debido, las bellas artes jamás lograron entenercer su alma. Preciábase de sensible; la sensibilidad era muy grande para la humanidad, muy pequeña para el hombre. No habia en aquella sazon amado aun. Y era verdad, porque no podia caber en su corazón el amar á una mujer. Llegó y me rindió su corazón; no queria creerlo y secreta inclinacion me forzaba á gozarme en su recuerdo. ¿Cómo podia desasirme de los lazos que para prender mi corazón tendia? ¡Imposible! Mi alma aspiró alborozada el aliento del amor; imaginé que la eternidad habia prestado vida á mi corazón, y Dios mismo á mi amor espléndidos matices. Sus cartas, sus palabras, sus canciones, me halagaban; sin embargo, no osaba yo oír sus quejas. Aunque mi corazón ardia en amor, un instinto superior á mi corazón me forzaba á sellar con reiterado silencio mi pasion. Holgábame en mi fortaleza aunque creida de las palabras de mi primo, me dolian en el alma sus amargas quejas.

«Aun recuerdo la conversacion del dia en que por fin rendida oí las palabras de sus labios. Estábamos á orillas del mar; el sol se habia hundido en el ocaso, teniendo con purpúreos reflejos el horizonte como en recuerdo de sus amores. Algunas estrellas, como ángeles perdidos en el espacio, desplegaban sus alas de luz en el azul desierto de los cielos. La brisa arrancaba melancólicos susurros á los bosques, susurros parecidos al eco de mística oracion. Las azucenas y las rosas tendidas á nuestras plantas escondian en sus hojas luciérnagas que se asemejaban á hermosas estrellas descendidas del cielo, y ocultas para escuchar nuestros amores en las sombras del vicioso follaje.

—Mira: todo anuncia amor, me dijo.

—¡Vana palabra! contestéle.

—Quizá sea así para los seres desposeídos de alma.

—¿Tal me juzgas?

—Me abona tu sentir.

—No me comprendes. Temo que amor, por grande no se albergue en nuestro pequeño mundo.

—¿Tal me juzgas? dijo Alberto.

—Achaque de tu orgullo seria estimarse por tales palabras ofendido.

—No te he dicho que hay en mi corazón un mundo mas grande que este mundo, y un cielo mas inmenso que ese cielo!

—Que me place.

—¿No me preguntas de quién es mi corazón?

—No quieres decírmelo.

—Deseo que me lo preguntes.

—No haré tal.

—¿La razon que te abona para que tan poco te vaya en conocer mi corazón?

—La callo.

—La exijo.

—No tienes derecho.

—¿Como eres osada á desconocerlo?

—¿Y como tú osado á penetrar en mis intenciones?

—¿Me interesan tanto!

—No lo creo.

—Haces mal, porque despues de tantas pruebas, dudar aun es como si dudáramos de que Dios existe despues de haber contemplado este hermoso espectáculo.

—Si no fuera ageno de mi sexo diriate que...

—¿Qué?

—Que temo preguntártelo.

—Tuyo es mi corazón; y cayó de hinojos á mis plantas.

Callé y despues de un instante lancé una carcajada.

—¡Oh! maldita seas exclamó levantándose de repente y apartándose cual si le hubieran mis palabras herido de muerte. Entonces me di á llorar; acercóse lentamente y cogiendo de mis manos una flor donde había caído una lágrima, la besó con estático arrobamiento.

—Perdóname, dijo.

—¡Alberto, Alberto!

—Si, si, pronuncia muchas veces mi nombre. El te dirá que tu recuerdo vive siempre en mi memoria, te dirá que ni por ingrata te olvido, ni por esquivada te desamo.

—¡Ingrata, esquivada! Alberto.

—No, no, lo eres. ¿No es verdad que Dios te ha dado tanta hermosura para dorar mi vida. ¿No es verdad que me amas?

—Calla, calla.

—Si, lo he adivinado; si lo he leído en sus ojos.

—Por compasión.

—Si, si, me amas.

—Te amo, Alberto.

—Gracias, Dios mío, gracias. Y levantó las manos al cielo como si hubiese acabado de luchar; como si inmensa pesadumbre de inmenso dolor hubiera caído de su alma.

CXVIII.

Desde aquel punto se deslizaban como amorosas ilusiones mis días. No había para mí mas mundo, ni mas cielo que mi amor. Quizá quiso Dios, en justo castigo de mi torpe idolatría, darme á gustar tantos y tales dolores. Dime á tributar culto en mi corazón á un hombre. ¡Oh! Perdonadme, Ernesto; sois mi amigo, y os voy á confiar un secreto. Me avergüenzo de haber amado á un hombre. A veces, ni á mi propio corazón confío tal pasión, para que yo no lo sepa. Necesito contaros pormenores, sin los cuales imposible sería continuar el hilo de mi historia. Vivía en el castillo conmigo una tia, baronesa, buena señora, que ha muerto. Su riqueza era fabulosa. Llamábanle por burla en los salones de provincia madame Fouquet. Tenía por costumbre hablar de su testamento, y tanto que rayaba en manía. Yo era, en aquella sazón, la designada para heredar sus maravillosas haciendas. Había tomado mi tia de memoria el testamento, y lo recitaba á todas horas delante de todo el mundo. Debo decirlo. En un tiempo me halagó la esperanza de tanta riqueza. Pero después que amor, por mi desgracia, penetró en el pecho; olvideme de todo, menos de Alberto. Mi carácter, de suyo juguetón, se tornó milagrosamente melancólico. Mi tia me importunaba siempre con sus preguntas. No tenía otra conversacion. ¿Qué harás después de mi muerte con el parque de la Lorena?—Hemos de ir pronto á ver las islas que tienes en el Ródano.—¿Iraste á vivir á París?—Tienes haciendas tales en Italia. y con estas y otras sarandajas que no son para dichas, pasaba el día con harta descontento mio, pues de seguro, por un instante de soledad destinado á pensar en mi amor, diera en aquella sazón todos cuantos bienes podía prometerme la sin par largueza de mi tia.

Tal conducta traíala mobina y atareada, no sabiendo qué pensar de mi esquivada. Ya reputaba que románticas novelas habían sido parte á volverme el seso, haciéndome ¡qué horror! menospreciar sus riquezas; y prohibía terminantemente que, ni por distraccion cogiese un libro, ya vigilaba mis pasos, imaginando con harta fundamento, que oculto amor ocupaba mi corazón; pero era en sus averiguaciones tan desgraciada, y tan desacertadísima en sus presentimientos y recelos, que jamás logró dar en la causa principal de

mis penas. Viendo que yo no me encendía en ardoroso entusiasmo por su herencia, fue poco á poco negándome sus caricias, y de tal suerte me odiaba que en toda la comarca, teniase por seguro casi que, en pago de mi tristeza, mi tia trataba de desheredarme.

Entre tanto crecía mi amor por Alberto, y la solicitud de Alberto por mí. No había en el campo flor á que no me comparase, ni había en el cielo estrella que no fuese parecida á mis ojos. No debo encareceros cuanto contento encerrarían para mí tales palabras. Amor se acrecentaba con el tiempo hasta llegar á encender en mi pecho una de esas pasiones profundas, inextinguibles, que absorven el pensamiento y alcanzan que el mundo, la familia, los festejos, nuestro propio espíritu pasen ante nuestros ojos como seres faltos de vida, como cuerpos desposeídos de alma.

CXIX.

Mi tia desasosó de mi trato. Yo me alegré tanto que no encuentro palabras para encarecer mi satisfacción, porque sus quejas me hacían daño, y sus proyectos me causaban lastima.

Un día tuvimos la siguiente conversacion.

—Hija mía. Duéleme tu ingratitud muchísimo.

—¡Es porfía! No os digo que debéis curaros antes de pensar en quien os ha de suceder, en hallar la mejor traza de gozar cuanto podáis de vuestra fabulosa riqueza.

—¿Qué consejos!

—Entiendo por gozar, hacer bien: que no hay goce mayor en este mundo.

—Yo quiero que mis riquezas acrecentadas en un doble, si fuera posible, pasaran á ti para que las lucieras, cual cumple, á una gran señora. Pero tú...

—Yo no consiento que tan preocupada os traiga mi porvenir.

—Amelia. Amelia. Están haciendo méritos muy propios para conseguir que te desherede.

Me encogi de hombros con desden.

—Te es indiferente.

—Indiferente. Dije sin inmutarme.

—Véte delante de mi presencia. No vuelvas á hablarme. Desde mañana vivirás aislada en el ala izquierda del castillo. Nada sabrás de mí. Después que yo había hecho para divertirla y sorprenderla, hasta un teatro en la hermosa quinta de Nápoles, así me paga. Mañana mismo llamaré al escribano, é irrevocablemente serás desheredada.

CXX.

Después de esta escena corrió al jardín, saltando de contento, y encontré á mi primo.

—Albricias. Albricias.

—¿Qué te pasa?

—Ya puedo dedicar algunas horas á estar contigo.

—¿Cómo?

—Nuestra importuna tia no descansaba nunca, ni daba treguas á su afán por pintarme las riquezas que me reservaba, y era tal, que no consentía sino de domingo en domingo, que me apartase de su lado.

—¿Y eso te trae tan contenta?

—¡Te parece poco! Por estar una hora sola á tu lado, diera yo el mundo.

—Haces mal.

—¿Por qué? Alberto.

—Porque no debías disgustarla.

—Si me tiene esclava.

—Pues sufre resignada la esclavitud.

—Si apenas consiente que te hable.

—Pues no me hablas.

—Si, solo algunos domingos consentía que fuera contigo y esa aborrecible quintanona, á orillas del mar.

—¿Y qué?

—Que yo necesito verte á todas horas; oír tu voz.

—Pero ¡tanta riqueza!

—¿Qué importa! si antes era esclava, y ahora estoy libre para verte á todas horas.

—Ahora misma, corre á pedirle perdón.

—¿Ahora? No me separo de tí.

—En este punto. Deseo tu felicidad. Te lo mando.

Corrí desalentada al castillo. Llegué, llamé, atravesé los corredores, me acerco al salón de mi tia, llamo á la puerta, y me contesta su voz con acento de amargura.

—Es inútil. Estas dasherredada.

Me vuelvo, sin que tal palabra me produjera impresion, y veo que Alberto, pálido, demudado, decia, mirandome con rabia, estas palabras.

—Me has perdido.

—Di un grito de horror, porque aquella frase me había partido el pecho.

CXXI.

Desde entonces fue entibiándose su amor, de suerte que no había para mí punto de reposo. Olvidóse de sus poéticas palabras, de sus ardientes juramentos, de sus apasionadas cartas, de su tierno mirar, y siempre receloso, siempre triste, no hacia otra cosa que ahondar las llagas de mi desgarrado corazón.

En esto mi tia, que no podía pasarse sin tener una heredera con quien conversar del brillante porvenir que le reservaba, mandó llamar una mi prima, que se prestó gustosa á oír en gracia de las muchas esperanzas que abonaban su paciencia.

Llamábase Lucia. No era hermosa; pero tenía cierta gracia picaresca, que sentaba muy bien en sus cortos años. Morena, como buena española; pero algo mas morena de lo que puede consentir el buen gusto; gozaba sin embargo de alta fama por sus brillantes ojos y brevisima boca. Eran sus cabellos rizados; pero con tal desorden que aumentaban sus gracias, dando mucho de original á su animada fisonomía.

De su carácter poco debo decir. Era irreflexiva, inocente, y sin embargo un tanto coqueta. Gustaba de la adulacion; pero se reía de los hombres. Aparentaba oír atenta las amorosas declaraciones; pero después glosaba con mucha gracia los arrebatos líricos de sus amadores. Era bondadosa, aunque cierta malicia, que no pecaba de liviana, oscurecía esta dote de su natural bastante dado á la desconfianza. Franca con sus amigos, escéptica con los hombres, ni provocaba, ni desoía sus palabras. Fuera efecto de su bondad ó efecto de su malicia, ni los desauticiaba, ni tampoco les consentía grandes esperanzas, contentándose con escucharlos, sin darse, ni por vencedora ni por vencida.

Llegada al castillo, desde luego mi tia le anunció pomposamente que suyas serian las fabulosas riquezas.

Alberto me trataba en esta sazón con dureza tal, que mi dolor no tenía treguas. En algunos instantes, ya por compasión, ya por cálculo cesaba de atormentarme y me sonreía con amor; pero aquellos cortos instantes eran como horrible contraste, propio solo para acrecentar lo inmenso de mis penas. Conocí, y me lo ocultaba á mi misma, que había amado solo

mi fortuna. No por mí, por él, me esforzaba en arrojar de la mente tan indigno pensamiento.

Recordaré algunas conversaciones, que pintaran mejor su condicion y mi suerte.

—Me desamas, Alberto; ¿te gozas en mi martirio? ¿por qué si no me amas, osaste con tu aliento empañar la felicidad de mi vida?

—Duélete haberme conocido. Ya ves cuan natural es mi recelo. ¿Quéjate ahora de que soy ingrato, cuando eres tú quien me provoca á serlo!

—Ten compasión de esta infeliz mujer. Dime que me aborreces, que no quieres volver á verme, que mis ruegos te importunan y te cansan mis lágrimas.

—Digote que desearia que me comprendieses.

—No quiero comprenderte, Alberto.

—Hé ahí como vienes á prestar apoyo á mis palabras.

—Si te comprendiera, tal vez, tal vez, me costaría la vida.

—¿Qué dices? Me insultas.

—No, no te insulto.

—Si, si. Entiendo, entiendo lo que has querido darme á entender con esas palabras. Entre nosotros hay un abismo: la desconfianza. Mira, Amelia, no te quejes de mí, quejate de tu propio corazón. Tú has levantado estas tormentas, que dormían en el fondo de mi ser.

Y sin curarse de mis lágrimas ni prestar atención á mis quejidos, me dejó entregada á mi dolorosa desesperacion.

CXXII.

Mi prima Lucia, lejos de atizar el desamor de mi tia, hizo cuanto le aconsejó su buen deseo para reconciliarme con ella. No perdonó medio alguno, ni ruegos, ni intrigas, ni amenazas. Nada consiguió. Su solicitud hacia mi aliviaba mis penas. Negóse á recibir la totalidad de la herencia, como antes había hecho yo; pero mi tia no era dada á transacciones y no gustaba de compartir la herencia; pues quería, para dar mayor esplendor á su largueza que recayese en una sola persona.

Alberto empezó á tender sus redes. No dejaba jamás de perseguir á Lucia con sus amorosas endechas. Lucia jamás le oía; bien al revés de como acostumbraba, pues, según creo haberos dicho, era muy amable y aun coqueta con los hombres. Alberto sentía tanto su desprecio, que me atormentaba en proporcion de los agravios recibidos. Yo, aunque tan inclinado le veía á Lucia no acertaba á creerlo, achacando á pura galanteria su conducta.

Había mi alma conocido el amor, pasión á tantas tormentas ocasionada para ser burla del destino, mofa de un hombre. Y en mi corazón había nacido con tan varios colores, con tan encendido fuego aquella celeste pasión, que desdenaba todo cuanto á su naturaleza se oponía, y ni por desengañada se apagaba, ni por dolorida moría; antes lanzaba á manera de solitario ruiseñor lastimeros quejidos, y crecía borrando de mi memoria toda imagen que no fuese su imagen, y de mi mente toda idea que no fuese su idea; de tal modo que mi vida, aquella vida por Dios arrojada al universo quizá para gozar la felicidad, se evaporaba perdiéndose en sueños y delirios de asomos de razon desposeídos.

Pero ¿quién no cede á la evidencia? He aquí la conversacion que oí escondida en el jardín tras un sauce. Lucia y Alberto estaban solos en el borde de la fuente.

—He reparado que siempre, Alberto, te muestras distraído, y en tus acciones revelas efectos de querer bien; y como soy un tanto curiosa, fio en tu bondad;

pues averiguado que quieres, me has de decir á quién.

—Es verdad que quiero bien. Mas ¿han de publicar los labios lo mismo que están diciendo los ojos? Y si tú, ¡ay! no me entiendes; prefiero, Luisa, callar; que espero bien poca dicha cuando es tanta mi desdicha que no se entiende mi amor. Si revelara mi pasión, hubiera en mí dos culpas, fuera el decirlo la primera; y la segunda el decirlo á ti.

—Mala traza te das para vivir en estos tiempos, en que es propio del galán no solo decir su amor, sino decir el que no tiene.

—Si tú me nombraras...

—¿Es por ventura Consuelo, la hermosa reina castellana...?

—Poco, en verdad, es para mí mal ese consuelo.

—¿Es su prima Dolores?

—No me daña tal dolor.

—¿Salud?

—No es bastante á curar mi corazón.

—¡Ah! ya caigo, es Amelia, si Amelia.

—No la amo. Te lo juro por el cielo. Y ya que ni estenderme quieres, solo tú, Lucia, eres mi dulce, mi eterno amor.

Aquellas palabras, mal de mi grado, me electrizaron, y á su compás, me iba acercando como atraída por una fuerza magnética desde el sauce á la fuente, con los ojos desecados, pálido el semblante, trémula, sosteniéndome con ambas manos la cabeza pronta á estallar á impulsos de cruel dolor, y al concluir aquella frase verdadera sentencia de mi muerte, caí de rodillas entre ambas, lanzando una de esos lastimeros quejidos que solo puede inspirar la desesperación.

—¡Amelia! exclamó Lucia. ¿Te has vuelto loca? y se bajó para sostener en su seno mi cabeza, mientras Alberto se dirigía á la fuente á recoger en la palma de la mano un poco de agua para rociarme el rostro. Recogióla, en efecto, pero al inclinarse para aliviarme, me incorporé súbitamente como si hubiese visto en sueños negro espectro.

—¿Qué te sucede, Amelia? dijo Lucia.

—Nada, nada... Si pudiera llorar...

—Llora, llora en mi regazo, exclamó mi prima abrazándome tiernamente. Alberto estaba indiferente, contemplándose como Narciso, en el cristal de las aguas.

—Quisiera estar un instante sola.

—No, no, dijo Lucia, pudieras ponerte mala. No lo consiento.

En este intervalo torné á dominarme, y dirigiéndome á mi primo comencé á hablarle de esta suerte. Es de notar que jamás había revelado mi pasión á Luisa. Esta, poco observadora ahechó mi tristeza á la desgracia de haber perdido el favor de mi tía. Además, la indiferencia de Alberto no podía dar ocasión á sospecha de ningún género. Así le hablé.

—Es tu amor como un divertido poema. Tu corazón es, como Dios, infinito. El mundo entero cabe en su espacio. Lástima grande que no halles quien te comprenda. Como se extasiaría la mujer que leyese...

—Tienes razón la mujer amada que leyese en mis ojos, lo que guardaba mi corazón, sería bien cruel si me desdénaba... y miraba extático á Lucia.

El dolor me partía el pecho.

—Amale, Lucia, Amale; que te guarda virgen un corazón que no ha amado y te dirán «te adoro con amor;» labios que jamás han mentido.

Alberto se desesperaba. Furioso me miraba, y si en aquel punto, hubiera podido confundirme, no dudara en hacerlo así, ni un solo instante.

—Pláceme tus recomendaciones, Amelia. Pero, ó me engaño, ó según de tu acento colijo, es muy dado nuestro buen primo á prestar tributo de adoración á las mujeres.

—Es cierto, dijo él, es muy cierto. Amo á tu sexo, pero en una sola mujer que es dulce como el cáliz

de las flores, pura como la gota de rocío, amante como la luna, inocente cual la paloma, y como las estrellas hermosa.

Lucia lanzó una carejada al oír aquellos arrebatos poéticos, yo miré á mi primo como mira el juez al acusado, y mi prima que no había podido aun dar treguas á la risa que le asaltara, tomóme de la mano, y maquinalmente nos dimos á correr dejando solo á Alberto al lado de la fuente, maldiciendo su malhadada estrella.

CXXIII.

Alberto no deseaba amor, deseaba oro. Su corazón perdido para la virtud no conocía otra vida que la ambición. Así se explica la pasión que siempre me ministió, así se explica el amor que súbito se apoderó de su pecho al ver á Luisa. Entonces convencida de esto, no pude aborrecerle. Amábase á despecho de mi voluntad. Me puse á reflexionar, é hice las siguientes preguntas á mi corazón. ¿Le amas por tí, ó le amas por él? Por él, me contestó. ¿Es egoísmo ó abnegación tu cariño? Abnegación. ¿Debes buscar tu felicidad ó la suya? La suya. ¿En qué consiste para él la felicidad? En el oro. ¿Debes sacrificar tu corazón, para dar la felicidad al ser que adoras? Si, me contestó sin vacilar mi corazón. Ni el dolor, ni el martirio, ni la desesperación ni la muerte, me arredrarán para darle esa felicidad que ansioso busca. Dándole la ventura que ambiciona quizá le doy decias un remordimiento. ¿Y qué placer verle feliz y contento aunque me olvide!

Antes de tomar esta suprema resolución, dudé, padecí, vacilé, pero despues enjugué mis lágrimas, puse la mano sobre mi corazón, aconsejándole imperiosa que no osara rebelarse contra mis mandatos, sacudí mi cabeza como si pretendiera de esta suerte arrojar en el olvido mis ideas y mis ensueños, y sonriéndome, como debían sonreír los mártires desde la hoguera del martirio, encamineme con seguro paso á la habitación de Lucia para dar principio á mi sublime obra. Perdonadme, si de tal me atrevo á calificarla, porque acaso no alcanceis á comprender cuan inmenso es el dolor en el corazón de la mujer que no ha nacido para dominar tan crueles tormentos; pues su corazón fue creado para el amor, para derramar la felicidad en el alma del hombre, para dorar con místicos reflejos el secreto santuario del hogar doméstico, al desposeerse del amor, se desposee de la esperanza que es la vida, y se condena á vivir eternamente sola, desamparada, á no ver en el mundo ni un ser que la compadezca, ni un lazo que la una á la sociedad, ni siquiera un amigo que vierta una lágrima sobre su tumba, lágrima que despues de la muerte sube mezclada con el puro aroma de la oración hasta el mismo trono de Dios. Así mientras mas me acercaba al cuarto de mi prima, mas crecía mi angustia y mis ojos al través de los vidrios de la galería, veían el campo como una flor marchita, los cielos como un cuadro sin colores, y al volver la atención hacía mi misma, oía tan solo hervir en el fondo de mi corazón negros y horribles dolores, cuya intensidad me consolaba, dándome la esperanza de pronta y segura muerte, único asilo que distinguía entre el deshecho huracán que arrebataba en sus alas todas mis queridas ilusiones.

Entré por fin en su aposento. Recibíeme con su natural amabilidad, preguntándome solicita la causa de mi amarga tristeza.

—Estoy mas contenta, le dije.

—¡Oh! Cuanto me alegro.

—Esa tristeza es un fantasma que ha huido.

—Si si. Hablemos pues de otra cosa. ¿Qué te parece de nuestro primo Alberto?

—La misma pregunta, querida prima iba yo á dirigirte. No porque te hayas anticipado te excusas de contestarme ¿Qué te parece Alberto?

Lucia se ruborizó ligeramente.

—Mucho me calla tu corazón, pero mucho me dice tu rubor.

—No seas así. Duéleme que tan....

—No, Alberto merece tu amor. Dije yo, y el inmenso dolor que tal palabra produjo en mi corazón, privóme por un instante hasta de la vista.

—¿Qué tienes que así palideces?

—Nada, nada.

Y me hubiera en aquel punto sacado del pecho el corazón á pedazos.

—En fin, Amelia, pesa sobre mi conciencia un remordimiento, un secreto y voy á confártelo. Perdona si antes no lo dije como cumplía al cariño que te profeso. A pesar de lo mucho que de Alberto me he reído, conozco que le amo....

Y bajó los ojos ruborizada y confusa.

—Si, amale, dije cobrando aliento. Es de tu amor bien digno.

Sin embargo de mi propósito estas palabras helábase en mis labios, no ya por celos, sino por remordimientos: que á decir verdad, no era digno en mi sentir del amor de ninguna mujer. Pero fiel al desvariado pensamiento, que me inspiraba mi desatentada locura, rogué, forcé, insistí tanto que al fin, preparada Lucia cediendo á su voluntad, y á mis consejos pronunció el deseado si, que colmó los deseos de Alberto.

CXXIV.

«Era una tarde de otoño. Espesas nubes manchaban el espejo de los cielos. Un frío y fuerte viento movía con estruendoso ruido las desnudas ramas de los árboles, que mentían lastimeros quejidos. El mar, azotado por el viento se encrespaba, y de su inmenso seno salían espantosos rugidos, cual si el furor le poseyese, y se aprestase á combatir con los alborotados elementos. Los pájaros, presintiendo con su maravilloso instinto el furor de la tormenta próxima á estallar sobre la dormida tierra, buscaban solícitos seguras guaridas que les librasen de la muerte, acompañando con melancólico piar el duelo general de la naturaleza. Sin duda unas mismas leyes rigen la naturaleza y el espíritu, sin duda el pensamiento es un ser y un pensamiento son los seres; tal vez esas formas que nos seducen con su hermosura, son fantásticas líneas trazadas por nuestra mente, ó tal vez estas ideas que por puras nos seducen, serán torres de electricidad, fenómenos de la materia.»

«Mi pluma me ha llevado á do esquivaba ir mi torpe inteligencia. Descártome de todos estos pensamientos que osados me saltan y tenaces me persiguen, y doime á historiar las desgracias de Amelia tal cual las oí de sus labios.»

«Decía que era una tarde tempestuosa de otoño. Mi alma presa del dolor, tormenta horrible, no se daba descanso ni se permitía desahogo, pero gozándose en todo aquello que tenía relaciones con mi febril estado, anhelaba por tomar parte en la lucha que las fuerzas recónditas de la creación habían empeñado, tal vez contra algún poderoso y desconocido enemigo. ¿Y qué mayor enemigo que el límite que encadena á todos los seres, y del cual todos tienden á escaparse como el gilguero de la jaula que le aprisiona?»

Llevada de mi deseo, salí al campo sola, cuidándome bien poco de los peligros, á que me exponía, y pareciéndome aun demasiado clemente el huracán que rugía.

Al salir me proximé á un despeñadero, donde

próximo abismo parecía solicitarme con el viento, que en forma de pequeña tromba salía de su pavoroso seno. Mi muerte era inminente, faltábame las fuerzas, y el viento me arrastraba sin que yo misma lo sintiese y á pesar de que el instinto me aconsejaba, ora asir fuertemente un espino que hería mis manos, bañándolas con sangre, ora agarrarme desesperada á las piedras, que cedían á mi esfuerzo, lastimándome impiamente: en aquel horrible, desesperado combate no había otro fin seguro mas que el abismo abierto como la insondable eternidad á mis plantas.

En lo mas apurado de mi amargo trance oí una voz, que hirió en son de dulcísima esperanza mis oídos. Era la voz de Alberto, que corría precipitado á salvarme. Al verle acercarse grité con toda la fuerza que consentía mi pecho.

—De tí no quiero, ni la vida.

Y me dejé arrastrar del viento, perdiendo instantáneamente el sentido.

CXXV.

Al despertar de aquel horrible sueño; me hallé en mi lecho, dolorida, lleno el rostro de amoratados cardenales, y lastimados los brazos de heridas. Solo un milagro del cielo pudo salvarme. A orillas del abismo me contuvo un árbol, ofreciéndome en las ramas, que á sus piés yacían, segunda cuna pues que allí nació por mi mal segunda vez á la vida.

Alberto solo velaba mi sueño.

—Aparta... Aparta... No me atormentes.

—Amelia. Sostégate.

—A tu lado, jamás. Huye de mí, y me incorporé en mi lecho.

—Te amo.

—¡Oh! no me insultes.

—Te amo; pero la vida...

—Te ha forzado á desdeñar mi amor.

—Quizá no sepas que pesa sobre mí como una maldición un juramento.

—¿Pues no me juraste á mí tambien amor?

—Débote amor, mas antes lo debo á la humanidad.

—Déjame, Alberto, tus palabras han trastornado mis sentidos. Déjame.

—Bien. Lo haré así. Pero sabe que hay en mi corazón un altar consagrado á tu memoria. Sabe, que al sacrificarte, he ahogado mi vida. Sabe que te he ofrecido en holocausto á una idea mas alta que nuestro amor, á una idea mas esplendorosa que nuestra felicidad. Jamás viste en el fondo de mi ser el secreto que guardo, jamás alcanzaste á comprender que el hombre tiene un destino mas alto que la mujer. Ama tú al hombre, á Alberto, prodigale tus caricias, cual te plazca, duelele de sus inconsecuencias, lleva en tu abandono amargos desengaños; pero ten por cierto que aquí en el cielo de mi conciencia resplandece con varios colores una idea salvadora, á la cual debo sacrificar mi vida, mi honra, mi corazón, y que esa idea, pobre Amelia, necesita para triunfar de los manes de tu amor. Si hubiera nacido en otros siglos, si señor de poderosos castillos hubiera creído que todo el mundo me debía tributo de adoración; encerrado en mis almenas contigo, mi vivienda fuera hermoso paraíso; pero hoy debemos nuestro corazón al pueblo, nuestra cabeza á la revolución.

Y salió llamando á Luisa, para que viniera á prestarme su asistencia. No pude entender su pensamiento. Desde luego deduje que aquellas eran vanas palabras arrojadas al viento por su afán de aparecer siempre misterioso.

CXXVI.

Esperóse mi restablecimiento para celebrar la boda de Alberto, y Lucia. Todo en el castillo rebosaba plá-

pues averiguado que quieres, me has de decir á quién.

—Es verdad que quiero bien. Mas ¿han de publicar los labios lo mismo que están diciendo los ojos? Y si tú, ¡ay! no me entiendes; prefiero, Luisa, callar; que espero bien poca dicha cuando es tanta mi desdicha que no se entiende mi amor. Si revelara mi pasión, hubiera en mí dos culpas, fuera el decirlo la primera; y la segunda el decirlo á ti.

—Mala traza te das para vivir en estos tiempos, en que es propio del galán no solo decir su amor, sino decir el que no tiene.

—Si tú me nombraras...

—¿Es por ventura Consuelo, la hermosa reina castellana...?

—Poco, en verdad, es para mí mal ese consuelo.

—¿Es su prima Dolores?

—No me daña tal dolor.

—¿Salud?

—No es bastante á curar mi corazón.

—¡Ah! ya caigo, es Amelia, si Amelia.

—No la amo. Te lo juro por el cielo. Y ya que ni estenderme quieres, solo tú, Lucia, eres mi dulce, mi eterno amor.

Aquellas palabras, mal de mi grado, me electrizaron, y á su compás, me iba acercando como atraída por una fuerza magnética desde el sauce á la fuente, con los ojos desecados, pálido el semblante, trémula, sosteniéndome con ambas manos la cabeza pronta á estallar á impulsos de cruel dolor, y al concluir aquella frase verdadera sentencia de mi muerte, caí de rodillas entre ambas, lanzando una de esos lastimeros quejidos que solo puede inspirar la desesperación.

—¡Amelia! exclamó Lucia. ¿Te has vuelto loca? y se bajó para sostener en su seno mi cabeza, mientras Alberto se dirigía á la fuente á recoger en la palma de la mano un poco de agua para rociarme el rostro. Recogióla, en efecto, pero al inclinarse para aliviarme, me incorporé súbitamente como si hubiese visto en sueños negro espectro.

—¿Qué te sucede, Amelia? dijo Lucia.

—Nada, nada... Si pudiera llorar...

—Llora, llora en mi regazo, exclamó mi prima abrazándome tiernamente. Alberto estaba indiferente, contemplándose como Narciso, en el cristal de las aguas.

—Quisiera estar un instante sola.

—No, no, dijo Lucia, pudieras ponerte mala. No lo consiento.

En este intervalo torné á dominarme, y dirigiéndome á mi primo comencé á hablarle de esta suerte. Es de notar que jamás había revelado mi pasión á Luisa. Esta, poco observadora acazó mi tristeza á la desgracia de haber perdido el favor de mi tía. Además, la indiferencia de Alberto no podía dar ocasión á sospecha de ningún género. Así le hablé.

—Es tu amor como un divertido poema. Tu corazón es, como Dios, infinito. El mundo entero cabe en su espacio. Lástima grande que no halles quien te comprenda. Como se extasiaría la mujer que leyese...

—Tienes razón la mujer amada que leyese en mis ojos, lo que guardaba mi corazón, sería bien cruel si me desdénaba... y miraba extático á Lucia.

El dolor me partía el pecho.

—Amale, Lucia, Amale; que te guarda virgen un corazón que no ha amado y te dirán «te adoro con amor;» labios que jamás han mentido.

Alberto se desesperaba. Furioso me miraba, y si en aquel punto, hubiera podido confundirme, no dudara en hacerlo así, ni un solo instante.

—Pláceme tus recomendaciones, Amelia. Pero, ó me engaño, ó según de tu acento colijo, es muy dado nuestro buen primo á prestar tributo de adoración á las mujeres.

—Es cierto, dijo él, es muy cierto. Amo á tu sexo, pero en una sola mujer que es dulce como el cáliz

de las flores, pura como la gota de rocío, amante como la luna, inocente cual la paloma, y como las estrellas hermosa.

Lucia lanzó una carejada al oír aquellos arrebatos poéticos, yo miré á mi primo como mira el juez al acusado, y mi prima que no había podido aun dar treguas á la risa que le asaltara, tomóme de la mano, y maquinalmente nos dimos á correr dejando solo á Alberto al lado de la fuente, maldiciendo su malhadada estrella.

CXXIII.

Alberto no deseaba amor, deseaba oro. Su corazón perdido para la virtud no conocía otra vida que la ambición. Así se explica la pasión que siempre me ministió, así se explica el amor que súbito se apoderó de su pecho al ver á Luisa. Entonces convencida de esto, no pude aborrecerle. Amábase á despecho de mi voluntad. Me puse á reflexionar, é hice las siguientes preguntas á mi corazón. ¿Le amas por tí, ó le amas por él? Por él, me contestó. ¿Es egoísmo ó abnegación tu cariño? Abnegación. ¿Debes buscar tu felicidad ó la suya? La suya. ¿En qué consiste para él la felicidad? En el oro. ¿Debes sacrificar tu corazón, para dar la felicidad al ser que adoras? Si, me contestó sin vacilar mi corazón. Ni el dolor, ni el martirio, ni la desesperación ni la muerte, me arredrarán para darle esa felicidad que ansioso busca. Dándole la ventura que ambiciona quizá le doy decias un remordimiento. ¡Y qué placer verle feliz y contento aunque me olvide!

Antes de tomar esta suprema resolución, dudé, padecí, vacilé, pero despues enjugué mis lágrimas, puse la mano sobre mi corazón, aconsejándole imperiosa que no osara rebelarse contra mis mandatos, sacudí mi cabeza como si pretendiera de esta suerte arrojar en el olvido mis ideas y mis ensueños, y sonriéndome, como debían sonreír los mártires desde la hoguera del martirio, encamineme con seguro paso á la habitación de Lucia para dar principio á mi sublime obra. Perdonadme, si de tal me atrevo á calificarla, porque acaso no alcances á comprender cuan inmenso es el dolor en el corazón de la mujer que no ha nacido para dominar tan crueles tormentos; pues su corazón fue creado para el amor, para derramar la felicidad en el alma del hombre, para dorar con místicos reflejos el secreto santuario del hogar doméstico, al desposeerse del amor, se desposee de la esperanza que es la vida, y se condena á vivir eternamente sola, desamparada, á no ver en el mundo ni un ser que la compadezca, ni un lazo que la una á la sociedad, ni siquiera un amigo que vierta una lágrima sobre su tumba, lágrima que despues de la muerte sube mezclada con el puro aroma de la oración hasta el mismo trono de Dios. Así mientras mas me acercaba al cuarto de mi prima, mas crecía mi angustia y mis ojos al través de los vidrios de la galería, veían el campo como una flor marchita, los cielos como un cuadro sin colores, y al volver la atención hacía mi misma, oía tan solo hervir en el fondo de mi corazón negros y horribles dolores, cuya intensidad me consolaba, dándome la esperanza de pronta y segura muerte, único asilo que distinguía entre el deshecho huracán que arrebatava en sus alas todas mis queridas ilusiones.

Entré por fin en su aposento. Recibíeme con su natural amabilidad, preguntándome solicita la causa de mi amarga tristeza.

—Estoy mas contenta, le dije.

—¡Oh! Cuanto me alegro.

—Esa tristeza es un fantasma que ha huido.

—Si si. Hablemos pues de otra cosa. ¿Qué te parece de nuestro primo Alberto?

—La misma pregunta, querida prima iba yo ha dirigirte. No porque te hayas anticipado te excusas de contestarme ¿Qué te parece Alberto?

Lucia se ruborizó ligeramente.

—Mucho me calla tu corazón, pero mucho me dice tu rubor.

—No seas así. Duéleme que tan....

—No, Alberto merece tu amor. Dije yo, y el inmenso dolor que tal palabra produjo en mi corazón, privóme por un instante hasta de la vista.

—¿Qué tienes que así palideces?

—Nada, nada.

Y me hubiera en aquel punto sacado del pecho el corazón á pedazos.

—En fin, Amelia, pesa sobre mi conciencia un remordimiento, un secreto y voy á confártelo. Perdona si antes no lo dije como cumplía al cariño que te profeso. A pesar de lo mucho que de Alberto me he reído, conozco que le amo....

Y bajó los ojos ruborizada y confusa.

—Si, amale, dije cobrando aliento. Es de tu amor bien digno.

Sin embargo de mi propósito estas palabras helábase en mis labios, no ya por celos, sino por remordimientos: que á decir verdad, no era digno en mi sentir del amor de ninguna mujer. Pero fiel al desvariado pensamiento, que me inspiraba mi desatentada locura, rogué, forcé, insistí tanto que al fin, preparada Lucia cediendo á su voluntad, y á mis consejos pronunció el deseado sí, que colmó los deseos de Alberto.

CXXIV.

«Era una tarde de otoño. Espesas nubes manchaban el espejo de los cielos. Un frío y fuerte viento movía con estruendoso ruido las desnudas ramas de los árboles, que mentían lastimeros quejidos. El mar, azotado por el viento se encrespaba, y de su inmenso seno salían espantosos rugidos, cual si el furor le poseyese, y se aprestase á combatir con los alborotados elementos. Los pájaros, presintiendo con su maravilloso instinto el furor de la tormenta próxima á estallar sobre la dormida tierra, buscaban solícitos seguras guaridas que les librasen de la muerte, acompañando con melancólico piar el duelo general de la naturaleza. Sin duda unas mismas leyes rigen la naturaleza y el espíritu, sin duda el pensamiento es un ser y un pensamiento son los seres; tal vez esas formas que nos seducen con su hermosura, son fantásticas líneas trazadas por nuestra mente, ó tal vez estas ideas que por puras nos seducen, serán torres de electricidad, fenómenos de la materia.»

«Mi pluma me ha llevado á do esquivaba ir mi torpe inteligencia. Descártome de todos estos pensamientos que osados me saltan y tenaces me persiguen, y doime á historiar las desgracias de Amelia tal cual las oí de sus labios.»

«Decía que era una tarde tempestuosa de otoño. Mi alma presa del dolor, tormenta horrible, no se daba descanso ni se permitía desahogo, pero gozándose en todo aquello que tenía relaciones con mi febril estado, anhelaba por tomar parte en la lucha que las fuerzas recónditas de la creación habían empeñado, tal vez contra algun poderoso y desconocido enemigo. ¿Y qué mayor enemigo que el límite que encadena á todos los seres, y del cual todos tienden á escaparse como el gilguero de la jaula que le aprisiona?»

Llevada de mi deseo, salí al campo sola, cuidándome bien poco de los peligros, á que me exponía, y pareciéndome aun demasiado clemente el huracán que rugía.

Al salir me proximé á un despeñadero, donde

próximo abismo parecía solicitarme con el viento, que en forma de pequeña tromba salía de su pavoroso seno. Mi muerte era inminente, faltábanme las fuerzas, y el viento me arrastraba sin que yo misma lo sintiese y á pesar de que el instinto me aconsejaba, ora asir fuertemente un espino que hería mis manos, bañándolas con sangre, ora agarrarme desesperada á las piedras, que cedían á mi esfuerzo, lastimándome impiamente: en aquel horrible, desesperado combate no había otro fin seguro mas que el abismo abierto como la insondable eternidad á mis plantas.

En lo mas apurado de mi amargo trance oí una voz, que hirió en son de dulcísima esperanza mis oídos. Era la voz de Alberto, que corría precipitado á salvarme. Al verle acercarse grité con toda la fuerza que consentía mi pecho.

—De tí no quiero, ni la vida.

Y me dejé arrastrar del viento, perdiendo instantáneamente el sentido.

CXXV.

Al despertar de aquel horrible sueño; me hallé en mi lecho, dolorida, lleno el rostro de amoratados cardenales, y lastimados los brazos de heridas. Solo un milagro del cielo pudo salvarme. A orillas del abismo me contuvo un árbol, ofreciéndome en las ramas, que á sus piés yacían, segunda cuna pues que allí nació por mí mal segunda vez á la vida.

Alberto solo velaba mi sueño.

—Aparta... Aparta... No me atormentes.

—Amelia. Sostégate.

—A tu lado, jamás. Huye de mí, y me incorporé en mi lecho.

—Te amo.

—¡Oh! no me insultes.

—Te amo; pero la vida...

—Te ha forzado á desdeñar mi amor.

—Quizá no sepas que pesa sobre mí como una maldición un juramento.

—¿Pues no me juraste á mí tambien amor?

—Débote amor, mas antes lo debo á la humanidad. —Déjame, Alberto, tus palabras han trastornado mis sentidos. Déjame.

—Bien. Lo haré así. Pero sabe que hay en mi corazón un altar consagrado á tu memoria. Sabe, que al sacrificarte, he ahogado mi vida. Sabe que te he ofrecido en holocausto á una idea mas alta que nuestro amor, á una idea mas esplendorosa que nuestra felicidad. Jamás viste en el fondo de mi ser el secreto que guardo, jamás alcanzaste á comprender que el hombre tiene un destino mas alto que la mujer. Ama tú al hombre, á Alberto, prodigale tus caricias, cual te plazca, duelele de sus inconsecuencias, lleva en tu abandono amargos desengaños; pero ten por cierto que aquí en el cielo de mi conciencia resplandece con varios colores una idea salvadora, á la cual debo sacrificar mi vida, mi honra, mi corazón, y que esa idea, pobre Amelia, necesita para triunfar de los manes de tu amor. Si hubiera nacido en otros siglos, si señor de poderosos castillos hubiera creído que todo el mundo me debía tributo de adoración; encerrado en mis almenas contigo, mi vivienda fuera hermoso paraíso; pero hoy debemos nuestro corazón al pueblo, nuestra cabeza á la revolución.

Y salió llamando á Luisa, para que viniera á prestarme su asistencia. No pude entender su pensamiento. Desde luego deduje que aquellas eran vanas palabras arrojadas al viento por su afán de aparecer siempre misterioso.

CXXVI.

Esperóse mi restablecimiento para celebrar la boda de Alberto, y Lucia. Todo en el castillo rebosaba plá-

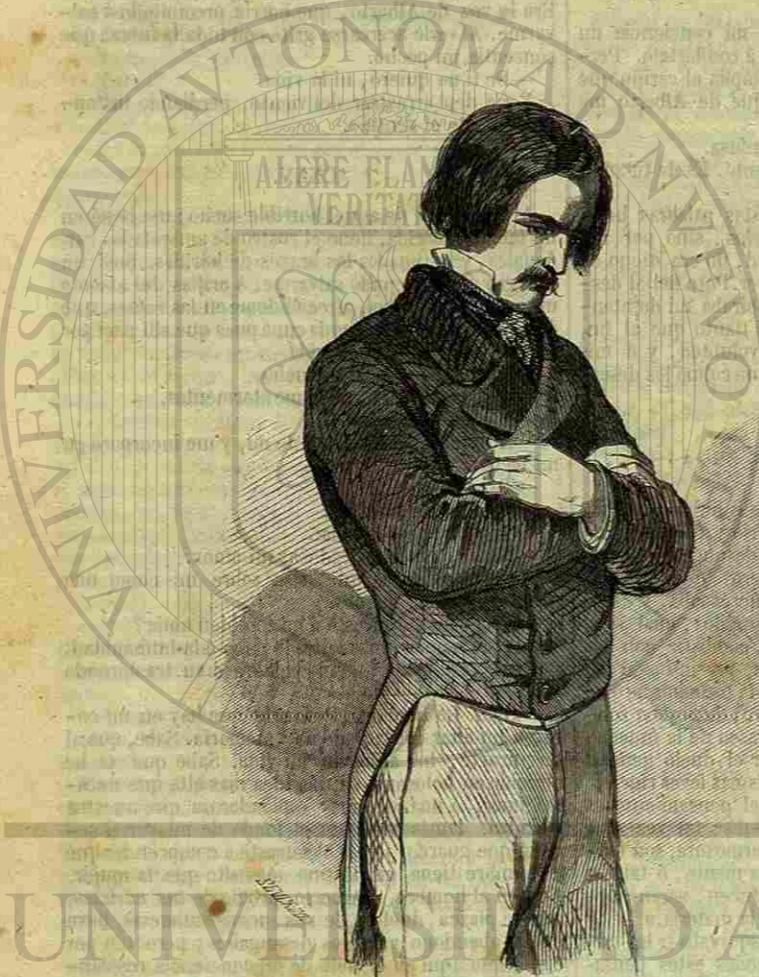
cida y general alegría. Mi tía estaba como loca al considerar aquel fausto suceso. La familia se había reunido para celebrar cual cumplía á su grandeza la sin par felicidad de los amantes. En cuanto á mi deber me había dado ya una segunda naturaleza.

Era algo mas que negra melancolía mi tristeza: Nada me llamaba la atención. Nada sonreía á un corazón de diez y nueve años: En el vestibulo de la vida, la desgracia con su helado soplo, deshojó la flor de mi imaginación. En el mundo nada me prometía solaz. Solo en el cielo ponía mis esperanzas. Una suerte de sereno misticismo que poco á poco fue apoderándose de mi alma era para mí como una de esas es-

pléndidas estrellas, que trémulas aparecen entre los nubarrones apiñados por la tempestad.

Cuánto consuelo me dió entonces mi fe; mi sentimiento religioso, nunca en mi pecho apagado no sabré decirlo; que harlo alcanzareis á distinguirlo, viendo que á pesar de ser mis penas superiores á todo encarecimiento hoy gozo de una vida mas amarga que la misma muerte.

Estaba aquel día Lucia graciosísima. A pesar de su color, había con tal gracia y exquisita gusto combinado los de su prendido que resaltaban por extremo sus naturales dotes aumentadas con el brillante reflejo, que suele dar al rostro la sincera alegría. Las



Alberto.

armonías de la música que llevaban á todos los corazones plácido contento, me atormentaban, cual si fueran ahullidos del infierno:

Alberto me miraba. Parecía indicarme que su amor no se había apagado. Sus miradas levantaban en mi corazón las tormentosas olas de mi recuerdo. Era tanta mi pena que no podía respirar, partiase mi corazón, un calor semejante á la fiebre me consumía, me devoraba y temblaba como si estuviese en tortura. Los esfuerzos hechos para ocultar mi mal, me habían quebrantado, lastimando mi salud, ennegreciendo mi carácter. En aquella noche, colmada la copa

de mis sufrimientos, reposando hiel mi corazón, arastrábame una fuerza superior á mi voluntad hacia la capilla donde á la faz de Dios clavaba Alberto un puñal en mi pecho, y me llevaba el destino al baile, donde veía celebrar con trasportes de júbilo mi muerte. Pero mi martirio no puede pintarse. Para no hacer traición á mis sentimientos, detenía las lágrimas que pugnaban por asomar á los ojos, ahogaba los suspiros que tenaces huían á mi despecho del corazón; ostentaba plácida sonrisa en los labios, plácida serenidad en la frente, cuando el fuego de los zelos me abrasaba sin cesar y la idea de mi pérdida dicha consumía mi cerebro.



ALBERTO DECLARA SU AMOR A AMELIA.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

¡Qué noche! No quiero recordarla. Mientras concluido el baile, todos reposaban en el castillo; y paseando de un lado á otro de la estancia, sollozaba como desesperada, hería mi frente golpeándola cual si fuese culpable de mi desgracia y me doblaba bajo el látigo del dolor que no asesinaba: noche cuyo recuerdo pone en mi ánimo negro espanto y solo asemejarse pueden á las penas de los condenados en el infierno. Así los días se sucedían á los días, sin que consuelo alguno viniera á enjugar mis lágrimas, las noches á las noches, sin que el sueño diera treguas á mis penas siempre crecientes; que no me daban ni punto de reposo, ni esperanza de llegar al alivio: tal impresión hizo en mi alma el desamor de Alberto.

En esto, varios sucesos tristísimos vinieron á dar nueva faz á mi vida; para emponzoñarla con ponzoña mas amarga si hubiera posible amargura mas acerba. Alberto á todas horas, todos los días andaba en misterios incomprensibles; ya trazando mágicos signos en papeles que aparecían luego en blanco, merced á maravillosos reactivos, ya entreteniéndose en escavaciones, que á nada conducían, y en las cuales gastaba enormes sumas; ya abandonando por muchos días el castillo á do solía volver á media noche vestido con rarísimos trajes, unas veces desalentado, otras alegre hasta rayar en delirante, y siempre murmurando palabras para todos incomprensibles.

Yo acompañaba en su dolor á mi prima, cuyo buen corazón padecía mucho con tales desvarios, que la traían siempre desazonada y llorosa. Padecía yo tambien por Luisa, cuyo dolor me acongojaba y por Alberto, cuya manera de vivir era ocasionada á mil peligros. Sacrificando en aras de su felicidad mi dolor dábales consejos, ponía todo cuanto empeño era posible en dirimir sus contiendas, no muy escasas y no poco tormentosas, y era mi solicitud muchas veces parte á evitar grandes disgustos.

Una noche el trastorno fue general en el castillo. Mi tia, á quien el casamiento de Luisa, y mi criminal indiferencia habian ocasionado gravísimas é imponderables penas no cesó ni un día siquiera de censurar ágridamente la conducta del esposo, el desamor, que seguramente manifestaba Lucia, y contra su natural suyo de franco, les reservaba una terrible venganza. Denadie fue conocida esta trama hasta el instante supremo. Entrada en años, achacosa, falta de vigor y sobrada de penas, un fulminante accidente apoplético dió con ella en la tumba. Aquella noche el espanto habia sido general en el castillo. Pusieronse todos los medios posibles para salvarla; pero ninguno fue bastante á libertarla de la muerte. Espiró, y aunque no fue en vida muy querida por el modo un tanto brusco que tenia de prodigar favores y conceder á la desgracia alivio, fue llorosa en muerte, que borra todos los malos recuerdos, como si la virtud solo sobreviviese al cuerpo.

Lucia la lloró amargamente; yo solicitada al dolor por mi propia naturaleza, encontré ocasion de tributar lágrimas á todas mis penas en aquella amarga pena; Alberto no dejó de conneverse aunque andaba muy distraído con sus fantásticos é indescriptibles proyectos.

Llegó despues del duelo la hora de leerse el testamento, en presencia del consejo de familia, testamento que todos dábamos por leído, pues nadie podia dudar que Lucia era la única heredera y como á tal todas las llaves del castillo se le habian entregado.

Mas ¡oh sorpresa! mi tia me señalaba á mi, solo á mi, heredera universal de todos sus bienes.

Confieso que en aquel instante un arrebato de súbita venganza me cegó; y despues de leído el testamento, con asombro de todos, con espanto de Alberto, me levanté arrogante, y dirigiéndome á mi primo le dije con aire desdenoso, y ademan altivo.

—¡Querido primo! Vuestra posicion no cambiará, por ser yo dueña en esta casa.

No me contestó, rechinó los dientes, puso los ojos en blanco y salió del salon, sin pronunciar una palabra.

Aquella inesperada nueva llenó su pecho de amargura.

Yo lo conocí así, é inmediatamente quise donarle todos mis bienes. Sin embargo, en el intervalo habia desaparecido dejando escrita esta sentida carta.

Querida Amelia: Te amaba, pero amaba mas á mi idea. El deseo de consagrar el patrimonio de nuestra tia á la regeneracion del pueblo me habia forzado á tributarte mi amor, primero por cálculo, pero despues por sentimiento.

Mas tarde vi que ese inmenso objeto de mis constantes deseos, que esos inmensos caudales no podían consagrarse á la revolucion, sino sacrificándote en aras de Lucia, y lo hice sin vacilar; porque mi idea es mi vida. No me culpes. La culpa es de aquesta maldita sociedad, en que vivimos, sociedad que no admite, que no consiente las ideas mas levantadas, sino á costa de oro y sangre. No puedo darles ya mi oro; pero les daré mi sangre. Adios, Amelia, compadéceme; porque tambien soy muy desgraciado.

ALBERTO.

Despues ponía en una posdata.

Luisa: Confía en Dios, y espera en la eternidad.

ALBERTO.

La humanidad era su pasión. El 2 de diciembre, al cual queria oponerse con todas sus fuerzas, le asesinó en el Boulevard de Mornatre.

—Segun eso, Amelia, no es Alberto tal como le habeis pintado.

—Seguramente. Os hice aquella pintura; porque así aparecía en su vida. Su muerte, solo, vino á darle razon.

Alberto tenia elevados sentimientos y los ocultaba; grandes pasiones, y las tenia en poco; profundas miras y jamás osaba manifestarlas; amor á la humanidad y lo oscurecía con el misterio. Hizo grandes sacrificios, y jamás los estimó dignos de ser honrados con lástimas, ni regados con lágrimas; antes que sacrificios fueron para él deberes. Solo una vez se quejó de mi injusticia. Jamás volví á descubrir en él miras elevadas. Pasó su vida en conspiraciones por la libertad de su patria, y murió en el campo de batalla, escupiendo contento la sangre de sus heridas á la frente del déspota sañudo, que se gozó en la humillacion de la Francia.

Si, tenia razon. Jamás le comprendió. Tal es la historia de Amelia.

CXXVII.

Continúan las memorias.

El aire de los salones me ahoga. No puedo allí respirar. Amo la libertad, y no se halla en ese recinto mas que la esclavitud del buen tono. Me despediré de ellos, sin dejar un recuerdo de mi. Si todos acordaran que un joven triste siempre en medio de la general alegría, jamás osaba convertir los ojos á ninguna mujer, ni dirigir la palabra á ningun hombre; perdido á guisa de loco en su propio pensamiento. Hoy me parece que por fin va á empezar para mi nueva vida. Voy a ver á Maria, Eusebio, á quien he arrancado el secreto de su vivienda, que cuidadoso me ocultaba, señalaréme ese cielo, donde al fin concluirán todas mis penas. Maria: tiemblo como un niño, al presentarme ante tí, tiemblo de dolor y de esperanza. ¡Oh! ¡Cómo se agita mi corazón, cómo se ensancha mi pecho!....

CXXVIII.

Aquí dejamos de transcribir las memorias, y seguimos el cortado hilo de nuestra narración.

Era una tarde del mes de mayo. María, vestida de luto, llorosa, se entretenía en arreglar sus flores, que cuidadosamente cultivaba; entretejiendo en la ventana una como cortina de jazmines, cuyo espeso follaje apenas dejaba pasar á los ardientes rayos del sol, que tenían con luminosos resplandores la hermosa frente de la hermosa joven cual si quisieran competir con sus dorados cabellos. Vivía sola en el mundo. Su padre acababa de morir bajo el peso de sus inmensos dolores. Antonio entregado siempre á su trabajo, no reposaba ni un instante en casa, contentándose con dejarle todos los días el jornal á María, con cuyo auxilio, y el producto de sus labores gozaba esta de esa mediana, que tiene algo de feliz, á pesar de los apuros, que suele llevar consigo. Su padre le había ordenado que, pasado un mes despues de su muerte, leyese un papel, que le dejaba en un cajoncito, puesto á la cabecera de la cama.

María, fiel guardadora de los preceptos de su padre, se dirigió, suspirando en la tarde, que mentamos, y á la hora misma, en que se cumplía el plazo hácia el rincón, do estaba colgado el cajoncito, y cogiéndolo, sin dejar un instante de verter amargas lágrimas, leyó lo siguiente:

»María: Una joven como tú, no puede vivir sola en el mundo, sin exponerse á perder su honra, única herencia, que te han dejado tus padres. No tienes parientes, que te recojan, ni amigas que te acompañen, y aunque las tuvieras, no es bien nunca habitar agena vivienda. La soledad, en que te quedas, muerto yo y roto el juramento, que te ligaba á tu esposo; te fuerza á meditar con madurez cuanto conviene evitar al mundo ocasion de murmuraciones, que no por infundadas suelen ser poco acogidas.

»Además qué te prometes de un mundo, donde solo alcanza señalado favor la riqueza, que eclipsa con el brillo del oro las humanas debilidades, y donde la virtud pobre está expuesta á tales asechanzas y peligros, que no quiero encarecertelos; porque tu penetración, ó tu instinto será bastante á comprender los abismos que te cercan, los males que te amagan?

»Desde el fondo del sepulcro, que la muerte nunca rompe los lazos anudados por la virtud, tu pobre padre, que muere con dolor vivísimo, por dejarte, y que si le fuera posible, te arrastraría consigo á la eternidad, convencido de que no naciste para vivir en este mundo, ó puesto á tu carácter, tu pobre padre te habla, seguro siempre de que atenderás á su voz, que aun resonará como aviso del cielo en tus oídos.

María besó con efusión el papel, empapándolo con ardientes lágrimas, que brotaban purísimas del fondo de su herido corazón.

»No des por mas tiempo ocasion á las maldicientes, ni esperanzas á los audaces; pues aquellos no alcanzan á comprender cómo una joven hermosa puede vivir, sin caer en el vicio, ni estos se persuaden á respetar la virtud desvalida, entregada á la pureza de su conciencia, y al patrimonio de Dios.

»En tu triste situación has menester de un hombre que sea tu escudo; de un hombre que honrado y bueno merezca tu amor y sea digno de protegerte; de un hombre que dulcifique tus penas, amándote con ese amor, sin el cual no es dado vivir á nuestra pobre naturaleza.

»María: si tu corazón no se opone con tenaz resistencia á ello, da tu mano al pobre Antonio. Amoroso, te servirá de égida contra el mundo; fiel, será tu

mejor apoyo; constante, no faltará á sus juramentos; virtuoso, comprenderá tu corazón; dado siempre al trabajo, aliviará tus penas, y será parte á remediar la triste hofandad en que te deja tu desgraciado padre.

»En estos días en que siento acercarse á mí con callado paso la muerte; en que veo cerne sobre mi vida la eternidad; cúpleme pedirte perdón del triste caso que trajo sobre tu frente mi amor, y aconsejarte que si tu corazón prefiere la libertad ó ama á otro hombre, acuerde, trayendo á las mientes mi memoria, cuan leve es el soplo de la existencia, como es triste pensar que siempre corremos tras la dicha sin dar con ella jamás, y cuanto de grande y verdadero encierra el presentimiento de que solo allende la muerte corre abundante la verdadera fuente de la eterna vida, y del eterno amor.

No te importe que no tenga nombre que dar á sus hijos, pues no por el nombre, sino por la virtud se hace digno del aprecio de las gentes el buen ciudadano. María: estima como gustes los consejos de tu padre, libre ya de su tutela, tuyas son tus acciones, y tuyos con mayor razón, tus sentimientos, sobre los cuales jamás pretendí tener el dominio que da la fuerza, sino el influjo que da la persuasión; y si por inútiles ó perjudiciales los desoyeras, dedícame al menos una lágrima, que, cayendo sobre mi helado cuerpo, lo hará revivir de puro contento, ó levanta del fondo de tu alma una oración por mí que regocijará en el seno de Dios el alma de tu padre.»

CXXIX.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquel era el testamento de su padre.

No debía decirlo. Sus razones eran valederas, sus consejos fundados. No podía vivir sola, no podía desasirse de Antonio, y su honor tampoco consentía que sus relaciones con este, aunque de suyo purísimas, fuesen íntimas. ¿Ernesto? pensaba para sí María. Ese sentimiento era su alma; pero Ernesto, á quien suponía casado con Eugenia, no podía ya con ella unirse, ni se acordaba de su nombre. ¡Empeños de la casualidad! Mientras Ernesto suspiraba por María, sin saber de ella nueva cierta, esforzándose vanamente por estrecharla contra su corazón y darle en holocausto su amor. María dudaba en dar su mano á un hombre, á quien no amaba, sino como ama el hermano al hermano, el amigo al amigo.

Cuando María estaba dada á sus reflexiones, fija la vista en aquellas letas trazadas por una mano temblona, dictadas por una inteligencia pronta á lanzar su postrer destello, entró Antonio, meditabundo y silencioso como siempre.

—¡Antonio! Lee, díjole María.

Antonio leyó anhelante la carta, y despues de interrogar con la vista á María, exclamó.

—Tú no me amas.

—Si, si. Te amo como puedo amar en la tierra.

Antonio cayó, al peso del contento, de rodillas, cubriéndose con ambas manos el rostro.

CXXX.

En aquellos días escribía lo siguiente Ernesto en sus memorias.

María: En vano te busco. Tú debes ser la felicidad, cuando así te ocultas á mis ojos. En tu frente vería renacer los santos días de plácida ventura, que ahuyentó el tiempo con sus negras alas. Tu aliento sería para mí como el aura santísima de las puras

playas de mi patria, tu palabra como nuncio de mi eterna ventura.

Morir sin verte, sin decir lo que oculto en mi pecho, sin pintarte el amor que me devora, es un castigo digno del hombre, que, por un momento, creyó hallar lejos de ti la felicidad en la tierra. ¡Oh! María, vuelve á posarte en mi corazón. Torna á ser mi guía. Enseñame á orar. Desde que te apartase de mí el fuego del amor divino se apagó en mi seno. En vano me lamento desde el fondo de mis dolores, buscándote anhelante; en vano te llamo al nacer el día, al hundirse el sol en occidente, en vano. Dios te ha ocultado para mí mal, y el destino se levanta entre ambos abriendo á nuestros piés un abismo.

CXXXI.

Ernesto, desengañado del mundo, sin haber logrado jamás saber nueva cierta de María, colgó su lira del olvido, y devorado por una horrible tristeza, volvió á buscar la felicidad, donde creyó que la felicidad no se albergaba, en los campos de su patria. La desesperación le consumía.

No había logrado ver á María. Esperaba divisar su sombra en los patrios campos.

CXXXII.

Ernesto, que buscaba con insaciable ansiedad el bien y el amor, llegó á caer en la servidumbre de la duda y del desengaño. Nada encontró en los dorados salones, nada que fuese bastante á calmar sus penas. Buscaba el olvido, narcótico que solo se paga con la vida. El poder del mal es de suyo limitado, y el dolor se estrella también contra esta nuestra débil naturaleza, tan varia en sus deseos como misteriosa en sus pasiones. La pasión del amor fue poco á poco apagándose en su pecho. En el mar sin riberas de su conciencia se levantaba, á despecho de su propio arbitrio, la idea de la humanidad, y en el santuario de su corazón lucía el amor por tan santa causa. ¿Qué son todas las pasiones, sino tempestuosos huracanes, que mat de nuestro grado juegan con la vida? Logró adormecer sus memorias, y paró mientes en que la sacra lumbre del espíritu encendida por el soplo de Dios en la mente, es como fuego fatuo sino se alimenta con el amor al hombre, si no ilumina el progreso, germen do se oculta la felicidad de las naciones como en la semilla que arrastra el aura, se oculta la encina que resiste al furor de las tempestades y á los embates del tiempo. Ningun amor hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia del amor á la patria, como ninguna pérdida hay tan grande que el varon de ánimo fuerte no deba escoger antes que caer en la indiferencia por el bien público.

Ernesto sacudió sus aspiraciones á la felicidad, como si despertara de largo y dulce sueño; convino consigo mismo en que la desgracia tiene misteriosos atractivos y el dolor largos premios, pues suele ser poderoso ó á levantarnos del lodo de la materia, y á ceñir á nuestras sienas la aureola de la virtud; y ahogando sus memorias, como hemos dicho, puso su deseo en redimir al pueblo que tras largos siglos de oprobiosa y dura servidumbre se alza en alas de la libertad á conquistar una esplendente corona, cuyos diamantes son las ideas de todos los filósofos desde Platon hasta Hegel.

Triste empresa, por cierto, acometió, sin mas escudo que su inocencia, sin mas armas que su palabra, sin mas auxilio que sus virtudes; sin mas esperanza que el martirio. ¡El martirio! ¿Qué significa esa palabra? Nada. El verdadero martirio es el olvido de los

hombres, el pasar por la tierra sin dejar ni un rastro de luz en el espacio, ni un santo recuerdo en la historia.

CXXXIII.

Nos hemos olvidado de Eugenia. En su jardín, á la luz de plácida luna, divierte sus penas, escuchando los gorgoros del ruiseñor, voz de los bosques, semejante al eco de una oración. En el éter de la tibia luz se baña el alma como en el aroma de las flores la blanca mariposa.

Eugenia padece: la felicidad ha huido del horizonte de su alma. Que mucho, pues, que pálida y triste, demudado el semblante, caidos los brazos, inclinándose sobre el pecho la cabeza, traiga á las mientes los días que no son, que no volverán á ser; días de plácida ventura, cuyo recuerdo emponzoña el alma, y llena de amargos desvarios el corazón.

Todo está silencioso. Los árboles suspiran heridos por la brisa como el corazón de Eugenia herido por el desamor. Parece que naturaleza duerme en brazos de la noche. Así el mas ligero ruido se oye á larga distancia. Sin embargo, la joven, embebida en su pensamiento, no oye los pasos de Eusebio, que desalentado se dirige á su encuentro.

—¿Tú aquí? dice la joven, sin manifestar ni sentimiento, ni extrañeza.

—¿Te pesa de mi venida?

—No. Hace tiempo que nada siento. Ni el placer, ni el dolor, tienen eco en mi alma.

—Pláceme tu romanticismo. Créeste ya curada de espantos.

—El dolor solo se cura con la muerte.

—Y con el olvido.

—¿El olvido! ¿Es dable olvidar, es posible?

—Es fácil.

—Para el ingrato.

—Tal es por naturaleza el hombre.

—No la mujer.

—La mujer es el hombre echado á perder, y de consiguiente es mas ingrata, si cabe.

—Abandonarme... abandonarme. Y yo le amaba con todo mi corazón.

—No te duela: que no ha de faltarte amor.

—Un alma como su alma no existe en el mundo.

—Si tal. Todas son hechuras de Dios.

—Aquellas sus palabras caían en mi corazón como el rocío en la flor.

—No te apures. Yo sé de memoria novelas sentimentales, y he de recitarte algunas páginas para que no echés de menos á Ernesto.

—Le dí vida, y me robó el alma, decía Eugenia, sollozando.

—No hay duda que le cupo en suerte á tal hombre variar tu naturaleza. Mas... hay un placer que no has saboreado, un placer que no tiene límites...

—¿Un placer!

—¿Qué placer?

—La venganza.

—Oh... no, no... Eso es horrible. No cabe en mi corazón que le ama tanto.

—Mira, Eugenia. Hagamos la autopsia del amor. Ya que tan dada eres á filosofía, examinemos esa pasión.

—Es aire, de que respira el alma, luz que la alumbraba. Sin amor la vida se agota, y el corazón está envuelto en tinieblas.

—Esas palabras no son otra cosa sino generalidades que nada significan. ¿No consiste amor en armonizar dos naturalezas, en unir dos almas?

—Si.

—¿Hay armonia mas verdadera que el dolor, ni lazo mas fuerte que la desgracia?

CXXVIII.

Aquí dejamos de transcribir las memorias, y seguimos el cortado hilo de nuestra narración.

Era una tarde del mes de mayo. María, vestida de luto, llorosa, se entretenía en arreglar sus flores, que cuidadosamente cultivaba; entretejiendo en la ventana una como cortina de jazmines, cuyo espeso follaje apenas dejaba pasar á los ardientes rayos del sol, que tenían con luminosos resplandores la hermosa frente de la hermosa joven cual si quisieran competir con sus dorados cabellos. Vivía sola en el mundo. Su padre acababa de morir bajo el peso de sus inmensos dolores. Antonio entregado siempre á su trabajo, no reposaba ni un instante en casa, contentándose con dejarle todos los días el jornal á María, con cuyo auxilio, y el producto de sus labores gozaba esta de esa mediana, que tiene algo de feliz, á pesar de los apuros, que suele llevar consigo. Su padre le había ordenado que, pasado un mes después de su muerte, leyese un papel, que le dejaba en un cajoncito, puesto á la cabecera de la cama.

María, fiel guardadora de los preceptos de su padre, se dirigió, suspirando en la tarde, que mentamos, y á la hora misma, en que se cumplía el plazo hácia el rincón, do estaba colgado el cajoncito, y cogiéndolo, sin dejar un instante de verter amargas lágrimas, leyó lo siguiente:

«María: Una joven como tú, no puede vivir sola en el mundo, sin exponerse á perder su honra, única herencia, que te han dejado tus padres. No tienes parientes, que te recojan, ni amigas que te acompañen, y aunque las tuvieras, no es bien nunca habitar agena vivienda. La soledad, en que te quedas, muerto yo y roto el juramento, que te ligaba á tu esposo; te fuerza á meditar con madurez cuanto conviene evitar al mundo ocasion de murmuraciones, que no por infundadas suelen ser poco acogidas.

«Además qué te prometes de un mundo, donde solo alcanza señalado favor la riqueza, que eclipsa con el brillo del oro las humanas debilidades, y donde la virtud pobre está expuesta á tales asechanzas y peligros, que no quiero encarecertelos; porque tu penetración, ó tu instinto será bastante á comprender los abismos que te cercan, los males que te amagan?

«Desde el fondo del sepulcro, que la muerte nunca rompe los lazos anudados por la virtud, tu pobre padre, que muere con dolor vivísimo, por dejarte, y que si le fuera posible, te arrastraría consigo á la eternidad, convencido de que no naciste para vivir en este mundo, ó puesto á tu carácter, tu pobre padre te habla, seguro siempre de que atenderás á su voz, que aun resonará como aviso del cielo en tus oídos.

María besó con efusión el papel, empapándolo con ardientes lágrimas, que brotaban purísimas del fondo de su herido corazón.

«No des por mas tiempo ocasion á las maldicientes, ni esperanzas á los audaces; pues aquellos no alcanzan á comprender cómo una joven hermosa puede vivir, sin caer en el vicio, ni estos se persuaden á respetar la virtud desvalida, entregada á la pureza de su conciencia, y al patrimonio de Dios.

«En tu triste situación has menester de un hombre que sea tu escudo; de un hombre que honrado y bueno merezca tu amor y sea digno de protegerte; de un hombre que dulcifique tus penas, amándote con ese amor, sin el cual no es dado vivir á nuestra pobre naturaleza.

«María: si tu corazón no se opone con tenaz resistencia á ello, da tu mano al pobre Antonio. Amoroso, te servirá de égida contra el mundo; fiel, será tu

mejor apoyo; constante, no faltará á sus juramentos; virtuoso, comprenderá tu corazón; dado siempre al trabajo, aliviará tus penas, y será parte á remediar la triste hofandad en que te deja tu desgraciado padre.

«En estos días en que siento acercarse á mí con callado paso la muerte; en que veo cerne sobre mi vida la eternidad; cúpleme pedirte perdón del triste caso que trajo sobre tu frente mi amor, y aconsejarte que si tu corazón prefiere la libertad ó ama á otro hombre, acuerde, trayendo á las mientes mi memoria, cuan leve es el soplo de la existencia, como es triste pensar que siempre corremos tras la dicha sin dar con ella jamás, y cuanto de grande y verdadero encierra el presentimiento de que solo allende la muerte corre abundante la verdadera fuente de la eterna vida, y del eterno amor.

No te importe que no tenga nombre que dar á sus hijos, pues no por el nombre, sino por la virtud se hace digno del aprecio de las gentes el buen ciudadano. María: estima como gustes los consejos de tu padre, libre ya de su tutela, tuyas son tus acciones, y tuyas con mayor razón, tus sentimientos, sobre los cuales jamás pretendí tener el dominio que da la fuerza, sino el influjo que da la persuasión; y si por inútiles ó perjudiciales los desoyeras, dedícame al menos una lágrima, que, cayendo sobre mi helado cuerpo, lo hará revivir de puro contento, ó levanta del fondo de tu alma una oración por mí que regocijará en el seno de Dios el alma de tu padre.»

CXXIX.

María dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Aquel era el testamento de su padre.

No debía decirlo. Sus razones eran valederas, sus consejos fundados. No podía vivir sola, no podía desasirse de Antonio, y su honor tampoco consentía que sus relaciones con este, aunque de suyo purísimas, fuesen íntimas. ¿Ernesto? pensaba para sí María. Ese sentimiento era su alma; pero Ernesto, á quien suponía casado con Eugenia, no podía ya con ella unirse, ni se acordaba de su nombre. ¡Empeños de la casualidad! Mientras Ernesto suspiraba por María, sin saber de ella nueva cierta, esforzándose vanamente por estrecharla contra su corazón y darle en holocausto su amor. María dudaba en dar su mano á un hombre, á quien no amaba, sino como ama el hermano al hermano, el amigo al amigo.

Cuando María estaba dada á sus reflexiones, fija la vista en aquellas letas trazadas por una mano temblona, dictadas por una inteligencia pronta á lanzar su postrer destello, entró Antonio, meditabundo y silencioso como siempre.

—¡Antonio! Lee, díjole María.

Antonio leyó anhelante la carta, y después de interrogar con la vista á María, exclamó.

—Tú no me amas.

—Si, si. Te amo como puedo amar en la tierra.

Antonio cayó, al peso del contento, de rodillas, cubriéndose con ambas manos el rostro.

CXXX.

En aquellos días escribía lo siguiente Ernesto en sus memorias.

María: En vano te busco. Tú debes ser la felicidad, cuando así te ocultas á mis ojos. En tu frente vería renacer los santos días de plácida ventura, que ahuyentó el tiempo con sus negras alas. Tu aliento sería para mí como el aura santísima de las puras

playas de mi patria, tu palabra como nuncio de mi eterna ventura.

Morir sin verte, sin decir lo que oculto en mi pecho, sin pintarte el amor que me devora, es un castigo digno del hombre, que, por un momento, creyó hallar lejos de ti la felicidad en la tierra. ¡Oh! María, vuelve á posarte en mi corazón. Torna á ser mi guía. Enseñame á orar. Desde que te apartase de mí el fuego del amor divino se apagó en mi seno. En vano me lamento desde el fondo de mis dolores, buscándote anhelante; en vano te llamo al nacer el día, al hundirse el sol en occidente, en vano. Dios te ha ocultado para mí mal, y el destino se levanta entre ambos abriendo á nuestros piés un abismo.

CXXXI.

Ernesto, desengañado del mundo, sin haber logrado jamás saber nueva cierta de María, colgó su lira del olvido, y devorado por una horrible tristeza, volvió á buscar la felicidad, donde creyó que la felicidad no se albergaba, en los campos de su patria. La desesperación le consumía.

No había logrado ver á María. Esperaba divisar su sombra en los patrios campos.

CXXXII.

Ernesto, que buscaba con insaciable ansiedad el bien y el amor, llegó á caer en la servidumbre de la duda y del desengaño. Nada encontró en los dorados salones, nada que fuese bastante á calmar sus penas. Buscaba el olvido, narcótico que solo se paga con la vida. El poder del mal es de suyo limitado, y el dolor se estrella también contra esta nuestra débil naturaleza, tan varia en sus deseos como misteriosa en sus pasiones. La pasión del amor fue poco á poco apagándose en su pecho. En el mar sin riberas de su conciencia se levantaba, á despecho de su propio arbitrio, la idea de la humanidad, y en el santuario de su corazón lucía el amor por tan santa causa. ¿Qué son todas las pasiones, sino tempestuosos huracanes, que mat de nuestro grado juegan con la vida? Logró adormecer sus memorias, y paró mientes en que la sacra lumbre del espíritu encendida por el soplo de Dios en la mente, es como fuego fatuo sino se alimenta con el amor al hombre, si no ilumina el progreso, germen do se oculta la felicidad de las naciones como en la semilla que arrastra el aura, se oculta la encina que resiste al furor de las tempestades y á los embates del tiempo. Ningun amor hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia del amor á la patria, como ninguna pérdida hay tan grande que el varón de ánimo fuerte no deba escoger antes que caer en la indiferencia por el bien público.

Ernesto sacudió sus aspiraciones á la felicidad, como si despertara de largo y dulce sueño; convino consigo mismo en que la desgracia tiene misteriosos atractivos y el dolor largos premios, pues suele ser poderoso ó á levantarnos del lodo de la materia, y á ceñir á nuestras sienas la aureola de la virtud; y ahogando sus memorias, como hemos dicho, puso su deseo en redimir al pueblo que tras largos siglos de oprobiosa y dura servidumbre se alza en alas de la libertad á conquistar una esplendente corona, cuyos diamantes son las ideas de todos los filósofos desde Platon hasta Hegel.

Triste empresa, por cierto, acometió, sin mas escudo que su inocencia, sin mas armas que su palabra, sin mas auxilio que sus virtudes; sin mas esperanza que el martirio. ¡El martirio! ¿Qué significa esa palabra? Nada. El verdadero martirio es el olvido de los

hombres, el pasar por la tierra sin dejar ni un rastro de luz en el espacio, ni un santo recuerdo en la historia.

CXXXIII.

Nos hemos olvidado de Eugenia. En su jardín, á la luz de plácida luna, divierte sus penas, escuchando los gorgoros del ruiseñor, voz de los bosques, semejante al eco de una oración. En el éter de la tibia luz se baña el alma como en el aroma de las flores la blanca mariposa.

Eugenia padece: la felicidad ha huido del horizonte de su alma. Que mucho, pues, que pálida y triste, demudado el semblante, caídos los brazos, inclinándose sobre el pecho la cabeza, traiga á las mientes los días que no son, que no volverán á ser; días de plácida ventura, cuyo recuerdo emponzoña el alma, y llena de amargos desvarios el corazón.

Todo está silencioso. Los árboles suspiran heridos por la brisa como el corazón de Eugenia herido por el desamor. Parece que naturaleza duerme en brazos de la noche. Así el mas ligero ruido se oye á larga distancia. Sin embargo, la joven, embebida en su pensamiento, no oye los pasos de Eusebio, que desalentado se dirige á su encuentro.

—¿Tú aquí? dice la joven, sin manifestar ni sentimiento, ni extrañeza.

—¿Te pesa de mi venida?

—No. Hace tiempo que nada siento. Ni el placer, ni el dolor, tienen eco en mi alma.

—Pláceme tu romanticismo. Créeste ya curada de espantos.

—El dolor solo se cura con la muerte.

—Y con el olvido.

—¿El olvido! ¿Es dable olvidar, es posible?

—Es fácil.

—Para el ingrato.

—Tal es por naturaleza el hombre.

—No la mujer.

—La mujer es el hombre echado á perder, y de consiguiente es mas ingrata, si cabe.

—Abandonarme... abandonarme. Y yo le amaba con todo mi corazón.

—No te duela: que no ha de faltarte amor.

—Un alma como su alma no existe en el mundo.

—Si tal. Todas son hechuras de Dios.

—Aquellas sus palabras caían en mi corazón como el rocío en la flor.

—No te apures. Yo sé de memoria novelas sentimentales, y he de recitarte algunas páginas para que no echés de menos á Ernesto.

—Le dí vida, y me robó el alma, decía Eugenia, sollozando.

—No hay duda que le cupo en suerte á tal hombre variar tu naturaleza. Mas... hay un placer que no has saboreado, un placer que no tiene límites...

—¿Un placer!

—¿Qué placer?

—La venganza.

—Oh... no, no... Eso es horrible. No cabe en mi corazón que le ama tanto.

—Mira, Eugenia. Hagamos la autopsia del amor. Ya que tan dada eres á filosofía, examinemos esa pasión.

—Es aire, de que respira el alma, luz que la alumbraba. Sin amor la vida se agota, y el corazón está envuelto en tinieblas.

—Esas palabras no son otra cosa sino generalidades que nada significan. ¿No consiste amor en armonizar dos naturalezas, en unir dos almas?

—Si.

—¿Hay armonia mas verdadera que el dolor, ni lazo mas fuerte que la desgracia?

—No.
—Pues si tú padeces, y Ernesto es feliz, ¿qué mucho, si le fuerzas con tus venganzas á padecer como padeces, y á llorar como lloras?

—¡Eusebio!
—La venganza, Eugenia, la venganza es la vida: la venganza es la luz. La mujer que no aborrece al hombre, que ama, é ingrato la abandona aun, no es mujer.

—Si, tendrás razon.
—¿Puedes dudarlo? Todas esas lágrimas que viertes, deben caer cual plomo derretido sobre su corazón; todos esos dolores que sufres, arrollarse á su cuerpo como serpientes; todos esos desvarios que te asaltan, ahogarle como diluvio de horribles penas; y esa desesperación que te agita, convertir debe su alma en un desierto do jamás vuelva á brotar la flor de la esperanza.

—Ha sido conmigo muy cruel.
—Y si ahora encontrara á Maria, que felizmente huýo, cuando tú insensata te prestaste á devolvérsela á su corazón, si fuera feliz en sus brazos, mientras tú lloras en brazos del desengaño, si alguna vez se burlara de tus penas...

—¡Oh! No tendria yo perdon de mí misma. Es verdad, es verdad. No debemos ser buenos en la tierra.

—¿De qué sirve la virtud?
—Mira. Voy á comenzar dándote algunos saludables consejos. Empieza por amarme.

—No puede ser.
—Por fingir que me amas.
—Ya eso es distinto.

—Sigue por imposibilitar todo encuentro con Maria.

—Lo haré.
—No olvides que su felicidad pende de Maria.
—No lo olvidaré.
—Venganza. Venganza. Eugenia.
—Venganza. Si.

—Empieza por volver á tu antigua vida, á tus orgías. Ya ves que el mundo, ni olvida, ni perdona.

—Es verdad, es verdad. Aquí me asesina la soledad. Allí, en Madrid, en el festín, en el placer, es hácedero el olvido.

—Después la copa que rebosa licor, que fermenta, el beso que aleja dolores que matan, la voluptuosa música, dulce lenguaje del amor, que es alma de todo ser, la radiante hermosura que gana corazones, cuya es la felicidad, convidan al olvido, al placer, que acaso sean las únicas realidades del mundo.

—Y la venganza, añadia Eugenia, la venganza... ¿qué hermosa es!

Daréle á entender que eran mentira mis afanes, amarga burla mis amores.

Serás tú, tú, el fingido objeto de mi amor, y sobre su alma caerán todas las tempestades del dolor que han de provocar mis encendidas iras.

CXXXIV.

Eusebio habia logrado un triunfo. En el diluvio de males que habian fllorado sobre su cabeza, solo le restaba para salvarse que Eugenia, aluzinada por la venganza, volviere á sus antiguas orgías, de las que sacaba gran provecho su exausto bolsillo, aunque poca honra su manchado nombre. ¿Qué le importaba? Habíanse cerrado las cortés, flores de un día, que para mengua de nuestras venerandas tradiciones, apenas nacen, mueren bajo la espesa lava del despotismo ministerial (1), y Eusebio llevado de su ambición, no ha-

(1) No se olvide la época á que se refieren estas palabras.

bia querido admitir livianos favores, sin pensar que tal propósito podia perderle como sucedió á poco tiempo, pues muerto su tio, cerradas las cortés, encontráse sin vivienda que le acogiese, sin esperanza que le alentase. Eugenia le salvó de la miseria. Estos crimenes mas que odio merecen compasion. El hombre que asi se arrastra en el lodo del pecado, pierde el reflejo de la verdad divina, que resplandece eternamente en la conciencia. Como la virtud eleva al hombre hasta el cielo, y lo confunde en el seno de Dios; el crimen le arrastra hasta anonadarlo á sus plantas, corrompiéndolo con horrible podredumbre, semejante al ponzoñoso hábito de la muerte.

CXXXV.

Ernesto cansado de la penosa vida que arrastraba en Madrid, volviése á su antigua vivienda como la golondrina, cansada de cruzar los tempestuosos mares, se posa amorosísima sobre el nido que abandonara. No trataremos de pintar sus emociones. La patria es como la religion, un misterio. Asi cuando volvemos tras largos años de ausencia á visitar el lugar do se meció nuestra cuna, el alma siente un estremecimiento de santa religiosidad, como el que debe sentir el ateo, que abandonando sus creencias entra en el templo, do un tiempo fue feliz, tributando á Dios las oraciones de su alma dorada por el rayo de la fe, encendida en el eterno fuego del amor divino.

¿Qué profundas fueron las impresiones de Ernesto! Era al nacer el día su llegada. El sol se levantaba como si rompiese la cárcel de los mares, derramando su lumbré como una gasa de oro sobre valles y montes. Era para Ernesto aquella luz como purísima emanación de su alma; pareciale que brillaba con claridad mas nueva como si fuera el resplandor de la verdad absoluta, que, descendiendo de la mente de Dios, penetraba en su conciencia.

El canto de las aves llevado en alas de las brisas heria sus oídos; y Ernesto en aquellas dulces armonías, imaginaba escuchar los ecos del eterno arte arrancadas por un ángel invisible á la divina arpa llamada naturaleza.

Ademas de estos delirios de poeta, se levantaban en su alma sentimientos dulcísimos. ¿Cuántas veces aquellos árboles que sacudían sus copas esmaltadas con las argentadas lágrimas del rocío, le habian prestado grata sombra en las calurosas siestas; horas en que el mar calla como si durmiese, y las hojas de los árboles no se mueren, y tempestuosa calma pesa con inmensa pesadumbre sobre la dormida naturaleza, y solo se oye el triste chirrido de la melancólica cigarra.

¿Cuántas veces habia recogido de aquel campo flores y tejido con ellas una corona, do solia esconder algunas luciérnagas que brillaban en la oscuridad cual si fuesen estrellas descendidas del cielo, para gozarse en ornar la frente de su amada!

Allí, niño, habia poseído la inocencia exenta de temor, la pasión llena de ilusiones, la fe sin nubes, la esperanza sin recelos; allí habia sido libre con la santa libertad de la naturaleza, amante con el santo amor de los ángeles; allí habia fingido un mundo iluminado por la virtud, abierto á todas las grandes aspiraciones, cerrado á la maldad; allí habia soñado que el ángel de la gloria le regalaba corona de poeta, palma de mártir; allí conducido por la inspiración profunda de su propio ser, habia unido su cantar á los sublimes acentos de la naturaleza, al huracán, al trueno, ecos de la voz de Dios que retumbando ruedan sobre la inmensidad de los espacios, y transformando con su inspiración la naturaleza, cielos, mares, bosques y prados, eran santuario de su divino amor. Las lágrimas que se habian secado en sus ojos, tornaron á brotar como si

el aire del patrio suelo vivificase con sus regalados besos su yerto corazón. Si: que en la vida solo es doloroso lo presente. Lo pasado tiene siempre encantos, lo porvenir siempre halagos. ¿Cuántas veces solemos sonreír placidamente al recordar días de prueba en que fue presa nuestra alma de horribles dolores, y cómo ansiamos acelerar el tardo paso del tiempo, para acercarnos á un porvenir do sabemos ciertamente que esconde su guadaña la muerte. ¿Si el dolor no será? ¿Si estaremos condenados á padecer, pudiendo levantarnos en espíritu sobre las tempestades de la vida, y llevando encerrada en nuestra mente la felicidad, la plácida felicidad de la indiferencia?

Si alguna vez tras larga ausencia apartados de la naturaleza en este blanqueado sepulcro, que se llama corte, volveis á vuestra patria, y esa patria es un valle, cuán hermosas no os parecerán las azules montañas, el límpido horizonte, las flores que embriagaron con su aroma el alma, el ruido de la fuente que acompañó con su blando susurrar la primer canción del primer amor, poesía del corazón, el árbol que os dió regalados frutos, y el campo esmaltado de mariposas que revoloteaban en los aires como las primeras ilusiones en la imaginación, la voz de la campana del santuario, á cuyo eco os postrabais en tierra, y poniendo los ojos en el cielo, sentiais desvanecerse los misteriosos velos que ocultan al Eterno, conociendo la mística armonía que existe entre Dios, la naturaleza y el hombre. Sin embargo, todo nos da hastio.

¿Cuán feliz es el que muere niño! No llega á saber que hay un día en que la patria nos cansa, y la inocencia nos abandona, y la felicidad nos deja huérfanos, y nos convertimos en esclavos de la ambición, y suspiramos por espacios vastísimos para correr en pos del engañoso fantasma de la gloria, que vestido de mil colores toma todo linaje de formas, sin tener otra realidad que la muerte; y afanosos por luz levantamos en la conciencia solo sombras, y anhelantes de paz, arremolinamos en nuestro pecho tormentas, y después de largos combates llegamos al dintel de la muerte, desamparados del ángel de la fe, que nos cubriera un día bajo sus blancas alas, y cargados de dudas que nos abruman con su inmensa pesadumbre, cual si en castigo de nuestro desmesurado orgullo nos fuera dado gustar tan solo el amargo calor del dolor.

CXXXVI.

Ernesto se aproximó á casa de Maria. Todo estaba en silencio. Las ventanas cerradas, los alrededores abandonados, secas las flores; aquel templo de su felicidad se habia convertido en un sepulcro. Después de haberla contemplado por breve espacio de tiempo, encaminóse al peñaseo, do solia esperarle su amada. El mar sonreia como si gozase en contemplar el amargo dolor de Ernesto; los árboles murmuraban como si se quejasen condolidos de sus penas. Ernesto, luchando vanamente por contener sus lágrimas, cayó de rodillas ante aquel ara abandonada y pronunció estas palabras.

Maldito sea el instante en que la ambición eclipsó mi amor.

CXXXVII.

La vida en la poesía, la poesía en la soledad, pareciale á Ernesto extremo de ventura. Asi volvió á pulsar las cuerdas de su lira. En el hombre el arte se desenvuelve como en la humanidad. En la infancia gusta el artista de la poesía lírica. Tal sucede en los primeros periodos de la vida social. El hombre siente

y ama, como ama y sienten los pueblos primitivos. Andando el tiempo crecen las relaciones sociales, y crecen las relaciones del hombre con la naturaleza. Entonces nace el teatro. Asi entrando en la vida conoce el poeta las varias modificaciones de lo bello, los varios modos de ser de los sentimientos, y para abarcarlos en un cuadro se da gozoso á cultivar el drama. Ernesto, otra vez posesionado de su inspiración, que parecia escondida como blanca nereida en la azulada concha de los mares comenzó por escribir un drama.

CXXXVIII.

Hay autores que dan en creer extremo de perfección á todo drama, que pinta fielmente la realidad de la vida. Para conocer lo absurdo de tan extraña opinión basta traer á las mientes el verdadero fin del arte. El arte consiste en dar forma á lo infinito. La catedral de Toledo, con sus arcos, que sostienen las elevadas bóvedas, con sus filigranadas cúpulas muestra claramente que lo infinito resplandece en su conjunto, y es la unidad suprema, que ha tenido en cuenta el artista, para llevar á su término tan prodigiosa obra. Los cantos de Mozart, que parecen torrentes de ideas nacidas de la inteligencia de Dios, y reveladas al mundo en armoniosísimos sonidos, son tambien un eco del cielo perdido en la tierra. Las virgenes de Murillo, que brillan envueltas en una atmósfera dorada por los albores de la gloria, luciendo en su místico mirar un reflejo de la eternidad, coronadas de estrellas, vestidas con el color del firmamento, y con la blanca túnica de la inocencia, asentadas sobre la luna, teniendo á sus pies el genio del mal, sin duda para que la negación haga resplandecer con claridad mas nueva su belleza, parecen las místicas oraciones de los cristianos, que al caer la tarde, vuelan al trono de Dios. De suerte que todas esas preciadas obras del artista no son otra cosa que la escala levantada por el espíritu humano entre la luz del cielo y la oscuridad del mundo, para hacer descender la inspiración de Dios, y hacer subir á Dios las almas, á Dios, principio y término de todo lo existente, centro de lo posible, luz, do beben sus fulgores los astros, fuente que derrama vida en la creación, esencia del alma que arroja con su aliento la semilla de los seres en los espacios y el germen de las ideas en la conciencia.

CXXXIX.

Lector: júzgote cansado de oír todo este linaje de despropósitos: que tales parecen mis desvarios. Sin embargo, te ruego que cuando pares tu atención á considerar una obra de arte compadezcas al artista; pues no hay dolor semejante al dolor del que afanoso corre en pos de formas para dar existencia á una idea. ¡Ah! El pobre hidalgo de la Mancha, honra y prez de la andante caballería; aquel valeroso guerrero, cuyas fueron las mas portentosas hazañas, que jamás haya cantado la gloria; aquel adalid, que tantas veces habrá dado alegría á tu corazón, risa á tus labios, ha costado á su inmortal autor, amargas lágrimas, hondísimos suspiros. Siempre luchando el hombre con la materia, sin poderla doménar, y manejándola sin embargo hasta el extremo de convertirla en hechura de sí mismo, en cuerpo de sus pensamientos.

CXL.

Dice el proverbio. «Por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un ca-

«bello un caballero.» Tiene razon el proverbio. Ernesto era como esos que se dejan llevar de su imaginacion arrebatadora, sin parar en menudencias, que han menester gran seso, y no escasa atencion; pues, á veces, suele suceder á obras de gran precio que se pierden, y son inútiles, solo por faltarles un grano de arena en el cimiento. Bien al revés de como suele acontecer con la mayor parte de nuestros literatos, buscaba siempre la inspiracion en la eterna fuente de la vida, en Dios. Pero estas calidades, que podian hacer de nuestro héroe un gran poeta lírico contrarrestábanle para ser poeta dramático. Sin embargo, vencióse á sí mismo, triunfo señalado, que á pocos es dado alcanzar en este bajo suelo, y domeniando con sin igual constancia sus arrebatos líricos, compuso un drama, en su diálogo animado, profundo en sus pensamientos, lleno de vida, sobrado de inspiracion; drama que pintaba con todos sus colores su triste historia, idealizándola de suerte que rayaba en lo sublime. Su martirio fue grande, al recordar su vida, sus perdidos amores, sus engañadoras ilusiones; pero aquella vida del sentimiento ya apagada, era su contento, su verdadero placer, y como el artista busca siempre en sus obras soles que le reflejen, principalmente desde que el arte se ha individualizado, como en nuestros dias, Ernesto depositaba en aquella obra sus lágrimas y sus dolores.

CXLI.

Hubo un dia en que llegó á creer que amaba el arte por el arte. Creía Ernesto que cediendo á su inspiracion lograba vivir solo con su pensamiento, sin necesidad del público, como si el arte no cobrara nueva vida, cuando se derrama en la conciencia de las gentes. Pero despues que llevó á cima su obra, y leyóla, y relejóla, como acontecer suele á todo poeta, quiso que el público la hiciese suya por la admiracion y en aquel punto puso su pensamiento en volver á Madrid. No le bastaba que su corazón gozase á orillas del mar en oír de su propio acento, aquellos versos, que tomaban mayor realce, acompañados por el sublime cantar de las ondas alteradas; queria ver como la multitud se agrupaba en su alrededor para saludarle, y como su nombre era llevado de boca en boca, hasta resonar en los oídos de María. Además, la venganza, que tanto nos halaga, mal de nuestro grado, tenia no poca parte en sus planes, pues ansiaba alcanzar un lauro, á fin de que Eugenia llorase nuevamente su lastimosa pérdida.

En todas las acciones del hombre, en sus mas levantados propósitos y sublimes empresas, échase de ver constantemente su amor propio, instinto, sin cuyo auxilio sería imposible vivir en las condiciones de triste desigualdad, en que á naturaleza cupo colocarnos; y Ernesto, perseguido por la desgracia y por el amor desamparado, reconcentró todas sus pasiones en sí mismo, afecto natural si atendemos á que no tenia en gran estimacion á los hombres, aunque amaba á la humanidad.

CXLI.

Ernesto volvía á Madrid á dar al teatro su produccion. Hé ahí la lucha del corazón con la cabeza, del sentimiento con la idea. Cuando salió de Madrid le parecia que en los campos se hallaba guardada la felicidad. Llegó á su vivienda, y tornó á trabajar para volver á Madrid. La vida es un círculo vicioso. El año sucede al año, un acontecimiento á otro acontecimiento, una lucha á otra lucha; y siempre que-

da en el fondo del espacio, como en la esencia del tiempo algo, que se reproduce sin cesar, y sin cesar muere, como si las cosas fueran ideas, ó como si las ideas fueran cosas. ¡Iba á Madrid! ¡Oh! tal vez recibirá una nueva herida en el corazón, ó una nueva herida en la frente.

CXLIII.

Ernesto habia encontrado inspiracion en su patria, y deseaba encontrar aplauso en Madrid. Había llegado su pasión por el drama, que escribiera hasta el delirio. Jamás padre alguno amó con amor tan entrañable á un hijo. Apasionado por naturaleza; conforme perdía amores, ganaba afectos por el arte. En el arte resplandecía su alma con suave resplandor. Todas sus aspiraciones é ideas se convertían en relámpagos de su propio ser. Llegó por fin á Madrid.

Su primer pensamiento fue buscar un teatro para su drama. Alcanzó una recomendacion para el primer actor de la corte. Creyóse feliz. Encaminóse á casa del artista. Le faltaba tiempo para realizar su aspiracion. Entró en la casa. ¡Qué desvariado lujo! Las paredes ornadas con ricos tapices de seda, los suelos cubiertos de alfombras, cuadros de subido mérito, sillones que envidiaría un rey, todo cuanto la vista alcanzaba, lucía como si fuera habitacion de un gran señor; de suerte que nuestro héroe temia haberse equivocado: tan extraña le pareció aquella inmensa riqueza. En cambio, visitada la casa de nuestros mejores poetas, y encontrarse en ellas la habitacion de la miseria. Despues de largo espacio le anunciaron, que podía entrar á un próximo gabinete.

Ernesto se halló frente á frente con un hombre alto; pero enjuto; de regulares facciones, que le miraba con insultante desden.

—¿Qué se os ofrece? dijo el caballero.

—Quisiera presentaros un drama.

—Mala sazon habeis escogido.

—¿Por qué?

—Andan los tiempos de suerte que el teatro está siempre vacío.

—Mayor razon, por arriesgarme en esta empresa. Pláceme las contrariedades.

—¿Tanto fiais en vuestro ingenio?

Ernesto distraído, pues contemplaba un cuadro dijo:

—Tanto.

Sonrióse el actor, al ver el exagerado amor propio de su humildísimo pretendiente.

—¿No sois conocido en la república de las letras?

—Hubo un tiempo, en que la prensa habló mucho de mis pobres producciones; pero creo que todos me han olvidado ya.

—Es tan natural el olvido, dijo Federico, que así se llamaba el actor.

—Pero debemos huir de él como huimos de la muerte, añadió Ernesto.

—Mas al fin, es como la muerte, seguro.

—No lo creais. Calderon venció á la muerte, conquistando un recuerdo inmortal en la memoria de los hombres.

—¿Calderon era Calderon! dijo Federico, marcando con intencion aquellas palabras.

—Teneis razon. Mas Dios no se cansa jamás de enviar genios á la tierra, mensajeros de su gloria.

—Veamos el drama. ¿Es histórico?

—No.

—Lo siento. Los dramas históricos gustan mucho.

—Yo quiero mas adivinar lo porvenir que resucitar lo pasado.

—¿De costumbres?

—Tampoco.

—No es fantástico; antes está tomado de la vida real.

—Entonces no se puede clasificar este drama.

—Tal creo.

—Malo.

—¿Por qué?

—¿Los críticos!

—¿Os espantan?

—No pueden sufrir que el drama falte á las reglas de poética, que aprendieron allá en la escuela.

—¿Donde están los críticos?

—¿Extraña pregunta? exclamó admirado Federico.

—¿Os asombra mi pregunta?

—Sí; á fe de quien soy.

—No entiendo por crítica parar mientes en menudencias, que á nada conducen; en si el teatro se quedó solo, si el monólogo es largo, si el verso es corto; si las escenas pesadas; si los actos ligeros.

—¿Pues qué entendeis entonces por crítica?

—Entiendo que es deber del crítico alzarse al cielo en alas de la inspiracion, contemplar frente á frente la idea, cuyo es el tipo del arte, sondear con mirada de águila las profundidades del pensamiento, oceánico, cuyo fondo solo alcanza á distinguir sobrehumana intuicion, y desde el alto asiento de la filosofía, superior á las preocupaciones, y á toda suerte de pasión ajeno, mostrar las maravillas del arte, sagrado templo, que como naturaleza encierra infinitos misterios.

—Mucho exigis del crítico.

—Mas exige la razon.

—No creo que haya de ser poeta.

—Mas que poeta ha de ser.

—No alcanzo la causa.

—Solo el que siente la belleza puede apreciar la belleza.

—Pero de sentirle á darle forma, media un abismo.

—Es verdad. Mas no creais que es artista solo aquel que alcanza á dar cuerpo al pensamiento. También lo son esos hombres, que tienen la idea de la belleza en su mente, y no se atreven á profanarla, visitándola con el ropaje de las formas.

—Volvamos á vuestro drama. ¿Habeis tardado largo tiempo en escribirlo?

Ernesto movió impaciente la cabeza, cansado de tan largo como extraño interrogatorio y dijo con desden:

—No recuerdo. . .

Picóle en lo mas vivo de su amor propio la respuesta al actor; mordióse los labios, y se levantó diciendo:

—Caballero, examinaré vuestro drama. No creais que para admitirlo, me dejaré llevar solo de mi consejo. Suelo siempre asesorarme de buenos literatos. Reconoced por vuestra esta casa.

Ernesto salió de casa del artista gozoso, muy gozoso, muy gozoso. Creía ver un mundo de gloria encerrado en los horizontes del porvenir.

CXLIV.

El buen actor solía asesorarse, es verdad; pero se asesoraba de Eusebio. Así, inmediatamente que recibió el drama, lo envió á su pontífice; para que diese la sentencia cuya sentencia estimaba siempre el buen artista infalible.

Eusebio, despues que recibió el drama no paró en él mientes, como solía, hasta que aburrido un día, y hastiado de su esclavitud, que no otra era su condicion al lado de Eugenia, pasó por él para divertirse su mal humor la vista, maravillándose de la letra, tan parecida á la de Ernesto. Leyó seguidamente y su

atencion herida por la hermosura de los versos, reconocia desde luego la mano, que habia escrito aquellos renglones, y el pensamiento, que habia dictado aquellos divinos cantares.

—Eugenia, Eugenia; gritó el jóven, saltando de gozo.

Eugenia entró precipitada en la estancia.

—Dios nos lo envia, dijo Eusebio.

—No te entiendo.

—Ha caido en nuestro poder.

—Explicáte.

—Sonó la hora.

—Ya me cansas con tus enigmas.

—Mira, mira. . . y le enseñaba el drama.

—¿Letra de Ernesto!

—Pues.

—Es suyo, suyo.

—¿Qué?

—Este drama.

—No comprendo.

—Que tarda eres en comprender. . .

—Y que oscuro tú para explicarte.

—Este drama pende absolutamente de mí. . .

—¿Qué esperas?

—La venganza.

—Es verdad. Lo habia olvidado.

—Tambien yo he recibido de Ernesto agravios, que piden una sangrienta satisfacion.

—¿Vas á negarle la aceptacion?

—No. Podemos darle un golpe mas mortal que abra honda herida en su pecho.

—Déjame, déjame leer algunas escenas.

—Oye ¡qué pintura tan hermosa del amor! decia Eusebio, leyendo unos magníficos versos.

—¿Qué feliz será la mujer, que reciba tributos de ese tan rendido corazón!

—Pues bien, Eugenia, yo arrancaré con mis propias manos á ese ángel su corona, yo romperé su lira.

—No, no, que eso es privar de un rayo de luz divina á este bajo suelo.

—Ja. . . ja. . . ja. . . Me provocan á risa tus continuos desvarios.

¿De qué sirve un poeta en la tierra? Es un poeta como un papagayo, como un peró faldero; destinado solo á divertimos en los momentos de ocio.

—Calla, calla por Dios. No profanes esa palabra.

—De modo, Eugenia, que esos versos te han ablandado hasta el punto de renunciar á tus proyectos, á los proyectos, que acariciabas con tanto amor, con tanto empeño.

—Sí.

—¿Desgraciada! Labras con tus propias manos la dicha de tu rival.

—Yo. . . yo. . .

—Tú, tú. Los aplausos de las gentes le llenarán de orgullo, las coronas, que le ciñe la gloria, ensoberberán su corazón.

—¿Y que?

—¿Cuán inocente eres! Llevará esa corona á las plantas de su amada.

—Es verdad, es verdad. Me has partido el corazón. Yo no consentiré que sean felices; no puedo consentir tamaño agravio inferido á mi amor. La gloria, su gloria, que yo queria para mí. . . Eusebio, Eusebio. ¿Qué me vengue de él! ¿Y de tí no debo vengarme? ¿No fuiste tú, tú malvado, el que arrojaste entre ambos la discordia.

—Y aun te parece pequeño castigo sufrir un día, y otro día tus caprichos, oír siempre tus gemidos, sobrellevar tu mal genio, seguirte, á guisa de lacayo, por esos mundos de Dios, viéndome siempre menospreciado, y mal herido por tu esquiva altivez, por tu insensata soberbia.

—¿Verme precisada á causar daños al único ser, que me ha hecho feliz!

—Jamás te amó, Eugenia, jamás. ¿No le oías suspirar siempre por su perdido amor? ¿No le dedicaba sus pensamientos, su lira?

—Mas no era yo entonces tan desgraciada como ahora.

—Pues renunciemos en buen hora á todo proyecto. Ellos se amarán. Sean, sean, felices. Su vida será un sueño; su muerte el despertar á la eterna vida.

—No me atormentes.

—Gozarán juntos la admiración de las gentes.

—Me vuelvo loca.

—El dirá que su inspiración es María, que su idea es María, que María es su cielo.

Eugenia sollozaba.

—Y tú insensata devorarás en silencio tus lágrimas, tus dolores.

—No, no, no puede ser.

—Y sus palabras de felicidad, de amor resonarán en tus oídos como un eco del infierno, mientras ellos las crearan cánticos de los cielos.

—Eusebio. No puedo tolerar que así me asesines. No te asesino yo; te asesina la verdad.

—Pues opongámonos, opongámonos á su triunfo.

—Así te quiero. Tus facciones fueron creadas para la ira. Tu rostro resplandece con sin igual hermosura, cuando refleja odio.

—¿En qué piensas?

—¿Qué tú me lo preguntes! El drama se pondrá en escena. Pero será silbado.

—¿Santo cielo! Es matarle.

—¿No era su abandono tu muerte?

—¿Y me abandonó!

—No le dijiste un día y otro día que sin él no te era dable gustar felicidad, ni en la tierra, ni en el cielo.

—¿Y me dejó!

—Pues si vincula sus esperanzas en el arte; si ha puesto su amor en la gloria; si espera ansioso atravesar el límite de los tiempos, y vivir con la vida del genio en la inmortalidad; levántate, y destruye y anonada y aniquila su ambición como él destruyó, aniquiló y anonadó tu ventura.

Eugenia levantó ambos brazos al cielo en señal de desesperación. Pero calmándose, como quien ha tomado una suprema resolución, dijo:

—¿Y qué piensas?

—Vengarte, y vengarme.

—¿Tú también quieres vengarte?

—Sí.

—¿Qué agravio te infirió?

—¡Oh! Un día, que nunca olvidaré; hirió, con alevé mano mi rostro, robándome el honor.

—¿Y no le desafiaste?

—Dejemos esto.

—¿No le desafiaste?

—No es bien recordar pasadas historias.

—Prosigue.

—Hemos de conspirar contra su reputación, contra su nombre.

—Bien.

—Tomaremos todo el teatro la primer noche....

—¡Oh! Comprendo, comprendo tu intención.

—Y todos, todos silbarán, y caerán en el suelo sus esperanzas...

Eugenia dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿En qué piensas?

—Pienso que somos muy perversos.

—Ahora caes en eso.

—Pienso que no debíamos haber nacido.

—No fue culpa nuestra.

—Pienso que mañana tal vez nos perseguirá el remordimiento.

—Para tener remordimientos, precisa tener conciencia.

—Y nosotros no la tenemos.

—Eugenia, Eugenia. Ya veo que vas á parar en devota.

—No. En loca pararé.

—Abandona esos desvarios.

—El crimen, el crimen ha embriagado mi alma. En medio de las tormentas de la vida... yo veo lucir el bien. A pesar de mi desgracia, yo amo la virtud.

—Pero Dios te ha privado de la felicidad.

—Y contra mi voluntad, contra mi constante deseo una fuerza sobrehumana me arrastra al mal; como si todos los elementos de la naturaleza, y de la sociedad se hubieran conjurado contra mí.

—Desecha penas. Esta noche tenemos baile.

—No me divierto.

—Cuando tantos te rinden su corazón; es por extremo criminal tu ingratitud.

—Nada dicen á mi corazón sus palabras.

—La riqueza de tus salones...

—Brilla á mis ojos con la palidez de la muerte.

—Los acentos de la música...

—Taladran mis oídos como agudos ayes de agudísimo dolor.

—Ay, Eugenia. No hay manera posible de su sufrir tu llorar, tu gemir.

—Déjame.

—No puede ser.

—Déjame, Eusebio.

—¿Te canso?

—Si. Déjame un instante.

—En mal hora te conocí.

—Si dices tú eso ¿que no diré yo?

—Aun puedes quejarte; cuando soy tu esclavo.

—Vosotros, jóvenes, vosotros me enseñasteis á ser esclava de mis pasiones.

—¡Jesús! ¿Qué gazmonería! Ni una monja se valiera de tales palabras. Ave María Purísima. ¡Qué erúpulos!

Y la remedaba Eusebio. La joven jamás resistía al ridículo, y después de oír estas frases, lanzó una carajada, exclamando:

—Vamos, soy muy loca. Gocemos, gocemos: que para gozar nacimos.

—Gracias á Dios. Sonriete, Eugenia, sonriete con la esperanza del placer. El dolor desfigura y empaña el rostro. No conoces tus intereses, no los conoces.

—Si, voy á preparar el baile.

—Yo la venganza.

—Convidaré infinidad de amigos.

—También yo para el teatro.

—Ay, Eusebio, yo quería desechar esa idea.

—No, no. ¡La venganza es la única satisfacción, que merece el dolor!

—La venganza... ¡Cúmplase!

—Voy á prepararla...

—Adios, Eusebio.

—Piensa en la venganza.

—Sí, sí, corre.

—Bendita seas: pues al fin conoces la razón.

CXLV.

Eusebio se dió á correr casi hácia la casa de Federico. En su camino encontró á uno de sus antiguos compañeros de glorias y fatigas que el paciente lector no habrá olvidado.

—¡Hola Ramon!

—¡Querido Eusebio!

Es de notar que como nuestro ex-diputado gastaba muchísimo en esta sazón, no habia perdido sus amigos.

—Te necesito.

—Sabes que estoy á tus órdenes.

—Has de organizar una silba espantosa, tremenda, como jamás se haya visto otra en el mundo.

CXLVI.

—Dame municiones, y yo daré la batalla.

—¿Cuanto dinero quieras te daré! y aun mas, porque va mi honor en esta empresa.

—Manos á la obra. Ya sabes que no me paro en barras. Cuando gustes, avísame.

—Advierte que ha de ser ruidosísima.

—Como dispuesta por tí; y aceptada por mí.

—Así es. Adios, Ramon.

—Adios, Eusebio.

Llegó por fin, á casa de Federico.

—¿Como por aquí V., querido?

—No he podido refrenar mi impaciencia.

—¿Pues qué sucede?

—Este drama es magnífico, es de primer orden.

—¿De veras?



La Baronesa.

—Jamás se ha visto cosa igual en Madrid.

—Me alegro.

—Honraria á Calderon.

—¿Con qué me dará muchas entradas?

—No sabré yo decirlo.

—Que me place.

—Si, si, Federico. Ponedle en escena lo mas pronto que sea posible.

—Seguiré vuestro consejo.

—Tened entendido que no os habeis de arrepentir.

—Jamás os habeis engañado.

—Y hoy menos que nunca.

—¿Tiene buen papel de galán?

—Sobrehumano.

—De suerte que será un refuerzo...

—Excelente.

—¿Es trágico?

—Digno de Racine.

—Y ya sabeis que lo trágico es mi fuerte.

—Imagino veros cubierto de laureles.

—Estoy loco de contento. ¡Y le recibí con tanto despego!

—Mal hicisteis.

—Diréle que vos...

—No, por Dios. Ya sabeis que os tengo prohibido que digais á nadie, absolutamente á nadie este favor, que por distraerme, os hago.

—Me habia olvidado. No lo haré. El contento me tiene vuelto el seso.

—Conque pronto; pronto, pronto, distribuido; y fiad en mí que no se habrá visto otro portento igual en nuestra escena.

—Jamás te amó, Eugenia, jamás. ¿No le oías suspirar siempre por su perdido amor? ¿No le dedicaba sus pensamientos, su lira?

—Mas no era yo entonces tan desgraciada como ahora.

—Pues renunciemos en buen hora á todo proyecto. Ellos se amarán. Sean, sean, felices. Su vida será un sueño; su muerte el despertar á la eterna vida.

—No me atormentes.

—Gozarán juntos la admiración de las gentes.

—Me vuelvo loca.

—El dirá que su inspiración es María, que su idea es María, que María es su cielo.

Eugenia sollozaba.

—Y tú insensata devorarás en silencio tus lágrimas, tus dolores.

—No, no, no puede ser.

—Y sus palabras de felicidad, de amor resonarán en tus oídos como un eco del infierno, mientras ellos las creeran cánticos de los cielos.

—Eusebio. No puedo tolerar que así me asesines. No te asesino yo; te asesina la verdad.

—Pues opongámonos, opongámonos á su triunfo.

—Así te quiero. Tus facciones fueron creadas para la ira. Tu rostro resplandece con sin igual hermosura, cuando refleja odio.

—¿En qué piensas?

—¿Qué tú me lo preguntes! El drama se pondrá en escena. Pero será silbado.

—¿Santo cielo! Es matarle.

—¿No era su abandono tu muerte?

—¿Y me abandonó!

—No le dijiste un día y otro día que sin él no te era dable gustar felicidad, ni en la tierra, ni en el cielo.

—¿Y me dejó!

—Pues si vincula sus esperanzas en el arte; si ha puesto su amor en la gloria; si espera ansioso atravesar el límite de los tiempos, y vivir con la vida del genio en la inmortalidad; levántate, y destruye y anonada y aniquila su ambición como él destruyó, aniquiló y anonadó tu ventura.

Eugenia levantó ambos brazos al cielo en señal de desesperación. Pero calmándose, como quien ha tomado una suprema resolución, dijo:

—¿Y qué piensas?

—Vengarte, y vengarme.

—¿Tú también quieres vengarte?

—Sí.

—¿Qué agravio te infirió?

—¡Oh! Un día, que nunca olvidaré; hirió, con alevé mano mi rostro, robándome el honor.

—¿Y no le desafiaste?

—Dejemos esto.

—¿No le desafiaste?

—No es bien recordar pasadas historias.

—Prosigue.

—Hemos de conspirar contra su reputación, contra su nombre.

—Bien.

—Tomaremos todo el teatro la primer noche....

—¡Oh! Comprendo, comprendo tu intención.

—Y todos, todos silbarán, y caerán en el suelo sus esperanzas...

Eugenia dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—¿En qué piensas?

—Pienso que somos muy perversos.

—Ahora caes en eso.

—Pienso que no debíamos haber nacido.

—No fue culpa nuestra.

—Pienso que mañana tal vez nos perseguirá el remordimiento.

—Para tener remordimientos, precisa tener conciencia.

—Y nosotros no la tenemos.

—Eugenia, Eugenia. Ya veo que vas á parar en devota.

—No. En loca pararé.

—Abandona esos desvarios.

—El crimen, el crimen ha embriagado mi alma. En medio de las tormentas de la vida... yo veo lucir el bien. A pesar de mi desgracia, yo amo la virtud.

—Pero Dios te ha privado de la felicidad.

—Y contra mi voluntad, contra mi constante deseo una fuerza sobrehumana me arrastra al mal; como si todos los elementos de la naturaleza, y de la sociedad se hubieran conjurado contra mí.

—Desecha penas. Esta noche tenemos baile.

—No me divierto.

—Cuando tantos te rinden su corazón; es por extremo criminal tu ingratitud.

—Nada dicen á mi corazón sus palabras.

—La riqueza de tus salones...

—Brilla á mis ojos con la palidez de la muerte.

—Los acentos de la música...

—Taladran mis oídos como agudos ayes de agudísimo dolor.

—Ay, Eugenia. No hay manera posible de su sufrir tu llorar, tu gemir.

—Déjame.

—No puede ser.

—Déjame, Eusebio.

—¿Te canso?

—Si. Déjame un instante.

—En mal hora te conocí.

—Si dices tú eso ¿que no diré yo?

—Aun puedes quejarte; cuando soy tu esclavo.

—Vosotros, jóvenes, vosotros me enseñasteis á ser esclava de mis pasiones.

—¡Jesús! ¿Qué gazmonería! Ni una monja se valiera de tales palabras. Ave María Purísima. ¿Qué erúpulos!

Y la remedaba Eusebio. La joven jamás resistía al ridículo, y después de oír estas frases, lanzó una carcajada, exclamando:

—Vamos, soy muy loca. Gocemos, gocemos: que para gozar nacimos.

—Gracias á Dios. Sonriete, Eugenia, sonriete con la esperanza del placer. El dolor desfigura y empaña el rostro. No conoces tus intereses, no los conoces.

—Si, voy á preparar el baile.

—Yo la venganza.

—Convidaré infinidad de amigos.

—También yo para el teatro.

—Ay, Eusebio, yo quería desechar esa idea.

—No, no. ¡La venganza es la única satisfacción, que merece el dolor!

—La venganza... ¿Cúmplase!

—Voy á prepararla...

—Adios, Eusebio.

—Piensa en la venganza.

—Si, si, corre.

—Bendita seas: pues al fin conoces la razón.

CXLV.

Eusebio se dió á correr casi hácia la casa de Federico. En su camino encontró á uno de sus antiguos compañeros de glorias y fatigas que el paciente lector no habrá olvidado.

—¡Hola Ramon!

—¡Querido Eusebio!

Es de notar que como nuestro ex-diputado gastaba muchísimo en esta sazón, no habia perdido sus amigos.

—Te necesito.

—Sabes que estoy á tus órdenes.

—Has de organizar una silba espantosa, tremenda, como jamás se haya visto otra en el mundo.

CXLVI.

—Dame municiones, y yo daré la batalla.

—¿Cuanto dinero quieras te daré! y aun mas, porque va mi honor en esta empresa.

—Manos á la obra. Ya sabes que no me paro en barras. Cuando gustes, avísame.

—Advierte que ha de ser ruidosísima.

—Como dispuesta por tí; y aceptada por mí.

—Así es. Adios, Ramon.

—Adios, Eusebio.

Llegó por fin, á casa de Federico.

—¿Como por aquí V., querido?

—No he podido refrenar mi impaciencia.

—¿Pues qué sucede?

—Este drama es magnífico, es de primer orden.

—¿De veras?



La Baronesa.

—Jamás se ha visto cosa igual en Madrid.

—Me alegro.

—Honraria á Calderon.

—¿Con qué me dará muchas entradas?

—No sabré yo decirlo.

—Que me place.

—Si, si, Federico. Ponedle en escena lo mas pronto que sea posible.

—Seguiré vuestro consejo.

—Tened entendido que no os habeis de arrepentir.

—Jamás os habeis engañado.

—Y hoy menos que nunca.

—¿Tiene buen papel de galán?

—Sobrehumano.

—De suerte que será un refuerzo...

—Excelente.

—¿Es trágico?

—Digno de Racine.

—Y ya sabeis que lo trágico es mi fuerte.

—Imagino veros cubierto de laureles.

—Estoy loco de contento. ¡Y le recibí con tanto despego!

—Mal hicisteis.

—Diréle que vos...

—No, por Dios. Ya sabeis que os tengo prohibido que digais á nadie, absolutamente á nadie este favor, que por distraerme, os hago.

—Me habia olvidado. No lo haré. El contento me tiene vuelto el seso.

—Conque pronto; pronto, pronto, distribuido; y fiad en mí que no se habrá visto otro portento igual en nuestra escena.

CXLVII.

Al día siguiente Ernesto era admitido con transporte de alegría, en casa de Federico.

—Amigo mío, exclamaba. No sabré pintaros mi admiración.

—¡Oh! Os doy gracias.

—Es deber.

—No, es favor:

—¡Vuestro genio!

—El genio, el genio... No os burleis por Dios.

—¡Burlarme! Ni Calderon os iguala.

—¡Caballero! exclamó irritado Ernesto. Me insultais.

—No tal.

—Si, me insultais.

—Perdonad si he ofendido vuestra modestia. Sin falta alguna se pondrá en escena dentro de quince días.

—¡Oh! Sois mi salvador.

—No me lo agradezcáis á mí.

—¿A quien?

—Al joven de talento, cuyo nombre no puedo revelar, que ha conocido el genio.

CXLVIII.

¿Qué se ha hecho del arte? Desaparece aplastado por el fatal materialismo de la época. Ya no murmura en el arroyo la ondina, ya no suspiran en las hojas de los árboles las ninfas, ya en ondulaciones del aire no gimen las diosas; el sol de la razón, alumbrando los olímpicos de todos los pueblos, ha desvanecido ilusiones, que doraban nuestra alma, y nos ha dado realidades, que amargan nuestra vida. En los hielos del polo no aparece ya Odino, coronado con las auroras boreales, y armado del rayo; en la cueva de Fingal no resuena el canto de Ossian, que las tempestades repetían; en los bosques de la antigua Germania han caído todas las aras consagradas al arte, convirtiéndose en doctas, y prosáicas academias; en las montañas de los Alpes coronadas de sempiterno hielo, y vestidas de inmortal verdura no brillan las hadas, que acariciaban en sus delirios á Manfredo; en España no se oye ni el cantar de los orientales, ni el suspirar de los cristianos. Todo ha desaparecido. Aquí una fábrica, allá un camino de hierro, acullá una ciudad; en todas partes el nefando materialismo ha secado las fuentes de la vida. ¡Oh! Qué felices eran nuestros padres, cuando al sonar el toque de ánimas, ponían la rodilla en tierra, los ojos en el cielo, y oían en el gemir del viento los quejidos de los seres adorados, que arrastró á la eternidad la muerte; y descubrían en el fuego fatuo, que atravesaba los campos un dulce reflejo de su espíritu, y en la frente de la Virgen alzada en poético altar, leían esperanzas de eterna felicidad; y en los apagados ojos de la imagen de Jesús moribundo vistumbaban el centelleo de la eterna verdad; y pasaban su vida en la esperanza, y se dormían con dulce sueño en el amoroso regazo de la muerte. ¡Qué felices!

CXLIX.

María y Antonio.

Nos hemos olvidado de nuestros jóvenes amigos. María, acompañada de su amiga Isabel, había separado su vivienda de la vivienda de Antonio. A pesar de los consejos de su padre, y del respeto, que las palabras de un moribundo le infundían; María conociendo su corazón, imposibilitado de todo amor, que no fuese el amor de Ernesto, había cedido en su propósito, aconsejando al joven que la amase con el amor de

un hermano. Antonio, acostumbrado á domar sus pasiones, exento de toda ambición, cultivaba aquel amor en su pecho, sin que jamás una queja saliese de sus labios; antes bien sonreía contento, ocultando sus dolores con sobrehumano poder. Sin embargo, un día entró en la estancia de María, con ademán muy triste.

—¿Qué traes? Antonio.

—Nada, no tengo nada.

—Estás pálido.

—¿De veras? No lo creas. Tu preocupación, tu cariño te hace descubrir palidez en mi semblante.

—Vamos, ¿dime qué te sucede?

—Nada. Lee ese periódico.

María leyó con avidez unas líneas, que el joven le designaba con el dedo, y lanzó un grito de júbilo.

—¿Te da contento!

—Deseo su felicidad: ¿iremos á ver su drama?

—No.

—¡Antonio!

—Tienes razón. Soy muy loco. No atiendas á mis palabras. Iremos.

—¡Oh! Deseo sus triunfos; á pesar de que hartas desgracias me ha traído su amor al arte.

—Amaba mas al arte que á tí, María.

—Sin duda.

—Se amaba mas á sí mismo.

—No, no.

—No te ilusiones con esos amores, que no son olvido de toda ventura, y aspiración á todo sacrificio.

—¿Qué injusto eres!

—Te amaba Ernesto y prefería el sonar de la lira al acento de tu voz; te amaba, y quería mas el aplauso de las gentes que el eco de tus palabras; te amaba, y creía que lejos de tí podía encontrarse la felicidad; te amaba, y era osado á dejarte.... no, no te amaba, como aman los ángeles á Dios.

—Pero amaba el arte por mí; solo por mí. ¡Cuántas veces al tibio resplandor de la luna, asentados al pié de un árbol, que mecido por el viento dejaba caer sus flores sobre nuestra cabeza, como si fueran atraídas por el amor, cuántas veces me juraba que el día en que le faltara mi amor, la inspiración se apagaría en su mente.

—Y le ha faltado, María, y sin embargo el arte vive, á pesar de tu desamor.

—No, debe presentir que yo le amo, que su recuerdo vive eternamente en mi memoria.

—Amale, amale, dijo Antonio con tal acento de amargura, que María no pudo reprimir una lágrima; líquido diamante, que tributaba al dolor.

Antonio se apercibió de ello.

—¿Lloras? dijo. Lloras por mí. Soy feliz. Una lágrima tuya es para mi alma como gota de celeste rocío, que da nuevas aromas á su cáliz roído por el dolor.

—Cuán desgraciado te ha hecho el haberme conocido. Pluguiera á Dios que jamás nos hubiéramos encontrado en el mundo.

—Me has hecho gustar una felicidad, que yo creí negada á mi ser.

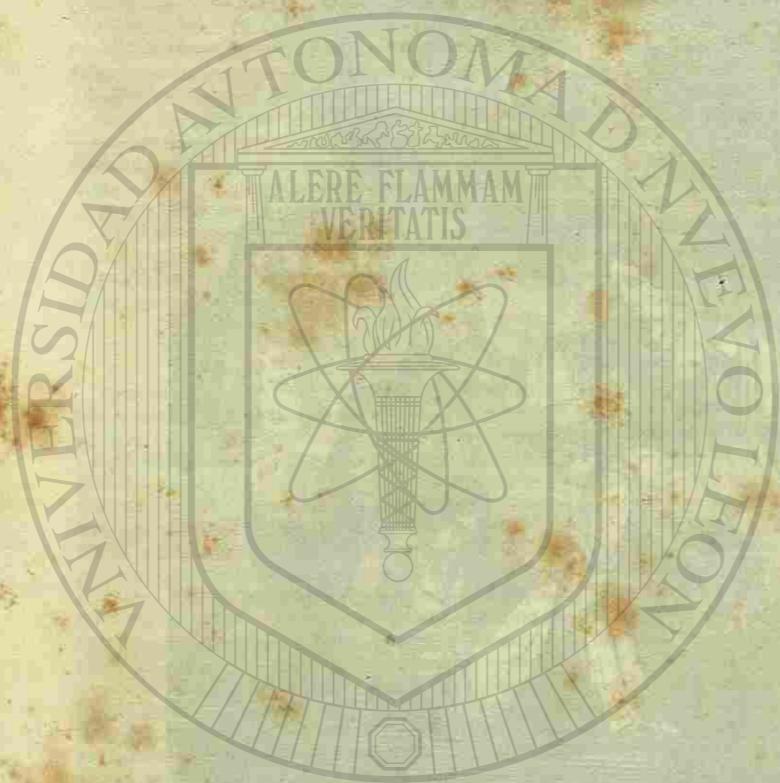
—¿Qué felicidad?

—La felicidad del dolor.... Hay un tormento superior á mi tormento, y consiste en la indiferencia, en el frío y desconsolador estoicismo. Cuando el alma padece esta horrible enfermedad, la naturaleza no tiene á nuestros ojos colores, ni el arte guarda para nuestro corazón armonías. Encerrada el alma en sí misma, no conoce cuanto de grande encierra la creación; ni presente cuanto de divino encierra el cielo. Pero, si padecemos, todo rumor es un quejido, todo murmullo un suspiro, todo cantar un lamento; y por medio de la compasión nos identificamos con todos los seres, y componemos la armonía universal, eterno lloro de lo finito, que aspira á perderse en el seno de Dios. Y si yo María, padezco, lo debo á tí; si lloro, eres tú la dulce lágrima, que se desprende de mis



RECGEN A ERNESTO EN UNA BARCA.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ojos; si busco el bien, y huyo del mal, tu recuerdo me impulsa, y tu nombre me ilumina; porque tú eres, María, mi pensamiento y mi ser.

—Antonio; triste felicidad te reservaba esta infeliz mujer! Si tan solo conoces naturaleza, y Dios, por las revelaciones del dolor; si ese dolor, fuente de tu vida, emana de mí; triste, tristísimo destino me es dado realizar en tu existencia. Despertar un generoso espíritu a la vida, y despertarlo para darle solo del dolor conocimiento; es desgracia que nunca, nunca podré perdonarme.

—Padecer por tí es ventura.

—No es sino padecimiento.

—La vida en la indiferencia...

—Es vida.

—La vida en el dolor...

—Es muerte.

—Mal juzgas al dolor.

—Lo conozco demasiado para juzgarlo bien.

—¿No conoces la vida de las piedras?

—La imagino.

—¿No sabes que ver pasar un día, y otro día en el tiempo, un acontecimiento y otro acontecimiento en el mundo, una idea y otra idea en la conciencia, sin que ni el día, ni el acontecimiento, ni la idea dejen rastro ni huella en el alma, es una lenta y larguísima y estúpida agonía poderosa, solo a consumir la vida?

—Mas te valiera consumirla sin sentir que no agotarla, consumiéndola en estériles sentimientos.

—¿Y tú me dices eso!

—Antonio: no es dado al corazón vencer imposibles.

—Será crimen amarte.

—El crimen es que yo no te ame como tú me amas.

—Obedecer a las inspiraciones del alma es ley. No te culpa mi razón.

—Pero me culpará tu sentimiento.

—El sentimiento es ciego.

—Por lo mismo es mas doloroso atormentarlo.

—Así se purifica el alma, que necesita del crisol del dolor.

—¿Triste nombre, que pone luto en mi corazón!

—Es necesidad de nuestra naturaleza.

—¿Ingrata naturaleza!

—María. No reniegues de Dios.

—Es verdad... tienes... razón... estoy loca... Si pudiera sacarte de esa dura suerte; si pudiera mentir el corazón...

—No hablemos mas de esto, no hablemos mas. Eres mi hermana. ¿Qué otra cosa puedo anhelar? ¿Estás a mi lado? ¿Qué significaría el quejarme? seamos felices.

—¿Oh! que bueno eres, y María le alargó la mano que Antonio besó con sin igual efusión.

En esto entró apresurada Isabel.

—María. Ahí aguarda una hermosísima señorita, que desea verte a solas.

Antonio se retiró; y María recibió a la joven.

—¿Eugenia!

—Eugenia, si, que os busca, María. Perdonadme, si me atrevo a veros, perdonadme; pero hay en mi corazón una atracción secreta, que me lleva a buscaros, a deciros cuánto padece mi alma; si es que no me odiais, como mis delitos merecen, como merecen los agravios que os he inferido.

—Desechad tales recuerdos. De mi memoria han huido. Yo os quiero mucho ¿qué podría hacer sino querereros, cuando sois tan desgraciada?

—¿Oh! María, vos compadeceis a los desgraciados, que el mundo abandona a su desgracia, vos sois el

cielo. Si viérais como padece. Los días se suceden a los días, y el tiempo no me trae los consuelos, que yo esperaba del tiempo. Cuantos medios puede arbitrar el ingenio no han sido bastantes a darme el olvido, que ansiaba con afán mi corazón. La memoria siempre fija en un hombre...

—¿Qué decís?

—Me abandonó...

—Gracias, Dios mío, gracias, exclamó María, levantando al cielo los ojos.

—Os gozais en mi martirio, cruel. Y sin duda está aquí... quiero verle, María, quiero verle por compasión.

—¿Cuanto tiempo hace que no le veis?

—Desde el día fatal, en que salisteis de mi casa.

—Y yo no le veo desde el fatal día, en que abandonó nuestras playas.

—¿Oh! respiro. Gracias, Dios mío, gracias, dijo también con alborozo Eugenia.

—¿No sabéis de él nueva cierta?

—Nada sé; sino que va a poner en escena un drama: y quisiera evitarle una gran desgracia.

—Una desgracia... ¿Le amenaza una desgracia? Corramos, le buscaremos, vamos a salvarle. Pronto, pronto, a salvarle. ¡Ah! Se me parte el corazón.

—¿Como le ama! ¡Y él como la ama también! ¡Oh! No, no. Ahora son ambos libres, y si se encuentran... decía para sí Eugenia.

—¿Y vos debéis saber de él?

—Si supiera, no os lo preguntara.

—Encontrémosle. Quiero salvarle a toda costa. Sea para vos su amor, si el amor os lleva a salvarle. Sea para mí su desvío, pero salvémosle.

—Para nada os necesito ya.

—Como atormentais mi corazón. Decidme el peligro, que le amenaza.

—No puede ser.

—¿Eugenia, por caridad! dijo María, juntando suplicante sus manos.

—Queréis encontrarle para arrebatarle mi única esperanza, que es su amor; queréis hacerlos digna de su cariño, que perdisteis, mostrándole que velais por su dicha. No sucederá tal cosa mientras aliente la vida en mi pecho. No. Yo me he interpuesto en el camino de su felicidad. No quiero que sea feliz, sino conmigo. Si con vos lo es, a toda costa causaré su desgracia. No ama quien no arde siempre en negros celos.

—Eugenia. El amor os pierde. Vos no amais en Ernesto a Ernesto, os amais a vos misma. Esa pasión que así desvaría, no es pasión; es horrible enfermedad del alma. Curaos de esos temores. Desvaneced con la virtud las cenizas de tan aviesos instintos. El amor, que anhela, es un delirio, es la hora que arrebató el tiempo, es el suspiro que se lleva en sus ondulaciones el aire...

—Mi amor es fuego.

—Pero fuego del infierno.

—Es fuente de vida.

—Pero fuente cenagosa, é impura.

—Es sentimiento.

—Es instinto.

—Es idea.

—Es desvarío.

—Es amar.

—Es apetecer.

—¿María?

—Dueleos la verdad.

—Me insultais.

—¿Oh! Ya veis como vuestros propios sentimientos parecen insultos. Y lo son, si, son insultos hechos a la humanidad, insultos hechos a Dios.

Eugenia se cubrió el rostro con las manos.

—No, no lloreis. Perdonadme, si os ofendí, Eugenia. En el espíritu arde siempre la virtud, fuego sa-

grado, que es un reflejo del cielo. ¿Qué importa el amor de un día, si la esperanza nos promete amor eterno?

—Queáis humillarme con vuestra pureza, queáis que al veros resplandecer tan pura, me asuste de las tinieblas espesísimas, que cubren mi entendimiento, y mi corazón. Soy á vuestro lado lo que la deforme serpiente al pié de la inmaculada Virgen.

—No desvaríeis. Soy mujer, sujeta á todas las tristes condiciones de nuestra triste naturaleza.

—Y en verdad que es un remordimiento ver siempre delante de los ojos seres felices ornados con la diadema de la inocencia, alentados por la fe, mientras en mi pecho no hay inocencia, no hay fe; como si Dios hubiera retirado de mi corazón su aliento, de mi conciencia su luz.

—No os aflijáis, Eugenia. Unámonos para salvar al infeliz Ernesto. Unámonos, Eugenia. No os ciegue vuestro amor hasta el punto de perderle.

—Callad. La sentencia está ya dictada. No hay esperanza, no hay remedio.

—Me partís el pecho.

—Morirá para siempre su inspiración.

—¿Qué decís?

—Se desvanecerán todas sus ilusiones.

—Dios del cielo!!!

—Perderá todas sus esperanzas en el arte.

—En el arte, su última esperanza!

—Caerá hoja por hoja la corona de triunfos que imaginaba hallar en lo porvenir.

—No lo consienta Dios, que esas hojas arrebatadas por la fortuna á su frente, apagarían la vida en su pecho.

—María. No hay esperanza, no hay remedio.

—No quisiera comprender el pensamiento, que occultan vuestras palabras.

—¿Qué entreveís?

—Entreveo una trama horrible.

—María. ¿Quién os advierte con tanto acierto?

—El amor.

—Le ama, y él la ama! sean ambos desgraciados.

—Si intentáis apagar la inspiración en su mente, Eugenia, intentáis un crimen. Mas os valiera elayar agudo puñal en sus entrañas. La inspiración es la presencia de Dios en su alma. Arrancadle esa última flor de sus esperanzas, y le habéis arrancado el alma. Apagad esa única estrella, que alumbraba su existencia, y habéis herido de muerte su corazón; muerte horrible, lenta, que consumirá poco á poco sus días, hasta que lo hunda en el sepulcro con la duda en el alma, y la maldición en los labios.

—Y yo le amaba, y apagó mi amor; era mi vida, y se apartó de mi lado, entregándose á segura muerte; era mi rehabilitación á los ojos de Dios, porque su presencia encendía en mi alma el fuego de la virtud, y me arrastró con su desamor al infierno; era mi espíritu, pues, apenas vivía yo para el mundo, y fue tal que no vió sino su venganza, y desencadenó en mi vida tempestades, que por horribles, me espantan, y por vergonzosas, me humillan. Y ahora queáis vos que yo insensata me preste á la misericordia. No, no. Que muera.

—No saldréis de aquí, no, sin revelarme el secreto de su infortunio.

—Será vano vuestro empeño.

—No os abandonaré ni un instante.

—Será inútil vuestra insistencia.

—Quiero salvarle.

—¿Y yo?

—Vos lo queáis también. A eso habéis venido.

—No. He venido á ver si era feliz á vuestro lado.

—Si lo hubierais hallado aquí...

—Se encendieran doblemente mis iras.

—Y yo, por verle feliz, daría mi vida.

—No le amais.

—No le amaré, si por amor entendeis el egoísmo. ¿Por qué no deseais su ventura?

—Me ha perdido, y quiero perderle.

—Eso es venganza.

—Es amor.

—Amor que el cielo maldice.

—Bien, bien. Me va en eso bien poco. Bástame saber que le amais. Sé que él os ama. Si os encontrarais en la vida; ¡oh! me asesinaría el dolor. Buscadle, decidle, que me ame, que me idolatre, sino hoy le arranco la esperanza, y mañana le arrancaré la vida.

María dió un grito de horror, cayendo como herida de un rayo en el duro suelo. Eugenia abrió la puerta de la sala con precipitación, la de la casa con celeridad, bajó las escaleras con la ligereza del aire, subió á su coche, como el relámpago, y gritando: «A casa» se dió á llorar con desesperación indecible, pues eran á todo encarecimiento superiores las penas que corroían su pecho. La educación, alma del alma, había precipitado aquella mujer, desde la virtud, que debiera ser su asiento, al vicio, que era su fin. El amor pudo salvarla; pero el amor, por circunstancias que no necesito recordar, ahondó las llagas, abiertas en su corazón. Sociedad, educación, familia, amor, todos los sentimientos dulces, todas las ideas bienhechoras, se conjuraron contra su virtud, contra su pureza.

CLII.

Antonio, cansado de tan larga entrevista, abrió la puerta de la estancia pocos instantes después de haberse partido Eugenia. El joven espantado se arrojó á recoger del suelo á la pobre joven. Creyó en su espanto que estaba muerta.

—Isabel, Isabel...

La joven amiga de María entró precipitada, y sin aliento.

—¿Dónde está esa mujer? preguntó Antonio.

—Ha huido con tal presteza, que ni tiempo para saludarla me ha dado.

—María, María... gritaba Antonio, poniendo la temblorosa mano sobre su corazón.

—Palpita, palpita el corazón.

María exhaló un ¡ay! amarguísimo.

—¿Que te sucede María, que te sucede?

—Ha huido... ha huido... Ernesto... Ernesto, y prorumpió en amarguísimo llanto.

Aquellas dos exclamaciones partieron el corazón del pobre Antonio. En su rostro, en sus ojos, echábase de ver el fiero dolor, que le causaba aquel nombre, sombra de su dicha, obstáculo á sus aspiraciones.

—Es necesario, Antonio, buscar á Ernesto. La envidia, el amor agraviado van á herirle en lo más profundo de su corazón. ¡Ay de él entonces!

Y su llorar crecía con las terribles imágenes que aterrador peligro pintaba en su mente.

—¿Pero á do hemos de buscarle?

—Antonio, por Dios, no descanses ni un punto. Hazlo por mí, por la desgraciada María.

Y sus ojos brillaban con el reflejo de amargo, acerbo dolor.

—Pero...

—También tú me desamas.

—¡Yo! Tienes razón. Te desamo, si, te desamo. Cuando los celos no me han asesinado es que te desamo.

—Calla, calla. ¡Todos desgraciados! No pienses en que es Ernesto; piensa solo en que es un joven desgraciado, sobre cuya cabeza van á caer á torrentes los dolores. Antonio, ¿tan cruel, tan empedernido serás que no me oigas?

—Tus consejos son mandatos. Iré á buscarle. No me daré punto de reposo, hasta que logre encontrarle.

—¡Bendito seas!

—¿Y qué he de advertirle?

—Adviértele que piensa la envidia silbar su drama.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi corazón.

—¡Bárbara, infame perfidia!

—Perfidia de Eugenia.

—De todo es capaz.

—Pues, Antonio, hazlo por mí.

—Corro, corro á salvarle.

—No sabes cuánto bien me haces.

—¿Qué feliz soy!

—¿De veras?

—Hacer tu dicha es mi dicha.

—Como eres tan bueno, ningún esfuerzo te costará librar á la inocencia de la perfidia.

—Antes siento un placer tan inefable.

—El placer del bien, que Dios inspira.

—Es cierto. Parece que hay más luz en mi pupila, más colores en la naturaleza.

—La luz de Dios es esa, que da á la virtud nuevos matices.

—Soy feliz. Y Antonio se lanzó presuroso fuera de la estancia.

Las pasiones encaminadas al bien son mensajeras de la bienaventuranza.

CLIII.

La ambición, inquieto ser dentro de nuestro propio ser, que nos lleva, mal de nuestro grado á tener en poco la vida, y en mucho el nombre, que dejar podemos en el punto de la muerte; suele con sus delirios embriagarnos de esperanzas, que el tiempo evapora en lo vacío. La ambición, que roba el sueño al cuerpo, la tranquilidad al espíritu, el entusiasmo al amor, la alegría al corazón, es como la fortuna, engañadora. En el punto en que nacemos, la muerte se aposenta dentro de nosotros mismos, y para devorarnos, levanta en el pecho todas esas pasiones, que se llevan en sus luchas pedazos de nuestro ser, átomos de nuestra inmortal sustancia. Así, cuando convierto los ojos á los que duermen el sueño de la estupidez, sin imaginar mundos superiores al mundo, en que vivimos, duélome involuntariamente de que Dios me haya dado la torpeza que se necesita para vivir, y morir olvidado; y el conocimiento bastante á dolerme de que me haya cabido tan poco talento en la repartición general, que Dios debe haber hecho á las criaturas de esa divina esencia de su divino ser.

Vivir como Linneo ó Newton, sorprendiendo recónditos secretos á nuestra ingrata madre la fecunda naturaleza, leyendo en libros de granito la historia de la tierra; componiendo de nuevo las esferas de los seres, como inmensa pirámide, en la mente; alzando el vuelo á buscar el invisible hilo de oro, que sostiene á los astros, en los infinitos espacios; descendiendo á encender la mente en el fuego sacro, que anima al globo, inmensa hornilla, do se forjan y funden los metales, y toman su jugo las plantas, vivir con la vida del pensamiento, y de la naturaleza, que es la vida de Dios; eso es vivir.

Pero vivir aquí, oyendo zumbir la murmuración, y silbar la envidia; aquí, donde se llama amor al galanteo, ambición el aspirar á diputado; sabiduría á la indigesta erudición de Revista, elocuencia al compuesto hablar de un orador académico, virtud al no robar, honradez al cumplir con la epístola de san Pablo, consecuencia el adular á todos los que suben, y maldecir de todos los que caen, gobierno á la absurda dictadura, libertad á la oprobiosa servidumbre; progreso al hacer caminos de hierro, que según cuentan, pudieran ser de oro macizo; vivir aquí, do hasta el mismo mal es raquíctico, es el más grande de los

tormentos, el más espantoso de los martirios, que pudiera imaginar en sus desvarios el hombre.

CLIII.

Antonio, llevado de su deseo de consolar á María, puso en juego todos cuantos medios le aconsejaba su razón, para dar con el paradero de Ernesto; pero fue vano su empeño, inútil su anhelo: que la providencia, cuando gusta de separar á dos seres, abre entre ellos profundos é insondables abismos. ¿Cuántas veces un minuto era parte á burlar los deseos del pobre joven, víctima de su abnegación, pues debía desalado los vientos por encontrar un rival, que parecía no habitar en la tierra, según ocultaba su vivienda! ¡cuántas veces, leve sombra ó un mezquino objeto, entre ambos interpuesto, era causa de que se desesperase en sus continuas pesquisas, y desconociese cuan propicia suele á veces ser la casualidad, ese fenómeno, que los hombres conocen, y no explican! En fin ¿á qué tanto divagar? Antonio no pudo encontrar á Ernesto.

CLIV.

Era de noche. El teatro del Príncipe centelleaba lujo y alegría. Jamás me ha sido dado entrar en este teatro; sin conmovirme profundamente. Creo ver en las paredes dibujarse la sombra de nuestros gloriosísimos poetas. Me parece que oigo murmurar la lira de Lope tan fecunda como el primer canto, que Dios entonó sobre las borradas formas de la materia, esparcidas en el caos; llorar al inmortal Alarcón, como si cada una de sus lágrimas que caen sobre la conciencia humana cual dulces gotas de fresca lluvia sobre las amargas ondas de los mares, crease un pensamiento, perla escondida en la corona de la gloria; y reír á Tirso con aquella su sarcástica risa; pareceme que veo brillar la figura de Calderón; á sus pies naturaleza ofrece el inmenso torbellino de sus seres, para que los enlace con la cadena de oro de su divino pensamiento, y los transforme en hermosos relámpagos, emanaciones de la eterna belleza, confundiendo los en el crisol de su alta imaginación; sobre su frente ruedan en círculo infinito los ángeles, tejiendo coronas de estrellas, flores de oro, que nacen y mueren en el cielo cual si hubieran caído de la aureola del Eterno; y en sus ojos arde el sacratísimo fuego de la inspiración, de aquella inspiración, que daba nuevas formas á nuestros santos dogmas, nueva vida á nuestras gloriosas tradiciones.

Todo se ha perdido. Las artes españolas han muerto. Nuestro genio ha volado al cielo, y se ha dormido en el seno de la eternidad. Si, han colgado nuestros poetas su lira en el triste sauce del olvido. ¿Qué os hicisteis, de la infeliz España venerables padres, vosotros que apagásteis en las aguas de Lepanto el opaco brillo de la media luna; vosotros que en las campañas de Italia, despertásteis con el rumor de vuestras invencibles armas, á los héroes de la clásica antigüedad, que admiraron asombrados el noble arrojo, el soberano esfuerzo que hicisteis para librar de oprobioso yugo á Sicilia, hermosa neréida escondida en las azules ondas del sereno Mediterráneo; vosotros, que volásteis en alas de la victoria á las regiones del Africa, y allí á la sombra de gigantescas palmeras tejisteis nuevos laureles para nuestros divinos blasones; vosotros nos habéis abandonado, entregándonos á oprobiosa servidumbre, á tristísima y humillante decadencia? Mas dejémonos de divagar, y al asunto

grado, que es un reflejo del cielo. ¿Qué importa el amor de un día, si la esperanza nos promete amor eterno?

—Queréis humillarme con vuestra pureza, queréis que al veros resplandecer tan pura, me asuste de las tinieblas espesísimas, que cubren mi entendimiento, y mi corazón. Soy á vuestro lado lo que la deforme serpiente al pié de la inmaculada Virgen.

—No desvaríeis. Soy mujer, sujeta á todas las tristes condiciones de nuestra triste naturaleza.

—Y en verdad que es un remordimiento ver siempre delante de los ojos seres felices ornados con la diadema de la inocencia, alentados por la fe, mientras en mi pecho no hay inocencia, no hay fe; como si Dios hubiera retirado de mi corazón su aliento, de mi conciencia su luz.

—No os aflijais, Eugenia. Unámonos para salvar al infeliz Ernesto. Unámonos, Eugenia. No os ciegue vuestro amor hasta el punto de perderle.

—Callad. La sentencia está ya dictada. No hay esperanza, no hay remedio.

—Me partís el pecho.

—Morirá para siempre su inspiración.

—¿Qué decís?

—Se desvanecerán todas sus ilusiones.

—Dios del cielo!!!

—Perderá todas sus esperanzas en el arte.

—En el arte, su última esperanza!

—Caerá hoja por hoja la corona de triunfos que imaginaba hallar en lo porvenir.

—No lo consienta Dios, que esas hojas arrebatadas por la fortuna á su frente, apagarían la vida en su pecho.

—María. No hay esperanza, no hay remedio.

—No quisiera comprender el pensamiento, que occultan vuestras palabras.

—¿Qué entreveís?

—Entreveo una trama horrible.

—María. ¿Quién os advierte con tanto acierto?

—El amor.

—Le ama, y él la ama! sean ambos desgraciados.

—Si intentáis apagar la inspiración en su mente, Eugenia, intentáis un crimen. Mas os valiera elayar agudo puñal en sus entrañas. La inspiración es la presencia de Dios en su alma. Arrancadle esa última flor de sus esperanzas, y le habéis arrancado el alma. Apagad esa única estrella, que alumbraba su existencia, y habéis herido de muerte su corazón; muerte horrible, lenta, que consumirá poco á poco sus días, hasta que lo hunda en el sepulcro con la duda en el alma, y la maldición en los labios.

—Y yo le amaba, y apagó mi amor; era mi vida, y se apartó de mi lado, entregándose á segura muerte; era mi rehabilitación á los ojos de Dios, porque su presencia encendía en mi alma el fuego de la virtud, y me arrastró con su desamor al infierno; era mi espíritu, pues, apenas vivía yo para el mundo, y fue tal que no vió sino su venganza, y desencadenó en mi vida tempestades, que por horribles, me espantan, y por vergonzosas, me humillan. Y ahora queréis vos que yo insensata me preste á la misericordia. No, no. Que muera.

—No saldréis de aquí, no, sin revelarme el secreto de su infortunio.

—Será vano vuestro empeño.

—No os abandonaré ni un instante.

—Será inútil vuestra insistencia.

—Quiero salvarle.

—¿Y yo?

—Vos lo queréis también. A eso habéis venido.

—No. He venido á ver si era feliz á vuestro lado.

—Si lo hubierais hallado aquí...

—Se encendieran doblemente mis iras.

—Y yo, por verle feliz, daría mi vida.

—No le amais.

—No le amaré, si por amor entendeis el egoísmo.

—¿Por qué no deseais su ventura?

—Me ha perdido, y quiero perderle.

—Eso es venganza.

—Es amor.

—Amor que el cielo maldice.

—Bien, bien. Me va en eso bien poco. Bástame saber que le amais. Sé que él os ama. Si os encontrárais en la vida; ¡oh! me asesinaría el dolor. Buscadle, decidle, que me ame, que me idolatre, sino hoy le arranco la esperanza, y mañana le arrancaré la vida.

María dió un grito de horror, cayendo como herida de un rayo en el duro suelo. Eugenia abrió la puerta de la sala con precipitación, la de la casa con celeridad, bajó las escaleras con la ligereza del aire, subió á su coche, como el relámpago, y gritando: «A casa» se dió á llorar con desesperación indecible, pues eran á todo encarecimiento superiores las penas que corroían su pecho. La educación, alma del alma, había precipitado aquella mujer, desde la virtud, que debería ser su asiento, al vicio, que era su fin. El amor pudo salvarla; pero el amor, por circunstancias que no necesito recordar, ahondó las llagas, abiertas en su corazón. Sociedad, educación, familia, amor, todos los sentimientos dulces, todas las ideas bienhechoras, se conjuraron contra su virtud, contra su pureza.

CLII.

Antonio, cansado de tan larga entrevista, abrió la puerta de la estancia pocos instantes después de haberse partido Eugenia. El joven espantado se arrojó á recoger del suelo á la pobre joven. Creyó en su espanto que estaba muerta.

—Isabel, Isabel...

La joven amiga de María entró precipitada, y sin aliento.

—¿Dónde está esa mujer? preguntó Antonio.

—Ha huido con tal presteza, que ni tiempo para saludarla me ha dado.

—María, María... gritaba Antonio, poniendo la temblorosa mano sobre su corazón.

—Palpita, palpita el corazón.

María exhaló un ¡ay! amarguísimo.

—¿Que te sucede María, que te sucede?

—Ha huido... ha huido... Ernesto... Ernesto, y prorumpió en amarguísimo llanto.

Aquellas dos exclamaciones partieron el corazón del pobre Antonio. En su rostro, en sus ojos, echábase de ver el fiero dolor, que le causaba aquel nombre, sombra de su dicha, obstáculo á sus aspiraciones.

—Es necesario, Antonio, buscar á Ernesto. La envidia, el amor agraviado van á herirle en lo mas profundo de su corazón. ¡Ay de él entonces!

Y su llorar crecía con las terribles imágenes que aterrador peligro pintaba en su mente.

—¿Pero á do hemos de buscarle?

—Antonio, por Dios, no descanses ni un punto. Hazlo por mí, por la desgraciada María.

Y sus ojos brillaban con el reflejo de amargo, acerbo dolor.

—Pero...

—También tú me desamas.

—¿Yo! Tienes razón. Te desamo, si, te desamo. Cuando los celos no me han asesinado es que te desamo.

—Calla, calla. ¡Todos desgraciados! No pienses en que es Ernesto; piensa solo en que es un joven desgraciado, sobre cuya cabeza van á caer á torrentes los dolores. Antonio, ¿tan cruel, tan empedernido serás que no me oigas?

—Tus consejos son mandatos. Iré á buscarle. No me daré punto de reposo, hasta que logre encontrarle.

—¡Bendito seas!

—¿Y qué he de advertirle?

—Adviértele que piensa la envidia silbar su drama.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi corazón.

—¡Barbara, infame perfidia!

—Perfidia de Eugenia.

—De todo es capaz.

—Pues, Antonio, hazlo por mí.

—Corro, corro á salvarle.

—No sabes cuánto bien me haces.

—¿Qué feliz soy!

—¿De veras?

—Hacer tu dicha es mi dicha.

—Como eres tan bueno, ningún esfuerzo te costará librar á la inocencia de la perfidia.

—Antes siento un placer tan inefable.

—El placer del bien, que Dios inspira.

—Es cierto. Parece que hay mas luz en mi pupila, mas colores en la naturaleza.

—La luz de Dios es esa, que da á la virtud nuevos matices.

—Soy feliz. Y Antonio se lanzó presuroso fuera de la estancia.

Las pasiones encaminadas al bien son mensajeras de la bienaventuranza.

CLIII.

La ambición, inquieto ser dentro de nuestro propio ser, que nos lleva, mal de nuestro grado á tener en poco la vida, y en mucho el nombre, que dejar podemos en el punto de la muerte; suele con sus delirios embriagarnos de esperanzas, que el tiempo evapora en lo vacío. La ambición, que roba el sueño al cuerpo, la tranquilidad al espíritu, el entusiasmo al amor, la alegría al corazón, es como la fortuna, engañadora. En el punto en que nacemos, la muerte se aposenta dentro de nosotros mismos, y para devorarnos, levanta en el pecho todas esas pasiones, que se llevan en sus luchas pedazos de nuestro ser, átomos de nuestra inmortal sustancia. Así, cuando convierto los ojos á los que duermen el sueño de la estupidez, sin imaginar mundos superiores al mundo, en que vivimos, duélome involuntariamente de que Dios me haya dado la torpeza que se necesita para vivir, y morir olvidado; y el conocimiento bastante á dolerme de que me haya cabido tan poco talento en la repartición general, que Dios debe haber hecho á las criaturas de esa divina esencia de su divino ser.

Vivir como Linneo ó Newton, sorprendiendo recónditos secretos á nuestra ingrata madre la fecunda naturaleza, leyendo en libros de granito la historia de la tierra; componiendo de nuevo las esferas de los seres, como inmensa pirámide, en la mente; alzando el vuelo á buscar el invisible hilo de oro, que sostiene á los astros, en los infinitos espacios; descendiendo á encender la mente en el fuego sacro, que anima al globo, inmensa hornilla, do se forjan y funden los metales, y toman su jugo las plantas, vivir con la vida del pensamiento, y de la naturaleza, que es la vida de Dios; eso es vivir.

Pero vivir aquí, oyendo zumbir la murmuración, y silbar la envidia; aquí, donde se llama amor al galanteo, ambición el aspirar á diputado; sabiduría á la indigesta erudición de Revista, elocuencia al compasado hablar de un orador académico, virtud al no robar, honradez al cumplir con la epístola de san Pablo, consecuencia el adular á todos los que suben, y maldecir de todos los que caen, gobierno á la absurda dictadura, libertad á la oprobiosa servidumbre; progreso al hacer caminos de hierro, que según cuentan, pudieran ser de oro macizo; vivir aquí, do hasta el mismo mal es raquítico, es el mas grande de los

tormentos, el mas espantoso de los martirios, que pudiera imaginar en sus desvarios el hombre.

CLIII.

Antonio, llevado de su deseo de consolar á María, puso en juego todos cuantos medios le aconsejaba su razón, para dar con el paradero de Ernesto; pero fue vano su empeño, inútil su anhelo: que la providencia, cuando gusta de separar á dos seres, abre entre ellos profundos é insondables abismos. ¿Cuántas veces un minuto era parte á burlar los deseos del pobre joven, víctima de su abnegación, pues bebía desahogado los vientos por encontrar un rival, que parecía no habitar en la tierra, según ocultaba su vivienda! ¿cuántas veces, leve sombra ó un mezquino objeto, entre ambos interpuesto, era causa de que se desesperase en sus continuas pesquisas, y desconociese cuan propicia suele á veces ser la casualidad, ese fenómeno, que los hombres conocen, y no explican! En fin ¿á qué tanto divagar? Antonio no pudo encontrar á Ernesto.

CLIV.

Era de noche. El teatro del Príncipe centelleaba lujo y alegría. Jamás me ha sido dado entrar en este teatro; sin conmovirme profundamente. Creo ver en las paredes dibujarse la sombra de nuestros gloriosísimos poetas. Me parece que oigo murmurar la lira de Lope tan fecunda como el primer canto, que Dios entonó sobre las borradas formas de la materia, esparcidas en el caos; llorar al inmortal Alarcon, como si cada una de sus lágrimas que caen sobre la conciencia humana cual dulces gotas de fresca lluvia sobre las amargas ondas de los mares, crease un pensamiento, perla escondida en la corona de la gloria; y reir á Tirso con aquella su sarcástica risa: pareceme que veo brillar la figura de Calderon; á sus pies naturaleza ofrece el inmenso torbellino de sus seres, para que los enlace con la cadena de oro de su divino pensamiento, y los transforme en hermosos relámpagos, emanaciones de la eterna belleza, confundiendo en el crisol de su alta imaginación; sobre su frente ruedan en círculo infinito los ángeles, tejiendo coronas de estrellas, flores de oro, que nacen y mueren en el cielo cual si hubieran caído de la aureola del Eterno; y en sus ojos arde el sacratísimo fuego de la inspiración, de aquella inspiración, que daba nuevas formas á nuestros santos dogmas, nueva vida á nuestras gloriosas tradiciones.

Todo se ha perdido. Las artes españolas han muerto. Nuestro genio ha volado al cielo, y se ha dormido en el seno de la eternidad. Si, han colgado nuestros poetas su lira en el triste sauce del olvido. ¿Qué os hicisteis, de la infeliz España venerables padres, vosotros que apagásteis en las aguas de Lepanto el opaco brillo de la media luna; vosotros que en las campañas de Italia, despertásteis con el rumor de vuestras invencibles armas, á los héroes de la clásica antigüedad, que admiraron asombrados el noble arrojo, el soberano esfuerzo que hicisteis para liberrar de oprobioso yugo á Sicilia, hermosa neréida escondida en las azules ondas del sereno Mediterráneo; vosotros, que volásteis en alas de la victoria á las regiones del Africa, y allí á la sombra de gigantesca palmera tejisteis nuevos laureles para nuestros divinos blasones; vosotros nos habéis abandonado, entregándonos á oprobiosa servidumbre, á tristísima y humillante decadencia? Mas dejémonos de divagar, y al asunto

CLV.

El objeto de todas las conversaciones era el drama de Ernesto. He aquí la opinión de varios literatos, cuyo nombre callaremos.

—¿Has asistido á los ensayos del drama? decía un joven de esos, que suelen fundar su reputación en traducciones de vaudevilles hechas en habla, que nadie comprende.

—No me hables de él, no me hables, por Dios. ¡Qué ideas tan raras! ¡Qué abusar de la imaginación tan por extremo criminal!

—Será un *pamphlet* filosófico.

—No es, sino churrigueresca zambra, que ni Lucifer entiende, decía otro traductor de comedias para el teatro, de discursos para las Cortes.

—Todo lo que no sea imitar la sociedad, reproducirla en el teatro con fidelísimo pincel, es andarse por la rama.

—Tal creo, añadía el traductor. El sentimentalismo y la filosofía pueden apoderarse de nosotros, y entonces... ¡ay del sentido común!

—Lastimosa pérdida, que debemos evitar á toda costa.

—Yo puedo asegurarte que no me doy traza para entender todas esas soporíferas elucubraciones alemanas. Schiller me da sueño, Goethe hastío, Hoffman náuseas, Ritchee rabia, Pseudo...

—No me aturdas con semejantes nombres. Por no oírlos renuncié á conocerlos, decía espantado el zarzuelista.

—Pues ese enorme absurdo va á levantar su cabeza entre nosotros; y precisa estreñarlo á nuestras plantas, aniquilarlo á fin de que jamás torne á pedir aquí carta de naturaleza.

—Justo... justo...

—Mira, allí entra Eugenia.

—¡Qué hermosa está!

—Se levanta el telón.

—Callemos.

—Callemos.

CLVI.

Momentos de prueba son para el artista aquellos en que el público recoge el aliento para escuchar silencioso su drama. Este silencio es muy semejante al silencio del juez, que escribe una sentencia. Sin embargo de vez en cuando el taser de una vieja, el sonar de unas botas, suele distraer al público, haciéndote perder el pensamiento, la exclamación, á que habia su triunfo el desgraciado poeta. Ya se oye un rumor semejante al lejano zumbido de una tempestad, que se acerca; ya se olvida de un magnífico endecasílabo el actor; ya cruel se pierde el fiero apuntador; ya la dama, en la escena de mayor efecto, se quema el velo, y empiezan á poblar los aires, gritos, que resuenan en el pecho del pobre mártir cual si fueran el silbar de la serpiente, que perdió al hombre; ya descomunal hosteizo de oculto enemigo provoca á risa, cuando el autor quisiera provocar sollozos, muchos sollozos; ya algunos aplausos que se apagan como el cantar de las olas en una playa sin ecos, aumentan sus congojas, y aminoran sus esperanzas; ya en fin tras el primer acto cae el telón, sin que haya logrado el drama arrancar sentimiento de simpatía al público, y aquel telón es para el artista como la pesada lápida de un sepulcro. Y todo esto, y mucho más acontecía en aquella noche fatal. Eugenia, desde su palco, miraba con triunfo la adversa suerte de su ingrato amante: María, desde las galerías, sollozaba de tal suerte, que hubo necesidad de sacarla del teatro. Los pollos, los

literatuelos iban á tomar el santo y seña, al palco de Eusebio. Ernesto, pegado á un bastidor, inmóvil como fría estatua, contemplaba su desventura, sin lanzar un quejido; sin manifestar sentimiento de ninguna especie. Empieza el segundo acto, magnífica epopeya; donde Ernesto ha depositado sus lágrimas, sus dolores, la esencia de su poesía. Pero nada basta á conmovér á sus verdugos; ni la hermosura del verso, ni el creciente interés de las situaciones; porque á todo elevado pensamiento suelen llamar *chispas de cuaresmal sermon*; y á toda escena de efecto *brochazos* á lo Bucharly. Y no solamente bostezaban, llevados de su odio, no, habían aprendido de tal suerte su papel y se habían identificado con su infernal propósito, que reían como energúmenos cuando alguna de esas ideas, que suelen aventajar á lo humano, y confundirse con lo divino centelleaba en el mágico drama. Una parte sensata del público pugnaba por imponer silencio; aunque eran, en verdad, pocos en número, pues la conspiración habia sido urdida con maravilloso arte; y aquella no imaginada contradicción encendía en ira los ánimos, y los imbéciles sacaron los silbates, cual si infernal rabia les poseyera, y en un instante pobláronse los aires de agudos, infinitos, diabólicos sonidos. En medio del universal clamoreo, un joven con ojos encendidos y torvo semblante, increpaba á la imbecil muchedumbre que solo oía el eco de sus pasiones. María, que habia vuelto al teatro, llevada de su anhelo, pues no lograba acallar la amargura de su dolor, abandonó Antonio, que crispaba los puños amenazando á sus antiguos compañeros, criados de Eugenia, cuyo silbar no tenia tregua, y en su furor no se apercibió de que María le habia abandonado: tan encendidas estaban sus pasiones.

Ernesto temblaba como azogado, sus ojos despedían lívidos relámpagos, latía su corazón, cual si pugnase por salir del pecho, una risa convulsiva, sarcástica, vagaba por sus labios, la sangre se agolpaba á su cabeza, como si pretendiera inundar su cerebro; horrible temblor sacudía sus miembros, y en sus crispados dedos, hacia una bola maquinalmente con un papel, que le habían entregado al entrar, y que no leyera, preocupado como estaba, con aquella noche, que decidía de su existencia. Y la carta era un saludable aviso de María, que le anunciaba los peligros agolpados sobre su cabeza.

Ernesto abandonó el teatro donde habia padecido tormentos tales, y tantos que no puede pintarlos la tosca pluma. El alma de su alma, la poesía, le abandonaba también. El infortunio quebraba las cuerdas de su divina lira. Y aquella inspiración, que Ernesto imaginaba emanada de Dios, aquella inspiración, que lucía con tan varios colores en su espíritu, se apagaba para siempre anegada en el tormentoso mar de las humanas pasiones. ¡Oh! El último refugio, do buscaba consuelo y paz, se desvanecía y le entregaba al dolor, á la desgracia, á triste soledad. Ernesto, que necesitaba puro aire, se encaminó al Prado, y no echó de ver que una joven le seguía á lo lejos. Era María.

Eugenia envió también dos lacayos, para que le avisasen del punto do se refugiaba Ernesto, que se paseaba como loco por el Prado solitario.

CLVII.

«La vida no está en el arte, decía Ernesto. Imaginaba que los hombres habian de ser atraídos por los reflejos de mi inspiración, que torpe orgullo creyó tal vez divina, y los hombres me han rechazado, escuchando amargo escarnio á mi rostro. ¡Y para esto tantos tormentos! ¿Quién lo creyera? ¡Quimérica esperanza!

¡Y yo sentía brotar en mi mente la idea, esenoía del ser, que animada por el fuego de mi inspiración

volaba en los espacios, escuchando la armonía de los mundos, y batiendo sus blancas alas en presencia de Dios! ¡Y yo insensato, la creí verdad y era ¡ay! un fantasma! ¿De qué me ha servido estudiar en el eterno libro de la naturaleza? No he logrado, no, interpretar la palabra de Dios. Y yo quería aprisionar el universo en mi pensamiento, seguir en su curso á la estrella; en su vuelo al serafín, imitar el quejido del ruiseñor en el bosque, el lloro del arroyuelo en los prados; para identificar mi espíritu con el espíritu universal, que anima á la creación; para confundir el aliento de mi ser en la atmósfera del ser absoluto; y todas mis aspiraciones han sido vano ensueño, torpe ambición, ridícula mentira, delirio de mi mente, desvarío de mi amor propio... y reía delirante, cuando oyó una voz, que sonó en sus oídos como el cantar del ángel de la gloria debe sonar en los oídos del condenado, cuando Dios, despues del juicio, los arroje al infierno.

CLVIII.

—¡Ernesto! exclamó la joven.

—¡María! dijo Ernesto, levantando los brazos al cielo.

En aquel punto la luna, que vagaba cubierta por espesas nubes, logró disipar con sus plateados rayos los vapores, y apareció sonriente en el azul firmamento coronada de estrellas: que gozaba sin duda en iluminar la frente de aquellos amantes mártires, cuyas almas, como el aroma de las flores, como el murmullo de los bosques tornaban á subir á Dios en alas del amor.

—Si, María soy, quete adora, que me creo ya feliz, Ernesto. ¡Cuánto he padecido! Dios quiere, que en este instante, concluyan para siempre nuestros amargos dolores. Volvemos á orillas del mar. El cielo sonriente, puro, ornado de estrellas nos alegrará, como en otro tiempo, las flores, las fuentes...

—Calla, calla, María. Todo eso es mentira, tú mentira, yo mentira también. Nada existe, nada; sino el dolor.

En su errante mirar, en sus contraídos labios, en su sonrisa, echábase de ver que Ernesto perdía el juicio.

—No, Ernesto, no. ¿Olvidas por ventura aquellas noches de luna, en que me traías rosas, cuyo caliz guardaba una gota de rocío, lágrima de amor; noches en que cantabas amorosas endechas, acompañado por los trinos del gilguero escondido en el plátano, que nos servía de dosel, y por el murmullo de las ondas, que atraídas del amor se arremolinaban, por escuchar tu voz?

—¿Dónde está mi lira? La he perdido. Me la han arrebatado de las manos. Han herido mis inspiraciones, como hirieron un día mi amor. Tú no eres, no tienes realidad. Yo perdí á María. Voló al cielo. Cantaba su amor, pero los cantares se han ahogado en mi pecho... Oye... oye... Me silban... Ah... me silban... Ah... son... son s... s... serpientes!!!

—¡Ernesto! Ya no escuchas mi voz, ya no suena en tus oídos como el susurro de las brisas perfumadas de azahar....

—No, tú no me amas, tú no me amas.

—¡Qué no te amo! Pregúntalo á tu corazón, á tu memoria.

—¡Mi memoria! Si, si, mi memoria me dice...

—Que te adoro.

—Que me silban.

Ernesto estaba loco. María se cubrió el rostro con las manos, vertiendo un mar de lágrimas. El joven dejó caer con desesperación la cabeza sobre el destrozado pecho.

—¿No has orado? ¿No te acuerdas de la Virgen, en cuya frente resplandecían los cielos?

Al caer la tarde, entráramos en la ermita á renovar las flores, que ornaban su peana, y nuestras oraciones confundidas volaban á Dios!!!

—Yo creía en Dios. Escuchaba su voz en el eco del torrente, su palabra en las ideas que levantaba la inspiración en mi conciencia; mirábale sonreír en los matices del alba, cuando el puro cielo, y la hermosa tierra relumbraban con destellos de fuego, corona del sol naciente, que se mecía en la cuna de zafir y plata, formada por los mares; contemplaba extasiado á los seres alzarse á recoger el aliento del Creador, para devolvérselo convertido en auras, y en aromas, y volaba yo también reclinado en las alas del ángel de mi amor á beber la luz del arte en su divina frente, y á recoger de sus labios las armonías de mi lira; y Dios en castigo de mi orgullo, justamente ha borrado con su aliento en mi alma la aurora de la poesía. Y ahora me silban, ¿oyes? me silban. Por compasión no me asesineis así. ¿Qué daño os hice?

—¿Qué importa el mundo? Huiremos de él. Yo te acompañaré...

—Tú no me amas. No existes. Eres la sombra que yo buscaba; sombra, á que solo el dolor ha dado cuerpo. No me atormentes, calla, engañosa imagen de mi amor.

—Dios mio, Dios mio. Oyeme. Libértanos de este último dolor. No le prives, Dios mio, del juicio.

—¡Qué estoy loco! ¿Has dicho que estoy loco? Tienes razón. Esos silbidos son mentira. Mi drama es magnífico, magnífico. Diles que callen. Aunque son mentira, me parten el corazón.

—Ernesto. No escuchas mi voz. ¡Ingrato! Me olvidas. ¿No era yo tu cielo? Mira, mira. Aun conservo aquel ramo de rosas blancas. Están marchitas como tu amor. Mira el lazo azul. En el día de la Ascension, cuando íbamos á recoger plantas medicinales, benditas, para curar á los pobres de la comarca, me regalaste este lazo. ¿No te acuerdas?

—Si. Me acuerdo. ¿Qué hermosa estabas! Llevabas un traje blanco semejante á la túnica del ángel de la oración. Tus trenzas parecían rayos del sol. Entre las flores eras como la blanca mariposa. Me acuerdo que te paraste bajo un rosal á coger unas ramas de sauce. Las rosas se inclinaban como si quisieran guardar tu aliento en sus corolas ó tenir en tus mejillas sus hojas. Y yo te adoraba, porque parecías la imagen de la Virgen. Pero mira, amada sombra ¡qué desgraciado soy! Los hombres, los hombres han maldecido aquella inspiración y... la han silbado.

—¡Oh! Eugenia! Mal... Perdon, Dios mio... iba á maldecirla...

—Ese nombre, yo me acuerdo de ese nombre.

—Si, dijo en aquel punto una voz, empañada por el cansancio. Soy yo, Ernesto, yo que te amo.

María lanzó un grito espantado.

Ernesto cogió las manos de Eugenia. Cuando á la luz de la luna, vió la torva mirada del infeliz joven no pudo contener un suspiro de dolor.

María, acercándose á ella le dijo:

—¡Le habeis perdido!

—Y yo me he perdido también.

—Está loco y vos teneis la culpa.

—¡Qué horror! exclamó Eugenia.

—Ya estais vengada.

—Por vengar mi ofendido amor, he ahogado mi esperanza.

Ernesto, ni se movía, ni hablaba.

—Ni el mundo, ni Dios pueden perdonaros.

—¡Oh! Callad... callad.

—Acordaos del día en que os pedía, que alejaseis de su frente esa horrible venganza.

—¡Ernesto, Ernesto! gritaba con delirante frenesí, Eugenia.

—Tú, tú... De tí no me acuerdo. Eras un ángel caído. Yo te adoraba, creyendo que venías del cielo,

y venias del infierno. Tú también silabas... ¿Dónde está mi lira? ¿Dónde está mi amor?

—A tu lado, Ernesto; decía María, á tu lado velando por tí.

—Es verdad. Te acuerdas; las ondas del mar, el arroyo, el aura, las oraciones de nuestro pecho...

—Ernesto, decía Eugenia. ¿Y nuestro jardín?

—Era el infierno, contestaba Ernesto.

—Si, aleja esos dolores, le decía regocijada María, ahuyéntalos. Volvemos á ser felices.

—No, mientras yo viva, exclamaba Eugenia, interponiéndose entre ambos jóvenes.

—Aparta, aparta, decía Ernesto, rechazandola. La

copa del placer es amarga. María. Tú fuiste mi inspiración.

—Si, si. La inspiración del drama, que te han silbado. Eso le debes.

—Es verdad, verdad, verdad, decía Ernesto, creyendo en su delirio. ¿Qué extruendo! Si las ondas del mar me hubieran tragado, fuera hoy pasto de los peces; pero no oíría ese horrible rumor. Inspiración, blanca inspiración. Los hombres te han llenado de lodo. ¿Qué hermosa eras en el cielo de mi alma! Soy culpable, muy culpable. Arranqué, la perla insensato, de su concha, y la arrojé á los puercos. Y ahora gruñen, gruñen... y la destrozan con sus dientes... y la

copa del placer es amarga. María. Tú fuiste mi inspiración.



Lucia.

profanan... ¡ay! que me matan... Era mi vida; era el alma de mi alma. Se escapa mi alma; yo no quiero que se escape... Mirad... Huye de mi cerebro. Detened á mi alma, detenedla.

Y cayó de rodillas en el duro suelo.

—Levántate, Ernesto, exclamaba María. Dios no te abandonará.

—Aun puede sonreírte el placer, decía Eugenia.

—No debe perder la humanidad tu virtud.

—Jóven, puedes gozar del mundo.

—La inspiración se carnerá sobre tu frente.

—Eugenia te ofrece, en dorada copa, el nectar del olvido.

—La oración te subirá en sus alas al cielo.

—El festín te embriagará.

—¿No ves sonreír á la Virgen del Naufragio?

—¿No escuchas el murmullo del baile?

—Acuérdate de aquel hermoso mar, do se contemplaban extasiadas las estrellas.

—Y mil bugías, iluminando los orientales salones, encenderán el amor en tu pecho.

Ernesto no oía las palabras de las jóvenes.

—¡Qué hermosos versos! ¡Qué imitación de Lamartine, tan magnífica! Y silban, y el arte pliega sus alas, y vuelve á dormirse en el dulce regazo de la eternidad.

—Por compasión, vuelve en tí. Eres joven. El tiempo guarda coronas de laurel para tu frente, la eternidad coronas de gloria para tu alma.

—A mi lado, decía Eugenia, encontrarás la dicha, que huyó.

—¡Qué huyó!... Voy tras ella. Dejarme, voy tras ella. Dejarme.

María y Eugenia le retenían con toda su fuerza. Pero Ernesto, poseído de un ciego furor, se deshizo de ambas jóvenes, y se dió á correr por el Prado, dando al viento horribles alaridos, que se perdieron, después de algunos minutos, en el espacio.

CLIX.

Ernesto fue recogido en el hospital, y encerrado en una jaula. Cuando su padre supo su desgracia, vino á Madrid. Sacóle del hospital, y lo condujo á la isla. Allí, gracias al gran cuidado puesto en su curación, recobró el juicio. Pero perdió su salud. Ernesto, encerrado dentro de su pensamiento, no tenía comunicación alguna con el mundo exterior. Una tisis corrosiva, lenta, se apoderó de su pecho. Poco á poco la luz se apagaba en sus ojos. Arrastraba la vida resignado, esperando oír la voz de Dios, que le llamaba al sepulcro. Sin embargo, entregado á la soledad de su pensamiento, la duda se deslizó pálida en su alma. ¿Quién le redimirá?

Vuelve los ojos, lector, al desenlace, que debe siempre, en toda obra de arte cristiano, buscarse en el cielo.

CLX.

El frenesí, que se había apoderado del infeliz poeta, cedió á los cuidados; pero su vida debía ceder á los dolores. ¿Qué es el alma, cuando no la orna ni siquiera una ilusión? ¿Qué es el corazón, cuando no lo anima, ni una consoladora esperanza? ¿Qué es la mente, cuando en su inmenso espacio no flota, ni una idea? Las ilusiones, las esperanzas, las ideas, que parecen mentira, son la savia de la vida, son la única realidad de este mundo. Torpes andamos, buscando puro aire, para respirar. Cuando el alma no respira las auras de la vida, que descienden del cielo, y se llaman ideas, ilusiones y esperanzas, el alma despliega sus alas, y vuelve al cielo, fuente de la vida. Esa aspiración incesante á la muerte, que nace con nosotros, poseía el corazón de Ernesto. Así poco á poco faltaba luz á sus ojos, aire á su pecho. Había buscado la vida por do quier, y había encontrado por do quier la muerte. Triste peregrino, cruzó los mares para encontrar solo al término de su peregrinación un sepulcro. El hombre, como los generosos adalides de la edad media, guerra contra todas las calamidades, atraviesa inmensos desiertos, es vil juguete de tormentosas pasiones, y en sus largas luchas solo busca un sepulcro, y después de sus combates, solo encuentra un sepulcro. En ese horrible sepulcro se encierra Dios, de cuya presencia solo gozar podemos atravesando el negro dintel de la muerte. Y sin embargo, Ernesto, en su delirio, en los últimos supremos días de su fugaz existencia, se empeñaba en buscar á Dios fuera del cielo, y en hallarle encerrado dentro del abismo de su alma. ¡Insensato! Creía que es vida la muerte; realidad los ensueños, infinito espacio el fugaz espíritu; luz la noche, y Dios el pensamiento. ¡Siempre en el fondo de nuestra naturaleza el orgullo! Si, si: el orgullo es el horrible resplandor

del infierno como esperanza es el místico albor de los cielos; pues el hombre es el ángel caído, que cerniéndose sobre las flores de la virtud, abre las alas de mariposa para subir á los cielos, y acercándose al fuego del vicio, muere destrozado, consumido en un abismo; porque ha perdido las alas. Pero convirtámonos los ojos á Ernesto. Cansado de luchar con el mundo, luchaba consigo mismo.

¿Y María? Parecía que había soñado verla en una noche á la luz de la luna. Pero tal visión, dulce, consoladora, como el ensueño de un niño, era solo desvarío de su acalorada mente, ó engendro de su locura. Y conforme, una á una se apagaban las luces, que Dios había encendido en su mente, su respiración se apagaba también; y conforme desaparecían las esperanzas que habían arrullado sus ensueños, su vida como una catarata rodaba presurosa al negro abismo de la eternidad. Es ley de nuestro ser. A medida que el cuerpo desciende en brazos de la muerte, como vil despojo á la tierra, el alma sube en alas de la idea, como puro aroma, á los cielos. En la sonrisa de Ernesto, en sus apagados ojos, echábase de ver que el tiempo se acababa para él; el tiempo, ese esclavo de los sentidos, y que la eternidad para él comenzaba; la eternidad, esa reina del alma llámole en su cabaña. Compadézcanosle. ¡Es tan desgraciado! Dios le recibirá en su seno, porque Dios es el océano de las almas.

CLXI.

Era una tarde del mes de mayo. El sol poniente penetraba al través de una cortina de jazmines en una cabaña á orillas del Mediterráneo, donde Ernesto, había encontrado reposo para los últimos instantes de su trabajada vida. Recostado en una hamaca, tenía en sus manos un ramo de azucenas cogido en los jardines, donde vió aparecer por vez primera á María; ángel de paz, que Dios le había arrebatado en castigo á su ambición. Algunas mariposas revoloteaban en torno de sus abrasadas sienas como dulces recuerdos de ayer, y las brisas del mar mecían á manera de un suspiro de amor sus cabellos caídos sobre la frente. El cielo azul, sereno, que cobijó su cuna, sonreía amoroso y risueño, acordándole aquellas hermosas tardes, en que la presencia de María eran como abreviado cielo para su feliz corazón. Cansado de aventuras inútiles, de mentidos amores, de falsas amistades, sin haber podido recobrar la felicidad que perdiera, ni encontrar á la mujer que adoró; desposeído de ambiciones, que el soplo del desengaño ahogó en flor, huía del mundo, de la sociedad; para encontrarse solo con su pensamiento, solo con su conciencia.

Y cuando se halló solo, el ángel de las artes descendió á su espíritu. Poseído de inspiración alargó los brazos al mundo, y encontró una lira. Era su amor; porque huídas todas las ilusiones, acariciaba con afán los fantasmas de belleza que nacían en su alma; era su esperanza, porque cerrados á sus ojos todos los caminos que conducen á la felicidad, descubría tan solo en los horizontes de lo porvenir el sol de la gloria, iluminando con sus rayos de oro la frente del poeta. Y cuando dió forma á su inspiración, los hombres tan impíos como crueles, los hombres que no comprenden cuánto mal hacen al asesinar con sus burlas á un poeta, le silbaron, y en vez de su corona de gloria cinó el cuidado aguda corona de espinas.

Cuando el arte le abandonó, volvió á sonreírle amor, y cuando el amor le sonreía, le abandonó el juicio. Triste, pero verdadero cuadro era su vida de la humana vida. La ley del dolor es en los hombres como la ley de la atracción en las esferas. Hay una fuerza, que nos lleva al sol de la felicidad; hay otra fuerza, que del sol de la felicidad nos aparta; y de es-

y venias del infierno. Tú también silabas... ¿Dónde está mi lira? ¿Dónde está mi amor?

—A tu lado, Ernesto; decía María, á tu lado velando por tí.

—Es verdad. Te acuerdas; las ondas del mar, el arroyo, el aura, las oraciones de nuestro pecho...

—Ernesto, decía Eugenia. ¿Y nuestro jardín?

—Era el infierno, contestaba Ernesto.

—Si, aleja esos dolores, le decía regocijada María, ahuyéntalos. Volvemos á ser felices.

—No, mientras yo viva, exclamaba Eugenia, interponiéndose entre ambos jóvenes.

—Aparta, aparta, decía Ernesto, rechazandola. La

copa del placer es amarga. María. Tú fuiste mi inspiración.

—Si, si. La inspiración del drama, que te han silbado. Eso le debes.

—Es verdad, verdad, decía Ernesto, creyendo en su delirio. ¿Qué extruendo! Si las ondas del mar me hubieran tragado, fuera hoy pasto de los peces; pero no oíría ese horrible rumor. Inspiración, blanca inspiración. Los hombres te han llenado de lodo. ¿Qué hermosa eras en el cielo de mi alma! Soy culpable, muy culpable. Arranqué, la perla insensato, de su concha, y la arrojé á los puercos. Y ahora gruñen, gruñen... y la destrozan con sus dientes... y la

copa del placer es amarga. María. Tú fuiste mi inspiración.



Lucia.

profanan... ¡ay! que me matan... Era mi vida; era el alma de mi alma. Se escapa mi alma; yo no quiero que se escape... Mirad... Huye de mi cerebro. Detened á mi alma, detenedla.

Y cayó de rodillas en el duro suelo.

—Levántate, Ernesto, exclamaba María. Dios no te abandonará.

—Aun puede sonreírte el placer, decía Eugenia.

—No debe perder la humanidad tu virtud.

—Jóven, puedes gozar del mundo.

—La inspiración se carnerá sobre tu frente.

—Eugenia te ofrece, en dorada copa, el nectar del olvido.

—La oración te subirá en sus alas al cielo.

—El festín te embriagará.

—¿No ves sonreír á la Virgen del Naufragio?

—¿No escuchas el murmullo del baile?

—Acuérdate de aquel hermoso mar, do se contemplaban extasiadas las estrellas.

—Y mil bugías, iluminando los orientales salones, encenderán el amor en tu pecho.

Ernesto no oía las palabras de las jóvenes.

—¡Qué hermosos versos! ¡Qué imitación de Lamartine, tan magnífica! Y silban, y el arte pliega sus alas, y vuelve á dormirse en el dulce regazo de la eternidad.

—Por compasión, vuelve en tí. Eres joven. El tiempo guarda coronas de laurel para tu frente, la eternidad coronas de gloria para tu alma.

—A mi lado, decía Eugenia, encontrarás la dicha, que huyó.

—¡Qué huyó!... Voy tras ella. Dejarme, voy tras ella. Dejarme.

María y Eugenia le retenían con toda su fuerza. Pero Ernesto, poseído de un ciego furor, se deshizo de ambas jóvenes, y se dió á correr por el Prado, dando al viento horribles alaridos, que se perdieron, después de algunos minutos, en el espacio.

CLIX.

Ernesto fue recogido en el hospital, y encerrado en una jaula. Cuando su padre supo su desgracia, vino á Madrid. Sacóle del hospital, y lo condujo á la isla. Allí, gracias al gran cuidado puesto en su curación, recobró el juicio. Pero perdió su salud. Ernesto, encerrado dentro de su pensamiento, no tenía comunicación alguna con el mundo exterior. Una tisis corrosiva, lenta, se apoderó de su pecho. Poco á poco la luz se apagaba en sus ojos. Arrastraba la vida resignado, esperando oír la voz de Dios, que le llamaba al sepulcro. Sin embargo, entregado á la soledad de su pensamiento, la duda se deslizó pálida en su alma. ¿Quién le redimirá?

Vuelve los ojos, lector, al desenlace, que debe siempre, en toda obra de arte cristiano, buscarse en el cielo.

CLX.

El frenesí, que se había apoderado del infeliz poeta, cedió á los cuidados; pero su vida debía ceder á los dolores. ¿Qué es el alma, cuando no la orna ni siquiera una ilusión? ¿Qué es el corazón, cuando no lo anima, ni una consoladora esperanza? ¿Qué es la mente, cuando en su inmenso espacio no flota, ni una idea? Las ilusiones, las esperanzas, las ideas, que parecen mentira, son la savia de la vida, son la única realidad de este mundo. Torpes andamos, buscando puro aire, para respirar. Cuando el alma no respira las auras de la vida, que descienden del cielo, y se llaman ideas, ilusiones y esperanzas, el alma despliega sus alas, y vuelve al cielo, fuente de la vida. Esa aspiración incesante á la muerte, que nace con nosotros, poseía el corazón de Ernesto. Así poco á poco faltaba luz á sus ojos, aire á su pecho. Había buscado la vida por do quier, y había encontrado por do quier la muerte. Triste peregrino, cruzó los mares para encontrar solo al término de su peregrinación un sepulcro. El hombre, como los generosos adalides de la edad media, guerra contra todas las calamidades, atraviesa inmensos desiertos, es vil juguete de tormentosas pasiones, y en sus largas luchas solo busca un sepulcro, y después de sus combates, solo encuentra un sepulcro. En ese horrible sepulcro se encierra Dios, de cuya presencia solo gozar podemos atravesando el negro dintel de la muerte. Y sin embargo, Ernesto, en su delirio, en los últimos supremos días de su fugaz existencia, se empeñaba en buscar á Dios fuera del cielo, y en hallarle encerrado dentro del abismo de su alma. ¡Insensato! Creía que es vida la muerte; realidad los ensueños, infinito espacio el fugaz espíritu; luz la noche, y Dios el pensamiento. ¡Siempre en el fondo de nuestra naturaleza el orgullo! Si, si: el orgullo es el horrible resplandor

del infierno como esperanza es el místico albor de los cielos; pues el hombre es el ángel caído, que cerniéndose sobre las flores de la virtud, abre las alas de mariposa para subir á los cielos, y acercándose al fuego del vicio, muere destrozado, consumido en un abismo; porque ha perdido las alas. Pero convirtámonos los ojos á Ernesto. Cansado de luchar con el mundo, luchaba consigo mismo.

¿Y María? Parecía que había soñado verla en una noche á la luz de la luna. Pero tal visión, dulce, consoladora, como el ensueño de un niño, era solo desvarío de su acalorada mente, ó engendro de su locura. Y conforme, una á una se apagaban las luces, que Dios había encendido en su mente, su respiración se apagaba también; y conforme desaparecían las esperanzas que habían arrullado sus ensueños, su vida como una catarata rodaba presurosa al negro abismo de la eternidad. Es ley de nuestro ser. A medida que el cuerpo desciende en brazos de la muerte, como vil despojo á la tierra, el alma sube en alas de la idea, como puro aroma, á los cielos. En la sonrisa de Ernesto, en sus apagados ojos, echábase de ver que el tiempo se acababa para él; el tiempo, ese esclavo de los sentidos, y que la eternidad para él comenzaba; la eternidad, esa reina del alma llámole en su cabaña. Compadecámonosle. ¡Es tan desgraciado! Dios le recibirá en su seno, porque Dios es el océano de las almas.

CLXI.

Era una tarde del mes de mayo. El sol poniente penetraba al través de una cortina de jazmines en una cabaña á orillas del Mediterráneo, donde Ernesto, había encontrado reposo para los últimos instantes de su trabajada vida. Recostado en una hamaca, tenía en sus manos un ramo de azucenas cogido en los jardines, donde vió aparecer por vez primera á María; ángel de paz, que Dios le había arrebatado en castigo á su ambición. Algunas mariposas revoloteaban en torno de sus abrasadas sienas como dulces recuerdos de ayer, y las brisas del mar mecían á manera de un suspiro de amor sus cabellos caídos sobre la frente. El cielo azul, sereno, que cobijó su cuna, sonreía amoroso y risueño, acordándole aquellas hermosas tardes, en que la presencia de María eran como abreviado cielo para su feliz corazón. Cansado de aventuras inútiles, de mentidos amores, de falsas amistades, sin haber podido recobrar la felicidad que perdiera, ni encontrar á la mujer que adoró; desposeído de ambiciones, que el soplo del desengaño ahogó en flor, huía del mundo, de la sociedad; para encontrarse solo con su pensamiento, solo con su conciencia.

Y cuando se halló solo, el ángel de las artes descendió á su espíritu. Poseído de inspiración alargó los brazos al mundo, y encontró una lira. Era su amor; porque huídas todas las ilusiones, acariciaba con afán los fantasmas de belleza que nacían en su alma; era su esperanza, porque cerrados á sus ojos todos los caminos que conducen á la felicidad, descubría tan solo en los horizontes de lo porvenir el sol de la gloria, iluminando con sus rayos de oro la frente del poeta. Y cuando dió forma á su inspiración, los hombres tan impíos como crueles, los hombres que no comprenden cuánto mal hacen al asesinar con sus burlas á un poeta, le silbaron, y en vez de su corona de gloria cinó el cuidado aguda corona de espinas.

Cuando el arte le abandonó, volvió á sonreírle amor, y cuando el amor le sonreía, le abandonó el juicio. Triste, pero verdadero cuadro era su vida de la humana vida. La ley del dolor es en los hombres como la ley de la atracción en las esferas. Hay una fuerza, que nos lleva al sol de la felicidad; hay otra fuerza, que del sol de la felicidad nos aparta; y de es-

tas dos fuerzas que luchan entre sí con eterno luchar, nace la vida.

Dentro del espíritu, como hemos dicho, buscaba Ernesto, cuando su ser se reclinaba en el ocaso, la realidad del mundo y la realidad de Dios, ideas que imaginaba como dos formas de su eterno pensamiento.

Aquí decía, poniendo la mano en la frente, se encierra la fuente misteriosa de la vida, aquí, en el pensamiento recibe sus colores el mundo, sus reflejos el cielo; las leyes que encadenan esos orbes son leyes de mi espíritu, la fuerza que armoniza a los seres, es la idea que se encierra en el misterioso santuario de mi conciencia; y todo cuanto germina vive y se transforma en el inmenso semillero del universo, es mi sombra y esa catarata de sistemas, de principios, que de siglo en siglo, de generación en generación rueda descomponiendo en variados matices el eterno sol de la verdad, arrastrando en su corriente la vida de tantos genios, y las esperanzas de tantos hombres, esa inmensa catarata cuyo ruido espanta al firmamento, ha brotado de la frente de la humanidad; que ha creado lo absoluto para que refleje todas sus grandezas y relumbre con las maravillosas ideas nacidas en su prodigiosa mente.

En el amor, entregamos nuestra vida a una mujer; en el mundo damos la esencia de nuestro ser a mentidos placeres, que la empuñan; en el despeñadero de las ambiciones dejamos pedazos de nuestro corazón; en el camino de la gloria reflejos y colores de nuestro espíritu; en la contemplación de la naturaleza perdemos las leyes de nuestro entendimiento; solo en el espíritu está la vida, y la felicidad.

Sacudamos los recuerdos decía, matemos todos nuestros sentimientos, y entonces la libertad sonreirá purísima, centellando con divina luz a nuestros ojos.

Sin temblar, sin conmoverse, había abandonado el gran mundo donde encontró como en todas partes, mentira, mentira, y nada más que mentira. Los amores de Amelia, las ridículas pretensiones de nuestros nobles de ayer, la decadencia de nuestros nobles de hoy, la falta de fe, de virtud, que seca la vida del corazón en esas altísimas regiones de la escala social, fue parte a que su espíritu combatido por la desgracia se deshojara como una rosa abrasada por los ardientes rayos del sol.

Y en su pensamiento turbado por eternas dudas, oprimido bajo el peso de inmensos dolores, no encontró aquel risueño y rizado lago, que se prometía su esperanza, sino el turbado y tumultuoso océano donde se combaten los sistemas, y chocan entre sí las ideas y arremolinan y se confunden sin que llegue jamás a levantarse, puro, sin mancha el brillante astro de la verdad en medio de los alborotados principios que arrojan hermosas perlas al abismo de la nada.

Cuando todas las ilusiones se han desvanecido; cuando una tras otra se han deshojado todas las esperanzas; cuando no resta al corazón asilo que le recoja, ni encuentra la inteligencia verdad que la ilumine, la vida se descolora, se apaga, y Ernesto, perdido en su desesperación, sin ambición sin amor, cansado de luchar con los fantasmas nacidos de su propio ser, dobló la cabeza, y sintió gozoso palpitar en su seno la muerte, que silenciosa le devoraba.

Pero en aquella última tarde de su vida, cuando se despedía del sol que se alejaba entre las ondas del mar, que mentían en son de queja una como religiosa plegaria, de los campos que presentaban al moribundo mil cambiantes matices en sus inmensos espacios confundidos en amoroso éxtasis con los últimos celajes del tranquilo y centelleante horizonte; cuando su alma pronta a descenderse las vestiduras de la materia, flotaba en aquel mar de aromas, y armonías, penetró una sombra blanca, que llevaba una cinta celeste, sombra que se asemejaba a María, y que Er-

nesto creyó ser mentida ilusión de su desvariado pensamiento.

Sin embargo era María, aquella María cuyo nombre tantas veces había invocado, y que solo resplandecía a sus ojos en el postrer instante de aquella vida consagrada a su amor.

La joven lanzó un grito de horror, y cayó de rodillas delante de aquella especie de cuna de la muerte donde se mecía Ernesto, arrullado por su tranquila agonía.

—Eres tú, tú... dijo.

—Yo, que vengo a salvarte.

—¡Oh! María... María... Tarde vienes, muy tarde.

—Aun habrá esperanza.

—No la hay. La tisis no tiene remedio.

—Ernesto, ¡morir tan joven!

—Ya he cumplido mi destino.

—No; tu vida es como una hermosa obra de arte que ha quebrado el infortunio.

—No puedo incorporarme. Acércate.

—¡Ernesto!

—¡Oh María!

Y ambos jóvenes permanecieron abrazados un instante sollozando.

—No te duelas de mí, María. Mi alma flotará en los aires. Será la nubecilla que al ponerse el sol, se posa en el ocaso; será el ruseñor que al nacer el día, saluda con dulces trinos a la aurora.

—Ernesto. Aleja esas ideas, acuérdate de Dios.

—Será mi alma la húmeda brisa, que acaricie tus cabellos.

—No, no me atormentes, y María lloraba.

—Entonces podré penetrar en el seno de tu alma. Entonces veré si me has amado.

—¿Y lo pudiste dudar?

—No, nunca, nunca... Me hubiera muerto. Tú eres mi vida. Yo te veía siempre, siempre. Eres la luz de mis ojos. Muero por tí... sí, por tí muero.—¿Me amas?

—Ernesto. No puedo encarecer mi amor. No hay palabras bastantes a decirte cuánto te ama esta infeliz mujer.

—Morir ahora; que podía yo... ser tan feliz. Despiadado cielo ¿por qué me creaste?

—No blasfemes. Acuérdate de mi amor.

Y la joven le estrechaba contra su corazón; y los labios de ambos amantes se unían como si un beso pudiera detener la muerte, y confundir sus almas.

—María. ¡Qué dulce nombre! Tu mirar me dará la vida. Yo no quiero morir; no quiero morir: que al fin te hallé. Ay... ay... ay. ¿Oyes? Esta tos... me asesina. Dile a la muerte que no venga; sí, que no venga; pues ya estoy contigo. No quiero morir, no quiero, y me falta aire para respirar, luz para verte... ¡Qué hermosa eres!

—La muerte se compadecerá de nosotros. Morir ahora es imposible. No lo querrá Dios. Ernesto mío, hace días que no me he sentido tan feliz...

—¿No sientes que no puedo respirar...? ¡Mira, me ahogo!

—No, no. Mirame. Quiero ver tus amorosos ojos... ¡Ah! Dios mío.

Y María se cubrió el rostro con las manos. En los ojos de Ernesto se dibujaba la muerte.

—¡Qué desgraciados somos! Hemos ido buscándonos mutuamente toda la vida y nos hallamos en el dintel de la muerte, dijo Ernesto.

—Sosiégate.

—No puede ser.

—Cobrarás nuevo vida.

—Me persigue la muerte.

—Dios nos ve.

—Dios está dentro del alma; Dios es el dolor.

—No maldigas al que te ha dado el ser.

—Para gozarse en mi tormento.

—Para salvar tu dicha.

—Mi dicha ¿y me mata ahora?

—Renacerás en el cielo.

—Pero no contigo.

—Pronto nos unirá la muerte.

—¿Lo prometes?

—Lo aseguro el dolor.

—Eres divina.

—Piensa en Dios.

—Ya pienso en tí.

—Ernesto... El dolor me ahoga.

—Y a mí la desesperación.

—Venzámonos.

—Es inútil. La victoria es de la muerte.

—Es del cielo, que te llama.

—No hay mas cielo que el alma.

—Ernesto. Me has olvidado.

—No me atormentes.

—Has olvidado la oración.

—No te digo que te amo. Esa es mi oración.

—Abuyenta desdichado tal pensamiento.

—¿Que me ahuyente de tí...? ¿Y tú me lo ruegas?

—Mira. El sol se pone.

—Como mi vida.

—El sol renace en mas claros horizontes como el alma bienaventurada.

—Lejos de tí no puede estar la bienaventuranza.

—¿Ves aquella ermita?

—Sí, sí.

—Y la Virgen.

—Te veo a tí.

—¿La Virgen del altar?

—Eres tú, amor mío.

—No ofendas al cielo.

—Amándote ¿puedo ofenderle?

—Has olvidado a Dios.

—Dios es la idea.

—No, Ernesto, no. Dios es el ser que da al cielo estrellas, y a la tierra flores. El que enseña a cantar a las aves, a murmurar a las ondas. A Dios se dirige ese jazmin, que abre al beso de la luz su corola; a Dios esa mariposa que vuela sin encontrar un punto do posarse. De Dios habla el murmullo de la brisa, que arrebatada del labio los suspiros; de Dios el eco, que retumba en los montes. Su peana es la creación; su corona la eternidad. La infinita serie de los seres es como la misteriosa cadena, que sostiene las lámparas en los templos; es mística escala por do bajan los ángeles a traernos sus mensajes.

—¿Y no te dice tu corazón que el martirio lleva al cielo?

—Mi corazón solo dice que te amo.

—¿Si supieras cuánto te amo yo!

—No con el frenesí de mi ternura.

—Jamás en nuestra vida, creímos excedernos en amor.

—Es un consuelo de moribundo.

—Ernesto.

—¡Oh! María, María. No me hables de Dios; háblame de tí.

—¿No estás conmigo?

—Acuérdate de aquel día, en que al compás de las olas oías al marinero mi nombre.

—Era la oración... la estrella de los mares.

—¿No la ves sonreír?

—Sí, en la nube que pasa.

—¿No la oyes suspirar?

—En el murmullo del agua.

—¿No dice nada a tu corazón?

—Amor.

—¿Te promete?...

—Eternidad.

—¿Te asegura?

—Gloria.

—¿Te alienta?

—A morir.

—¿Ay, gracias, Dios mío, ha recobrado la fe.

—Sí, la fe en tí. Tú eres la oración, tú la esperanza, tú mi fe, tú la estrella de los mares.

—Desgraciada. ¿Si habré venido a condenarle?

—Yo te veía aquella tarde sonreír en las blancas perlas que el vapor dejaba en el horizonte.... Y... Oraba. Si: sí; pero solo a tí; solo a tí, amor mío, se dirigían mis oraciones.

—¿Infeliz! Te he buscado para volverte a la fe.

—No he perdido la fe en tí.

—Pero has perdido la fe en Dios.

—En Dios... ¿No eres tú mi Dios? ¿No llenas todo el espacio de mi corazón? ¿No te veo relucir en la naturaleza?

—Por piedad, vuelve en tí, vuelve en tí...

—Me muero, me muero...

—Y muere sin creer en Dios.

—Está aquí, aquí en el alma... es lo absoluto, la idea, la esencia del ser.

—No es ese el Dios que yo te mostraba al través del horizonte estrellado y en una noche de luna.

—Es verdad, es verdad. Pero el amor, el amor no puede, no eclipsar... a la razón.

—Vano fantasma, engañador y mudo.

—Me abraso. El amor, la razón, el cielo, Dios.

—Es verdad.

—Todo es mentira; sino el amor que es la única verdad.

—¿Insensato! Me aborreces.

—Así te amaré mas.

—Amor nefando, que maldice el cielo.

—¿Ya maldices mi amor?

—Yo... no... Dios lo maldice.

—Mira, mira. Te amo tanto... siento un placer, al oírte... Y eso... que... me... moriré... pronto... muy pronto.

—¿No podré yo detener la muerte?

—No, me ahoga.

—Ernesto mío.

—Pronuncia ese nombre con ese acento.

—Ernesto ¡Ay!

—No llores.

—¿Qué infelices hemos sido.

—No: que muero a tu lado.

—Me amaste.

—Jamás pude olvidarte.

—Ni yo a tí, ni yo a tí.

—Mira, se hielan mis manos, se hielan...

—Ay, ay, Dios mío.

—Pero arde por fin en amor el corazón.

—Ernesto. Mirame, mirame.

—Apenas... puedo... verte.

—Dios, Dios.

—Háblame de tu amor.

—Te adoro.

—Repítelo, repítelo esa palabra.

—Si te idolatro.

—Morir, Dios mío, morir. No; un momento... un momento de vida... Dios mío.

—Has pronunciado el nombre de Dios.
 —¿No eres tú mi Dios?
 —Calla infeliz.
 —¡Oh! Me amas.
 —Dígame tu corazón.
 —¿Me olvidarás?
 —Nunca.
 —Prométeme.
 —¿Qué?
 —Prométeme...
 —Habla.
 —Morir contento.
 —Moriré sonriendo.
 —Soy feliz.
 —El cielo nos mira.
 —Estaré siempre contigo.
 —Dios no nos separará.
 —Dios no puede separarnos.
 —No blasfemes.
 —Mírame.
 —Ernesto.
 —¿Qué armonía tan dulce es tu voz.
 —Ernesto mío.
 —Aura bendita es tu aliento.
 —No, no morirás.
 —Siento, siento un dolor.
 —Vive, vive para mí.
 —No puede ser.
 —Vivirás, sí, vivirás.
 —No puede ser... mira... ya no puedo respirar...
 la vida... se va... esta tos... me mata.
 —Ernesto, Ernesto... el cielo, exclamó María sollozando.
 —No hay más cielo que el alma.
 —No, no, acuérdate, dijo plegando María sus manos, acuérdate de la oración que dedicábamos al caer la tarde a Dios, de las promesas que al pie de la Virgen hicimos en la ermita, de este ramo de azucenas...
 —Me acuerdo, me acuerdo... Fíe a Dios mi felicidad y me la arrebató, dijo Ernesto, esforzándose por hablar, aunque no podía.
 —Mira, mira. Deseo salvarte. No sabes que te he buscado por todas partes para volverte a la fe, y jamás, jamás pude encontrarte.
 —Se opuso la fatalidad... la nada.
 —No: Dios, Dios que castigó tu ambición. ¿No recuerdas que una noche te rogaba con lágrimas en los ojos, partido el corazón, ahogada por los sollozos, que no me abandonases, que aquí en este breve espacio se encerraba la felicidad y la vida?
 —Oh... sí, sí... ¿Me amas, María? dijo Ernesto, convirtiendo sus mustios y apagados ojos a la joven.
 —En el cielo, Ernesto, nos amaremos. Si, en el cielo nos unirá Dios. Tu alma es buena, tu corazón sensible. Acuerda las plegarias, que juntos hemos tributado al Dios de los cristianos.
 —Si, sí, me parece que veo al Eterno recoger mi alma en su seno, me parece que todas mis dudas se ahuyentan, que mis ojos penetran el azul velo del horizonte y entreven la corona de los justos... perdon... Dios mío... perdon, soy tuyo.
 María de rodillas murmuraba una oración.
 Hundióse en su sepulcro el sol. El crepúsculo tenía con su dudosa luz aquella agonía. Las oraciones de ambos jóvenes se confundían con los misteriosos susurros de los bosques, y blando murmullo de los mares, que son las oraciones de la naturaleza.
 Ernesto agoviado por su penosísimo dolor, teniendo entre sus manos abrasadas la mano de María pronunció estas palabras acompañadas por los ecos de la campana de la oración, que anunciaba la muerte del día.
 —La vida y el amor están en el cielo.
 Y espiró.
 María levantó los brazos a Dios. Sus labios quisie-

ron modular una plegaria; pero le faltó el sentido y cayó desmayada en el duro suelo. Antonio había escuchado con el valor de un mártir, tras la cabaña, aquel triste y amoroso coloquio de la muerte y la vida, de la duda y la fe. Sin embargo, la vida había vencido a la muerte; la fe a la duda; y Ernesto, con palma de luz en la mano y corona de estrellas en la frente penetraba en los cielos. Su alma se perdía en el seno de Dios, como la gota de rocío, que se evapora, se pierde en el inmenso seno de la atmósfera. Solo en Dios se encuentra la realidad del pensamiento; Dios es el espacio para los cuerpos; Dios la eterna fuente, de donde desciende en raudales la vida; do se albergan los mundos; Dios es la idea, que resplandece pura eternamente en la conciencia humana. Apartad uno a uno los velos que encubren la naturaleza, y en el fondo de todo ser hallareis la idea de Dios; penetrad en los misterios de la conciencia y en el fondo de todo pensamiento hallareis siempre la idea de Dios. Los astros son letras de oro, que escriben en lo vacío su nombre. Los murmullos de las ondas pronuncian esa inefable palabra. Las flores recogen su aliento, y con él forman sus purísimos aromas. Dios, amor de los amores, es para los espíritus lo que el espacio es para los cuerpos. Así los cantos de la naturaleza y los cantos del hombre celebran su gloria, la luz del sol y la luz de la ciencia alumbran su trono. Dios es la vida.

CLXII.

María acompañada de Antonio, pocos días después de la muerte de Ernesto, baja al anochecer a la cabaña. Allí se postra y ora. Naturaleza le revela el nombre de su amado. Cree, sí, que el murmurar de las brisas es eco de su palabra. Después de unos cortos instantes Antonio le dice.

—Volvámonos, María.
 —Esperate. Oraré un instante más.
 —Es ya tan tarde!
 —No se cansa mi memoria...
 —¿Qué feliz es!
 —Tú eres también mi amigo.
 —Es verdad. Siempre dentro del pecho he guardado mi amor.
 —Calla, calla. Oremos.
 Antonio plegó las manos, levantando los ojos al cielo.
 —Esta azucena es un recuerdo.
 —Vámonos.
 —Esa onda ha oído murmurar nuestros suspiros.
 —No te aflijas.
 —Ese ruiseñor cantaba al compás de sus cantares.
 —¿A qué esos recuerdos tan tristes?
 —La oración... ¿Oyes esa campana?
 —Sí, sí.
 —Esa campana, cuyo acento se apagaba en la Isla, le reveló a Dios.
 —María, por compasión, deja esos pensamientos.
 —Su mirada era mi vida.
 —Y mi muerte también! decía Antonio para sí.
 —A estas horas venía...
 —Vámonos.
 —¿Con qué amor me miraba!
 —¡Oh!
 —Sus tiernas palabras...
 —Me asesina, decía el joven en voz baja.
 —Ya no le oiré...
 —María.
 —Ya no le oiré...
 —Por compasión.
 —Ha muerto.
 —Vive en el cielo.
 —Es verdad, vive en Dios.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE BIBLIOTECAS



MUERTE DE ERNESTO.

—Consuélate.
—Mira, me sonrío contenta.
—¿Por qué?
—Porque moriré pronto.
Antonio sufrió siempre resignado tan tristísimo martirio.

CLXIII.

Otros días, á la luz de la luna, en la callada noche, bajaba María á la tumba de Ernesto. La veleta del

campanario mentía sordos gemidos; las ondas tristes suspiros. El susurrar de las brisas en los árboles sembraba una elegía de la naturaleza. Y la jóven, la hermosa jóven, dando su cabello al viento, vagaba como uno de esos blancos fantasmas, que la mente finge, formados por los mustios rayos de la luna. Y allí se postraba en tierra y depositaba una corona sobre la triste sepultura que encerraba el cuerpo del infeliz poeta. Esta tierra estaba siempre cubierta de flores. Brotaban sin duda de las lagrimas que allí María derramaba todas las noches.

EPILOGO.

CLXIV.

¿Eugenia y Eusebio? Preguntarán mis lectores. Su vida fue una continua lucha. Buscaban por doquier los placeres, y encontraban por doquier el hastío. Eugenia perdió bien pronto su hermosura. El vicio todo lo deslustra. Eusebio su alegre natural. Nunca puede el hombre sustraerse al remordimiento. Después de haber apurado la copa del placer en cien festines, conocieron que el maldito placer corroe el pecho. Un día pensó Eusebio en que si Eugenia se casaba de él, quedaria expuesto á morir de hambre, y le asaltó el pensamiento de unirse á ella con el indisoluble lazo del matrimonio. Eugenia desechó el pensamiento; pero, al fin, convencida de que todos los hombres la despreciaban, entregó á Eusebio su blanca mano. ¿Qué habia de hacer, sino consumir este horrendo sacrificio? Un día se encontraban solos, y he aquí la conversacion que precedió á tan extraña aventura.

—¿Nos casaremos? Eugenia.
—No que nos cansaremos Eusebio.
—Ya no hay peligro.
—Te aborrezco.
—Tanto mejor.
—¿Cómo?
—Para buen matrimonio no hay cosa como genios opuestos.
—¿Y por qué te asaltó tal idea?
—Porque no es bien que demos pasto á la lengua de los maldicientes.
—Ja... ja... á tu edad y con tus servicios... Ja... ja... no puedo menos de reirme.
—Haces bien: que el matrimonio solo risa puede inspirar, pero, al fin, es una manía, una moda; y nosotros que de tan elegantes nos preciamos.
—Pero hay modas, con cuyo imperio no transijo.
—Eres por demás esquivá.
—¿Por qué te has convertido en ermitaño?
—No lo creas.
—¿Qué te propones?
—Transigir con el mundo.
—El mundo es necio...
—Ya...
Y pues lo paga es justo.
Hablarle en necio.
Para darle gusto.
—Veo que tienes razon.
—Medita.
—Medito.
—¿Te convences?
—No.

—Vamos: que ya dudas.
—Si, dudo.
—Es una calaverada.
—De buen gusto.
—Daremos que hablar al mundo elegante.
—Y cómo se van á reir de nosotros...
—Dirán. Esos chicos son unos calaveras deshechos.
—Y cuando nos pregunten la causa de tamaño desaguinado, ¿qué contestaremos?
—Contestaremos... que, como todo el mundo se duerme en las tertulias; porque se acaban los chismes, nosotros hemos querido divertir su gusto con esta buena nueva.
—Vamos, tu elocuencia es parte á convencerme.
—¿Y cómo se reirá la marquesita del Cierzo?
—Voy á perder una gruesa cantidad... Ya no me caso.
—¿Por qué?
—Porque tenia apostado con el baron del Manzanares, que el que antes se casara...
—¿Tonta! Tú con ese apuesta siempre, ganas.
—¿Por qué?
—El dinero te valdrá un gran regalo.
—Tienes razon, y cada hay mas natural, y el buen baron doblará la cantidad.
—Pues á casarnos.
—A casarnos.
—Lo haremos lo mas pronto que sea posible.
Se casaron, y se cansaron de su casamiento. Diéronse al juego con afán; y á los pocos años, aquella jóven, maravilla de la corte, vivia en un oscuro cuarto, trabajando noche y dia, para alimentar á sus pequeñuelos. Eusebio, pasaba su vida en la embriaguez, y maltrataba horriblemente á su infeliz esposa. Esta es la verdadera catástrofe del drama.

CLXV.

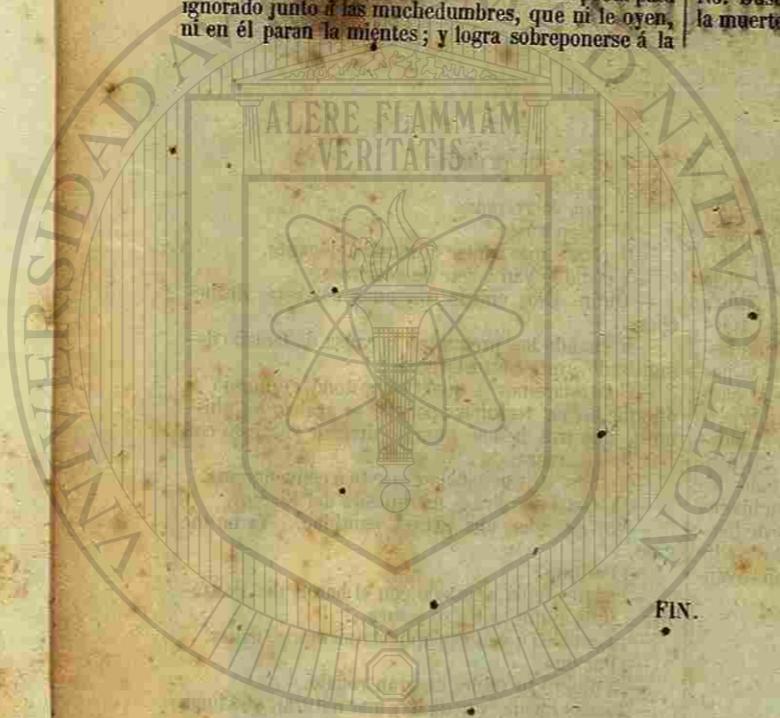
¿Qué es la gloria? Un dia, en el teatro del Príncipe, se anunciaba el drama de un malogrado jóven. Era el célebre drama de Ernesto. Una escogida concurrencia llenaba el teatro. Los acordes sonidos de la sinfonia espiraban, y se levantaba el telon. La concurrencia ponía atento oido. Los primeros versos de aquella magnífica produccion resonaron en el teatro, embelando á los concurrentes, que se estremecian, heridos por luminosos pensamientos. El entusiasmo comenzaba á levantar su voz en todos los corazones. Y en efecto, aun no se habia concluido el primer acto; y los aplausos interrumpian á cada instante, la

voz de los actores. Coronas de rosas y laureles caían á los piés de los artistas. Todo el mundo lloraba la pérdida del infeliz poeta. Al concluirse el drama, el entusiasmo rayó en delirio. Es imposible explicar el frenesí de aquella multitud herida por un mismo sentimiento. Este drama, que ocasionó la muerte de su autor, era encomiado por propios, y traducido por extraños. En todo país, do se representó, el entusiasmo lo coronaba. Todos vertían lágrimas, amarguissimas lágrimas por aquel desgraciado poeta, que dejara tan hermoso resplandor de su genio en el mundo.

¿Quién lo imaginara? ¿Como hubiera podido adivinar Ernesto tan extraña ventura? La vida es un fantasma, que se escapa de nuestros brazos, una ilusión que jamás prenderemos en las redes de la realidad. La vida es muerte, y la muerte es vida. El poeta pasa ignorado junto á las muchedumbres, que ni le oyen, ni en él paran la mientes; y logra sobreponerse á la

muerte; y llega á confundirse con la eternidad. ¡Qué lección tan triste, pero que lección tan verdadera! La muerte es vida, y el cielo es el centro de las almas.

En el mundo la felicidad, engañoso y mentido anhelo, que para correr tras la muerte, finge nuestro corazón, no existe. Eso que llamamos esperanza es muerte. ¿Qué significa, sino, el anhelo por lo porvenir? En lo porvenir todo es incierto. Lo único que de cierto guarda lo porvenir, es la muerte. Y sin embargo, no nos damos punto de reposo. Siempre corremos en pos de ese tiempo dorado por la ilusión, y ese tiempo es un esqueleto. ¡Gloria y amor son dos ángeles, que nos señalan los derroteros del cielo, son enviados de Dios, para acordarnos que la eternidad es el centro del alma! ¿Debemos huir de gloria y amor? No. Buscadlos, si, buscadlos, y hallareis la vida en la muerte.



FIN.

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE ESTA NOVELA.

	PAGS.
Ernesto y María en una campiña.	5
María á los piés de un jorobado.	20
Recogen á Ernesto en una barca.	82
Ernesto y Luisa.	56
Alberto declara su amor á Amelia.	72
Muerte de Ernesto.	95

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



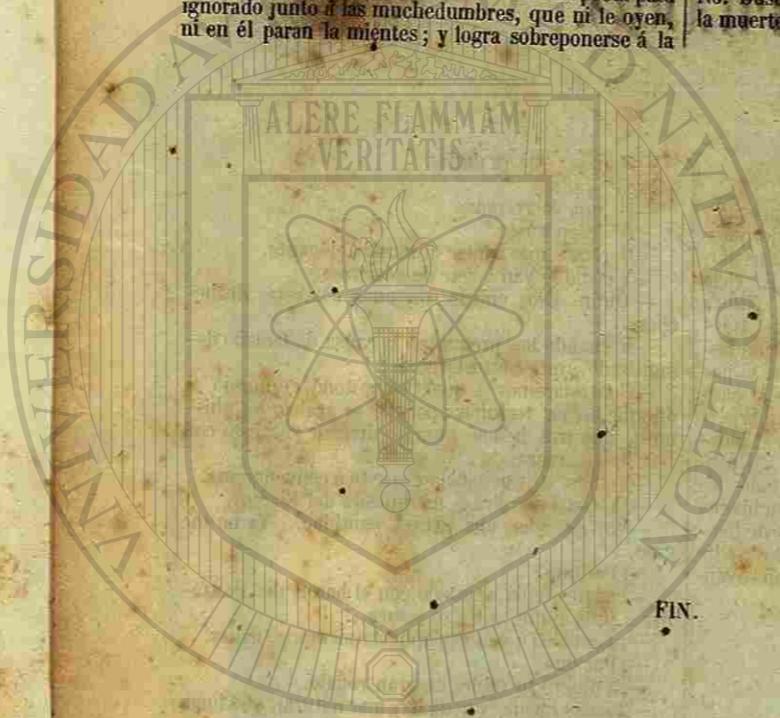
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
 "ALFONSO REYES"
 CARRANZA, NUEVO LEÓN, MÉXICO

voz de los actores. Coronas de rosas y laureles caían á los piés de los artistas. Todo el mundo lloraba la pérdida del infeliz poeta. Al concluirse el drama, el entusiasmo rayó en delirio. Es imposible explicar el frenesí de aquella multitud herida por un mismo sentimiento. Este drama, que ocasionó la muerte de su autor, era encomiado por propios, y traducido por extraños. En todo país, do se representó, el entusiasmo lo coronaba. Todos vertían lágrimas, amarguissimas lágrimas por aquel desgraciado poeta, que dejara tan hermoso resplandor de su genio en el mundo.

¿Quién lo imaginara? ¿Como hubiera podido adivinar Ernesto tan extraña ventura? La vida es un fantasma, que se escapa de nuestros brazos, una ilusión que jamás prenderemos en las redes de la realidad. La vida es muerte, y la muerte es vida. El poeta pasa ignorado junto á las muchedumbres, que ni le oyen, ni en él paran la mientes; y logra sobreponerse á la

muerte; y llega á confundirse con la eternidad. ¡Qué lección tan triste, pero que lección tan verdadera! La muerte es vida, y el cielo es el centro de las almas.

En el mundo la felicidad, engañoso y mentido anhelo, que para correr tras la muerte, finge nuestro corazón, no existe. Eso que llamamos esperanza es muerte. ¿Qué significa, sino, el anhelo por lo porvenir? En lo porvenir todo es incierto. Lo único que de cierto guarda lo porvenir, es la muerte. Y sin embargo, no nos damos punto de reposo. Siempre corremos en pos de ese tiempo dorado por la ilusión, y ese tiempo es un esqueleto. ¡Gloria y amor son dos ángeles, que nos señalan los derroteros del cielo, son enviados de Dios, para acordarnos que la eternidad es el centro del alma! ¿Debemos huir de gloria y amor? No. Buscadlos, si, buscadlos, y hallareis la vida en la muerte.



FIN.

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE ESTA NOVELA.

	<u>PAGS.</u>
Ernesto y María en una campiña.	5
María á los piés de un jorobado.	20
Recogen á Ernesto en una barca.	82
Ernesto y Luisa.	56
Alberto declara su amor á Amelia.	72
Muerte de Ernesto.	95

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
 "ALFONSO REYES"
 CARRILLO DE LA RIVERA, MEXICO



PQ
. C
E 7